



J.R.
WARD

Escrito como Jessica Bird

CORAZÓN
DE ORO

Lectulandia

Toda historia de amor tiene sus riesgos.

A ella le apasiona desenterrar los secretos del pasado...

La arqueóloga Carter Wessex viaja a Farrell Mountain para resolver un misterio de cientos de años de antigüedad... y encuentra una fortuna en oro escondida. Pero algo se interpone en su camino: Nick Farrell, un famoso tiburón de los negocios con poca paciencia para los desconocidos que se cuelan en sus tierras y demasiado sex appeal. Tras un explosivo encuentro, Carter abandona el proyecto... pero Nick no la va a dejar escapar.

... pero lo que va a encontrar es más valioso que el oro.

Aunque recelosa del cambio de actitud de Nick, Carter se ve arrastrada al misterio... y a los brazos del hombre del que juró que nunca se enamoraría. Mientras la pasión crece, van los secretos enterrados van saliendo a la superficie y poco a poco se revelan sorprendentes detalles sobre el oro perdido. Y también sobre Nick, lo que lleva a Carter a preguntarse si todo lo que ha habido entre ellos ha sido una ingeniosa estrategia.

¿Cuántos secretos le quedan a Nick por desvelar? Hará falta un corazón de oro para descubrir la verdad... y una fe inquebrantable en que el amor puede ser eterno.

Lectulandia

Jessica Bird

Corazón de oro

ePub r1.0
fenikz 16.10.15

Título original: *Heart of Gold*

Jessica Bird, 2003

Traducción: Laura Vidal

Editor digital: fenikz

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A las damas del Beth Israel Deaconess Medical Center, con mi mayor
consideración.
Gracias al señor J. Mark Waxman por orientarme sobre temas legales, y a
Richard M. Strum, director de educación e interpretación en Fort
Ticonderoga, por su ayuda y sus consejos.

Querido lector:

Corazón de oro es mi segundo libro publicado y cuando pienso en él ahora recuerdo que cuando lo escribí decidí atenerme a la máxima de «límitate a lo que conoces».

Fue una buena decisión. Lo que ocurre es que escribir es como cualquier otra empresa: un poco de talento divino y de interés bastan para lanzarse a ella. Pero de ahí a saber de verdad lo que estás haciendo hay un mundo. Cuando empecé el borrador de este libro solo me habían editado profesionalmente un manuscrito en una ocasión y todavía trabajaba de manera intuitiva y aficionada (ahora en cambio soy una gran partidaria de los esquemas... ¡y por una buena razón!). Por supuesto, me sentía perdida y decidí crearme mi propia red de seguridad siguiendo un consejo que había recibido a menudo..., decidí escribir sobre cosas que conocía: un deslumbrante hombre de negocios como héroe de corazón duro, una heroína enamorada del pasado, y las montañas Adirondacks.

El protagonista, Nick Farrell, es un macho alfa de los pies a la cabeza aunque, a diferencia de los vampiros de la Hermandad de la Daga Negra, no viste ropas de cuero ni lleva pistola y cuchillo (tampoco tatuajes). Es un guerrero de las finanzas, y no miento si digo que en una sala de juntas puede ser tan brutal como los luchadores de artes marciales. Además ¡los trajes mil rayas pueden ser de lo más sexi, si la persona que los lleva tiene la espalda adecuada! Cuando lo pienso ahora, me doy cuenta de que Nick fue el principio de mi obsesión por los hombres dominantes. Su estilo de vida es completamente distinto del de los miembros de la Hermandad, pero como ellos, es un macho poderoso, que, sin embargo, nunca abre su corazón a nadie... hasta que conoce a su pareja perfecta.

En cuanto a Carter Wessex, la arqueóloga protagonista, está sacada directamente del Indiana Jones que hay en mí. Crecí viendo una y otra vez *En busca del arca perdida*, deseando poder transportarme a la jungla o al desierto con un látigo en el cinturón y un salacot en la cabeza. Cuando Carter surgió (como hacen todos mis personajes: aparecen sin más en mi cabeza, se acomodan y esperan a que los escriba), me hizo mucha ilusión porque pensé que la idea de enviarla en busca de un tesoro escondido era ALUCINANTE.

Y entonces... empecé a documentarme sobre lo que de verdad hacen los arqueólogos. Mi visión romántica de esta profesión académica no tenía ninguna base real; de hecho, demostró ser mucho menos metódica, disciplinada y, por qué no decirlo, teatral de cómo la había imaginado. La buena noticia, sin embargo, era que los arqueólogos efectivamente desentierran el pasado, buscan tesoros y, en ocasiones y por así decirlo, los encuentran. Pero, además, una vez tuve una visión más precisa de lo que hacía Carter, el personaje se hizo menos unidimensional y más creíble... y más apropiado para ser la pareja de Nick porque ambos cultivaban sus respectivas profesiones con dedicación y excelencia.

Lo que nos lleva al escenario de la historia: las montañas Adirondacks del norte del estado de Nueva York. Siguiendo el lema de «límitate a lo que conoces», tengo que decir que las montañas Adirondacks son una parte tan importante de mí que las considero mi hogar con independencia de dónde esté viviendo. De niña pasé todos los veranos allí y ahora he empezado a ir de nuevo de manera habitual. Cuando estaba escribiendo el borrador de *Corazón de oro*, sin embargo, trabajaba todo el día y me fue imposible pasar allí buena parte de julio y agosto. ¿La solución? Escribir sobre el lugar. En muchos sentidos, cuando escribía páginas sobre Nick y Wessex, me estaba tomando una especie de vacaciones, porque las imágenes y las escenas que se desarrollan en el lago y en las montañas me transportaban a donde me habría gustado estar. Pero, además, ¡qué lugar tan maravilloso para enamorarse en verano! Sé que para mucha gente una playa de arena es sinónimo de escena romántica, pero yo siempre prefiero una rama de pino fragante a una palmera.

Y ahora dos palabras sobre el argumento de la historia. En aquel momento de mi carrera como escritora todavía me esforzaba por «planificar» mis libros. Tenía muy en cuenta las convenciones de la novela romántica y estaba decidida a respetarlas; por tanto, quería escribir algo que siguiera los patrones esperados y estuviera a tono con las normas del género, porque pensaba que ir sobre seguro era la mejor manera de conservar mi trabajo. No quiero decir con esto que no me sienta orgullosa de este libro ni que crea que le falta algo. Me encanta la pareja que forman Carter y Nick, y estoy muy satisfecha de su historia. Pero hasta que no llevaba escritas tres cuartas partes del primer borrador la historia secundaria del sobrino de Nick no empezó a cobrar consistencia. Escribí una escena estupenda sobre un chico y una chica que huyen de sus padres y se refugian en el bosque: subrayaba el suspense, añadía tensión, cambiaba el tono general del libro... tenía que eliminarla.

Me he dado cuenta de que aquella fue mi primera subtrama, algo que ahora incorporo de manera habitual en mis libros de la Hermandad de la Daga Negra o de Ángeles caídos. Abrir los puntos de vista a otras personas y experiencias aporta mucho a las historias, en mi opinión, porque las hace más reales. Nadie vive en una isla, todos estamos rodeados de gente con experiencias similares a las nuestras, y creo que parte de la manera en que valoramos las cosas está en contraste o comparación a lo que viven los demás. En lo que se refiere a los libros y a contar historias, creo que las tramas secundarias bien hechas aportan profundidad y realismo.

Dicho esto, el peligro de escribir muchas historias paralelas es que se corre el riesgo de perder, o enterrar, la historia principal hasta el punto de que el lector no sabe en qué debe centrar su atención, o, peor aún, hasta que la narración se cae por su propio peso. Hace falta mucha precisión y ojo crítico para diferenciar entre lo que añade y lo que obstaculiza (y esto lo sé muy bien porque he cometido errores de este tipo). Por entonces yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Tenía la sensación de que la escena de la huida al bosque era estupenda, pero, por la manera en que fluía el resto de la historia, no terminaba de encajar. En los años siguientes, sin embargo,

adopté la costumbre de usar múltiples puntos de vista y tramas, y de combinarlos de manera equilibrada y adecuada. (Ahora que lo pienso, ha resultado divertido releer mis dos primeros libros y darme cuenta del rumbo que iba tomando mi escritura, aunque entonces no tuviera ni idea de adónde me dirigía, por así decirlo).

Espero de corazón que disfrutéis de Nick y Carter tanto como yo lo hice (y sigo haciendo). Forman una pareja estupenda, pero además este libro tiene uno de los mejores finales que he escrito EN TODA MI VIDA. Estad, por tanto, atentos a la bomba final, no os digo más.

¡Feliz lectura!

J. R. Ward
Diciembre de 2011



Capítulo 1

No soy una buscadora de oro.

Carter Wessex se pegó el teléfono a la oreja sujetándolo con el hombro mientras vaciaba una bolsa de lona en el suelo del lavadero de su casa. Las ropas que salieron estaban cubiertas de tierra, musgo y algo que parecía estar vivo.

—No he dicho que lo fueras. —El tono de voz de su amiga de toda la vida era conciliador y Carter lo reconoció al instante. Era el mismo que las había metido en más de un lío cuando eran adolescentes.

—Bueno, pues tampoco soy masoquista —contraatacó, esforzándose por ignorar lo mucho que la atraía aquella oportunidad—. El propietario de la montaña Farrell es tremendo. Ha echado a más colegas míos de esa montaña que un *pitcher* novato.

Al otro lado de la línea se oyeron risas.

—C. C., odio los símiles deportivos y además ese es malísimo.

Carter decidió ponérselo más difícil, con la esperanza de que su plan de tomarse vacaciones aquel verano no se viera frustrado por una proposición laboral imposible de rechazar.

—Pues, por lo que he oído, Nick Farrell le ha dado un nuevo sentido a la palabra misántropo y le tiene especial antipatía a los arqueólogos. ¿Sabes quién es? El tiburón de las finanzas que salió en todos los periódicos porque engañó a no sé quién en un trato de negocios. ¿Te acuerdas?

—Conozco la historia y también su reputación.

—Entonces ¿por qué me haces esto? —soltó en tono lastimero.

—Porque ya es hora de que alguien resuelva este misterio. Está sin descifrar desde 1775.

—Es un cuento de hadas, Woody.

El verdadero nombre de «Woody» era Grace Woodward-Hall. Las dos mujeres se habían conocido cuando estudiaban secundaria en un pintoresco colegio privado de Nueva Inglaterra, donde habían pasado cuatro años especializándose en ganar partidos de hockey y meter alcohol de contrabando en las habitaciones. Se habían hecho muy populares gracias a ambas cosas.

Ya adultas, mantenían una relación personal y profesional. La especialidad de

Carter como historiadora y arqueóloga era el periodo colonial. La familia de Grace gestionaba la Fundación Hall, una de las instituciones más importantes del país en cuanto a concesión de becas y preservación del patrimonio nacional. Había subvencionado varias de las expediciones arqueológicas de Carter.

—Has leído el libro del británico ese, ¿no? —El acento del Upper East Side de Grace daba a las palabras la entonación perfecta, pero no engañaba a Carter. A pesar de su exterior remilgado y fino, Grace tenía un sentido del humor bastante gamberro y una predilección por meterse en líos, rasgos ambos sobre los que se asentaba su amistad.

—¿El diario de Farnsworth? Claro que lo he leído. Todos los historiadores del periodo colonial lo tienen. Es uno más de nuestros gustos excéntricos, como las balas de mosquetón o las milicias de la guerra de la Independencia.

Carter bajó la vista y se fijó en una araña que salía de debajo de unos pantalones chinos. No le hacía gracia matar al bicho, pero tampoco lo quería de compañero de piso. Se inclinó hacia la lavadora, cogió una lata de café llena de clavos y la colocó boca abajo sobre la secadora, de manera que cubriera al arácnido.

—Entonces te preguntarás qué pasó.

—Sé lo que pasó. Un héroe americano asesinado, una fortuna en oro desaparecida y un guía indio declarado responsable. Fin de la historia.

—Me cuesta creer —dijo Grace secamente— que no te molesten todas las inconsistencias que hay en esa versión de los hechos. Alguien tiene que ir a la montaña Farrell y descubrir lo que ocurrió de verdad con la expedición Winship.

—Pero no tengo que ser yo. —Carter empezó a meter camisetas y calcetines en la lavadora con cuidado de no volcar la lata—. En realidad lo que necesitan es un investigador de fenómenos paranormales que ponga fin de una vez por todas a esa tontería del encantamiento. ¿Que el fantasma de Halcón Rojo está custodiando el oro? Por favor...

—Escucha, espectros aparte, es el proyecto perfecto para ti. Eres especialista en ese periodo y ahí, en mitad de la nada, hay un trozo de historia esperando a que tú lo descubras.

—Acabo de volver de una excavación —gimió Carter—. Tengo kilos de mugre debajo de las uñas, necesito una cura de sueño y sé de buena tinta que en esta época del año en las Adirondacks hay unas moscas negras del tamaño de murciélagos.

Lo sabía porque en Green Mountains, Vermont, también las había, y en cantidad. Miró por una ventana con mosquitera y vio un alegre día de junio que la invitaba a salir, pero Carter no se dejó engañar. Aquella misma mañana la habían acribillado en el jardín.

—¿No tienes curiosidad por saber lo que pasó con el oro?

—Tanta como por quién es de verdad el Ratoncito Pérez. Enséñame alguna prueba de que existe un roedor que se dedica a coleccionar dientes de niño y creeré que hay un tesoro en esas montañas.

—Venga ya, ese oro no puede haberse esfumado así como así. ¿Y qué pasó con los restos de los hombres que murieron?

Carter apoyó una cadera contra la lavadora.

—Los colonos rebeldes no se habrían atrevido a transportar toda esa fortuna llevando con ellos a un prisionero británico loco. Se exponían a una emboscada. Lo único sorprendente es que fuera Halcón Rojo quien los atacó. Si el oro no lo cogió uno de los agresores, entonces es que alguien lo encontró y tuvo cuidado de mantener la boca cerrada. ¿Tú sabes cómo es de grande el parque nacional de las Adirondacks? Encontrarlos sería tan difícil como ganar la lotería.

Carter miró de reojo la lavadora. El contacto del agua con toda aquella porquería daría sin duda como resultado un baño de barro de alguna clase, pero todavía había sitio para meter algo más. Se agachó para coger otro par de chinos.

—¿Te he dicho ya que tenemos huesos? —dijo Grace con su acento de clase alta—. De una excavación idéntica a la que describe Farnsworth en su diario.

Carter se enderezó rápidamente.

—¿Huesos? ¿Qué tipo de huesos? ¿Dónde los han encontrado?

La satisfacción de Grace se percibía alto y claro desde el otro lado del teléfono.

—Los encontró Conrad Lyst en la montaña Farrell.

Al oír el nombre de aquel hombre Carter apretó al mandíbula.

—Esa rata. Ese asqueroso...

Soltó solo un par de improperios más, eso sí, muy gráficos, y los acompañó de un sustantivo de lo más rebuscado.

—¿Has terminado? —le preguntó su amiga divertida.

—Pues no. Es que me sorprende que ese tipo sea capaz de encontrarse el trasero dentro de los pantalones. Y si por un casual lo consiguiera, lo siguiente que haría sería sacarlo a subasta.

—Dejando a un lado las rivalidades profesionales...

—Esa apisonadora no tiene nada de profesional. Es un saqueador y un ladrón.

—Eso no te lo voy a discutir, pero ha encontrado un fémur y parte de un brazo. Los hemos examinado aquí, en Boston, y son de ese periodo.

—Eso no quiere decir que sean de...

—Los encontraron junto con un crucifijo.

Carter se olvidó de la colada.

—¿Tenía alguna inscripción?

—Winship, 1773. Aún no lo hemos terminado de analizar, pero parece auténtico.

El reverendo Jonathan Winship había estado al mando de los colonos que formaban la escolta del general. Era uno de los hombres muertos en la montaña.

A Carter empezó a latirle con fuerza el corazón.

—Entonces ¿qué me estabas diciendo de una expedición en busca del Ratoncito Pérez?

• • •

Media hora más tarde habían resuelto los detalles de una beca de investigación y, aunque la colada seguía sin hacer, la araña había sido cuidadosamente puesta en libertad. Después de pasear el teléfono por toda la casa, Carter terminó sentada en la cocina, delante de la mesa donde solía desayunar mientras la bañaba la luz del sol.

—Sigo sin entender por qué os enseñó Lyst la cruz —dijo—. No es su estilo. Cuanta más gente sepa de su existencia, más difícil le será venderla en el mercado negro.

—Dice que quiere una beca. No se la vamos a dar, claro. Si desenterrara algo, se guardaría todo lo de valor y el resto lo arruinaría para que no pudiese ser estudiado.

Carter bufó con desdén.

—Alguien debería quitarle la pala a ese hombre y yo le diría dónde metérsela. Lo que no me explico es de dónde sacó el permiso para excavar en esa montaña.

—No lo obtuvo. Se coló y, como sabes, la idea de Farrell de una cesta de bienvenida no consiste precisamente en bizcocho de calabacín y limonada. Lyst dice que un guardés enfurecido le persiguió con un arma y estuvo a punto de matarlo.

—Pues es una pena que no lo consiguiera.

—En todo caso asustó a Lyst, y quizá por eso este acudió a la fundación. Seguramente piensa que una beca Hall le dará credibilidad cuando vuelva a intentarlo.

—¿Quiere volver?

—Ya conoces a Lyst. No tendrá escrúpulos, pero es tenaz. Por eso tienes que hablar con Farrell cuanto antes. Sé dónde tiene su residencia de verano en el lago Sagamore y no debe de estar a más de una hora de tu casa. Me he enterado de que en esta época del año pasa allí los fines de semana. Acércate este sábado y pídele permiso para excavar.

—¿Y qué te hace pensar que a mí me va a tratar mejor?

—Pues que le vas a pedir permiso. Y que tienes las piernas más bonitas que Lyst. En todo caso, ¿tu padre no conoce a Farrell de su círculo de negocios?

—Para el carro ahora mismo —Carter se puso rígida mientras se le llenaba la boca de bilis.

Grace no tardó en mostrar su arrepentimiento.

—Lo siento, C. C. No quería...

El uso del antiguo diminutivo le recordó a Carter todos los años que Grace y ella llevaban siendo amigas e inspiró profundamente en un intento por deshacerse de la ira que se apoderaba de ella cada vez que oía el nombre de William Wessex. Tardó un momento en poder responder.

—Si voy, no pienso usar a mi padre de gancho —pronunció la palabra «padre» como si fuera un insulto.

—Pues claro que no. No debería haber sacado el tema.

Después de colgar, Carter fue al porche trasero. Arriba, las montañas se alzaban imponentes, tiñendo el cielo azul brillante con sus verdes cornisas. Había comprado aquel terreno y el granero en ruinas que venía con él solo por las vistas. Le había llevado dos años convertir aquel edificio medio derruido en un espacio habitable, pero ahora que estaba terminado no estaba segura de qué le gustaba más, si la casa o el paisaje que la rodeaba. Era una lástima que no dedicara más tiempo a disfrutarlos.

Arqueó el cuello y dejó que el sol le calentara las mejillas. A su alrededor, las hojas de los chopos centelleaban en la brisa y a lo lejos se oía el *chi-chi-ui-ui* del mirlo de alas rojas. Si escuchaba con atención, incluso distinguía el rumor del arroyo que discurría en el límite de la propiedad.

Respiró despacio e intentó contagiarse de la calma que la rodeaba.

¿Cuándo dejaría de estremecerse al oír el nombre de su padre? ¿Cuándo dejaría atrás el pasado?

Habían transcurrido ya dos años.

Abandonó el paisaje esplendoroso y subió al piso de arriba. En lo que antes había sido el henil del granero estaban ahora su despacho y su dormitorio. Aquel espacio alargado y rectangular era el que más le gustaba de toda la casa, una zona diáfana con paneles de madera de pino en las paredes y ambos extremos rematados con ventanas panorámicas.

La mesa, el ordenador, proyectores de diapositivas y libros de consulta presidían la estancia. En las amplias paredes había puesto estanterías que estaban atestadas con publicaciones, algunas de las cuales había escrito ella misma. Eran los libros que más utilizaba, y los que no tenía allí podía consultarlos en la Universidad de Vermont, en el vecino Burlington. Llevaba ya casi tres años trabajando allí como profesora asociada y contaba con un despacho propio en el campus.

Aunque le gustaban mucho sus alumnos, Carter prefería hacer su trabajo de investigación en casa. Había pasado muchas noches en vela en su santuario de madera de pino, concentrada en encontrar un sentido a las pistas que la historia dejaba atrás.

Aquellas noches, cuando estaba demasiado cansada para mantener los ojos abiertos, se acostaba en una cama pequeña colocada contra un rincón, una concesión a las necesidades de descanso de su cuerpo. Tampoco faltaban notas a pie de página en forma de efectos personales. En un vestidor tenía escondido un armario lleno de pantalones, una cómoda con camisetas y sudaderas y un cuarto de baño pequeño con plato de ducha y lavabo, pero sin bañera. En las ventanas no había cortinas, ni tampoco alfombras en el suelo de pino.

Para Carter, aquel altillo reflejaba sus prioridades en la vida. El trabajo era lo primero. Le seguía, a mucha distancia, la vida personal.

Pasó junto a su escritorio con expresión sombría, fue hasta la cómoda y abrió un cajón. Rebuscó entre las camisetas hasta encontrar la caja de cuero negro que

buscaba.

Maldito sea, pensó mientras la abría.

Sobre un lecho de satén descansaba una esmeralda colombiana colgando de una cadena de diamantes. Era un regalo ridículo, uno más de los muchos intentos de su padre por comprar su cariño. La caja había llegado la semana anterior, por Federal Express, en la víspera de su veintiocho cumpleaños.

Y ahora tenía que deshacerse del regalo de su padre. Otra vez.

Siempre le enviaba joyas. Por su veintisiete cumpleaños habían sido unos pendientes de perlas y diamantes abrumadoramente grandes. Carter los había subastado y donado el dinero al hospital municipal. Por su veintiséis cumpleaños había sido un anillo con un rubí del tamaño de una canica. Lo había vendido a un joyero y los beneficios habían ido a parar a la compra de ordenadores para la escuela primaria.

Y ahora una esmeralda.

Quizá al pueblo le viniera bien otra ambulancia. O dos.

Los regalos por su cumpleaños eran un horror, pero en Navidad era peor. Su padre le enviaba relojes. Todos los años. Siempre eran caros y de oro, en ocasiones con incrustaciones de diamantes o de otras piedras preciosas. Carter siempre donaba el dinero que obtenía por ellos a una casa de acogida de mujeres.

Pasó los dedos por la esmeralda y observó cómo sus hermosas facetas capturaban la luz mientras se preguntaba por qué pensaría su padre que ella se pondría un collar así. La última vez que se marchó de casa abandonó también el estilo de vida en el que había sido criada y su padre lo sabía. En un solo día, el día en que su madre murió, Carter pasó de ser una joven que salía en los ecos de sociedad a una proscrita voluntaria. El autoexilio significaba que los bailes de gala eran parte de su pasado, lo mismo que su padre, y cada mañana al despertarse daba gracias porque así fuera.

Pasó el dedo por la cadena de diamantes y miró cómo relucía.

Para su vida actual le resultaba más útil una tienda de campaña que una *suite* palaciega, un bote de repelente de insectos que de laca para el pelo, una brújula que llevar al cuello que una esmeralda. Le encantaba la sencillez de su vida. Era libre de entregarse a su pasión por la historia y se había forjado una carrera académica de prestigio. Le encantaba su vida.

Casi siempre.

En ocasiones, cuando no estaba muy ocupada y tenía tiempo para pensar, se sentía sola. Tenía pocos amigos. En cuanto a familia, era hija única y su prima más cercana, A. J., vivía lejos y estaba muy ocupada con el mundo de la hípica. Y además acababa de casarse.

Carter se preguntó si ella tendría su propia pareja alguna vez.

La respuesta más inmediata era no. Trabajaba a todas horas, así que no le quedaba tiempo para salir con hombres, aunque, para ser sincera, no creía que disponer de más tiempo libre fuera a resolver el problema. Además, el fantasma de la tragedia familiar

la seguía a todas partes. Con la traición de su padre siempre presente, le resultaba imposible imaginarse confiando algún día en un hombre.

Todo lo cual no era precisamente terreno abonado para conocer a su príncipe azul.

Cerró la caja y la metió en el cajón. Tenía cosas más importantes que hacer que pensar en lo que no estaba en su mano cambiar.

Para alguien que había hecho de indagar en el pasado su profesión, Carter estaba decidida a no perder tiempo con el suyo. Vivía el presente e intentaba no pensar en todo lo que había dejado atrás. Y lo conseguía, excepto cuando aparecían regalos a la puerta de su casa. Dos veces al año se veía obligada a enfrentarse con las sombras del pasado y odiaba aquella intrusión, se la llevaban los demonios con la obstinada persistencia de su padre. Deseaba que dejara de pretender que tenían un vínculo más allá del estrictamente biológico y sentía la tentación de decirle que dejara de enviarle cosas.

El problema era que no soportaba la idea de hablar con él.

Se detuvo en el centro de la habitación y pasó la vista por sus libros y diapositivas, sus papeles y sus apuntes con proyectos. Se recordó a sí misma que estaba sola. Que era libre.

Y por alto que fuera el precio de no vivir una mentira, merecía la pena pagarlo.

Se dirigió a su mesa con la intención de llamar a su colaborador habitual, Buddy Swift, y decirle que tenían un nuevo trabajo. Otra excavación, otro *bolo*, así los llamaban. Los dos habían trabajado juntos en muchos proyectos y la mujer de Buddy, Jo-Jo, y su hija, Ellie, a menudo los acompañaban en las expediciones. Los Swift, que vivían en Cambridge, Massachusetts, eran lo más parecido que tenía Carter a una familia y la razón por la que no pasaba las fiestas cenando sola en casa frente al televisor.

No llegó al teléfono porque la distrajo su reflejo en el espejo del cuarto de baño. La mujer que la miraba tenía una melena oscura larga y brillante, ojos azul hielo y una tez clara que ahora estaba ligeramente bronceada.

Carter se miró furiosa. Desde el aciago día en que murió su madre, cada vez que se miraba en el espejo veía a su padre. Por el amor de Dios, si es que tenían el mismo color de piel, la misma estructura ósea, idéntica dentadura.

En el día a día era capaz de no pensar en cómo el egoísmo y la infidelidad de su padre habían destruido su familia. Podía simular que era huérfana, que estaba sola en el mundo y liberarse del yugo de los acontecimientos que todavía la hacían despertarse muchas noches empapada en un sudor frío. Excepto cuando el temido repartidor de FedEx se presentaba en su casa dos veces al año, por lo general conseguía olvidarse de ello.

Pero los espejos eran siempre un problema, incluso en su propia casa. No había querido poner ninguno, pero antes de que pudiera decírselo a los contratistas, estos ya los habían colgado en los cuartos de baño.

Mientras se volvía se preguntó si sería muy difícil arrancarlos de la pared.

• • •

Nick Farrell dejó despacio en la mesa el documento legal que había estado revisando. Estaba más que contrariado. Muy irritado, podía decirse.

—Cort, esto ya lo hemos hablado.

Pero Cortland Farrell Greene, su sobrino de dieciséis años e hijo adoptivo, estaba decidido a pelear. Se inclinó hacia delante y apoyó ambas manos en la mesa de Nick, exudando furia. El hecho de que tuviera el pelo en mechones de punta contribuía al efecto buscado.

—No hemos hablado de nada. Tú has decidido algo, pero yo no participé en absoluto en esa decisión.

Nick inspiró profundo. Cuando comprobó que no le servía de nada, lo intentó de nuevo.

—No voy darte permiso para hacer un viaje de seis semanas en coche campo a través con los hermanos Canton. Están en la universidad...

—Lo que significa que son personas responsables.

—Jugar a beber chupitos de Jägermeister hasta que alguien se desmaya en uno de los jardines de su padre no es ser responsable.

Su sobrino le sostuvo la mirada.

—¡Solo pasó una vez! Y eso no quiere decir que sean malas personas.

—¿Y qué me dices de cuando decidieron jugar a los ladrones y robaron un coche?

Su sobrino apartó la vista.

—Buscar al ladrón que hay en tu interior no es una virtud —dijo Nick secamente—. Sino un delito.

Cort se puso recto y cruzó los brazos delante del pecho. Parecía estar buscando una nueva estrategia de ataque.

Nick esperó y no le sorprendió cuando el joven volvió a mirarle a los ojos.

—Crees que puedes ponerme reglas solo porque mi madre... —Pero no terminó la frase. Se quedó en silencio y dejó que el pasado flotara entre los dos.

—¿Porque tu madre me puso a cargo de tu bienestar, quieres decir?

—Porque me heredaste como si fuera una propiedad. Si quieres que te diga la verdad, nos la jugó a los dos.

Nick se pasó una mano por los cabellos oscuros.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. Tú me tienes que soportar a mí y yo a ti.

—Yo no tengo que soportar a nadie. Somos familia, lo que quiere decir que estamos juntos para lo bueno y para lo malo.

—¡Venga ya! —Cort hizo un gesto hostil en dirección a la mesa—. Tu familia son esos documentos. Lo que más te importa son tus empresas y tus negocios. Nuestras únicas conversaciones consisten en que tú me dices que no puedo hacer algo. Solo pasamos tiempo juntos cuando tienes que llevarme al médico. ¿Por qué no dejamos

ya el rollo de la familia feliz? No necesitas mi fondo fiduciario. Para ti es calderilla. Podrías mandarme fuera...

—Yo no renuncio a mis responsabilidades.

—Pues igual deberías empezar a hacerlo.

Nick se masajeó las sienes sintiéndose como si le estuvieran estirando la piel de la frente.

Cuando Cort se fue a vivir con él, cinco años atrás, después de que sus padres murieran en un accidente de avión, estar con él se le había hecho muy raro por lo mucho que le recordaba a su madre, su querida hermana Melina. Cort tenía los ojos brillantes y la inteligencia despierta de esta, y verle la cara continuamente había sido para Nick un ejercicio de tormento y tortura. Un triste recordatorio de que nunca le había hecho saber a Melina lo mucho que ella significaba para él. Se había jurado que no ocurriría lo mismo con su hijo, pero las cosas no estaban saliendo todo lo bien que había esperado.

Al principio los dos lo habían pasado muy mal y Nick se había sentido incapaz de sobreponerse a su dolor, y mucho menos de ayudar a su sobrino a hacerlo. Cuando la pena cedió en intensidad, el esfuerzo diario que suponía dirigir numerables empresas e inversiones se convirtió en un gran inconveniente. Los extensos negocios de Nick le obligaban a pasar mucho tiempo en su avión privado y en su sala de juntas. Tratar de conciliar las exigencias del trabajo con las de Cort le había supuesto el mayor esfuerzo de toda su vida.

Y además, no sabía nada sobre cómo educar a un niño. Sus padres llevaban años muertos y la gente con la que trataba normalmente estaba versada en el Standard & Poor's 500 y en el Dow Jones y no en qué se hace con un niño que llora sin parar porque ha perdido a sus padres.

Había intentado documentarse para propiciar un acercamiento. Había leído libros, hablado con psiquiatras, incluso ido a terapia. Había buscado con desesperación un índice o un gráfico que le enseñara cómo gestionar una relación padre-hijo, pero no lo había encontrado. No existía una tabla cuantitativa que te dijera cuándo ser severo y cuándo permisivo. Cuándo hay que dejar que un niño aprenda solo y cuándo necesita protección.

La enfermedad del chico había sido una complicación añadida. La diabetes infantil que limitaba muchas de las actividades de Cort había sido la causa de innumerables desavenencias. Últimamente las discusiones parecían no cesar nunca, pero Nick estaba decidido a no renunciar a un acercamiento. Aparte de tomarse en serio la responsabilidad que su hermana había puesto en sus manos, opinaba que Cort era lo más parecido a un hijo que iba a tener nunca. Las mujeres tendían a fijarse solo en su billetera cuando le buscaban y él no tenía intención alguna de hacer realidad los sueños de una aspirante a millonaria.

Se centró en su sobrino. No sabía qué hacer con él y al mismo tiempo no imaginaba su vida sin él.

—Lo siento, pero no puedo dejarte ir.

Cort no perdió un segundo en contestar.

—Entonces quiero pasar el verano haciendo senderismo en los Apalaches.

Nick se tragó un improperio e hizo todo lo posible por no dar rienda suelta a su irritación.

—Sabes que tampoco puedo darte permiso para eso.

—¿Por qué? —La voz de Cort subió en intensidad.

—Ya lo sabes.

—¡No soy un inválido!

—Sería demasiado para ti.

El chico empezó a temblar de furia.

—¿Y cómo voy a saberlo si no lo intento? ¿Cómo voy a saber lo que puedo y no puedo hacer si me tienes siempre encerrado? Me voy a volver tarumba si me paso aquí tres meses.

Nick decidió volver a tragarse el improperio. Tenía que escoger sus batallas para dosificar fuerzas.

—No te vas a volver loco y sabes muy bien que no debes correr esa clase de riesgos.

—¡Nunca me dejas hacer nada! Tú viajas por todo el mundo...

—No es negociable —le cortó Nick, tajante.

—Pero el médico dijo...

—No.

Cort le miró furioso y se revolvió el pelo, deshaciendo alguno de los mechones en punta. Cuando Nick se limitó a devolverle la mirada, Cort cedió con un resentimiento más que palpable.

—Muy bien, como tú quieras —murmuró—. Me quedaré aquí pudriéndome todo el verano mientras todos los demás viven la vida.

—No vas a estar solo.

—¿Ah, no? —Había un atisbo de desconfianza en la voz de Cort.

—He decidido trabajar desde aquí este verano, en lugar de en la ciudad.

Nick sonrió irónico al ver la expresión de su sobrino. Era un verdadero poema, como si alguien le hubiera dejado caer una sartén caliente a los pies.

—Pero no puedes. Tienes tus negocios y...

—¿Has oído hablar de las videoconferencias y del fax? Es increíble lo que puede aportar la tecnología a la vida de las personas.

—¡Este verano va a ser un asco!

—¿Tu vida es insoportable si te quedas aquí solo y también si no lo haces?

—Prefiero estar solo que contigo.

Colt salió del despacho como una exhalación y dio un portazo que hizo temblar los paneles de madera de las paredes.

Nick negó con la cabeza, sintiéndose viejo. Había esquivado las maquinaciones

de algunos de los hombres más despiadados de Wall Street, había ideado transacciones financieras que habían revolucionado el mundo de las fusiones y adquisiciones, había asesorado a presidentes, por el amor de Dios.

Pero diez minutos en una misma habitación con Cort bastaban para hacerle sentir tonto de remate.

Se levantó de la silla de piel y fue hasta los ventanales que daban al lago. Empezaba a notar los síntomas de una jaqueca, le dolía la espalda porque había volado desde Japón la noche anterior y tenía la molesta sensación de que se le había olvidado algo importante. En un esfuerzo por evitar las seis horas de dolor y náuseas que le produciría la jaqueca, se metió dos pastillas debajo de la lengua y se masajeó la nuca mientras se deshacían.

A su espalda, alguien llamó con suavidad a la puerta.

—Adelante —dijo sin volverse.

De inmediato supo quién había entrado en su despacho. Podía oler su perfume, una carísima fragancia francesa que Nick detestaba. Era demasiado dulce y se le adhería al interior de las fosas nasales, empeorando la migraña.

Nick se giró y miró a Candace Hanson, su novia desde hacía seis meses, cruzar el despacho. Una sonrisa plácida animaba su bonito rostro, y llevaba la melena rubia que le llegaba hasta los hombros peinada en un estilo informal tipo vacaciones en el lago. Los pantalones cortos blancos de lino y la camisa a juego eran perfectos para un partido de tenis que nunca jugaría y las deportivas resplandecían de nuevas, como recién salidas de la caja.

Impecable como siempre, pensó Nick mientras la miraba sin sentir nada.

Su relación era de pura conveniencia social, con escasos momentos de intimidad, aparte del sexo. Era todo lo que Nick quería, pues no disponía de tiempo para más, y hasta hacía poco Candace se había atenido a las reglas. Nunca le presionaba, siempre estaba disponible cuando Nick quería verla y era una buena anfitriona de sus fiestas. Sin embargo, se avistaban problemas en el horizonte. Últimamente Candace se había aficionado a incluir la palabra «boda» en su vocabulario y eso significaba que sus días con Nick estaban contados.

Se sentó en la silla situada frente a la mesa de este, cruzó las piernas con modestia y colocó las manos en el regazo.

Nick gimió. Cada vez que Candace se sentaba sabía que tocaba un repaso del calendario social de más de cinco minutos de duración.

—Quiero asegurarte —dijo Candace con su habitual tono remilgado— que lo tengo todo listo para mañana por la noche.

Aquel anuncio vino seguido de una ancha sonrisa que no le iluminó los ojos. Aunque le brillaban los dientes de un alegre color blanco y los labios adoptaban la forma correcta, algo faltaba en aquella disposición de los rasgos. De hecho, había algo claramente inexpresivo en su cara. Al principio a Nick esto le había intrigado, le había hecho preguntarse qué habría detrás de la máscara. Pero a medida que conocía

mejor a Candace había empezado a sospechar que lo más interesante que tenía que ofrecer era su aspecto exterior.

—¿Qué pasa mañana por la noche? —Nick cruzó los brazos delante del pecho.

—Nuestra fiesta, cariño —murmuró Candace—. Para recaudar fondos para el teatro de la ópera.

Nick parpadeó. La migraña cobraba intensidad y agujereaba su visión hasta que Candace se perdió en un mar de puntos negros.

—Tenemos cincuenta invitados a cenar —le dijo esta con voz amable.

Así que aquello era lo que se le estaba olvidando.

Sonó el teléfono de su mesa.

Molesto, Nick se preguntó quién querría importunarle ahora y decidió que más le valdría darse prisa. En diez minutos iba a estar fuera de juego.

—Perdona —le dijo a Candace sabedor de que esta esperaría. Descolgó el teléfono y cuando oyó quién le llamaba se lo apoyó en un hombro y se volvió hacia a Candace—. Luego seguimos hablando.

Candace se puso en pie y sonrió serena.

—Yo encantada, pero no te preocupes. Me he ocupado de todo.

—Estoy seguro.

Salió y cerró la puerta a su espalda sin apenas un sonido.

Candace era un fantasma, pensó Nick. Alguien que pasaba flotando por la vida, sin tocar nada ni a nadie.

—¿Señor Farrell? —repitió la voz al otro lado de la línea.

—Sí —dijo Nick tratando de mirar su reloj. Lo situó dentro del área de su campo de visión que aún funcionaba y decidió que tenía cinco minutos antes de que el dolor le asestara el martillazo definitivo.

—Le pongo con el señor Wessex.

—Nick, ¿cómo estas? —dijo la voz.

—Muy bien —contestó Nick mientras se dejaba caer en la silla—, pero un poco ocupado.

Iba a empezar a vomitar de un momento a otro.

—Lo entiendo perfectamente. —La voz de Wessex tenía la elegante resonancia del dinero, del poder y del linaje aristocrático—. Solo llamaba para ver qué tal va nuestra pequeña transacción.

La pequeña transacción era el acuerdo de negocio cuyos documentos Nick había estado revisando cuando Cort había irrumpido en su despacho con su último berrinche. Era un negocio por valor de mil millones de dólares y un ataque conjunto a un enemigo que Nick estaba decidido a aplastar.

—A ver qué te parece —dijo con la boca seca por el dolor que empezaba a apoderarse de él—. Mañana organizo una cena en casa. ¿Por qué no vienes? Puedes volar a Albany y coger una limusina en el aeropuerto. Tenemos bastantes invitados, pero seguro que tú y yo encontramos un momento para discutir los detalles.

—Qué detalle por tu parte. Dime, ¿cuándo vais a anunciar la boda tú y la encantadora Candace?

A Nick le vinieron dos palabras a la cabeza: *ni muerto*.

—Entonces, ¿mañana puedes? —dijo esquivando la pregunta.

—Por desgracia no. Voy a estar hasta fin de mes en Sudamérica y antes tengo que solucionar muchas cosas aquí en la ciudad. Mis abogados me tendrán localizado en todo momento, por supuesto, pero imagino que no podremos poner en marcha la operación Emboscada hasta mi regreso.

Nick empezó a temblar con un sudor frío.

—Eso parece —farfulló a destiempo—. Que tengas buen viaje.

De alguna manera se las arregló para colgar el teléfono y cojear hasta el sofá arrastrando con él una papelera. Se tumbó de espaldas y se llevó un brazo a la frente para proteger los ojos de la luz del sol que inundaba la habitación.

¿Por qué no habrían construido sus antepasados su residencia de verano en una cueva?

El dolor era ardiente y le recorría la cabeza como fuego, palpitando al compás de su corazón. Distintas imágenes bailaban en su cabeza, alucinaciones producidas por la migraña y la medicación. Intentaba encontrarle sentido a aquel *collage* cuando alguien le levantó el brazo y le puso una bolsa de hielo en la frente.

—Gertie —gimió—. ¿Cómo puedes saberlo siempre?

La mujer mayor rio en silencio y Nick la escuchó moverse de un lado a otro corriendo las cortinas.

—Lo sé y punto.

Cuando volvió a donde estaba Nick, este abrió los ojos un resquicio y vio la cara áspera, arrugada y hermosa de la mujer que le había criado. Gertie McNutt había estado toda su vida con los Farrell, lo mismo que su madre antes que ella, y antes de esta su abuela. Había habido un miembro de su familia trabajando en las tierras de los Farrell desde que estos eran propietarios.

Bajó la mano y le acarició el pelo.

—Odio esto —dijo Nick, su voz profunda extrañamente débil en el aire quieto.

—Lo sé, pichón —murmuró Gertie—. Pero enseguida se pasa.

—Ya, pero mientras tanto es un horror.

Se quedó un rato más y luego le dejó solo con su dolor y en la oscuridad. No había nada más que pudiera hacer por él. Nick y solo Nick tenía que soportar la tempestad.

Suerte que soy un tipo duro, pensó Nick mientras otra oleada de dolor se apoderaba de él.

Le vino una arcada y se volvió para coger la papelera. Lo último que hizo antes de perder el conocimiento fue vomitar el almuerzo que le había preparado Gertie.



Capítulo 2

Al día siguiente Carter cogió el transbordador que cruzaba el lago Champlain hasta el estado de Nueva York. Primero tenía intención de visitar la excavación de un colega en el fuerte Sagamore y a continuación iba a convencer a Nick Farrell de que le permitiera cavar hoyos en su montaña. Después de pasar un par de horas en el fuerte, siguió las indicaciones que le había dado Grace y condujo unos pocos kilómetros hacia el sur hasta que vio dos columnas de piedra a ambos lados de la carretera. Pasó entre ellas con el Jeep y enfiló un camino de grava flanqueado por castaños.

Cuando la mansión se le reveló en todo su esplendor, Carter contuvo el aliento. Situada en lo alto de un promontorio, enmarcaban la propiedad un lago y la mole imponente de la montaña Farrell. No estaba segura de qué era más impresionante: la casa, las relucientes aguas o la presencia majestuosa de la montaña.

Aparcó y bajó del coche, decidida a echar un vistazo. El sendero de grava por el que había entrado trazaba una circunferencia delante de la mansión y de él salía otro camino que, supuso, conduciría a la entrada de servicio.

La residencia de vacaciones de Farrell era un ejemplo sublime del estilo federal, un palacio blanco con postigos negros y una fachada elegante y formal. Del cuerpo central salían dos alas laterales, lo que probablemente quería decir que tenía espacio para alojar a un ejército entero. Después de perder la cuenta del número de puertas y ventanas, Carter supuso que desde cada habitación se escucharía el rumor de las olas rompiendo contra la orilla del lago y el susurro de la brisa de verano.

Miró hacia el lago y sonrió al ver un cenador hexagonal, un rincón de lo más apetecible donde pasar un tarde sin hacer otra cosa que leer. También estaba pintado de blanco, pero tenía un tejado rojo de asfalto y detalles curvos e intrincados en los aleros. Más abajo había un embarcadero del mismo estilo color jengibre a la orilla del lago y, muy cerca del muelle, un velero cabeceando en las suaves aguas. A la izquierda había una pista de tenis y un set de cróquet adornaba la explanada lateral de césped, listo para jugar.

Como un campamento de verano, pero para ricos, pensó Carter con ironía. Borgoña reserva en lugar de zumo de bichos para desayunar y cuartos de baño

individuales.

Al volverse hacia la casa reparó en una pradera con flores silvestres llena de biznaga, vara de oro y hierbas altas. La extensión, de menos de una hectárea, terminaba en un bosque de pinos, abedules y chopos que alfombraba la falda de la montaña.

Carter supuso que por la noche aquel lugar se llenaría de luciérnagas. Igual que su casa.

De repente la paz del lugar se hizo añicos. Con un estruendo y salpicaduras de grava, una furgoneta entró por el camino y estuvo a punto de arrollarla.

En la fracción de segundo que le llevó apartarse, Carter leyó el nombre de un catering que recordaba de los tiempos en que hacía vida social en Nueva York. Mientras tosía por el polvo se preguntó qué haría en aquella parte del estado y vio cómo se reunía con otras furgonetas cerca de la entrada de servicio de la casa. Al contrario que el resto de la propiedad, que exudaba serenidad, allí había personas corriendo frenéticas de un lado para otro y transportando cosas pesadas. A Carter le sorprendió no haberse fijado antes en el barullo.

Toda aquella actividad la sacó de su abstracción. Caminó hacia la casa y subió a saltos los relucientes escalones negros de la entrada. Una vez allí se encontró un llamador de bronce del tamaño de un balón de fútbol. Levantó la cabeza de león y la dejó caer. El sonido resultante fue como un trueno que la sobresaltó.

Un ruido como aquel podría despertar a un muerto. Carter se preguntó si Farrell tendría un mayordomo como el de la familia Addams para atender la puerta.

Mientras esperaba inspeccionó los dos perros de cerámica color blanco que flanqueaban la entrada. Sus ojos color ámbar tenían la mirada fija en algún punto distante, atemporal y aparentemente cautivador, y estaban en perfecta condición, lo mismo que el resto de la propiedad. Eran antiguos, así que supuso que los habría comprado algún antepasado de Farrell.

Entonces oyó algo que se acercaba desde arriba y Carter levantó la vista justo cuando un magnífico halcón colirrojo bajaba desde el cielo azul y se posaba en la rama de un árbol situada justo encima de su cabeza. El pájaro se atusó las plumas con un mínimo esfuerzo y se puso a mirar a Carter, como si esperara a verla entrar en la casa.

Qué raro, pensó esta con un escalofrío.

Dudaba de si debía atacar de nuevo la cabeza de león cuando se abrió la puerta. En el umbral no estaba el mayordomo de la familia Addams, sino algo peor.

Carter había visto expresiones más cordiales en un oscuro callejón de noche.

La mujer rubia que la miraba parecía una Miss Universo de clase alta. De pie en la entrada de la mansión transmitía esa suerte de inhospitalidad elegante que solo los privilegiados dominan.

Y que Carter conocía bien.

—He venido a ver al señor Farrell —dijo con voz segura y perentoria, y la mujer

pareció sorprendida.

—¿Perdón?

Era interesante comprobar cómo el tono de voz adecuado podía convertir las palabras más corteses en un insulto, pensó Carter.

—El señor Farrell —repitió despacio—. He venido a verle.

Los ojos llenos de desaprobación la recorrieron de arriba abajo: el pelo, que llevaba recogido en una coleta, los brazos desnudos, los pantalones cortos ajustados y las deportivas desgastadas. Cuando los témpanos de hielo color azul regresaron al rostro de Carter, su mirada era aún más gélida.

—No creo que la esté esperando.

Como si estuviera hablando de un camión de estiércol.

—Si le puede decir...

—Por fin has llegado —dijo una voz, y apareció una mujer mayor secándose las manos en un delantal de cuadros. Tenía el pelo blanco y lo llevaba recogido detrás de la cabeza, dejando ver una cara arrugada y bronceada. Aunque se dirigía a Carter, tenía la mirada puesta en otra parte, en algo situado a su espalda. Curiosa, Carter se volvió y vio al halcón colirrojo saltar de su rama, batiendo las alas en el aire mientras se alejaba volando.

Con un nuevo escalofrío, Carter recordó las distintas leyendas sobre las visitas de Halcón Rojo a aquella montaña. Ahuyentó un mal presentimiento y se dio la vuelta.

—Creí que te había dicho que las camareras tienen que entrar por la puerta de atrás —soltó la rubia con altiva autoridad.

—Desde luego que sí.

La respuesta tenía un tono displicente y Carter supo exactamente quién mandaba allí. Desde luego no era la rubia que le había abierto la puerta.

—Si no te importa —le dijo la mujer mayor a Carter con tono cortés—, mueve el coche y reúneme conmigo en la entrada de servicio.

Carter asintió. Cuando se encontraron de nuevo en medio del alboroto de la cocina, la mujer se presentó.

—Soy Gertie McNutt. Llevo esta casa.

—Carter Wessex.

Se dieron un enérgico apretón de manos.

—La cena se servirá a las siete y media, pero a partir de las seis tendrás que empezar a pasar los aperitivos. Los uniformes están aquí. ¿Qué talla tienes?

Carter frunció el ceño por la confusión.

—No soy camarera. He venido a ver al señor Farrell.

Los ojos castaños que la miraban se entornaron con recelo.

—¿Sobre qué?

—Soy arqueóloga y...

La mujer empezó a negar con la cabeza.

—No le gustan demasiado los arqueólogos.

—Eso he oído. Solo quiero pedirle permiso para excavar en la mont...

—No le gusta que nadie excave allí.

Carter inspiró profundamente.

—Eso también lo he oído. Pero si pudiera pedirle...

—No le gusta que le pidan.

Carter no pudo evitar poner los ojos en blanco, irritada.

—¿Y hay alguna cosa que le guste? ¿O tiene tan mal carácter como se dice por ahí?

Cerró la boca, sonrojada. Genial, pensó. Acababa de insultar a Farrell delante de su empleada cuando intentaba ver al hombre sin haber concertado cita previamente.

—Siento la salida de tono —murmuró.

Hubo una pausa mientras Carter era sometida a examen. Mientras esperaba a que la expulsaran de la propiedad sin contemplaciones, se preguntó si también llamarían a la policía.

En lugar de ello la mujer sonrió.

—Vamos a hacer una cosa. Le voy a conseguir veinte minutos para que compruebe por usted misma si es tan horrible. Si está tan loca como para intentarlo, ¿por qué negárselo? Además, la manera en que la va a echar a usted de aquí será sin duda mucho más interesante y original de la que se me ocurriría a mí.

Carter le dirigió una sonrisa gélida con la sensación de haberse presentado voluntaria para una sesión de tortura.

—Gracias.

Se tragó un miedo inesperado y siguió a la mujer por la casa, reparando en lo espacioso de las habitaciones. Todas estaban amuebladas con antigüedades y desprendían un aire de ocio elegante, con flores frescas que complementaban el refinamiento general. Cuando llegaron a una puerta de caoba maciza, la otra mujer se detuvo antes de llamar.

—Si me permite un consejo: sea breve. Le gusta más así.

Llamó a la puerta y desde dentro llegó una respuesta amortiguada. El ama de llaves abrió y entraron en un despacho de otra época.

Nick Farrell levantó la vista de su escritorio de madera labrada y Carter se paró en seco.

Los ojos de aquel hombre eran de un color de lo más extraordinario, un gris tan pálido que era casi invisible y que te miraran era lo más parecido a que te quemaran con un soplete. Parecían estar asimilando cada matiz de su aspecto exterior: su expresión, el espacio que ocupaba. Se dio cuenta de que aquel era un hombre poderosamente inteligente, inevitablemente dominante y de que, cosa rara, la dureza que emanaba no hacía más que aumentar su atractivo. Carter se preguntó si habría un átomo de dulzura en él y supuso que más de una mujer se habría vuelto loca tratando de encontrarlo.

Con un escalofrío de timidez que le recorrió el cuerpo supo que aquel rostro sin

duda debía de haber inspirado mil fantasías femeninas. Los pómulos eran marcados, la mandíbula bien delineada y la nariz fuerte y recta. El pelo era abundante y oscuro, retirado de la frente y tenía la piel bronceada. Carter se fijó en sus labios. El inferior era más carnoso y se preguntó, en un arranque de locura, cómo sería besarlos.

El corazón empezó a latirle con fuerza y, como si le hubiera leído el pensamiento, los ojos del hombre adoptaron una expresión de curiosidad. De repente estaba siendo examinada como mujer. Cuando los ojos de él se entrecerraron y detuvieron en sus piernas, Carter se ruborizó interiormente.

Tuvo la tentación de preguntarse qué impresión le había causado, pero decidió que no merecía la pena molestarse. Aquel hombre llevaba escrita la palabra «rompecorazones» en la cara. Aunque a ella le daba igual, claro. Pero sentía lástima de la mujer que se enamorara de él.

—Esta mujer ha venido a verte —anunció Gertie.

Una de las cejas oscuras del hombre se arqueó sardónica.

—No recuerdo haber concertado una reunión con una adolescente.

Su voz profunda envolvía las palabras y creaba sombras de cinismo entre las sílabas. A Carter el sonido la distrajo y tardó en darse cuenta de que la estaba insultando.

Se recobró enseguida y respondió, cortante:

—No sé nada de su agenda, pero yo hace más de diez años que dejé de ser adolescente, muchas gracias.

La ceja subió de nuevo. El tono de Carter había sido tan autoritario como el de él y a ella se le ocurrió que tal vez no estaba acostumbrado a que le hablaran de aquella manera. Sus miradas se encontraron mientras el ama de llaves salía.

Respiró para serenarse.

—Creo que deberíamos empezar otra vez. Señor Farrell...

La puerta se abrió de golpe y rebotó en una estantería con un ruido brusco que sobresaltó a Carter. Un adolescente pasó a su lado sin mirarla, como si fuera un mueble más de la habitación.

A Nick Farrell en cambio la interrupción no parecía haberle alterado lo más mínimo. El único cambio en su expresión fue la dirección en que miraban sus ojos. Aquel hombre era más impenetrable que un acorazado.

—¡No puedes dejarle que haga una cosa así! —exclamó el muchacho apoyando las dos manos en la mesa y sacando la barbilla. Vestía todo de negro y llevaba el pelo peinado en mechones separados por todo el cuero cabelludo y terminados en punta. Carter se preguntó cómo conseguiría mantenerlo así de vertical.

—¿Y qué es lo que ha hecho? —La voz de Farrell era serena, pero Carter se fijó en que había tensado ligeramente el cuerpo.

Quizá no era tan inmune a las emociones humanas después de todo.

—¡Dice que tengo que llevar esmoquin si quiero cenar esta noche! Yo vivo aquí y ella no. ¿Quién coño...?

—Basta de teatro y de decir palabrotas. —La tensión de Farrell era palpable en los músculos del cuello, que se le habían hinchado.

—No pienso ponerme esmoquin y no pienso estar en la cena.

Había tal desafío e ira en la cara del chico que Carter supo que, al igual que muchas otras discusiones entre padres e hijos, el enfrentamiento no era solo por el asunto de la cena.

—Hablaré con ella.

El muchacho bufó.

—Como si eso fuera a servir de algo. Pero ¿por qué la aguantas? No tienes ninguna intención de casarte con ella, así que...

—Haz el favor de guardarte tus opiniones sobre mi relación.

—¿Que me las guarde? —repitió el chico con tono burlón—. Pero si me lo guardo todo.

—Si eso fuera cierto, no estarían todas las puertas desencajadas de tantos portazos que das —replicó Farrell secamente.

El chico se giró sobre sus talones y por primera vez reparó en la presencia de Carter. Abrió los ojos, asombrado.

Eran iguales a los de Farrell, pensó Carter.

—Hola. —Sin el matiz de hostilidad, la voz del chico cambiaba mucho.

—Hola.

El chico miró a Farrell.

—¿Quién es?

—Estaba a punto de averiguarlo cuando has entrado aquí como un apisonadora.

Los dos miraron a Carter expectantes.

—Soy Carter Wessex —dijo esta.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó el chico.

—No, he venido a verle. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mesa.

—¿Y te quedas a cenar?

—Pensé que habías dicho que no pensabas estar en la cena —intervino Farrell.

El chico pareció desconcertado, dividido entre la rebelión y una repentina necesidad de asimilar.

—Si ella se queda me pongo el esmoquin.

—No me voy a quedar.

—Entonces no me lo pongo. —El chico se volvió hacia Farrell—. Y a la Barbie Godzilla se lo explicas tú.

Farrell miró lacónico a Carter.

—¿Está libre para cenar?

Carter miró a uno y después a otro, esperando a que Farrell retirara la invitación. No lo hizo.

Abrió mucho los ojos.

—Me parece que si la cena es de esmoquin no voy vestida apropiadamente.

—Yo creo que estás genial —dijo el muchacho con timidez.

Farrell apretó los labios y Carter enrojeció.

—Gracias por la invitación, sobre todo si va en serio. Pero...

—Él siempre va en serio —murmuró el chico con voz de resentimiento.

Farrell cruzó los brazos.

—Eso no es verdad. El año pasado me reí dos veces. Y ahora, ¿por qué no nos dejas para que pueda saber qué quiere de mí esta mujer?

—Me echas igual que a un perro. —El chico se alejó mascullando palabrotas.

—¡Ese lenguaje!

—Mira quién fue a hablar.

—Si tú hablas bien, yo también.

—Pues entonces, empieza —dijo el chico mientras cerraba la puerta con fuerza.

Cuando el portazo aún resonaba en la habitación Carter fue consciente de que la atención de Farrell estaba de nuevo centrada en ella.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? —preguntó.

—Soy arqueóloga y...

—No.

Dejó de mirarla y empezó a leer documentos como si Carter ya no estuviera allí.

Esta se irritó.

—¿Perdón?

—La respuesta es no.

—Pero si no le he pedido nada todavía.

—Usted lo ha dicho, todavía. Dejarla hablar antes de pedirme nada sería hacerle perder el tiempo. —Su voz era cortante y fría.

Carter estaba tan atónita que no sabía qué decir y por un instante solo acertó a mirarle leer un documento.

—No hay ninguna necesidad de ser tan grosero. Y al menos podía mirarme cuando me habla.

Una ceja arrogante se enarcó, pero Farrell siguió sin levantar la vista.

—Si necesitara a alguien que me enseñara etiqueta, llamaría a un experto en protocolo, no a una arqueóloga con una pala, que solo busca excavar en las propiedades de otras personas.

—Pues no le vendría mal ese experto, porque para vivir en una casa como esta, tiene usted los modales de una vaca.

Los ojos grises la miraron y Carter se dio cuenta de que estaba siendo examinada de nuevo.

—Muy bien. —Farrell dejó los documentos y se reclinó en el respaldo de su silla —. ¿Así está mejor? Voy a decirle una cosa. Voy a hacer un esfuerzo y acordarme de decir «por favor» cuando le pida que se marche.

Mientras sus ojos la taladraban Carter decidió que aquel tipo era un enemigo a la altura de la Barbie Godzilla.

—Y bien —dijo Farrell secamente—. Si quiere, por favor, marcharse.

—No puede echarme antes de darme la oportunidad...

—¿Que no puedo? Tengo un contrato en la caja fuerte que dice que esta es mi propiedad y no creo que haya ninguna ley que obligue a recibir a los intrusos alegremente.

—Pues es una suerte —replicó Carter—. Porque tiene usted toda la pinta de ser alérgico a la palabra «alegremente».

Farrell cruzó sus fuertes brazos delante del pecho y la miró de arriba abajo una vez más.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—Más bien diría dieciocho. —Le miró las ropas—. Tiene aspecto de canguro. O incluso de necesitar uno.

—Es difícil aparentar madurez con pantalones cortos y camiseta —dijo Carter indignada.

—El modelito lo ha elegido usted, no yo.

—Tenía que pasar por una excavación antes de venir aquí.

—Imagino que no en calidad de asesora de imagen.

—No he venido aquí a hablar de mi vestuario. —Carter le miró furiosa y a la defensiva.

—Parece usted decidida a hablar de algo y puesto que no tengo ningún interés en discutir lo de excavar en mi propiedad, supuse que comentar su vestuario sería una buena manera de iniciar una conversación banal. Teniendo en cuenta que es usted una mujer...

Carter tomó aire profundamente haciendo grandes esfuerzos por no perder los estribos.

—Mire, sé que Conrad Lyst encontró una cruz que podría ser del reverendo...

—Igual necesita que se lo diga más claro. No pienso hablar siquiera de la posibilidad de que alguien excave en mi propiedad. Pero si le apetece que sigamos comentando su pésimo gusto en el vestir, por mí, estupendo.

—¡No me he puesto esta ropa para gustarle a usted!

—Eso salta a la vista. Aunque debo decir que ha conquistado al adolescente al que acaba de conocer. Pero, claro, la toma por coetánea suya.

Carter se sentía como si la estuviera atacando un buitre y tuvo que controlarse para no gritarle otra vez.

Hizo un gran esfuerzo para mirarle con calma y se obligó a no subir la voz.

—Señor Farrell, lo único que le estoy pidiendo es que me escuche.

—Llámame Nick y olvídame del discursito. Te va a servir de tan poco como esos pantalones cortos.

—¿Siempre es usted tan desagradable?

—Por regla general, sí. Pero a veces soy aún peor.

Carter puso los ojos en blanco.

—No me sorprende entonces que se le salgan las puertas de los marcos.

—Es bueno para la economía local. Así doy trabajo a los carpinteros.

—Qué generoso por su parte.

—Eso me parece a mí.

Hubo un largo silencio. Carter tenía la impresión de que el hombre se estaba divirtiendo a su costa, y eso la ponía tan furiosa como si la estuviera atacando verbalmente.

—Soy una profesional, señor Farrell, no una saqueadora de tumbas. Es posible que en sus tierras esté la respuesta a uno de los grandes enigmas de la época de la revolución. Nadie sabe a ciencia cierta qué fue de la expedición Winship y del oro que transportaba. Se lo debe a la posteridad...

—¿Qué es lo que le debo? ¿Permitirle a usted que encuentre la solución al enigma en mis tierras? —Frunció las cejas—. Pues le voy a decir una cosa. No creo que haya nada que encontrar. Por lo que a mí respecta, el pasado está mejor enterrado y además actualmente interesa mucho más la vida familiar de Ozzy Osbourne. Le importan un pito las milicias revolucionarias y los chaquetas rojas.

—Me parece una visión muy limitada del asunto.

—Soy un hombre de miras estrechas.

—Ya se ve.

Farrell rio.

—Así que la señorita Buenos Modales también es psicóloga.

—No, es que lo he leído en su mesa, en el cartel que dice SOY UN GRANO EN EL CULO.

Hubo una larga pausa y a continuación Nick echó la cabeza hacia atrás y rio. Fue un sonido profundo y envolvente. Cuando la miró de nuevo sonreía y la sonrisa iluminaba su austero semblante, haciendo visible un hoyuelo en la mejilla.

De alguna manera, ahora que le había hecho reír, Carter no estaba tan enfadada con él.

—¿Tiene usted idea de cuánta gente viene a verme cada primavera para pedirme excavar en la montaña Farrell?

—No, pero me da igual.

—¿Ah, sí?

—Cuando decide absorber una compañía, ¿se preocupa usted por lo que hacen los aspirantes a competidores suyos?

La sonrisa desapareció.

—Veo que se ha documentado sobre mi carrera profesional.

—Es usted bastante conocido.

Farrell se encogió de hombros, pero era evidente que el comentario no le había sentado bien.

—¿Qué haría si yo autorizara a ese tipo, Lyst, a probar suerte?

—Pues les desearía buena suerte y que les fuera muy bien.

Las palabras habían querido sonar sinceras, pero Carter sabía que la ira en su voz la había traicionado.

—Algo me dice —dijo Farrell poniéndose en pie—, que no se lo tomaría con tanta resignación.

Carter le miró con desdén.

—¿Me equivoco?

—Cree que soy menor de edad porque llevo pantalones cortos. En mi opinión, eso no dice mucho de su buen criterio.

Farrell rodeó la mesa y se acercó a Carter hasta detenerse a escasos centímetros. Ella tenía la boca seca. El hombre le sacaba al menos una cabeza y eso que ella medía uno setenta y cinco. Cuando fue consciente de lo imponente de su presencia tuvo que contenerse para no dar un paso atrás.

Desde el otro lado de la mesa le había resultado insultante e intimidatorio. De cerca, lo encontraba irresistible.

Pues sí que estoy buena, pensó pasándose la lengua por los labios.

Aquello fue un error. Igual que un depredador, Farrell observó el movimiento y fijó los ojos en la boca de Carter. La forma de mirarla hizo que se apoderara de esta algo que estaba decidida a catalogar como nerviosismo, aunque era más bien hambre. Pensó en darse la vuelta y salir de allí. Corriendo.

—¿Qué es lo que quieres exactamente? —dijo Farrell despacio.

—No te entiendo. —Carter farfullaba, las palabras le salían deprisa y llenas de tensión. Porque no podía estar insinuando que había venido por él. ¿Verdad?

—Todos tenemos motivos ocultos. ¿Qué es lo que buscas? —Sus ojos recorrieron el cuerpo de Carter y luego regresaron a su cara.

Esta sacudió la cabeza para despejarse.

—Solo quiero excavar.

De manera abrupta, casi airada, Farrell apartó los ojos y los fijó de nuevo en los papeles de su escritorio.

—Creo que más te vale hacer buen uso de tu carné de conducir y volver por donde has venido. Aquí no vas a encontrar lo que quieres, ni excavando ni hablando conmigo. Por mucho que quiera ser más... servicial, lo cierto es que me gustan las mujeres, no las colegialas.

Carter abrió la boca de par en par.

—¿Estás insinuando...? —No fue capaz de terminar la frase.

—Cierra la puerta al salir —le ordenó antes de añadir—: Por favor.

La respiración le salió como un siseo.

—Serás egocéntrico, insufrible y...

—Por favor, no sigas diciéndome piropos o voy a ponerme colorado —musitó Farrell mientras cogía otro documento.

—Espero que te pudras en el infierno.

—Nos vemos allí, entonces —dijo Farrell con tono alegre.

Al salir, Carter tuvo buen cuidado de dar un portazo.

• • •

Cuando el chasquido de la madera resonó en toda la habitación igual que un disparo, Nick frunció el ceño y dejó los papeles en la mesa. Todavía tenía la cabeza dolorida por la migraña y se masajeó las sienes esperando a que pasara la molestia.

Menuda belleza de mujer, pensó. Esos ojos azul cristal tan desafiantes. Esa cara tan expresiva, que revelaba cada emoción. Y la boca, con esos labios carnosos y esa lengua de fresa.

De repente tenía calor.

Menos mal que se había marchado. Contener sus impulsos cada vez que veía asomar esa lengua por entre los labios le había costado mucho trabajo. Había asistido a movimientos como aquel infinidad de veces, pero precisamente porque sabía que eran estudiados nunca le habían seducido. El problema con la arqueóloga era que tenía la impresión de que ella no era consciente de lo atractiva que era.

Lo que resultaba imposible de creer.

Las mujeres hermosas siempre estaban buscando sacar partido de su ventaja. Y Nick no las culpaba por ello. Había ganado una fortuna haciendo lo mismo, solo que en su caso el cebo eran billetes de dólares y no la promesa de placer sexual, y lo que compraba eran empresas, no licencias matrimoniales. Por infructuoso que resultara siempre para la otra parte, se divertía negociando con las mujeres sobre lo que querían de él a cambio de su tiempo y atención.

Y aquella de los pantalones cortos habría sido una contrincante a su altura. Aparte de su belleza, parecía inteligente y bastante ingeniosa, y no le daba miedo devolver los golpes. A Nick le resultaba difícil encontrar a personas dispuestas a medirse con él. Por lo general, la gente quería algo de él o le debía dinero. Y ninguna de estas dos situaciones era terreno fértil para la resistencia, aunque fuera simulada.

Le había resultado fascinante verla enfadada, decidió. Aquellos pómulos sonrojados, el aliento entrecortado, la boca abierta por la descortesía con que la había tratado. Se había encendido igual que un árbol de Navidad. Una delicia. Una verdadera delicia.

Miró hacia la puerta como si pudiera verla a través de ella.

Carter Wessex.

¿Sería familia de Wessex?, se preguntó de repente.

Eso resultaría de lo más interesante.

Intentó recordar lo que sabía del árbol genealógico de William Wessex. Había estado casado, pero algo le había ocurrido a su mujer. Algo trágico. ¿Tenía una hija? Wessex nunca había ido a ninguna parte acompañado de una hija, tampoco la había mencionado, pero el color de piel de Carter se parecía al suyo y los dos eran igual de

guapos.

Cogió el teléfono y marcó el número de su oficina en Nueva York. Descolgaron a la primera llamada.

—Fredericka Ulrich —dijo con brusquedad su ayudante. Aparte de una gran cabeza para los negocios, aquella mujer era una enciclopedia andante. Lo sabía todo de todo el mundo, y lo que no sabía lo averiguaba.

—Freddie, ¿tiene William Carter una hija?

—Creo que sí —contestó la mujer pensativa—. Pero sé quién me lo puede confirmar. Ahora te llamo.

Esa es mi Freddie, pensó Nick. Seguía sonriendo cuando sonó el teléfono.

—Veintimuchos años. Están distanciados. Muy distanciados —le dijo.

—¿Nombre?

—Carter. Vive en Vermont, en alguna parte. Es arqueóloga. Una de las mejores del país, aunque es bastante joven.

—¿Cómo lleva Wessex lo del distanciamiento?

—Fatal. De pena. Fue hace un par de años, más o menos. Cuando murió la madre. Al parecer, la hija se niega a verle o a hablar con él.

—La señorita Wessex ha estado aquí hoy.

—No me sorprende, teniendo en cuenta la colina que hay detrás de tu casa. ¿Vas a dejarla excavar?

—Le he dicho que no.

—Y ahora te estás preguntando si no sería una oportunidad para que William Wessex hiciera las paces con su niña.

Freddie también era una gran estratega.

Nick sonrió sombrío.

—Ya sabes que me gusta asegurarme de que mis socios están en deuda conmigo. Económicamente o de otra manera.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Aparte de que puedan convertir entre los dos mi refugio en un campo de batalla si las cosas no salen bien? —Pensó un instante—. Si se pone a excavar en mi montaña y encuentra restos de algunos de esos hombres asesinados, voy a tener una invasión de buscadores de oro armados con palas. Mira el follón que montó Lyst solo con contar que había encontrado una cruz y hablar con un periódico local. El teléfono no ha dejado de sonar e Ivan ha tenido que echar a tres personas de la propiedad esta mañana. Yo vengo aquí a relajarme, no a dirigir un parque temático.

—¿Y si encuentra el oro?

—No hay ningún oro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. En fin, igual debería dejarlo estar.

—Pero si padre e hija se reconcilian, Wessex estará en deuda contigo para siempre —razonó Freddie—. Podría resultarnos más útil todavía.

Nick sopesó sus opciones.

—Y a lo mejor si la dejo excavar, acabamos con toda esta tontería. Estoy cansado de hacer de guardián de una caja fuerte vacía.

Después de colgar fue hasta la ventana y contempló el lago. Mientras miraba la luz del sol reflejarse en las olas reparó en algo por el rabillo del ojo. Un halcón colirrojo de gran tamaño estaba posado en un árbol y le estudiaba a través del cristal.

Nick pensó en la mujer que acababa de marcharse.

Y se dio cuenta de que estaba impaciente por volver a verla.



Capítulo 3

Carter iba derecha a la puerta principal mascullando entre dientes cuando el adolescente se plantó delante de ella de un salto.

—¡Hola, soy Cort!

Carter se paró en seco para evitar chocar con él.

—Esto..., encantada.

Al revés de cuando había estado con su padre, ahora el chico era todo sonrisas.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte a cenar?

—Lo siento, pero tengo que irme.

Y para no volver, pensó. El mundo estaría a salvo de peligro si Nick Farrell y ella no volvían a coincidir en un espacio cerrado.

La cara de alegría de Cort desapareció y Carter se fijó en lo mucho que se parecía a Nick. La principal diferencia era la indumentaria. Mientras que su padre vestía pantalones de lino, mocasines hechos a mano y una chaqueta de botones con monograma, el chico llevaba unos pantalones cortos andrajosos y una camiseta que decía CHOPPED PORK: LA OTRA CARNE ROSADA. Carter decidió no preguntar cuál era la primera.

Y sin embargo, era evidente que eran familia. El Farrell más joven era larguirucho e iba camino claramente de alcanzar el tamaño del mayor. Y los huesos de su cara adolescente, aún libres de los ángulos y aristas que Carter presentía en su futuro, encerraban la promesa del atractivo de su padre.

—Será mejor que me vaya —dijo ella con tono apresurado.

Cort la siguió por la puerta delantera con paso desgarbado. Carter imaginó que también aquello se le pasaría y terminaría moviéndose igual que Farrell. Como un merodeador elegante.

—¿Hacia dónde vas? —preguntó Cort.

—A mi casa.

—¿Y dónde es eso?

Carter miró a su alrededor y se acordó de que había dejado el Jeep aparcado junto a la puerta de servicio.

—Burlington.

—¿Dónde tienes el coche?

—En la parte de atrás.

—¿Qué coche es?

—Un Jeep.

—¿Un cuatro por cuatro o como los del ejército?

—Un cuatro por cuatro.

—Los del ejército son más chulos. ¿De qué color es?

—Blanco. —Carter no pudo evitar reír—. ¿Siempre haces tantas preguntas?

—Más o menos. ¿Cuándo vas a volver por aquí?

—No voy a volver.

La expresión de Cort se ensombreció.

—Por su culpa, ¿no?

Tratando de aparentar indiferencia, Carter se encogió de hombros.

—En realidad, no tengo ningún motivo para...

—Querías excavar, ¿a que sí?

—¿Cómo lo has sabido?

—He mirado en tu coche.

—Y entonces, ¿para qué me has preguntado qué coche tenía?

Le miró con sequedad y el chico se sonrojó. Al menos tenía el buen gusto de mostrarse avergonzado, pensó Carter con una sonrisa.

—No estaba seguro de que fuese tuyo. Y, además, la gente no se presenta con herramientas de prospección y cuatro palas distintas si no es porque quieren ponerse a excavar en la montaña. —Cort dirigió una mirada hosca hacia la casa—. Siempre hace lo mismo. Siempre les echa.

—Estoy segura de que tu padre tiene sus razones...

Cort la cogió por el brazo.

—No es mi padre. —La ira oscurecía sus facciones y a Carter le sorprendió lo intenso de su hostilidad.

—Perdona —dijo con suavidad—. Como os parecéis tanto...

—Es mi tío. Y no me parezco a él. —Las palabras fueron secas y enfáticas.

Echaron a andar de nuevo, más despacio.

—De verdad que lo siento —dijo Carter—. Yo siempre odiaba cuando me decían que me parecía a mi padre. No sé por qué lo he hecho contigo.

Cort no dijo nada hasta que se detuvieron delante del coche. Entonces sonrió de repente.

—Si te pareces a él, tu padre debe de ser muy guapo.

—Lo es. —Ahora le había llegado el turno a Carter de no decir nada. Para disimular su incomodidad se puso a sacar las llaves.

—No sé por qué —dijo el chico con irritación—, pero mi tío no soporta que nadie excave en la montaña. Tendrías que haber visto lo que pasó cuando se presentó aquí ese otro tipo. Ivan estuvo a punto de dispararle y mi tío le habría dejado. Oye,

¿quieres que te enseñe dónde estuvo excavando?

Carter tenía preparadas las llaves del coche. Incluso tenía la mano en la puerta. Quería decir que no. De verdad que quería.

—Vale.

Con una ancha sonrisa Cort la condujo detrás de un granero y un garaje por un prado y hasta el lindero del bosque. Entre abedules y matas de madreSelva se abría un claro en la maleza. De no más de treinta centímetros de ancho, el sendero atravesaba los arbustos y se internaba en la fresca espesura. Helechos, zapatitos de dama y hierba color verde brillante crecían a los lados del estrecho camino y los sonidos de criaturas vivas se mezclaban con los chasquidos que emitían las suelas de Carter y Cort al pisar ramas. El aroma a bosque era una mezcla de tierra fértil, cosas que crecen y la fragancia centenaria de la vida.

El terreno empezó a ascender y aparecieron rocas, restos de una glaciación que había excavado el lago y luego retrocedido, miles de años atrás. Subieron la montaña a buen paso y Carter reparó en que la hierba y los helechos desaparecían y los árboles de hoja caduca daban paso a pinos y abetos, más robustos.

Una hora más tarde llegaron a un claro próximo a la cima y Carter se maravilló de las vistas. Encajado entre dos cadenas montañosas gemelas, el lago era un valle de aguas resplandecientes que se extendía en todas direcciones hasta más allá de donde alcanzaba la vista. A la izquierda, en un saliente de tierra que se internaba en el agua, distinguió los imponentes muros y edificaciones del fuerte Sagamore.

Una de las fortalezas más antiguas de Estados Unidos; un tesoro nacional muy visitado tanto por turistas como por estudiosos. Después de que los franceses lo construyeran a principios de la década de 1700, había cambiado de manos varias veces hasta terminar en posesión de los norteamericanos durante la guerra de la Independencia. Este golpe final y victorioso había estado capitaneado por Nathaniel Walker, un hombre que desempeñaba un papel protagonista en el misterio del oro y los hombres desaparecidos.

Mientras admiraba el panorama, Carter dejó escapar un pequeño silbido.

Lo que veía encajaba a la perfección con una descripción que el general Farnsworth, el británico escoltado por los soldados revolucionarios, había escrito en su diario. Había detallado un claro idéntico al que ahora veía Carter, incluidos el paisaje con el fuerte y la montaña de cumbres redondeadas al otro lado del lago. Muy cerca, había anotado, de donde se había producido la matanza.

El corazón se le aceleró.

—Bastante chulo ¿no? —dijo Cort—. El tipo ese estuvo excavando allí.

Recorrieron unos doscientos metros montaña arriba hasta que se encontraron con unas rocas de gran tamaño que formaban un círculo desigual. Los imponentes centinelas custodiaban un santuario interior que tendría medio metro cuadrado de superficie. Cuando entró, Carter quedó asombrada.

Allí era, pensó. Aquel tenía que ser el escenario de la matanza.

Echó a andar sobre la hierba áspera y las agujas de pino tratando de imaginar qué secretos se esconderían bajo el suelo. Farnsworth había descrito el lugar donde la expedición había acampado como una especie de Stonehenge, pero en las Adirondacks. Con fácil acceso a un arroyo cercano y las rocas para protegerse del viento y de posibles enemigos, era el lugar de descanso perfecto para unos viajeros extenuados.

Vio una botella y fue a cogerla. Aparte del casco de refresco vacío, había otros indicios de visitas modernas. En el interior de un círculo de piedras dispuestas para una fogata había cenizas relativamente recientes. Pero, además, había hendiduras en el suelo hechas de manera descuidada aquí y allí, por todas partes.

Típico de Lyst, pensó Carter. Saquear y arruinar el lugar.

Se agachó, cogió un puñado de tierra y dejó que se le deslizara entre los dedos.

Maldito Farrell.

Se quedó acuclillada un momento más soñando con la oportunidad que no iba a tener.

—Pues gracias por traerme —dijo en cuanto se puso de pie.

Cort sonrió radiante.

—Si quieres, puedo enseñarte un sitio que nadie conoce.

—¿Dónde...?

—¿Se puede saber qué haces ahí?

Un hombre apareció en el círculo como salido de la nada. Era menudo, con constitución de bulldog y ojos oscuros coronados por unas cejas poco amistosas. Pero, además, sostenía un rifle y tenía pinta de saber usarlo.

—Hola, Ivan —farfulló Cort.

—Sabes que no debes traer a nadie aquí arriba. —El hombre se movía con el elegante sigilo de un experto hombre de bosque, con pisadas silenciosas.

—Ya lo sé.

—Y entonces, ¿qué haces aquí?

—Me estaba enseñando el paisaje —contestó Carter en un intento por cargar ella con las culpas.

El hombre la miró y se colocó el rifle contra el hombro. En una posición más adecuada para disparar.

—Pero creo que ya he visto bastante —se apresuró a añadir Carter.

—Yo también lo creo —fue la sombría respuesta.

La bajada de la montaña fue tensa. El guardés les seguía en actitud vigilante y Carter no hacía más que pensar que había sido un error subir a ver aquel lugar. Farrell no iba a cambiar de opinión y todo lo que había conseguido ella era torturarse por las posibilidades que le eran denegadas.

Además de ofrecerse voluntaria para que la mataran.

Una vez hubieron salido del bosque, Carter le dio las gracias a Cort y se subió al coche. Al alejarse, vio por el espejo retrovisor que Ivan no le quitaba los ojos de

encima.

Estaba claro quién había estado a punto de cargarse a Lyst, pensó.

Mientras se dirigía al transbordador para volver a casa se sentía frustrada. Era una oportunidad maravillosa y deseaba que su encuentro con Farrell no hubiera ido tan mal. Pero ¿qué otra cosa podía esperar? Su recepción no había sido mejor que la dispensada a otros colegas, y al menos a ella no la habían encañonado con un rifle.

Pero lo que había visto había bastado para despertar su interés.

Cuando llegó a casa llamó a Grace para darle la mala noticia.

—No hay ninguna posibilidad —dijo mientras salía al porche trasero. Miró el prado para ver cómo se ponía el sol—. Me temo que ya no soy tan buena negociando como antes.

Aunque en realidad sí parecía haber adquirido últimamente un gran talento para discutir, reflexionó recordando las chispas que habían saltado en el despacho de Farrell.

—Bueno, quizá sea para bien. La cruz de Lyst es falsa —murmuró Grace—. La hemos examinado a fondo esta mañana. Tiene la misma antigüedad que la ensalada de pollo que he almorzado hoy en el club.

—No sé por qué, pero no me sorprende. De todas maneras, tengo el presentimiento de que ahí arriba hay algo.

—¿Es optimismo eso que oigo en tu voz? —dijo su amiga en tono provocador—. ¿De la mujer que me aseguró que era tan difícil encontrar algo en aquella montaña como que te tocara la lotería?

—Grace, he visto el emplazamiento. Es increíble, justo como lo describe Farnsworth.

Su amiga rio, admirada.

—Pero ¿cómo lo has conseguido?

—Tuve un guía.

—¿Farrell?

—Sí, hombre. Su sobrino me llevó en secreto —Carter hizo una pausa—. Te lo digo en serio, ahí hay algo. Lo noté en el suelo.

Grace suspiró.

—Es una pena que Farrell sea un hombre tan difícil.

—Decir que es difícil es echarle un piropo.

Su conversación tomó otros derroteros, pero cuando Carter colgó no podía pensar en otra cosa que en la montaña Farrell. Cuando el teléfono volvió a sonar pensó que sería otra vez Grace, que quería su opinión sobre si comprar o no un cuadro del que se había encaprichado.

Descolgó entre risas.

—Oye, te he dicho que te resignes a tu destino. Si vas a comprar el Thomas Cole, tienes que asumir que eres una yonqui de la escuela de pintura de Hudson River. Solo porque todo el mundo esté comprando pintura moderna no significa que tú tengas que

hacer lo mismo.

—Gracias por el consejo, pero yo colecciono obras de los Grandes Maestros —la voz profunda de Nick Farrell pareció quemarle el oído—. Incluso el principio del siglo XIX me resulta demasiado moderno.

—¿De dónde ha sacado este número? —preguntó Carter poniéndose a la defensiva.

—Pues en información me han dicho que me podían conectar ellos directamente cobrándome un poco más, pero me he arriesgado a marcar yo mismo.

—¿Qué quiere?

De fondo se oían voces y tintineo de cristales.

—He estado pensando en nuestra conversación —dijo Farrell con voz de hastío.

Su arrogancia espoleó a Carter.

—Qué curioso, porque yo he estado intentando olvidarla.

—Tengo entendido que has subido a la montaña.

Carter vaciló.

—No ha sido culpa de Cort.

—Explícame otra vez dónde quieres excavar.

La irritación se apoderó de ella.

—¿Para qué? Ya me has dicho que no. Y que sepas que lo que encontró Lyst no era auténtico. Esa cruz era falsa.

—Lo sé.

—Entonces, ¿para qué me llamas? Si no quieres que nadie excave en esa montaña... —se interrumpió—. ¿Cómo sabías que la cruz era falsa?

—Porque la auténtica la tengo yo.

Carter calló mientras asimilaba aquellas palabras.

—Y he cambiado de opinión respecto a mi decisión original. ¿Te gustaría volver por aquí mañana y echar un vistazo a mi pequeña parcela de historia?

Carter calló mientras en su interior la ambición pugnaba contra su instinto de conservación.

—No me fío de ti.

Farrell rio.

—Eso está muy bien, pero tengo algo que tú quieres. ¿Nos vemos a mediodía?

Aunque la tentación bordeaba lo irresistible, Carter negó con la cabeza.

—Me parece que no.

—No me digas que estás ocupada.

—¿Para qué quieres que vaya? ¿Para que me coloques un artefacto delante de la nariz y vuelvas a decirme que no? Eso sería, como tú muy bien dijiste, una pérdida de tiempo para los dos.

—Pero ¿no sientes ni un poco de curiosidad por ver la cruz?

Curiosidad no era la palabra. Desesperación más bien, pensó Carter con tristeza. Pero, aun así, no estaba dispuesta a dejar que Farrell se divirtiera a su costa otra vez.

—Farrell, no creo en las conversiones milagrosas, al menos no con gente como tú. No tengo ninguna intención de conducir otra vez hasta el estado de Nueva York para que me des con la puerta en las narices. No tengo ganas de revivir la escena de ayer ni tampoco de hacer kilómetros porque sí.

—Muy bien, pues entonces iré yo. No hace falta que estemos en la montaña para hablar de la posibilidad de que excaves en ella.

Carter dudó, preguntándose a qué estaría jugando Farrell.

Recordó el tacto de la tierra en las manos y le subió la temperatura. Conseguir hacer un examen serio de la zona, descubrir qué ocurrió realmente, sería una oportunidad única. Pero de alguna manera estaba convencida de que Farrell le estaba tendiendo una trampa. ¿Por qué un hombre que había echado con cajas destempladas a tantos arqueólogos, incluida ella misma, decidía de repente pedirle que fuera a excavar en su montaña? No tenía sentido.

—Farrell, si estás jugando conmigo, te voy a tener que decir unas cuantas cosas.

—Seguro que las he oído todas antes.

—No menosprecies mi talento para la innovación —murmuró Carter.

Hubo una larga pausa.

—Entonces, ¿tenemos una cita?

De mala gana y sintiéndose como si acabara de tropezar y estuviera cayendo al vacío, Carter le explicó cómo llegar a su casa.

—Nos vemos a mediodía —dijo Farrell y colgó.

La hora perfecta para un duelo, pensó Carter.

• • •

A la mañana siguiente no lograba concentrarse en nada. Tenía un artículo que quería terminar y debería haber ido a su despacho en la universidad, pero no hizo ninguna de las dos cosas. En lugar de ello terminó en el jardín escardando como una posesa. Rodeada de lirios y lilas en flor, con las manos hundidas en la tierra, perdió la noción del tiempo y cuando oyó un coche acercarse se incorporó sorprendida. Un Porsche negro avanzaba por el sendero de entrada. El hombre al volante tenía el aspecto de haber nacido para conducirlo.

Carter se puso en pie, se apartó el pelo de la cara e intentó limpiarse la hierba de las rodillas desnudas. Tenía barro en los pantalones cortos y en la camiseta y se lo sacudió como pudo.

No había mejorado mucho respecto al modelo del día anterior, se dijo. Al menos los otros pantalones estaban limpios.

Miró con el corazón trepidante cómo Nick Farrell sacaba sus largas piernas del coche y salía de este con un movimiento ágil. Le sorprendió que llevara un traje de chaqueta oscuro y deseó no haber reparado en cómo la camisa azul pálido resaltaba su piel bronceada. La miró y sonrió, pero Carter no podía verle los ojos porque

llevaba gafas de sol.

Con un movimiento rápido, Farrell se inclinó y cogió algo del asiento delantero del coche. Mientras cruzaba el pequeño jardín con el maletín negro en una mano exudaba poder viril.

No como yo, pensó Carter, que lo único que exudo es que necesito una ducha.

—Te gusta ensuciarte, ¿no? —dijo Farrell con voz ronca cuando estuvo delante de ella.

Carter aspiró aroma a colonia, refinada y apropiada para un hombre como él. Cara pero discreta.

Maldición, pensó, ¿por qué me tiene que gustar cómo huele?

Notaba su mirada, incluso con las gafas de sol, y le inquietó la manera en que su cuerpo parecía responder. Irritada por su reacción, por el hecho de que fuera intensa e involuntaria, no pudo evitar ser brusca.

—Vamos al grano.

Hizo ademán de andar hacia la casa, pero Farrell no se movió.

—Tienes un jardín precioso.

Carter se giró impaciente y él le dirigió una sonrisa que la dejó sin respiración. El sol brillaba en lo alto del cielo y el ángulo de la luz le resaltaba las líneas poderosas de la cara y, sobre todo, aquel estúpido hoyuelo.

¿Estaba coqueteando con ella?

Le miró solemne.

—Me gustaría ver la cruz, si no te importa.

—¿No me vas a hacer primero un *tour*? —Farrell señaló hacia la casa con la cabeza.

—No hay nada que ver.

—Eso es cuestión de opiniones.

Carter se sopló un pelo de la cara, impaciente. La cosa no iba bien. Farrell parecía tener ventaja aun cuando estuvieran jugando en su campo. Su plan había sido ver la cruz, decidir si su oferta de excavar iba en serio y luego ponerle de patitas en la calle. Y todo eso se suponía que lo iba a hacer sin perder la calma ni hacer una tontería. Como, por ejemplo, sentirse atraída por él.

Por desgracia, la realidad de tenerlo delante suponía un gran obstáculo para su plan. Por lo que a ella respectaba, cuanto antes se largara en aquel coche, tan ridículamente caro, mejor. Llevaba poco tiempo en su compañía y ya empezaba a sentirse confusa y mareada.

Igual es que me está dando un infarto, pensó esperanzada.

—Mire, señor Farrell...

—Nick.

—Señor Farrell...

La sonrisa de este se ensanchó.

—¿Siempre eres igual de cabezota?

—Sí.

—Bien.

Carter ladeó la cabeza y le miró fijamente.

—Mira que eres raro.

—Muy amable por tu parte. Teniendo en cuenta que te habría gustado decir algo más fuerte.

Carter resopló irritada.

—Solo intento ser cortés. No como otros.

—Ayer dije «por favor» al menos un par de veces.

—Cuando me estabas echando a patadas.

—Cuando te estaba pidiendo que te fueras —corrigió Farrell con voz suave, como recriminándole a Carter su hostilidad.

Se quitó las gafas con un gesto de lo más natural. Ahora que le veía los ojos, Carter seguía sin tener claras sus intenciones, pero le intimidó la forma en que la miraba atentamente. Tanto que se sintió tentada de pedirle que volviera a ponérselas.

—A la mayoría de las mujeres les encanta presumir de sus niditos —dijo Farrell con una voz que rozaba el límite mismo de la condescendencia.

Carter se puso en jarras.

—Los pájaros tienen nidos, señor Farrell. La gente vive en casas. Y yo no soy como la mayoría de las mujeres.

—Al menos en eso estamos de acuerdo —replicó con suavidad después de perder parte de su sonrisa—. Algo es algo.

En la cabeza de Carter empezaron a dispararse alarmas. No era que la expresión de Farrell hubiera cambiado. Seguía siendo entre divertida y sardónica. Sus ojos seguían sin revelar sus pensamientos más íntimos. Pero en aquel tono de voz había un atisbo de algo más, de un cambio sutil de alguna clase que le erizó de placer el vello de los brazos. Como si le hubiera acariciado la piel con la mano.

El calor que sentía en todo el cuerpo le daba a entender que quería participar de aquella promesa de placer. Y que lo quería desesperadamente.

Maldita sea, pensó.

Cuando se quedó callada, Farrell se encogió de hombros.

—Bueno, pues si no va a haber visita, será mejor que hablemos de trabajo.

Con un movimiento seco de cabeza Carter lo condujo al interior de la casa. Le miró mientras inspeccionaba sus cosas con el mismo interés con que la había inspeccionado a ella y que tanto la perturbaba.

Cuando llegó al pie de las escaleras, Farrell dijo, lacónico:

—Por mí no te cambies. Ya estoy acostumbrado a verte con ropa de andar por casa.

Los ojos de Carter echaban chispas.

—No voy a cambiarme de ropa solo para darte gusto.

—Es más, prefieres no dármelo, ¿a que sí? —Una sonrisa se extendió poco a

poco por la cara de Farrell devolviendo al hoyuelo el lugar que le correspondía.

—Tengo el despacho arriba —dijo Carter.

—Pues claro.

Carter subió las escaleras después de decidir no contestar a la última provocación. Cuando llegaron a la segunda planta lamentó que su dormitorio y su lugar de trabajo ocuparan el mismo espacio. Ahora ambos estaban expuestos a los ojos de Farrell como un mapa de carretera a su intimidad. Se sentía desnuda y no le agradaba la idea de tener recuerdos de Nick Farrell en la misma habitación donde dormía.

Armándose de determinación, se acercó a su mesa.

—Veamos qué es lo que crees que tienes.

—¿Cómo que lo que creo que tengo?

—En mi profesión abundan las falsificaciones —dijo Carter con sequedad mientras encendía una lámpara de mesa.

—Entonces ya tenemos algo en común, después de todo.

Carter se sujetó la lengua, ansiosa por terminar cuanto antes la reunión.

A pesar de su impaciencia, o quizá debido a ella, Farrell estuvo un rato con el maletín en la mano, tomándose tiempo para supervisar el escritorio y los libros, el paisaje de la ventana y el suelo de madera desnuda. Su mirada se detuvo en la cama pequeña de matrimonio, con su edredón blanco sencillo y su única almohada. Para cuando por fin la miró a ella, a Carter estaba a punto de darle algo.

—¿Vives aquí sola?

—¿Y eso a ti qué más te da? —Carter empezó a tamborilear en la mesa con los dedos. Cuando el ruido llamó su atención, se obligó a sí misma a estarse quieta.

—Era solo curiosidad.

—Pues te vas a quedar con ella.

—Qué chica tan dura.

Pero Farrell dejó el maletín sobre la mesa, abrió los dos cierres metálicos y levantó la parte de arriba. Carter reparó distraída en que el interior, forrado en seda roja, tenía un acabado tan perfecto como el exterior.

Farrell sacó un bulto envuelto en tela y con cuidado lo desenvolvió y lo puso sobre el escritorio.

Carter abrió la boca admirada. Sobre la tela había una cruz sencilla, hecha de dos piezas de madera con un clavo de cabeza cuadrada en el centro. Ennegrecida por el paso del tiempo y con los bordes desiguales, tenía unos doce centímetros de largo y ocho de ancho y en la parte superior una anilla de metal por la que podía meterse un trozo de tela.

Acercó la lámpara, se sentó y sacó un completo juego de lupas. Antes de tocar la cruz se puso unos guantes de tela para evitar que la grasa de su piel se trasladara a la madera. Con cuidado, le fue dando la vuelta para comprobar su resistencia. Parecía sólida.

Como la fe que simboliza, pensó.

En el revés, trazando surcos en la madera igual que caminos en la historia, estaba grabada la inscripción: *Rev. J. Winship*.

—Tu expresión es feroz —dijo Farrell—, pero tus manos se mueven con delicadeza.

Carter se puso tensa, pero mantuvo la boca cerrada con la esperanza de que Farrell se distrajera con otra cosa.

—No te gusta que te miren, ¿verdad?

—No sé de nadie a quien le guste —dijo Carter secamente—. Tampoco entiendo por qué te molestas en hacerlo.

—Esas gafas te dan aspecto de científica. La mancha de barro en la nariz te hace humana. Una combinación interesante.

Carter no pudo evitarlo. Sin dejar de examinar la cruz, empezó a frotarse la nariz.

—Un poco más a la izquierda —la dirigió él—. Aunque lo cierto es que te queda bien.

Carter se frotó con más vigor y le oyó reír.

—¿Dónde la has encontrado? —le preguntó levantando los ojos de la cruz.

—Dentro del círculo de rocas.

—¿Había algo más?

Farrell negó con la cabeza.

—Hemos encontrado muchas cabezas de flecha, pero nada como esto.

—¿Así que Lyst no ha sido el único que ha excavado allí?

—¿Te refieres a los agujeros? No, son todos obra suya. Eso lo encontré yo cuando tenía dieciséis años. —Farrell miró la cruz—. Hace mucho tiempo.

Carter trató de imaginarlo como un muchacho escarbando en el suelo.

—¿Sabes si ha excavado alguien más allí? ¿Algún profesional?

—A lo largo de las generaciones varios miembros de la familia han recorrido la montaña armados con palas, pero nadie con preparación profesional. Intentamos mantener alejados tanto a profesionales como a aficionados.

—Esto lo has cuidado bien. Está muy bien conservada.

—Es más suerte que otra cosa. Después de encontrarla me daba miedo que me la quitaran, así que la escondía debajo de la cama. Durante la universidad y la escuela de negocios vivió en mi estantería. Últimamente duerme en mi caja fuerte.

Carter se dio cuenta del cariño que le tenía a aquel objeto por la manera en que miraba la vieja madera. Parecía nostálgico y eso le hacía más humano. De forma inesperada, descubrió que empezaba a caerle bien.

Carraspeó y dijo:

—Me parece que es auténtica.

Farrell sonrió con aprobación.

—Bueno, pues parece que después de todo sí tenemos algo de lo que hablar.

Carter apagó la lamparilla y le miró.

—¿Ah, sí?

Como Farrell era tan alto, Carter tenía que estirar el cuello para mirarle, lo que la hacía sentirse en desventaja. Se puso en pie.

—¿Sigues interesada en excavar?

Carter se encogió de hombros.

—Puede. Pero ¿a qué viene ese cambio de opinión?

—Me he estado informando.

—¿Sobre la importancia de conocer la historia?

—Sobre ti.

Carter tragó con dificultad.

—¿Y qué has descubierto?

—Que eres de las mejores de tu campo. —Farrell empezó a pasear por la habitación, las suelas de sus zapatos aterrizando con fuerza en los tablones de madera. Carter imaginó lo autoritario que debía de ser en una sala de juntas—. Te has especializado en historia de Estados Unidos y vas camino de convertirte en una de las catedráticas más jóvenes de la Universidad de Vermont. Parte de ello se debe a que terminaste el instituto a los dieciséis años y en la universidad hiciste dos cursos en uno. También he descubierto que eres una arqueóloga e historiadora muy respetada y con fama de ser extremadamente meticulosa tanto en el trabajo de campo como en el académico. Y que das conferencias por todo el país, algo que no te resulta fácil.

Se inclinó para mirar algunos de los libros sobre la mesa.

—¿Y eso por qué?

—Porque odias volar.

A Carter le sorprendió que supiera lo de su fobia.

Nick se enderezó y empezó a caminar de nuevo, dirigiéndose a la cama. Carter tuvo que contenerse para pedirle que no se acercara ahí.

—No es fácil contratar tus servicios y prefieres trabajar sola. Cuando colaboras, es con un tipo de Harvard, Branson Swift. Hace poco estuviste a cargo de una excavación en Manhattan de un radio de cuatro manzanas, antes de la construcción de un nuevo andén de metro. Eso fue esta primavera y ahora, en otoño, deberías empezar a presentar tus descubrimientos.

Se inclinó junto a la mesilla de noche y cogió la novela de misterio que Carter estaba leyendo.

—Kinsey Millhone. A mí también me gusta Grafton.

Como Carter no dijo nada, dejó el libro en su sitio y la miró.

—Eres adicta al trabajo. Me atrevería a decir que casi todas tus relaciones son de tipo profesional y que te gusta que sea así. También apostarí a que hace años que no te coges vacaciones, si es que te las has cogido alguna vez. Y es evidente que vives sola, lo que tengo que deducir que es elección tuya. Teniendo en cuenta lo atractiva que eres.

Un escalofrío de placer recorrió a Carter. Lo rechazó con determinación.

—Toda esa información es exacta —dijo con voz tensa—. Aunque no pienso

comentar nada sobre tus conclusiones. ¿Qué pasa, que aparte de fagocitar empresas también eres detective privado?

—Nos gusta más que nos llamen «expertos en absorciones» —precisó Farrell, y de nuevo la media sonrisa asomó a su cara.

Carter empezaba a sentirse mareada. Aturdida, dejó de mirarle y caminó hasta la ventana, para estar lo más lejos posible de él.

Inspiró hondo y se abrazó el cuerpo con las dos manos.

—Así que tengo que creerme que has preguntado por ahí, leído mi currículum y decidido de un momento para otro que la suma de mis virtudes basta para que cambies de opinión. No lo entiendo.

—Las conversiones existen —murmuró Farrell—, incluso con gente como yo.

—Eso lo creeré cuando lo vea.

—Quizá necesites conocerme mejor. Debajo de esta apariencia tan dura puedo tener un corazón de oro.

—Oro parece, plátano es.

Farrell rio, una risa ronca y profunda. Carter se volvió para mirarle.

—¿Por qué yo?

—Porque te creo cuando dices que no es por el oro. Tienes reputación de académica, no de buscadora de oro.

Carter tuvo que sonreír ante su elección de palabras.

—Bueno, al menos eso lo has entendido. ¿Estarías dispuesto a exhibir los objetos que encuentre en el museo que yo elija?

—Por supuesto.

—¿Y si encuentro el oro?

—No lo vas a encontrar.

—¿No me crees capaz?

—No creo que haya ningún oro. Lo más probable es que quien asesinó a la expedición Winship se lo llevara junto con sus cabelleras.

—Entonces, ¿crees que Halcón Rojo se lo llevó después de matarlos?

—Eso dímelo tú, que eres la experta.

Los ojos de Farrell estaban fijos en ella y Carter empezó a pensar que hablaba en serio cuando decía que había cambiado de opinión.

—Necesitaré acampar con mi equipo cerca del sitio.

—¿Equipo?

—Tendré al menos a otra persona excavando conmigo. Quizá dos.

—¿El valioso Branson Swift?

—Sí.

Farrell asintió.

—Muy bien. Podéis quedaros todos en la casa.

—Estaremos más cómodos en el bosque —se apresuró a decir Carter.

Y más seguros que durmiendo bajo el mismo techo que Farrell. A pesar de los

pumas y las serpientes de cascabel.

—¿Renuncias a las comodidades de una casa por una tienda de campaña y un saco de dormir? ¿Debo tomármelo como una ofensa personal?

—A Buddy y a mí se nos da bien dormir al aire libre.

Farrell adoptó una expresión pensativa.

—Así que durante las excavaciones, Swift y tú aprovecháis para pasarlo bien.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Pero, hazme caso, la invitación sigue en pie. Algunas noches puede hacer bastante frío, incluso en junio. ¿Cuándo empezáis?

—¿Pasado mañana?

Nick asintió y fue hasta la mesa, y empezó a envolver de nuevo la cruz.

—Espero que me proporciones informes periódicos.

—Pues claro. Buddy..., esto, Swift y yo estaremos encantados de...

Los ojos grises se clavaron en los de Carter.

—Los informes los espero de ti.

—Pero normalmente...

—No me importa lo que hagas normalmente. No quiero tener a un montón de gente largándome rollos. Si eres la directora del proyecto, quiero que me informes tú.

Su tono de voz no dejaba lugar a discusiones. Carter frunció el ceño.

—De acuerdo. Cuando estés en el lago, te informaré.

—Estaré allí todo el tiempo —Farrell rio cuando vio que Carter abría la boca—. ¿Por qué recibe todo el mundo la noticia de que voy a pasar allí todo el verano con la misma expresión de horror?

—¿Vas a estar allí todo el rato?

—Hasta el primer lunes de septiembre. ¿Algún problema?

Carter se sobrepuso.

—Por supuesto que no. Es que me sorprende que pases tanto tiempo alejado de tus negocios.

—Mis negocios van conmigo. La gente viene a mí y no al revés.

Carter estuvo segura de que así era.

—Si quieres, puedes dejar la cruz aquí para que pueda examinarla mejor —ofreció mientras él terminaba de envolverla.

—La cruz se queda conmigo. —Nick volvió a meterla en el maletín y echó los dos cierres—. Pero puedes venir a verla cuando quieras.

Cogió el maletín y le tendió una mano. Carter no hizo ademán de acercarse.

—¿No vamos a sellar nuestro acuerdo con un apretón de manos? —preguntó Farrell—. No me puedo creer que a una mujer que está dispuesta a dormir a la intemperie le dé miedo algo tan civilizado como un apretón de manos.

Carter se acercó despacio y le dio la mano. Los dedos de él se la envolvieron y de inmediato una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo y tuvo que mirarle a los ojos. Vio cómo la expresión de Farrell cambiaba de provocación sardónica a algo mucho

más serio. Cuando quiso retirar la mano él se la retuvo un instante, antes de soltarla.

—Nos vemos en cuarenta y ocho horas. —Su voz era profunda y tenía los ojos entornados y brillantes bajo las oscuras pestañas.

Cuando salieron de la habitación Carter bajó las escaleras deprisa, a pesar de que le temblaban las piernas. Necesitaba desesperadamente aire fresco porque, debido a algún cambio extraño en las leyes científicas, Farrell había convertido el espacio diáfano del piso de arriba en un agujero estrecho y sofocante. Aquel hombre era imponente, pensó.

Tuvo que tomar aire varias veces antes de poder mirarle otra vez.

—Hasta pronto, Carter Wessex —dijo él cuando sus miradas se encontraron. Con una sonrisa enigmática se puso las gafas de sol, se metió en su coche y se marchó por el camino de entrada.

Madre mía, pensó Carter. Iba a estar en el lago durante todo el tiempo que ella estuviera trabajando.

La distancia iba a resultar crítica, decidió. Se quedaría en la cima de la montaña, haría su trabajo con eficiencia y la velocidad del rayo y evitaría a aquel hombre como si tuviera una enfermedad contagiosa.

Era la única solución.

Irguió los hombros, volvió arriba y dejó recado a Grace de que tenía permiso para excavar. Luego llamó a casa de los Swift. Para cuando colgó, había quedado con Buddy y con su hija en casa de Farrell para finales de la semana. Jo-Jo, la media naranja de Buddy, pasaría el verano en Cambridge terminando el libro que estaba escribiendo.

Carter sonrió al pensar en su amigo y colega. Había conocido a Buddy en el circuito académico y enseguida habían hecho buenas migas. Era experto en conflictos militares inmediatamente posteriores a la independencia de Estados Unidos y un excelente arqueólogo. La suya siempre había sido una relación basada en el respeto y la amistad, y Carter sentía gran afecto por su mujer. Jo-Jo, que era profesora de química, entendía la cercanía entre los dos historiadores y aceptaba encantada que Carter formara parte de sus vidas.

Los Swift, que llevaban casados casi veinte años, formaban una extraña pareja. Con una maraña de pelo rizado, Buddy era alto y delgado y tenía una energía inagotable, mientras que Jo-Jo era menuda y calladamente intensa. Su hija, Louella, que no respondía salvo que la llamaran Ellie, estaba a medio camino entre los dos. Tenía la estatura de su padre y la gran inteligencia de su madre, y era sociable y solitaria a partes iguales. Formaban una familia estupenda con la que era divertido trabajar.

Carter dejó de soñar despierta y se levantó de la mesa llena de determinación. Tenía que preparar el equipaje, ir a su despacho de la universidad a por algunas de sus herramientas y también pensar en provisiones.

Estaba a punto de ir al piso de abajo cuando se volvió para pasar revista a su

dormitorio. Todo estaba igual que cuando se había levantado aquella mañana. Sus ropas seguían en los cajones y los papeles archivados en la mesa; los libros estaban donde los había dejado.

Pero, de alguna manera, todo era distinto. Como si todo en la habitación hubiera sido desplazado un centímetro en alguna dirección.

Recordó a Nick Farrell de pie junto a su escritorio, sus anchas espaldas ocupando tanto espacio, sus ojos pálidos fijos en ella. El recuerdo era tan vívido como si hubiera dejado un holograma de él al marcharse.

¿Por qué era tan vívido?

No estaba segura, pero no quería pensar demasiado en ello.

¿Y por qué se había sentido tan vulnerable con él en su despacho?

De las muchas respuestas que le vinieron a la cabeza, una era la que más le preocupaba.

Gimió.

¿Por qué tenía que ser él? ¿No podía haberse fijado en alguien más corriente? Un fumigador. Un fontanero.

Incluso un extraterrestre, por el amor el Dios.



Capítulo 4

El martes, Carter aparcó delante de la mansión Farrell con los nervios de punta. Se había pasado las dos últimas noches mirando la oscuridad y viendo la cara de Nick Farrell. La falta de sueño y una suerte de exasperación extraña y molesta la habían puesto de malhumor.

No era así como solía empezar una nueva excavación. Por lo general habría estado tan impaciente que la espera le habría resultado insoportable.

Bajó del Jeep y se preguntó si tendría que hablar con alguien antes de dirigirse a la montaña. Estaba impaciente por montar el campamento y sabía por experiencia que cargar con las provisiones y el equipo iba a llevarle casi todo el día. Hacer una visita de cortesía a los Farrell no haría más que retrasarla.

Mentirosa.

Sabía que la verdadera razón por la que estaba deseando ponerse a trabajar no tenía nada que ver con las tiendas de campaña ni con las palas. Deseaba intensamente evitar a Nick Farrell. Sus dos encuentros anteriores habían establecido una tendencia de lo más perturbadora. Parecía tenerle cada vez más metido dentro de la piel y la atracción que no podía evitar sentir por él aumentaba a cada momento que pasaba. Una reunión más y terminaría haciendo algo verdaderamente ridículo. Como besarle.

Justo entonces Cort salió corriendo de la puerta principal. Aunque todavía llevaba el pelo negro peinado en punta, vestía pantalones cortos chinos limpios y polo blanco, un *look* a medio camino entre gótico posmoderno y pijo británico. En cuanto a su sonrisa, era de actor de cine.

Aquel chico iba a ser todo un conquistador, como su tío, decidió Carter mientras le saludaba con la mano.

—Te he visto llegar y le he dicho al tío Nick que estás aquí. Está hablando por teléfono, como de costumbre, y tardará un rato. Oye, ¿necesitas ayuda?

Carter rio mientras abría el maletero.

—¿A ti qué te parece?

—¿Sabes lo que te vendría bien?

—¿Un teleférico?

—Ahora mismo vuelvo.

Con gestos ágiles, Carter empezó a descargar cosas y a amontonar bolsas de lona y cajas unas sobre otras. A medida que la pila junto al coche crecía en el suelo parecía más imponente que cuando todavía estaba en el maletero.

Minutos más tarde escuchó un rugido y vio a Cort acercándose en un *quad*.

—Qué maravilla —exclamó Carter, consciente de que la tarea que tenía delante iba a ser considerablemente más llevadera y que además así disminuían las probabilidades de tener que ver al otro Farrell. Con un poco de suerte conseguiría sacar todas sus cosas de su jardín antes de que terminara de hablar por teléfono.

—Hay un camino de acceso que enlaza con el sendero por la cara posterior de la montaña —le explicó Cort—. Puedo acercarme bastante y después cargar las cosas el resto del camino.

—¡Eres un regalo del cielo!

Mientras Carter se volvía hacia el coche reparó en la sonrisa resplandeciente en la cara del adolescente. Era un encanto por ayudarla así, pensó.

Usaron cuerdas elásticas para asegurar parte de las cosas en el portaequipajes del *quad* y Cort fue hasta la montaña, las descargó y volvió. En poco más de una hora el coche estaba vacío y para mediodía Carter iba mucho más avanzada de lo que había previsto. Nick no había aparecido cuando hubieron asegurado los últimos trastos al portaequipajes, así que decidió que podía cantar victoria. Sin perder tiempo, se puso las botas de montaña, se recogió el pelo hasta formar una bola y se caló una gorra de béisbol. Después se colocó a la espalda una mochila que pesaba veinticinco kilos.

—Oye, eso pesa muchísimo —dijo Cort con admiración—. ¿No deberíamos llevarla en el *quad*?

—Puedo perfectamente. Dedicar un viaje solo para transportar esto sería desperdiciar gasolina.

—¿Estás segura de que no...?

La mosquitera de la puerta de la cocina se cerró de golpe y cuando los dos levantaron la vista vieron a Farrell saliendo de la mansión. Carter se contuvo para no maldecir. Por qué poco...

—Menuda paliza os habéis dado —dijo Farrell con su acento de clase alta.

Carter le miró esbozar una sonrisa lacónica y tuvo que obligarse a apartar los ojos. Por desgracia, era más atractivo aún de lo que ella recordaba. Vestido con pantalones blancos de tenis y con una bolsa de raquetas colgada del hombro, tenía aspecto bronceado y viril. Los brazos, lo mismo que las piernas, eran imponentemente musculosos. Se sorprendió, no le había imaginado tan atlético.

Se preguntó cómo estaría con bañador y quiso darse una bofetada.

Para su desgracia, Farrell no se detuvo hasta que estuvo a medio metro de ella. Carter trató de retroceder, pero descubrió que tenía las piernas casi pegadas al guardabarros del Jeep. Con él tan cerca podía oler su penetrante aroma a *aftershave* y se fijó en que estaba recién afeitado.

—¿Siempre llevas tantas cosas? —le preguntó Farrell con un brillo provocador en

los ojos—. Parecen suministros para un ejército. ¿Tienes pensado invadir Canadá en tu tiempo libre o algo por el estilo?

Carter se resistió al impulso de devolverle la sonrisa.

—Son mis herramientas normales y los suministros que llevo siempre. Y habrá más cuando llegue el resto de mi equipo.

—¿Todavía más? No me lo puedo creer.

—Soy muy meticulosa.

—O una obsesa del equipaje.

Cort salió en su defensa con tono desafiante.

—Es una profesional. Necesita todas estas cosas.

Nick consultó su reloj y miró a su sobrino con expresión seria.

—¿Vas a subir otra vez a la montaña?

—Me necesita.

—Entonces será mejor que entres primero.

—Pero...

Una ceja levantada le interrumpió. Algo serio ocurría entre aquellos dos.

—¿Te veo allí? —le dijo por fin Cort a Carter a regañadientes.

Cuando esta asintió, el muchacho corrió hacia la casa y Nick suspiró irritado.

—Ese chico es capaz de cualquier cosa con tal de llevarme la contraria.

Carter no estaba segura de que esperara una respuesta por su parte. Farrell parecía estar absorto en sus problemas, pero cuando la miró se sintió obligada a decir algo.

—Está en una edad difícil —aventuró con timidez, sin estar segura de cómo reaccionaría Farrell al comentario—. ¿Se porta mejor con sus padres?

—No.

El dolor atravesó el rostro de Nick pero enseguida lo enmascaró con una expresión de indiferencia. Carter reparó en ello y le miró con curiosidad. Intentaba decidir si debía hacerle más preguntas sobre Cort cuando este apareció.

Recorrió el césped a grandes zancadas con la cabeza erguida e ignorando a su tío.

—Voy a llevar la última tanda si estás segura de que tú puedes con la mochila.

—Gracias, puedo perfectamente.

—Nos vemos allí.

Cuando Carter se volvió a mirar a Nick la expresión de este era impenetrable y, aunque sentía interés, no le hizo más preguntas sobre su sobrino.

—No nos veremos en unos cuantos días —dijo—. Estaré montando el campamento, inspeccionando la zona y acotando el terreno para excavar. Cuando llegue mi equipo y hayamos empezado a trabajar en serio vendré a darte un informe.

La expresión de Nick abandonó toda tensión y le sonrió.

—Pues yo creo que nos vamos a ver mucho.

—Claro que no —Carter negó vigorosamente con la cabeza—. No voy a perder tiempo bajando de la montaña solo para contarte dónde he montado la tienda y qué voy a cenar.

El hoyuelo de su mejilla se ensanchó.

—Te olvidas de que conozco muy bien el camino de la montaña. Y también siento gran curiosidad por los hábitos alimentarios de los arqueólogos. Así que voy a hacerte más de una visita.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

Se devanó los sesos en busca de una respuesta que no la delatara.

—Soy una profesional y mi trabajo no es un espectáculo deportivo.

—Eso ya lo decidiré yo. —Los ojos de Farrell se detuvieron en la mochila—. Por cierto, ¿sigues decidida a dormir en el bosque? Aquí tenemos sitio de sobra, por no hablar de agua corriente.

Rio cuando vio que Carter negaba con la cabeza.

—Si no supiera que eso es imposible —dijo—, pensaría que estás intentando evitarme.

Farrell entrecerró los ojos, dejando que un brillo calculador e impresionante se filtrara bajo sus párpados.

Sobreponiéndose a la atracción irresistible de sus encantos, Carter se apresuró a decir:

—Estoy acostumbrada a trabajar sin que me interrumpen.

—¿Te han dicho alguna vez que eres demasiado independiente?

—Todos los días. —Carter se volvió para irse.

—Entonces te veo más tarde.

—Haz lo que quieras —murmuró Carter.

—Siempre lo hago, Carter Wessex. Siempre lo hago.

• • •

Cuando llegó al claro frente al lago, Carter se alegró de haber hecho el ascenso. Subir por la montaña con todo aquel peso a la espalda le había servido para liberar tensión. Se apoyó contra una roca y se tomó un instante para recuperar el aliento. Tanto esfuerzo físico tenía la virtud de poner las cosas en su justa perspectiva. Había estado tan ocupada llevando aire a los pulmones que casi se había olvidado de Nick.

Mientras recorría el lago con la vista, admirando cómo su reluciente superficie reflejaba el cielo y el sol, se sorprendió de encontrarse de nuevo en la montaña Farrell. Al abandonar la mansión dos días antes lo había hecho convencida de que nunca volvería a ver aquel lugar.

Inspiró profundamente una vez más y se internó entre los árboles en busca de Cort. Lo encontró a medio camino entre el mirador y el círculo de rocas. Venía en dirección contraria cargado con bolsas de lona que colgaban de él como de un carrito portaequipajes. Por el tamaño del montón que había en el suelo, Carter supo que había hecho ya unos cuantos viajes desde donde hubiera aparcado el *quad*.

—Ya casi he terminado —anunció Cort soltando la última tanda—. Creo que deberías acampar aquí. Hay un arroyo a la derecha y estás cerca del sitio arqueológico, pero puedo llevarte las cosas a donde quieras.

Carter inspeccionó el tramo de tierra protegido por una cañada de pinos.

—Aquí es perfecto.

A Cort le brillaron los ojos de orgullo.

—Enseguida vuelvo.

Mientras el sonido de sus pisadas en el bosque se hacía más lejano, Carter se quitó la mochila y supervisó la zona. Estaba deseando ponerse a excavar, pero sabía que cuando se hiciera de noche agradecería tener el campamento bien organizado. Para cuando Cort volvió con los últimos bultos, había montado la tienda y estaba reuniendo piedras para una fogata. Aunque había llevado un hornillo de butano y una parrilla portátil, sería agradable poder encender fuego en las noches frescas.

Juntos fijaron dos carpas verde oscuro, para que una sirviera de comedor y otra de despacho. Debajo de cada una montaron mesas y sillas plegables y luego colocaron los útiles para cocinar y los alimentos. Mientras trabajaban, Cort se mostró fascinado por la cantidad de paletas, cepillos y tubos de ensayo que había llevado Carter.

—¿Qué es lo más chulo que has encontrado? —preguntó mientras examinaba una espátula con mango de madera.

Carter levantó la vista de la impresora que estaba conectando a un generador portátil.

—No sabría decirte. Cada descubrimiento me parece maravilloso. A veces cuando encuentro algo me siento y me pongo a pensar cómo debía de ser la vida de un colono en el ejército durante la guerra de la Independencia, o la de su mujer y sus hijos. Es todo asombroso.

—Ya supongo. Pero ¿qué hay de las estatuas de oro y rubís y de...?

—¿Te refieres a los tesoros tipo Indiana Jones?

Cort asintió con entusiasmo.

—Siento echar un jarro de agua fría a tu incipiente entusiasmo por esta profesión, pero esas cosas solo pasan en las películas. La arqueología de verdad es un trabajo exigente, meticuloso y donde los progresos son lentos y graduales. Es un trabajo muy duro y a veces no da resultado. —Carter sonrió al ver disminuir el fervor en el rostro de Cort—. Pero no pongas esa cara. La parte buena es que no nos disparan con dardos envenenados y, por lo que yo sé, a nadie se le ha derretido la cara después de quitarle la tapa a algo nada más desenterrarlo.

—Entonces, ¿no has encontrado tumbas ni catacumbas secretas?

—Pues no. Y tampoco llevo látigo ni sombrero flexible. Pero me encanta mi trabajo.

—Bueno, supongo que eso mola. —Cort miró a Carter mientras esta desempaquetaba cuadernos y libros—. ¿Y eso para qué es?

—Diarios para dejar constancia de los trabajos de cada día y formularios para

describir lo que encontremos. Algunos libros de referencias, papel de mapas para hacer bocetos del yacimiento. Y también tengo los formularios oficiales para documentar la relación entre los objetos que encontremos. Y esto es un ejemplar del diario de Farnsworth.

Cort lo cogió y pasó unas cuantas páginas sin leerlas.

Carter cogió otro libro y lo miró con interés.

—Y esta es la guía Fodor's de Budapest, aunque no tengo ni idea de cómo ha llegado hasta aquí.

—Muchas de estas cosas se parecen a mis deberes —murmuró Cort.

—Bueno, a la tienda que hace de oficina la llamamos El Papiro y no es una discoteca, precisamente.

Cort sonrió.

—¿Y a quién tienes en tu equipo?

—A Buddy Swift y a su hija, Ellie. Estoy segura de que los dos os vais a llevar bien. Es de tu edad.

Cort frunció el ceño.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince.

—Pues es más joven que yo. Tengo dieciséis.

Hablaba convencido de lo que decía.

—Claro, perdona. —Carter disimuló una sonrisa—. Llegarán el sábado. E incluso a pesar de la diferencia de edad, creo que te gustará Ellie. Es lista y muy divertida.

Cort se encogió de hombros en un gesto espontáneo.

—Pues muy bien. Oye, ¿y vas a estar bien aquí sola hasta que vengan?

Parecía un poco preocupado por ella y tenía las cejas arqueadas.

—Perfectamente.

—Igual debería quedarme contigo.

Carter estaba a punto de darle una negativa cortés cuando reparó en la expresión de Cort. Era de lo más esperanzada.

Vaya por Dios, pensó mientras empezaba a entender la verdadera razón de que el muchacho se mostrara tan atento con ella.

Le sonrió con suavidad.

—Eres muy amable, pero la verdad es que tengo ganas de pasar un poco de tiempo sola.

—Bueno, pero puedo venir durante el día. Vas a necesitar ayuda antes de que llegue el resto del equipo, ¿no?

—Estoy segura de que tienes otras cosas que hacer.

Enrolló una bolsa vacía y la metió en una caja.

—Las tendría si me dejaran vivir como una persona normal —refunfuñó Cort—. Este verano quería haberme ido a hacer cross o senderismo, pero mi tío disfruta torturándome.

—Pues esto no va a ser tampoco ninguna juerga. Voy a estar trabajando sin parar.

—Me da igual. Es que me apetece... estar aquí.

Carter calló sin saber muy bien qué hacer mientras miraba a Cort. Veía en sus ojos esa dolorosa vulnerabilidad que acompaña a los enamoramientos de juventud y se sentía perdida. Esperaba que, fuera lo que fuera lo que sentía Cort por ella, se le pasara en veinticuatro horas, como algunos virus. Un enamoramiento intenso del que se curara enseguida. No quería hacerle daño.

—¿Es que no me quieres aquí? —Le temblaba la voz.

—No es eso. Es que...

—¡Genial! Pues entonces vendré todas las mañanas. Temprano.

Carter movió la cabeza pensativa y decidió que era una pena que no vendieran un medicamento sin receta que curara el amor juvenil. Un descongestionante para fantasías.

—Vale —dijo—. Pero vas a tener que trabajar. Y no vengas antes de las ocho. Estoy horrorosa hasta que me tomo el café.

—No me lo creo. —Las palabras de Cort le salieron con brusquedad y apartó la vista mientras las pronunciaba.

—Cort —empezó a decir Carter con dulzura. No estaba segura de adónde quería ir, pero sabía que tenía que poner alguna clase de límite.

—¿Qué? —preguntó él con optimismo.

El ruido de ramas crujiendo les hizo volver la cabeza y los dos se pusieron tensos al ver a Nick salir del bosque. Llevaba botas de montaña y una sudadera marrón anudada a la cintura. Carter apartó enseguida la vista y se concentró en Cort. Cuando vio la mirada resentida de este, decidió que aquella interrupción era como salir de unas arenas movedizas para encontrarse en medio de una estampida. El peligro no había pasado, simplemente había adoptado una forma nueva.

—He estado esperando impaciente el informe sobre el montaje del campamento —dijo Nick con voz suave dirigiéndose a Carter.

Esta se ruborizó.

—Había pensado en quedarme aquí con ella —intervino Cort—. Por lo menos hasta que lleguen los demás.

Nick arqueó las cejas.

—Necesita a alguien que la proteja —dijo Cort.

Su tío rio.

—Basándome en mi corta experiencia con la señorita Wessex, dudo que eso sea verdad.

—No debería estar sola.

—Entonces debería venirse a casa. Pero tú no vas a quedarte aquí con ella.

La ira y la irritación llenaron el espacio entre los dos y Nick levantó la vista al cielo.

—No empecemos.

—¿Por qué no?

—Carter, ¿necesitas alguna cosa? —dijo Nick cambiando de tema.

—¡Quiero que me lo expliques! —gritó el muchacho.

—Cort, no voy a ponerme a discutir contigo ahora.

—No me ignores.

—No te estoy ignorando.

—Pues claro que sí. ¿Por qué no dices lo que de verdad estás pensando?

Nick tomó aire y se pasó una mano por el pelo.

—Muy bien. Lo que estoy pensando es que deberíamos cambiar de tema. Se hace tarde y creo que tendríamos que bajar a cenar.

—¡Eres un mentiroso! No pienso ir a ninguna parte hasta que no...

—Ya basta —dijo Nick sombrío—. Puedes irte.

—¡No soy un niño pequeño!

—Pues te estás comportando como tal.

—¡De eso nada!

—Pues las pataletas no son un comportamiento adulto, precisamente. Y si la señorita Wessex necesita a alguien que la proteja no va a ser un chico de dieciséis años que se porta como un bebé. ¿No te parece?

Carter se quedó boquiabierta mientras Cort se ponía rojo y echaba a correr.

Nick maldijo entre dientes.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Carter, enfadada.

Nick no contestó.

—Te he hecho una pregunta. ¿Por qué eres tan mezquino con él?

—¿Te ha parecido mezquino?

—No, claro que no. Ha sido todo un ejemplo de cómo fomentar la autoestima. — La voz de Carter era sarcástica—. Ese chico se ha partido la espalda subiendo y bajando esta montaña para ayudarme. He conseguido hacer más en una tarde de lo que habría conseguido en dos días y tú le has dejado a la altura del betún.

—Eso no es asunto tuyo.

Carter le miró.

—Empiezo a pensar que no solo eres un maleducado. También una mala persona.

Nick le dirigió una mirada que, Carter decidió, seguramente había hecho a más de uno temer por su vida. Cuando habló su voz era cortante:

—Soy responsable no solo de la diversión y los caprichos sin importancia de ese chico. Soy responsable de su vida. ¿Entiendes la diferencia o tú también eres tan inmadura que eres incapaz de distinguirlo? Hay un abismo entre lo que un adolescente quiere y aquello que de verdad le conviene.

Carter le sostuvo la mirada plantando con firmeza los pies en el suelo.

—Quizá no haya cumplido aún los treinta, pero sé muy bien que no es bueno para ningún adolescente que lo humillen de esa manera delante de nadie. Si no querías que se quedara aquí, se lo podías haber dicho de otra manera.

—Con Cort no sirven las medias tintas —gruñó Nick—. Es un luchador y no cede hasta que me lleva al límite.

—Pues entonces deberías esforzarte más. Tú eres el adulto.

Estaban uno frente a otro, mirándose fijamente, mientras la luz empezaba a marcharse del cielo.

Nick dijo con los dientes apretados:

—Permíteme que te recuerde que estas aquí para excavar. Límitate a opinar sobre balas de mosquetón y mantente alejada de mi familia. Lo último que necesito es alguien más con quien discutir.

—Entonces será mejor que no vengas por la montaña. O que te hagas un trasplante de personalidad.

Se miraron furiosos y en silencio hasta que Carter suspiró enfadada y apartó la vista.

—Me parece que esto es un error —dijo mientras se retiraba un mechón de pelo de los ojos.

—No si haces tu trabajo y dejas de jugar a la asistente social.

—Creo que deberías irte.

Las cejas de Nick subieron.

—¿Me estás echando?

—O te vas tú o lo hago yo. Todavía tengo que cargar con todas estas cosas y estoy bastante cansada.

Nick se le quedó mirando y sus cejas se relajaron. Cuando habló su voz era hosca.

—Que te quede claro. No tengo por qué darte explicaciones de nada. Estás en mi propiedad, porque yo lo he querido, y puedo echarte de esta montaña en cuanto me dé la gana.

—Genial. Pues adelante.

Carter le miró a los ojos desafiante.

Nick frunció el ceño.

—Venga, hombre —insistió Carter—. El numerito de machote te está quedando de cine. ¿Me voy o no?

Hubo un largo silencio.

Sus ojos, duros como el diamante, la taladraron hasta que Carter pensó que no podría resistir la presión por más tiempo. Pero entonces, justo cuando iba a rendirse y apartar la vista, él hizo algo inesperado. Se inclinó hacia ella y alargó una mano. Cuando le rozó la mejilla en una ligera caricia, Carter dio un respingo, como si le hubiera pegado una bofetada.

—¿Qué haces? —preguntó apartando el cuello.

—Quitarte el pelo de la cara.

Carter reparó en que su tono de voz había cambiado. Se había vuelto más suave y pensativo. Casi seductor.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

Nick le acarició de nuevo la mejilla con el dedo pulgar y luego se pasó este por la mandíbula.

—Para —dijo Carter. Pero el temblor en su voz le restó autoridad a la orden.

—Quiero besarte.

—¿Cómo? —balbuceó Carter.

—Ya me has oído. Quiero besarte.

—De eso nada. —Las palabras le salían atropelladamente.

—Claro que sí. —Nick, en cambio, hablaba despacio y con deliberación—. Lo llevo queriendo desde que entraste en mi despacho.

—Te digo que no.

—Claro que sí.

—No soy tu tipo.

—No tengo ningún tipo.

—Claro que lo tienes.

Carter no conseguía que las palabras le salieran a la velocidad que habría deseado.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Esa mujer rubia que estaba en tu casa es lo más parecido a una caricatura que he visto en mi vida.

Nick rio suavemente.

El sonido de su risa le dio a Carter fuerzas para luchar. No pensaba dejar que jugaran con ella.

—Escucha, Farrell, no estoy aquí para proporcionarte diversión. Estoy segura de que estás acostumbrado a que las mujeres se tiren a tus brazos, pero yo no...

Nick levantó de nuevo la mano y le retiró otro mechón de pelo de la cara. Mientras se lo sujetaba detrás de la oreja su mano se detuvo en la piel de su nuca. Fue la más suave de las caricias, las yemas de sus dedos simplemente rozándole la piel.

Carter tenía la boca seca. Se pasó la lengua por los labios.

—Me encanta cuando haces eso. —La voz de Nick había adquirido una aspereza que fue directa a la espina dorsal de Carter y le causó un escalofrío. Mientras el pulgar de él le acariciaba el labio inferior se dio cuenta de que no había nada de provocador ni frívolo en su expresión. Estaba muy serio mientras las yemas de sus dedos recorrían un mechón de su pelo hasta el esternón. Cuando le tocó la camiseta, la piel le ardió.

Carter sabía que debía apartarse. Se recordó a sí misma que estaba furiosa con él. Que era un cre...

Con un movimiento brusco, Nick le quitó la gorra, haciendo que a Carter le cayera el pelo alrededor de la cara. Los ojos de él, brillando de deseo, le recorrieron el cuerpo como si necesitara saciar su sed y Carter fuera un manantial. El cuerpo de esta reaccionó con un deseo tan intenso que a punto estuvo de acabar con su fuerza de voluntad. El tiempo pareció avanzar cada vez más despacio hasta que se detuvo por

completo y Carter no supo qué hacer con el calor y la impaciencia que empezaban a apoderarse de ella.

Así que hizo lo único que se le ocurrió.

Besarle primero.

Le agarró del cuello de la camisa con ambas manos y tiró de él hasta acercar su boca a la suya. Cuando sus labios le buscaron notó la lengua de él contra la suya y sus brazos rodearle la cintura. Juntos, sus cuerpos encajaban a la perfección, las curvas de ella y los ángulos de él fundiéndose en un todo. Carter sintió la erección de él contra su vientre mullido.

Nick le pasó las manos por el pelo y le hundió los dedos en el cuero cabelludo. Carter no pudo reprimir un gemido de placer mientras su cuerpo se henchía. Asíó con fuerza sus poderosos hombros, consciente de que le iba a dejar marcas, pero quería más. Lo quería todo. Y no le importaba que estuvieran en la ladera de una montaña.

Pero entonces, repentinamente, se oyó el chasquido de una rama rompiéndose y un latido rítmico en el aire. Se separaron, aturdidos. Se volvieron hacia el lugar del que provenía el ruido y vieron un halcón elevándose con sus imponentes alas hacia el cielo.

Nick dio un paso atrás y Carter oyó su respiración jadeante por encima de la suya. Tenía la camisa toda retorcida por donde le había tirado de ella y se sonrojó, preguntándose qué era lo que la había llevado a actuar de manera tan agresiva.

Nick la miró durante largo rato como si intentara asimilar la pasión que había estallado entre los dos. Parecía tan sorprendido como ella.

—Creo que debería irme —dijo por fin.

Mientras se volvía, Carter susurró:

—Sí, creo que tienes razón.

• • •

Nick se marchó apresuradamente del campamento. En la creciente oscuridad había aún luz suficiente para ver por dónde pisaba. Aunque de no ser así tampoco habría necesitado ayuda. Conocía cada recodo del camino, cada piedra que dejaba atrás. La familiaridad del terreno le resultaba reconfortante.

Porque desde luego no tenía ni idea de lo que se había apoderado de él.

Era un misterio cómo habían pasado de discutir a aquel beso tan excitante. Había estado furioso con aquella mujer y al instante siguiente se había sentido abrumado por lo hermosa que estaba con el sol poniéndose en su cara. Luego le había besado y el mundo entero había empezado a arder.

No se había esperado aquella intensidad tan increíble.

Cierto, se había sentido atraído por ella desde el principio. Pero no tenía ni idea de lo que iba a ser besarla. No había estado preparado para la sensación que le producía el contacto con su cuerpo, sus pechos contra el suyo, sus labios

devolviéndole el beso con una pasión tan grande como la suya propia.

Hacía mucho tiempo que nadie le besaba de aquella manera. Qué diablos, nunca nadie le había besado así. Ninguna mujer le había agarrado de la camisa como si fuera una correa y tirado de él para besarle. En aquel momento le había tenido por completo bajo su control.

Solo de pensar en ello se le aceleraba el pulso.

Apretó el paso. No era un hombre que se abrumara con facilidad, y mucho menos que perdiera el control. Desde luego no con una mujer. Hasta ahora. El mero roce de los labios de Carter le había hecho sentir como si se hubiera caído dentro de un volcán. Fuera de control, ardiendo, indefenso ante el ataque.

Aunque tampoco había tenido ningún interés por defenderse.

Apretó los dientes para reprimir el deseo y decidió que aquello no había sido más que un instinto natural. Llevaba tiempo sin estar con Candace, primero por el viaje a Japón y luego por la jaqueca. Ese debía de ser el problema.

Tenía que ser eso, maldita sea.

Cuando llegó al final del sendero, cruzó el prado y después la explanada de césped.

Antes de entrar en la casa se detuvo y se volvió a mirar hacia la montaña. Cerca de la cima se veía el resplandor de un fuego. Sintió un fuerte impulso de volver allí, como si hubiera olvidado algo importante.

Maldijo en voz alta antes de obligarse a entrar en la casa. Una vez allí fue directamente a su despacho y, con sombría determinación, descolgó el teléfono.

Sabía exactamente cómo curar aquella obsesión con la arqueóloga.

Cuando escuchó la voz de Candace habló con voz clara.

—Soy yo.

—Hola —dijo Candace sorprendida.

—Quiero que vengas este fin de semana.

—Cariño, me encantaría.

—Vente el jueves por la noche. Quédate todo el tiempo que quieras. Toda la semana que viene, si quieres.

Candace prácticamente ronroneó de placer.

—Si me dejaras, me quedaría todo el verano.

Nick no contestó. Estaba demasiado abrumado por una sensación de asfixia que se había apoderado de él.

Esto no está bien, pensó.

—¿Nick? —dijo Candace mimosa.

—¿Qué?

—¿Quiere esto decir que has estado pensando sobre nuestra conversación del otro día?

Dios. Pero ¿qué estaba haciendo?

—Claro que he estado pensando en ello.

—Sabía que cambiarías de opinión.

—Tengo que colgar —se apresuró a decir Nick.

—Hasta muy pronto.

La voz de Candace sonaba feliz cuando se despidió.

Nick sabía muy bien por qué estaba tan contenta y sorprendida. Por lo general solo se veían en la ciudad, ya que prefería reservar la casa del lago para relajarse de verdad. Y desde luego nunca le había hecho una invitación abierta como aquella.

Fue hasta el mueble bar, se sirvió un *whisky*, lo apuró de un trago y se sirvió otro.

Pensó en Cort y gimió. Tenía que ir a hablar con él, intentar acortar la brecha que, una vez más, se había abierto entre los dos. Pero ¿qué podía decirle que no le hubiera repetido sin éxito un millar de veces?

—Joder —dijo en voz alta.

Gertie asomó la cabeza por la puerta. Se estaba abotonando una rebeca amarilla y llevaba un bolso con un girasol de gran tamaño colgado de un brazo.

—Te he dejado un plato con la cena en la nevera. Y antes de que me lo preguntes, Cort está en su habitación. Y se ha subido la comida.

Nick le dirigió una sonrisa cansada.

—¿Cómo sabías que estaba pensando en él?

—Cuando volvió estaba disgustado, y tú siempre tienes esa cara cuándo estás preocupado y no sabes qué hacer con él.

—¿Y qué cara es esa?

—Cómo la de un gato al que le han pisado la cola.

Nick se terminó el *whisky*.

—Debería subir a hablar con él.

—Buena idea.

Mientras dejaba el vaso, Nick cambió de tema.

—Le he pedido a Candace que se venga a pasar unos días.

Gertie no dijo nada; se limitó a sacar un pañuelo del bolso y a cubrirse con él la cabeza.

—¿No dices nada?

—Me ocuparé de que esté todo preparado.

Nick frunció el ceño.

—No me mires así —dijo Gertie secamente—. Yo no puedo hacerte sentir mejor sobre algo que sabes de sobra que no funciona.

Nick se pasó una mano por el pelo mientras Gertie cerraba la puerta con cuidado al salir.

Gracias a Dios, Gertie era la única que le conocía tan bien.

Así al menos nadie más sabía lo desastrosa que era su vida.



Capítulo 5

A la mañana siguiente a Carter la despertó el ruido de un despertador, lo que era extraño, pues no se había llevado ninguno.

Tardó un tiempo en darse cuenta de que aquel martilleo monótono procedía de un pájaro carpintero. Como los picotazos no cesaban, se tapó la cabeza con la almohada y decidió que como aquel ave no se callara iba a borrarse del club de amigos de la naturaleza.

Un poco más tarde apartó la almohada e intentó consultar su reloj. Si había visto bien, necesitaba aún tres horas más de sueño para compensar el insomnio de la noche anterior.

Pero claro, iba a ser complicado si el amigo tamborilero no se iba con la música a otra parte.

Bajó la cremallera del saco de dormir, sacó las piernas y se levantó. Después de ponerse unos vaqueros, una camiseta de cuello vuelto y un forro polar se calzó las botas.

—Bueno, pues ya me he levantado —ladró—. ¿Estás contento?

El pájaro, sobresaltado por el sonido de su voz, echó a volar en un arranque de instinto de supervivencia.

—Pájaro tonto.

Fue hasta la tienda comedor y preparó café. Después de beberse una taza empezó a sentirse algo mejor y se puso a planificar el día. Tras pasarse tantas horas en la oscuridad preguntándose por qué había besado a un hombre que debería desagradarle era un alivio pensar en trabajo. Porque, además, sus reflexiones nocturnas no le habían procurado ningún consuelo. Así que lo mejor quizá sería concentrarse en otras cosas.

Como, por ejemplo, el trabajo que había ido a hacer allí.

Fue hasta El Papiro, cogió la biografía definitiva del general Farnsworth, un ejemplar de su diario, un cuaderno y un bolígrafo. Se detuvo para llenar un termo con café y se dirigió hacia el mirador. Cuando emergió de entre los pinos quedó asombrada por la salida del sol que la recibió. Franjas rosas y amarillas llenaban el cielo y a sus pies la superficie en calma del agua reflejaba todo su esplendor.

Solo por ver aquello merecía la pena madrugar, pensó.

Eligió una roca con superficie plana y se sentó en ella con las piernas cruzadas. El aire de la montaña con fragancia de pino era fresco, pero los rayos del sol le calentaban la cara. Cómoda, saciada y mucho más feliz de lo que había estado dentro de la tienda, Carter abrió el libro más voluminoso. Se puso a leer partes de él mientras bebía café y, de vez en cuando, levantaba la vista para seguir la trayectoria del sol en el cielo.

Farnsworth había sido el hijo ilegítimo de un noble británico y se había unido a las fuerzas del rey porque tenía pocos medios con que labrarse un porvenir. Una vez implicado en la guerra de la Independencia, ascendió rápidamente en el ejército usando una combinación de tácticas intimidatorias, sobornos y ataques frontales contra cualquiera que se interpusiera en su camino. A los dos años y tras numerosas victorias en el campo de batalla, se le encomendó la defensa del fuerte Sagamore.

En el otoño de 1776, al poco de asumir su cargo, se metió en problemas durante un viaje al puerto de Nueva York. Estaba allí para planificar una estrategia militar en colaboración con otros líderes británicos, pero se encaprichó de una joven tabernera y al parecer no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta. El padre de la muchacha, un colono bien relacionado, sorprendió al general violando brutalmente a su hija. Cuando Farnsworth trató de escapar de la ciudad fue capturado por una muchedumbre encolerizada. Farnsworth exigió ser puesto en libertad y defendió su inocencia; afirmó que la muchacha le había seducido, un argumento que habría resultado más creíble si esta no hubiera sido encontrada debajo de él, cubierta de sangre y en estado de conmoción.

La comunidad colonial exigió su muerte. Los británicos, sin embargo, no tenían intención de perder a un hombre tan valioso desde el punto de vista militar y tenían con qué negociar. Solo semanas antes, concluida una sangrienta escaramuza en los alrededores de Boston, Nathaniel Walker había sido hecho prisionero. Uno de los grandes líderes de la revolución que había sido, casualidades de la vida, encerrado en el fuerte Sagamore. Después de tensas negociaciones se llegó a un acuerdo entre ambas partes: se haría un intercambio de prisioneros.

Dos soldados revolucionarios, que habían sido granjeros antes de unirse al ejército, fueron elegidos para escoltar a Farnsworth al norte del estado, donde se haría el canje. Se les unieron el reverendo Jonathan Winship, amigo íntimo de Nathaniel Walker y líder espiritual y popular en las colonias. Se esperaba que su influencia sirviera para atemperar el odio que los revolucionarios sentían hacia el hombre que escoltaban y así asegurar que llegara vivo a su destino.

La expedición Winship, como se llamó al grupo, reclutó a un jefe indio para que los guiara en dirección norte hasta el fuerte Sagamore. A pesar de los peligros y de que el centro de poder de las fuerzas enemigas se encontraba muy cerca, la expedición tenía posibilidades de sobrevivir tanto al viaje por las montañas Adirondacks como al canje. Todos eran hombres despiertos que sabían manejar un

mosquetón, incluido el reverendo, y los guiaba un indio algonquino que era nativo de aquellas tierras.

En su contra tenían el hecho de que no viajaban ligeros de equipaje.

Los simpatizantes de la causa revolucionaria en Nueva York habían cargado de oro a los tres colonos. Este debía usarse para comprar comida y pieles para los soldados que habrían de sobrevivir a los rigores del invierno que se avecinaba en puestos avanzados distribuidos a lo largo del río Hudson. El plan era que la expedición Winship enlazara con un destacamento de milicianos cerca de la orilla sur del lago Sagamore y les hicieran entrega del oro allí mismo, mucho antes de llegar al fuerte. Se decidió que transportar el metal precioso con Farnsworth sería una ventaja, porque la expedición Winship gozaba de una suerte de inmunidad diplomática mientras el líder militar británico siguiera bajo custodia.

Pero Farnsworth tenía planeada una emboscada. Para empezar, no era un hombre que acostumbrara a jugar limpio, y tenía la intención de dejar que Nathaniel Walker muriera de hambre en su mazmorra del fuerte. Mientras se producían las negociaciones entre su bando y el de los colonos en Nueva York le había resultado fácil enviar instrucciones al fuerte sobre cómo y cuándo atacar a la expedición una vez esta llegara a las montañas. La idea era someter a los americanos a una muerte lenta y dolorosa y dejar sus cadáveres a los linceos.

Pero en cuanto el grupo salió, Farnsworth se dio cuenta de que tenía la oportunidad de escapar de su cautiverio convertido en un hombre rico. Sus escoltas transportaban algo pesado dentro de una caja fuerte y Farnsworth sabía que solo había una cosa que pudiera encorvar así las espaldas de un hombre: oro, y en grandes cantidades. Cuando los soldados revolucionarios pararon para hacer noche en el lago Sagamore y partieron al día siguiente aún cargados y más nerviosos todavía, Farnsworth se dio cuenta de que le había llegado la oportunidad de mejorar sus perspectivas económicas.

Para desesperación de los historiadores, el telón cae en este punto de la representación. Farnsworth fue el único que salió vivo de las montañas. Gravemente herido, se arrastró hasta el fuerte Sagamore y se desplomó junto a sus muros de piedra. Lo único que llevaba encima era su diario, pero no había podido —o no había querido— consignar el final de la historia.

Mientras Farnsworth se debatía entre la vida y la muerte, Walker escapó y regresó al fuerte con refuerzos. Su ataque al baluarte británico se convertiría en una de las batallas más famosas de la guerra de la Independencia y Farnsworth murió durante el asalto, de la mano del propio Walker. Cuando el general agonizaba, Walker exigió saber qué había sido del reverendo y de los dos soldados colonos. Farnsworth le habló a Walker de un ataque mortal de Halcón Rojo, su guía en las montañas. Se organizó una redada para capturar al asesino, pero nunca lo encontraron.

Tampoco el oro.

A partir de entonces y hasta el presente, el consenso general era que Halcón Rojo

había atacado la expedición. Nunca más se había vuelto a saber del indio, así que se dio por hecho que había muerto durante el ataque y que el oro se encontraba en algún punto de las proximidades del fuerte Sagamore. A partir de finales de la década de 1880 el lago Sagamore se convirtió en una zona muy poblada y entre la gente que acudía atraída por el oro e impulsada por la avaricia empezaron a circular teorías. Fue entonces cuando dieron comienzo las excavaciones. Las descripciones de Farnsworth del claro en el que había acampado la expedición eran muy concretas y la gente empezó a hacer agujeros por las montañas a ambos lados del lago buscando el lugar preciso. La montaña de Nick Farrell era una de las favoritas y el hecho de que circularan rumores sobre un espíritu indio que merodeaba por su cima no hizo más que acrecentar el atractivo.

Pero tras varias generaciones nadie había encontrado el oro.

Y el resto, como se dice en estos casos, ya era historia, pensó Carter mientras cerraba el libro.

Se llevó la taza a los labios e hizo una mueca de desagrado cuando probó el último sorbo del café, frío y amargo. Lo tiró y se levantó de la piedra. La temperatura ya había subido unos cuantos grados e iba a ser un día precioso.

Mientras volvía al campamento por el estrecho sendero de tierra oyó que alguien se acercaba por el bosque, a su espalda. Se puso tensa. Era difícil saber qué sería peor: un oso o Nick Farrell.

Cuando se dio cuenta de que era Cort, respiró aliviada.

—¡Hola! —saludó este corriendo a su encuentro. Se había puesto una gorra, pero aun así el pelo rebelde se le seguía escapando por los lados en mechones irregulares. Con la luz de la mañana parecía encantadoramente joven, y su expresión impetuosa y segura contrastaba con la timidez de sus ojos.

Cuando Carter le saludó vio que su rostro resplandecía con tal intensidad que se sintió incómoda. Sabía que tarde o temprano iba a tener que hablar con él del asunto del enamoramiento.

—¿Preparado para trabajar? —le preguntó mientras caminaban juntos hacia el campamento.

—Pues claro. ¿Qué tal la primera noche?

—Sin novedad.

Se dirigió hacia El Papiro.

—¿Cuándo empezamos a cavar? —Cort se puso a dar saltitos como si se preparara para boxear.

—Cuando llegue mi equipo.

Cort dejó de saltar y puso cara de desilusión.

—Pensaba que sería esta mañana.

—Antes de hincar la pala en el suelo hay que hacer un montón de cosas. Y, además, también quiero que Buddy inspeccione el terreno antes de empezar.

—Entonces, ¿hoy qué vamos a hacer?

—Primero hay que hacer un mapa del sitio. Si quieres saltarte esta parte y volver para la divertida lo entenderé perfectamente.

Carter cogió una bolsa de lona vacía y la puso sobre la mesa. Cort se encogió de hombros.

—No pasa nada. Me parece bien. Y, además, prefiero no estar en casa.

—¿Por qué?

Carter fue hasta una caja de herramientas. Abrió los cierres y se levantó la tapa.

—Va a venir.

—¿Quién?

—La novia de mi tío.

Carter no pudo evitar ponerse tensa y tuvo que obligarse a seguir moviendo las manos. Estaba buscando los martillos, se recordó a sí misma.

—¿La conociste cuando viniste la otra vez? —preguntó Cort—. Parece salida directamente de la mitología griega. Estoy convencida de que se peina en un terrario de serpientes.

Carter se esforzó por hablar con normalidad.

—Seguro que exageras.

—De verdad que no. Ha hecho llorar a los camareros del hotel Plaza. Lo he visto con mis propios ojos.

—Algo bueno tendrá si tu tío está enamorado de ella.

Carter encontró los martillos, se los metió debajo del brazo y cerró la caja.

—No está enamorado. Y si lo está, yo no quiero enamorarme nunca así. Cuando está aquí Barbie Godzilla las cosas son horribles, pero antes de que llegue también. Gertie se pone nerviosa y el tío Nick se convierte en un erizo. Aunque tampoco es que sea la alegría de la huerta normalmente. Por eso no lo entiendo. No sé por qué la ha invitado.

—¿Invitado?

Carter metió las herramientas en la bolsa con más energía de la necesaria.

—Anoche, parece ser. Por lo menos eso es lo que he oído que Gertie le decía a Ivan.

Carter miró inexpresiva a Cort mientras trataba de pensar. Era difícil aceptar el hecho de que lo primero que había hecho Nick después de besarla era llamar a su novia. Que lo que la había tenido a ella media noche despierta fuera de tan escasa importancia para él. Que no fuera más que otra mujer a la que besar.

Aunque, si se paraba a pensarlo, en realidad era una ingenua. Aquel hombre había salido con algunas de las mujeres más bellas del mundo. Lo del beso al atardecer seguro que era algo que practicaba con asiduidad.

—Entonces, ¿nos vamos ya? —dijo Cort.

—Sí, claro.

—¿Carter?

Esta salió de su ensimismamiento.

—Perdona. Vamos a coger todo lo que nos hace falta.

Aunque llevaba trabajando en excavaciones casi una década, tuvo que concentrarse en pensar en lo que necesitaban para cartografiar el lugar. Cogió tres bobinas de bramante blanco, tres docenas de estacas de madera y un metro. En una mochila metió una cámara, tijeras, papel para mapas, lápices, reglas y agua embotellada.

—¿Para qué son las estacas? ¿Vamos a cazar vampiros?

Cort empezó a simular de nuevo que boxeaba y también que asestaba puñaladas al aire.

Carter sonrió mientras movía la cabeza y decidía dejar de pensar en Nick Farrell. Eso le dio fuerzas, así que se cargó la mochila a la espalda y se enderezó.

Todo era cuestión de proponérselo.

Mientras se internaban en el bosque, cada uno llevando una de las asas de la bolsa, Carter le explicó a Cort lo que iban a hacer.

—Vamos a trazar una cuadrícula sobre el emplazamiento.

—¿Por qué?

—Cuando se excava un terreno, este se destruye. Los artefactos son importantes en sí mismos, pero también en relación los unos con los otros. Un yacimiento bien cartografiado y documentado permite que cualquier arqueólogo pueda recrear más tarde la excavación y extraer sus propias conclusiones.

Entraron en el círculo de piedras y Carter sacó la cámara y se la ofreció a Cort. Este empezó a disparar, el diafragma chasqueando sin parar.

—Dadme más —les decía a las rocas como si fueran modelos—. Quiero sentir la emoción. Eso es, saca un poco más los labios.

Después de diez minutos Carter le dijo:

—Tranquilo, Helmut Lang, o vamos a quedarnos sin carrete el primer día. ¿Qué tal si te cambio la cámara por un martillo?

—Yo por ti hago lo que sea.

Cort fue hasta Carter con grandes aspavientos y aceptó la bolsa llena de estacas que esta le ofrecía.

—Clava una cada metro a lo largo del perímetro interior y lo más cerca de las rocas que puedas.

Mientras Cort se ponía manos a la obra, Carter dibujó un boceto del sitio y a continuación empezó a tender bramante entre las estacas de manera que se creó una cuadrícula de cuerda a cincuenta centímetros del suelo. En el centro, donde el hilo se hundía, lo reforzaron con más estacas.

—Parece más bien un tablero de ajedrez —comentó Cort cuando hubieron terminado.

Miró cómo Carter dibujaba la cuadrícula en el mapa que había hecho y a continuación escribía distintos números en el margen izquierdo y letras en la parte inferior.

—Ahora, cada vez que alguien encuentre un artefacto, hay que registrarlo en el mapa. Luego haré otro para documentar la profundidad. En ese pondré la profundidad a la que llegan las excavaciones. Además, todos los que excaven llevarán un diario del área en la que han excavado y lo que han encontrado. Esos diarios después se extrapolarán al diario de la excavación, que reunirá el trabajo de todos los arqueólogos y también detalles sobre meteorología, las características del terreno y en qué orden se encontraron los objetos.

Cort puso los ojos en blanco.

—Con todo ese papeleo, no sé cómo os da tiempo a encontrar algo.

—La documentación exhaustiva es importante, como también la atención a los detalles.

—Y ser un obseso del orden también. Seguro.

Carter sonrió.

Después de comer, prepararon una zona fuera del círculo de piedra donde se filtraría la tierra para asegurarse de que incluso los hallazgos más minúsculos no pasaban desapercibidos. A continuación se tomaron un descanso y exploraron por la montaña.

Era ya última hora de la tarde cuando volvieron al campamento. Cort tenía una expresión soñadora cuando se despidió.

—Entonces, nos vemos mañana.

—Claro. Muchas gracias por ayudarme tanto.

Con un saludo torpe, el muchacho desapareció en el bosque. Carter tenía la esperanza de que después de todo un día trabajando con ella se le hubiera pasado el enamoramiento. Desde luego ella se sentía sudorosa y desaliñada, sin duda lo menos indicado para atraer al sexo contrario.

Sobre todo a chicos de dieciséis años que probablemente estaban convencidos de que las modelos de las revistas tenían el aspecto que tenían desde que se levantaban por la mañana.

Cogió el mapa y un cuaderno y volvió a la roca en la que había empezado el día. Tenía la intención de dedicar la hora siguiente a planificar la excavación.

¿Deberían hacer pozos de prueba o empezar a excavar directamente? El emplazamiento estaba bastante definido...

Nick había invitado a aquella mujer.

Carter miró a su alrededor como si acabara de recibir un pelotazo.

Frunció el ceño y volvió a concentrarse en el mapa.

La zona estaba lo bastante circunscrita, era lo bastante compacta y al menos se había encontrado en ella un artefacto. La auténtica cruz de Winship. Seguramente no harían falta pozos de prueba para...

Estaba celosa.

—¡No lo estoy! —Su voz indignada asustó a una ardilla que andaba por allí, que chilló y corrió a esconderse debajo de un tronco.

Carter se llevó las manos a la cabeza. No tenía nada en común con Nick Farrell. Ni siquiera le gustaba. Era arrogante, sarcástico...

Besaba de maravilla.

—Por el amor de Dios —murmuró.

Incluso en el momento más duro de su vida, después de la muerte de su madre, incluso en aquellos días tan desoladores en que el mundo parecía girar a toda velocidad sobre su eje, incluso entonces había encontrado consuelo en su trabajo. Al menos lo bastante para seguir adelante. Pero ahora, mientras miraba el mapa con sus cuadrículas estáticas y su código alfanumérico, no lograba ver más allá de la superficie del papel.

—Mierda.

Tenía la cabeza llena de imágenes de Nick Farrell y sentía deseos de salir corriendo, pero no tenía adónde ir. Y no entendía por qué tenía tantísimo calor si estaba al aire libre.

Dejó la roca y regresó al campamento. El cambio de escenario no le fue de gran ayuda, así que renunció al mapa y a cualquier intento por trabajar y dio un paseo hasta el arroyo. Cuando llegó, se acuclilló y metió una mano en el agua. La corriente helada le dejó la mano sin sensibilidad.

Justo lo que necesitaba.

Se desnudó y se metió en el río. El frío la dejó sin respiración, aunque el agua solo le llegaba a los muslos. Se agachó y cogiendo un poco con las manos se refrescó el resto del cuerpo, ansiosa por despojarse de sus pensamientos y el calor que le generaban. Mientras el agua se deslizaba por su cuerpo trazando gélidos regueros, disfrutó del agujijoneo del frío. Aunque le castañeteaban los dientes, al menos había dejado de pensar en Nick Farrell.

• • •

Nick la contemplaba desde entre los árboles absolutamente cautivado. Lo único que le impidió ir hacia ella fue su voluntad de hierro.

Que, con cada minuto que pasaba, era más endeble.

Había subido a la montaña para hablar con Carter del beso del día interior y había esperado a que Cort volviera a casa de modo que estuvieran solos. Su intención había sido hablarle con franqueza de lo ocurrido y poner las cosas en su justo contexto. Durante las horas transcurridas desde el encuentro había conseguido convencerse a sí mismo de que aquel beso no había sido más que una equivocación impulsiva y así quería hacérselo saber a Carter.

Era un plan perfecto. Hasta que se le desmoronó.

Cuando llegó al campamento lo encontró vacío. Cuando vio que Carter tampoco estaba en el lugar de la excavación, decidió comprobar si había ido a darse un baño.

Y eso había sido su perdición.

Cuando llegó al arroyo vio a Carter inclinarse para meter la mano en el agua. Su expresión era seria y parecía necesitar intimidad, así que decidió volver al campamento y esperarla allí. Pero entonces Carter empezó a desabotonarse la camisa y los pies de Nick se habían negado a moverse del sitio.

Apoyado contra un árbol para no caerse de espaldas, la observó mientras, muy despacio, se soltaba los botones de la camisa y se la quitaba. Cuando la prenda cayó al suelo Carter se volvió para soltarse las botas y fue entonces cuando Nick le vio los pechos. Acariciados por la luz del sol, eran firmes y perfectamente proporcionados, con pezones rosados y pequeños. Bajo las curvas, el vientre era liso y musculoso.

Con la cabeza a punto de estallarle como si se la estuvieran taladrando, Nick tuvo una erección.

Se dijo a sí mismo que debería darse la vuelta y marcharse. Después de todo no era ningún *voyeur*. Y no era la primera vez que veía a una mujer desnuda. Conocía de sobra los diversos atributos femeninos, pero de alguna manera aquellos eran distintos. Con Carter se sentía como si fuera la primera vez que veía a una mujer.

Y lo que veía le gustaba. Tanto, que tenía la impresión de que se le iba a grabar a fuego en la memoria.

Carter se llevó una mano a la bragueta de los pantalones y soltó los botones. Después, con las manos en la cinturilla, los deslizó por sus largas piernas. Tenía caderas suavemente redondeadas, muslos fuertes y bien torneados. Cuando aparecieron las sencillas braguitas color blanco Nick se agarró a una rama del árbol con tal fuerza que la partió en dos.

Carter se detuvo y miró hacia el lugar del que procedía el ruido.

Nick se agachó para esconderse.

Esperó un momento y volvió a asomarse.

Carter se había vuelto de nuevo hacia el arroyo y estaba levantando los brazos sobre la cabeza, estirando la espalda.

—Madre de Dios —murmuró Nick apretando la mandíbula.

A lo largo de su vida había deseado ardientemente compañías, propiedades, obras de arte, incluso a alguna mujer. Pero nada, absolutamente nada, se acercaba siquiera a aquella avidez que sentía cuando miraba a Carter. Cuando esta se metió en el agua y empezó a remojarse, con el cuello arqueado como si mirara al cielo, Nick se sintió completamente desesperado.

Se obligó a marcharse de allí, temeroso de que si se quedaba terminaría por ceder a sus impulsos. Que saldría de su escondite y revelaría su deseo. Que la empujaría a la orilla del arroyo y la penetraría de una sola embestida.

Perdido en su propia montaña, tuvo que esforzarse por encontrar el camino de vuelta.



Capítulo 6

Los días previos a la llegada de Buddy y Ellie Swift transcurrieron para Carter como en una nebulosa y pasó mucho tiempo con Cort, que subía a verla cada mañana. Cuando pareció dejar de mirarla con ojos esperanzados, Carter pensó que se le había pasado el enamoramiento y pudo relajarse y disfrutar de su compañía. Juntos estudiaron el diario de Farnsworth, trataron de decidir la ruta que había seguido la expedición Winship y hablaron de tradiciones populares indias.

La parte difícil era escuchar cómo iban las cosas en la mansión.

Según el boletín de novedades, Candace se había presentado con equipaje suficiente para pasar todo el verano. Al revés que durante otras visitas suyas, Nick parecía pasar mucho tiempo con ella, un sacrificio que le estaba costando muy caro al resto de habitantes de la casa. Era evidente que la excesiva proximidad a aquella mujer le ponía de un humor terrible y sin embargo seguía decidido a continuar a su lado.

La situación era incómoda para todos. Para todos, menos para Candace. Esta estaba feliz y dicharachera, según contaba Cort, al parecer porque oía campanas de boda. Y como resultado de ello, cada vez se volvía más exigente. Había llegado incluso a decirle a Gertie que tenía que ponerse uniforme para trabajar, como todas las amas de llaves.

Aquello había sido la última gota. Lógicamente Gertie seguía vistiendo de calle y Nick se había puesto hecho una furia al enterarse de lo ocurrido, lo que había ensombrecido aún más su carácter. Pero Candace seguía en la casa.

Carter trataba de no demostrar lo mucho que la afectaba aquello. Se reía con los comentarios de Cort o respondía cualquier cosa, pero sentía una intensa curiosidad por lo que se traía Nick entre manos con aquella mujer. Escuchaba con atención cada palabra de Cort y por las noches daba vueltas en el saco de dormir preguntándose qué había hecho para merecer ser arrastrada al mundo de Nick Farrell. No conseguía sacárselo de la cabeza.

Aunque pronto se encontró con otro problema nuevo.

Después de una larga jornada de trabajo, Cort y ella se habían sentado en sendas rocas mirando al lago y estaban hablando de municiones del ejército colonial cuando

el muchacho carraspeó y le soltó:

—Había pensado que esta noche podíamos ir al cine, si te apetece.

Carter levantó la vista sorprendida. Cort no la miraba, sino que removía la tierra con un palo.

—El cine del pueblo tiene dos salas —murmuró—. En una ponen una película de acción. Y creo que la otra es una historia de amor. Tardaríamos una media hora en ir y otra en volver en coche. Pero yo tengo permiso de conducir. Podría ser como una cita. Más o menos.

Carter no tenía ni idea de cómo reaccionar. Estaba claro que había malinterpretado a Cort y ahora le costaba encontrar las palabras adecuadas para no herirle.

—Entonces, ¿qué dices? —insistió Cort. Tenía el cuerpo muy tenso y su expresión tímida empezaba a tornarse en preocupación.

Carter sufrió al darse cuenta del valor que había necesitado el muchacho para pedirle una cita. Y también porque estaba punto de herir sus sentimientos.

—Pues, gracias. Pero no creo que sea una buena idea —dijo con suavidad.

—¿Ah, no? —dijo Cort con un hilo de voz.

—No. Me...

—¿No te gusto?

—Pues claro que sí, pero...

Ivan McNutt apareció en el claro. Su expresión era sombría.

—¿Qué pasa? —preguntó Carter nerviosa. A juzgar por la cara del guardés se diría que alguien había perdido un brazo.

—Ha llegado su equipo.

—Ah, gracias por la información.

Ivan gruñó y desapareció por el sendero.

Carter se puso en pie y se sacudió agujas de pino de la trasera de los pantalones mientras le dirigía a Cort una sonrisa de disculpa.

—Creo que será mejor que bajemos antes de que Ivan saque la escopeta. Buddy se desmaya con facilidad.

Cort se levantó y miró hacia los árboles y el campamento con fingido desinterés.

—Cort, yo...

—Tú piénsatelo, ¿vale? No me contestes ahora.

—Pero...

Cort zanjó la conversación echando a andar por el sendero y Carter lo siguió apesadumbrada. Tenía la impresión de no haber manejado demasiado bien la situación y se devanaba los sesos pensando en la manera de sacar de nuevo el tema. Pero Cort se había adelantado y caminaba con la espalda rígida. No parecía estar de humor para charlas y Carter decidió dejarle a su aire.

Cuando salieron del bosque vieron un Range Rover aparcado junto a la casa. Alrededor estaba reunido un grupo de personas mirando con atención la rejilla

delantera.

Cuando se acercó, Carter reconoció a Nick y a Candace, y gimió al fijarse en el atuendo y el peinado de la mujer. Con una mano apoyada en el antebrazo de su hombre en un gesto posesivo, Candace llevaba un vestido de playa amarillo claro que jugaba con sus tobillos en la brisa de verano. Se había rizado el pelo ligeramente y le caía en bonitas ondas rubias sobre los hombros, enmarcándole la cara discretamente maquillada, que tenía vuelta hacia Nick. Parecía una estatua dorada.

Comparada con ella, Carter se sentía como una harapienta. Supuso que estaría despeinada y deseó poder saber si tenía la cara manchada de barro. Cuando se miró los pantalones cortos y las botas se dio cuenta de que estaban sucios y deseó haberse tomado un momento para adecentarse.

O al menos para haberse lavado un poco en el arroyo.

Nick la miró. Su expresión era distante en apariencia, pero lo que se adivinaba bajo ella era tan intenso que a Carter le temblaron las piernas. Pasión, ardiente y hambrienta que parecía llamarla a gritos. De inmediato se sintió transportada a la sensación de estar en sus brazos con sus labios apretados contra los de ella y la lengua deslizándose dentro de su boca.

Metió la puntera de una bota en un bache del terreno y estuvo a punto de caer de bruces. Los reflejos de Cort impidieron que llegara al suelo y se puso colorada, sintiéndose aún más sudorosa y desaliñada.

Mientras recuperaba la compostura, Candace la miró condescendiente. Al verla acercarse aún más a Nick, Carter pensó apesadumbrada que estaban hechos el uno para el otro.

Lo que no entendía era por qué él no le quitaba la vista de encima. Mientras se acercaba hacia el grupo los ojos de Nick la siguieron en todo momento. Ni siquiera los apartó cuando Candace, molesta, frunció el ceño y le dio un codazo.

Aturdida, Carter miró a su amigo, que estaba junto al coche y sintió un enorme alivio.

—No lo he visto —decía este moviendo la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carter.

Buddy Swift esbozó su sonrisa característica. Ancha y cordial, dejaba ver un pequeño espacio entre los dientes delanteros y una funda de oro en una muela. Aunque era alto, vestía de manera conservadora y llevaba gafas de montura metálica. Cuando sonreía parecía más un estudiante que un profesor universitario.

—¿Dónde está mi socia favorita? —Rodeó a Carter con sus largos brazos.

—Yo soy tu única socia —le dijo Carter con la boca pegada a su hombro—. Te niegas a trabajar con nadie más.

—Porque son todos unos estirados.

Carter se aventuró a mirar a Nick de reojo y le sorprendió la antipatía con que observaba a Buddy.

Se apartó de este e inspeccionó la parte delantera del coche.

—Pero bueno, Swift, ¿qué has hecho? ¿Y dónde está Ellie?

—Tuve una cita sorpresa con un roble y Ellie está teniendo la suya con el cuarto de baño.

El capó del Range Rover estaba abollado y el guardabarros delantero tocaba el suelo. Dentro, los airbags habían saltado y yacían desinflados sobre los asientos delanteros. Carter quitó una rama de la rejilla.

—¿Estáis los dos bien?

—Sí, solo ha sido una pequeña incursión en los matorrales que ha terminado de manera un tanto brusca —Buddy le apoyó una mano a Carter en el hombro—, pero tu preocupación me conmueve.

—Oye, me interesa que estés sano y salvo. Nadie hace el café mejor que tú.

Mientras Carter le daba un codazo juguetón en las costillas reparó en que Nick y Cort les miraban con idéntico desagrado. Candace en cambio parecía bastante más relajada.

—¡C. C.! —exclamó Ellie.

Salió por la puerta principal de la mansión con su melena rubio oscuro flotando a su espalda. Llevaba un vestido de playa azul y zapatillas a juego.

Carter rio y la abrazó.

—Ya veo que tu padre sigue sin aprender a conducir.

—Es su segundo accidente desde que compró el coche. Hace dos meses.

—El otro fue un golpecito de nada —se apresuró a aclarar Buddy.

—Papá, le diste a un coche de policía.

—Porque iba por la mitad de la carretera.

—Estaba aparcado en el arcén. Y con las luces de emergencia encendidas. —La chica se volvió hacia Carter—. Aunque esta vez tenía excusa. Giró para no atropellar a un ciervo y a un cervatillo que estaban cruzando la carretera.

Buddy rio.

—Por un minuto pensé que íbamos a terminar como los robinsones suizos de las Adirondacks. Ya estaba preparándome mentalmente para construirle a Ellie una cabaña en los árboles y alimentarnos de corteza hervida hasta que nos rescataran.

Su hija puso los ojos en blanco.

Nick dio un paso adelante y se separó de Candace.

—Ivan le puede echar un vistazo —intervino sombrío—. Parece que tiene una pieza rota. Si hace falta, lo podemos remolcar hasta el pueblo.

Buddy miró a Nick estudiándolo con cautela.

—Gracias, te lo agradezco.

Carter se volvió para presentar a los Swift a Cort.

—El experto en demoliciones es Buddy, mi colega. Y esta es su hija, Ellie.

—Hola —dijo la muchacha levantando una mano y con una sonrisa tímida.

Cort saludó con la cabeza.

—Tenéis el coche lleno de cosas. ¿Voy a buscar el *quad*?

—Estaría genial.

Carter le miró alejarse con una expresión no mucho más afable que la de su tío. Con todas aquellas emociones flotando en el aire estival, ardía de ganas de volver al campamento.

—Creo que deberíais venir todos a cenar a casa hoy —anunció Nick de repente.

Carter reprimió una mueca de terror.

—Sí, venid —acordó Candace mientras daba un paso para acercarse de nuevo a Nick.

—Encantados —dijo Buddy—. La comida de campamento no está mal, pero enseguida cansa. Me vendrá bien empezar con algo más variado.

Cuando Carter le miró furiosa se encogió de hombros.

—Cariño —canturreó Candace—. ¿Vamos a la piscina a darnos un baño?

Nick asintió distraído mientras taladraba a Carter con la mirada.

—Te veo esta noche —le dijo.

En cuanto la pareja se hubo alejado, Carter regañó a Buddy entre dientes.

—Muy bonito, Buddy.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Sabes perfectamente lo que has hecho. —Cuando Buddy puso cara de inocente refunfuñó—: Y no me mires así.

—¿Cómo?

—Con cara de yo-no-he-tenido-nada-que-ver-con-este-lío.

—¿Quién dice que haya ningún lío? Yo no, desde luego. —Pero la sonrisa en su cara decía otra cosa—. Aunque, ya que estamos, ¿qué hay entre tú y ese Farrell?

Carter notó cómo se ponía pálida y rezó porque Buddy no se diera cuenta.

—Nada.

—Te come con los ojos.

—No digas tonterías. Y más te vale disfrutar de la cena de esta noche, porque será la última vez que comamos en esa casa.

—Seguro que la disfruto. Si la comida es un asco, siempre podemos hacer palomitas y disfrutar del culebrón.

Carter le dio un golpecito con la cadera.

—Te voy a destituir de tu cargo de director de eventos del campamento.

—Entonces, ¿voy a ser enfermera jefe?

—Sí, y puedes empezar vendándote el trasero en cuanto termine de pateártelo.

Buddy todavía sonreía cuando Cort apareció con el *quad*.

—Oye, es genial —dijo Ellie mirando el vehículo—. ¿Me dejarás conducirlo?

Cort se encogió de hombros y se volvió sin prestar atención a la expresión herida de la muchacha.

Con cuatro pares de manos el maletero del Range Rover estuvo enseguida vacío y Cort hizo dos viajes a la montaña. Mientras volvía, Ellie se puso unos pantalones cortos y Carter les guio hacia el campamento.

—Muy bien montado —dijo Buddy inspeccionando el lugar—. Veo que El Papiro ya está preparado.

—Y listo para empezar a trabajar.

—Pues suerte que me he traído el diccionario de jeroglíficos.

Cuando Cort hubo terminado de transportar las cosas de los Swift les saludó con un rígido gesto de cabeza y desapareció. Ellie le miró irse y luego anunció que iba a buscar leña.

—Ese chico se parece a su padre —comentó Buddy mientras Carter y él se enfrentaban a la imponente pila de bolsas—. Un encanto.

—Es el sobrino de Nick. —Carter le ayudó a sacar dos tiendas de campaña de debajo del montón—. Es un buen chico, pero cuando están los dos juntos cambia. Espero que se haga amigo de Ellie.

Mientras Buddy extendía la tienda en el suelo y la alisaba, Carter cogió un martillo y empezó a fijar las esquinas con piquetas.

—Entonces, dime, ¿qué pasa con Farrell?

Carter falló el golpe y se dio un martillazo en el pulgar. El exabrupto que siguió no se debió únicamente a su mala puntería.

—¿Estás bien? —preguntó Buddy.

No estaba nada bien, pero asintió, levantó de nuevo el martillo y esta vez se aseguró de apuntar mejor. Cuando la piqueta estuvo clavada empezó a enrollar cuerda alrededor. Buddy repitió su pregunta.

Carter le miró cortante.

—Farrell es el propietario de esta montaña y no le hace demasiada gracia que estemos aquí. Fin de la historia.

—¿Estás segura? Antes cuando te abracé me ha taladrado un agujero en el cráneo.

—Pues entonces ya tienes dos.

—¿Y quién es la rubia?

Carter dejó de hacer lo que estaba haciendo.

—¿Desde cuándo te interesa la sociología? Antes no hacías tantas preguntas sobre la gente.

—Y yo nunca te había visto a ti interesada en un hombre.

Aquella afirmación tan directa hizo sentirse a Carter como si se hubiera aplastado otro dedo.

—¿De qué hablas?

—¿Me equivoco?

—¡Pues claro que te equivocas!

—¿Acerca de qué estás torturando a C. C.? —preguntó Ellie, que en ese momento salía del bosque. Venía cargada de ramas de todos los tamaños.

—De ese hombre tan simpático al que acabamos de conocer —contestó su padre.

—Ah, ese. —Ellie dejó caer la leña cerca del lugar donde se hacía el fuego—. Da un poco de miedo.

Por fortuna el tema quedó aparcado cuando Ellie quiso saber cosas del lugar donde iban a excavar. Mientras Carter les informaba de los progresos hechos hasta el momento, los tres terminaron de montar las nuevas tiendas y a continuación se dirigieron hacia el círculo de piedras. Como el sol estaba a punto de ponerse, solo les dio tiempo de echar un vistazo rápido antes de bajar. Mientras descendían por la ladera, Ellie y su padre parecían encantados de la vida.

Carter en cambio se sentía como un cordero camino del matadero. No podía creer que fuera a pasar una velada con un adolescente de dieciséis años enamorado de ella, un hombre al que había besado llevada por un impulso inconfesable y la novia pija de este cuyo apodo era Barbie Godzilla.

Buddy tenía razón. Allí había material de sobra para un culebrón.

Aunque el problema no era tanto la compañía como la verdad a la que no podía escapar. Volver a ver a Nick Farrell había sido como recibir una descarga eléctrica de alto voltaje.

Tendría que controlarse si quería sobrevivir a la cena. Buscando desesperadamente alguna excusa plausible para sus sentimientos, se recordó a sí misma que llevaba años sin tener una cita. Esa tenía que ser la explicación. El beso que le había dado a Nick aquella noche había sido el primero en siglos. Así que por supuesto que iba a sentir algo cuando le viera ahora. Se llamaba vergüenza.

¿O no?

En cuanto a la cena, en el momento en que hubiera terminado, pensaba subir a la montaña y no volver a bajar hasta que fuera capaz de controlarse mejor.

No era más que una cena. ¿Cuánto podía durar?

• • •

Más que un día sin pan, pensó Carter horas después mientras consultaba su reloj.

El resto de comensales acababa de terminarse una *mousse* de fresas. Ella no había tocado la suya, lo mismo que apenas había probado el costillar de cordero. En cuanto había cruzado la puerta de la casa, se le había puesto un nudo en el estómago.

La velada había sido una tortura. Nick había seguido dedicándole toda su atención. El resto del tiempo lo había ocupado en dirigir frías miradas a Buddy. Candace presidía la mesa con actitud molesta por la indiferencia de Nick y se esforzaba de manera cada vez más torpe y obvia por llamar su atención. Los chicos tampoco parecían estar divirtiéndose mucho. Cort estaba callado y con expresión pétrea y Ellie aguantaba el mal trago sin decir palabra.

—Yo es que adoro París —estaba diciendo Candace—. ¿Te acuerdas, cariño, de ese fin de semana tan maravilloso que pasamos allí?

Nick se encogió de hombros y dio un sorbo al vaso de *whisky* que se había llevado a la mesa. Miró a Carter, quien apartó la vista.

—Nos lo pasamos fenomenal comprando. ¿A que sí, cariño?

—Tú sí, desde luego —replicó Nick.

Sentada al otro lado de la mesa, Ellie se estaba quedando dormida. Buddy carraspeó y dejó su servilleta sobre el mantel. Cuando Carter le miró, le hizo una seña para que se inclinara hacia él.

—Tenemos que salir de aquí —le susurró cuando tuvieron juntas las cabezas—. Ellie se está quedando frita.

—Vale.

Se enderezaron y Carter interrumpió otro de los intentos desesperados de Candace por trabar conversación con Nick.

—Gracias por esta encantadora velada, pero creo que deberíamos volvernos ya a la montaña.

—Tienes razón, C. C. —dijo Buddy—. Mañana tenemos que empezar temprano a trabajar y ha sido un día muy largo.

—Antes de que os vayáis nos vemos un momento en mi despacho —le dijo Nick con tono autoritario al tiempo que se ponía en pie.

Carter ya se había levantado de la mesa e iba camino de la puerta cuando se dio cuenta de que nadie la seguía. Cuando se volvió vio que todos la miraban. Nick le había hablado a ella.

—¿No puede esperar a mañana? —preguntó.

—No.

Candace se colocó delante del campo de visión de Nick.

—Cariño, déjalo para mañana. No vas a tenerme arriba esperando, ¿no?

Carter sintió una punzada de celos y aguardó a ver si Nick cedía a la presión de Candace. No fue así.

—A mi despacho —repitió—. Ahora.

Carter frunció el ceño, enfadada con él y consigo misma. No tenía derecho a sentirse celosa y la actitud dominante de Nick le sentaba como un tiro.

—Muy bien. —Su voz denotaba su enfado y se esforzó por aferrarse a esa emoción, sabiendo que sería su salvavidas.

—Te esperamos —dijo Buddy.

—No hace falta. Nos vemos arriba.

Carter siguió a Nick fuera de la habitación con el corazón a mil por hora.

•••

Cuando llegaron al despacho Nick cerró la puerta y se sirvió otro *whisky* con hielo. Apoyado en el mueble bar, con una mano en el mostrador de mármol, se puso a mover el vaso sin decir nada. Estaba a punto de perder los estribos y necesitaba un minuto para sobreponerse.

Carter había sido una fuente de tortura desde el momento en que había entrado en la casa aquella noche en compañía de los demás. Se había pasado la cena viendo

cómo la luz de las velas jugaba con su piel y observando las diferentes expresiones de su cara. Le gustaba la manera en que cambiaba de postura en la silla y no dejaba de cruzar y descruzar las piernas. Estaba tan llena de vida, era tan vibrante, que sentía deseos incontenibles de tocarla. Entre otras cosas.

Gracias a sus fantasías, había pasado casi toda la velada con una erección.

Todo aquel deseo contenido hacía que no soportara la mera visión de Buddy Swift. Aquel hijo de mala madre había estado intercambiando miradas con Carter toda la noche, con ojos de carnero detrás de esas estúpidas gafas de montura dorada y cara de no poder aguantar las ganas de quedarse a solas con ella. A Nick le habían entrado ganas de darle una patada en el culo.

Pero peor incluso había sido ver cómo se comportaba Carter con aquel hombre. A cada rato le miraba con una sonrisa luminosa. Era evidente que había algo entre los dos y Nick no podía creerse que no se molestaran en disimular delante de la hija de Swift.

Para cuando sirvieron la *mousse*, Nick estaba que echaba espuma por la boca y furioso consigo mismo por haberles dejado sentarse juntos. También se le llevaban los demonios pensando que Carter estaba con aquel arqueólogo en lugar de con él.

—¿Qué querías? —le preguntó Carter.

Nick se volvió y la miró por encima del hombro. Carter tenía los brazos en jarras, con lo que el pecho se le marcaba bajo la camiseta. El recuerdo de aquellos pechos desnudos en el arroyo y bañados por el sol lo distrajo momentáneamente.

—No doy crédito a tu comportamiento —dijo con voz hosca.

—¿Perdona? —La expresión de Carter era de asombro total.

Qué buena actriz era.

—Tú y ese... Swift.

Le habría gustado usar otra palabra. Unas cuantas, para ser exactos.

—¿De qué hablas?

—Mujeres —soltó con desdén antes de terminarse la bebida y apoyar con fuerza el vaso sobre la mesa—. Sois todas iguales.

Miró a Carter mientras el enfado de esta aumentaba. Las mejillas se le tiñeron de un rojo encantador y abrió la boca. Nick ardió en deseos de pasarle la lengua por el labio inferior.

—Gracias a Dios, eso es mentira —dijo Carter ásperamente—, porque esa rubia de ahí fuera y yo no tenemos nada en común.

—¿Ah, no? Pues ella también ha tenido aventuras con hombres casados. —La expresión incrédula de Carter parecía tan auténtica que Nick rio—. Aunque, que yo sepa, nunca ha tenido la desfachatez de acostarse con alguien delante de su hija.

—¿Crees que Buddy y yo...?

—¿Me lo vas a negar?

Carter movió la cabeza atónita.

—¿Se puede saber de dónde has sacado esa idea?

—Ah, perdóname —atajó Nick cortante—. No sabía que cuando la gente se toquetea debajo de la mesa es porque quieren intercambiarse las servilletas.

—¿Qué? Ah, eso...

—Sí. Eso. Y no me mires como si no hubiera sido nada.

—Lo que voy a hacer —concluyó Carter mientras se dirigía hacia la puerta y la abría—. Es olvidarme de que hemos tenido esta conversación.

—¿No soportas que nadie te reproche tus actos?

Carter se giró con la melena sedosa cayéndole sobre los hombros. Tenía la cara roja de indignación y le brillaban los ojos de furia.

Dios, cómo la deseaba.

—Me parece que no eres el más indicado para hablar —le espetó.

—Yo no estoy cometiendo adulterio.

Carter caminó hasta él.

—Teniendo en cuenta cómo me besaste la otra noche, yo que tú dejaría de hacerme el santo. No es que seas precisamente un ejemplo de monogamia.

—Tú me besaste primero.

Oyeron un siseo a sus espaldas y se volvieron para ver qué era.

Cort estaba atónito en la puerta del despacho. Se volvió y miró a Nick con una mezcla de ira y dolor.

—¿La besaste?

—Espera un momento —Nick levantó una mano.

—No me lo puedo creer —dijo Cort, casi escupiendo las palabras—. ¿Es que me lo tienes que quitar todo?

Y desapareció por el pasillo.

Mientras Nick salía a toda prisa del despacho y miraba a Cort correr escaleras arriba, se le ocurrió que el muchacho debía de haberse enamorado de Carter. No estaba seguro de cómo había ocurrido, pero no importaba.

Se apoderó de él una ira irracional y se aferró a la única luz que era capaz de ver.

Furioso, se volvió hacia Carter, que le había seguido hasta el pasillo.

—Me da igual lo que hagas con otras familias, pero no pienso dejar que arruines la mía.

—¿Qué? —preguntó Carter atónita.

—No te acerques a Cort —gruñó Nick—. Si quieres divertirte, búscate a alguien de tu edad. Yo puedo soportarlo. Pero él no.

Carter estaba tan perpleja que no encontraba las palabras. Por fin balbuceó:

—Pero ¿es que te has vuelto loco? Nunca fue mi intención...

—Si es que era cuestión de tiempo —Nick la miró con los ojos entornados—. Paseándote por ahí en pantaloncitos cortos, enseñando las piernas. Y esas camisetas minúsculas. Cort es demasiado joven para distinguir entre atracción física y amor, aunque tú acabas de darle toda una lección. ¿Qué más tenías pensado enseñarle?

A Carter se le dilataron las pupilas. Levantó una mano y abofeteó a Nick. A este

le ardió la mejilla mientras la sangre se le agolpaba bajo la piel.

—¿Cómo te atreves? —soltó Carter furiosa—. No es más que un niño.

—Sí. Y gracias a ti acaba de dejar la infancia un poco más atrás. Le has roto el corazón.

Nick se dirigía hacia las escaleras con la intención de ver a su sobrino cuando Carter le gritó indignada:

—Piensa lo que quieras sobre Buddy, pero yo nunca he hecho nada para que Cort se sintiera atraído por mí.

Nick se volvió.

—No creo que sepas cómo no atraer a los hombres. Te pasa como con las brújulas, que siempre apuntan al norte. Es una ley de la naturaleza.

Los ojos de Nick recorrieron el cuerpo de Carter sin molestarse en disimular su deseo.

—No me mires así —dijo Carter cruzando los brazos delante del pecho.

—¿Así que esas tenemos? —Nick rio con aspereza—. Todo sonrisitas y provocaciones hasta que alguien acepta tu ofrecimiento.

—Yo no te estoy ofreciendo nada.

—No fue la impresión que me dio la otra noche. Podría haberte hecho mía. Allí y en ese mismo momento.

Carter le miró con desdén.

—Me parece que sobrevaloras tu atractivo.

Nick se movió tan deprisa que no le dio tiempo a escapar. La sujetó con fuerza por la cintura y acto seguido la atrajo hacia sí y la besó en un arranque de exasperación y avidez. Carter se resistió, revolviéndose en sus brazos, hasta que de repente entreabrió los labios y le dejó entrar, devolviéndole el beso con la misma furia. Con un aullido de deseo que le subía desde la garganta, Nick le hundió las manos en el pelo y la empujó contra la pared. El cuerpo de Carter era todo curvas deliciosas y se apretó contra él, movido por el ansia de poseerla.

Totalmente trastornado, empezó a maquinarse la manera de volver juntos al despacho sin que sus cuerpos se separaran. Una vez cerrada la puerta podrían deshacerse de las ropas y tumbarse en el sofá. Podría recorrer su piel desnuda con la boca, explorar hasta el último rincón de su cuerpo, hacerla gemir bajo su peso.

Porque desde luego pensaba hacerla gemir, decidió. Hasta que se olvidara de todo excepto de él. De todos excepto de él.

—Vámonos del pasillo —le dijo con voz ronca—. No podemos hacer esto aquí.

Notó cómo ella se ponía rígida y le empujaba los hombros con las manos.

—Para —dijo Carter sin aliento—. Para ahora mismo.

Nick se apartó de mala gana.

Cuando Carter por fin habló, su tono era gélido.

—Si eres capaz de besarme así con tu novia en la habitación de al lado, no vuelvas a darme lecciones de fidelidad.

Y se marchó a toda prisa, huyendo de él. De su casa. De su fantasía sobre cómo podía haber terminado la noche.

Nick maldijo en voz alta y dio un puñetazo a la pared que resonó en todo el pasillo.



Capítulo 7

A la mañana siguiente Carter se despertó con el olor de tortitas y café recién hecho. Salió medio dormida de la tienda y vio agradecida a Buddy cocinando en una sartén sobre el hornillo. Después de una noche con el estómago vacío y la cabeza a punto de reventar de imágenes que la habían hecho estremecer, un desayuno copioso era justo lo que necesitaba para empezar el día.

Se puso el cortavientos y fue hasta la mesa de la tienda comedor.

—Eres un santo. ¿Lo sabías?

—He decidido hacer algo útil —gruñó Buddy—, puesto que dormir era imposible.

—¿Has pasado mala noche? —Carter se sirvió café y una nube de vapor salió de la taza hacia el aire fresco.

—¿Tú no lo has oído?

Carter negó con la cabeza antes de probar el café. Estaba rico y fuerte.

—Un maldito pájaro carpintero ha estado buscando petróleo en el tronco de un árbol. No paró hasta que lo amenacé con disecarlo y colgarlo de la pared.

—Debe de ser que yo ya me he acostumbrado a él.

Apareció Ellie y Buddy puso tres platos con tortitas en la mesa.

—Comed, chicos. No es tan refinado como lo que cenamos anoche, pero seguro que la compañía es más agradable.

—La cena fue rarísima —dijo Ellie mientras se sentaban a comer—. Nadie de esa casa parece muy feliz. No parecían gustarse los unos a los otros. Y tampoco nosotros les gustamos, creo.

Carter y Buddy se intercambiaron una mirada desde ambos lados de la mesa.

—No tenemos por qué volver —dijo este último.

—Vale.

Terminaron de comer en silencio. Mientras recogían, Buddy preguntó:

—¿Y qué quería Farrell anoche?

—Nada —contestó Carter con voz despreocupada y la esperanza de que Buddy la creyera.

—¿Nada?

—Bueno, nada no. Algo. Más o menos.

Negó con la cabeza mientras pensaba que más le valía limitarse a respuestas monosilábicas cuando le preguntaran sobre Nick Farrell.

—No nos va echar, ¿verdad?

—No creo.

Pero de repente se preocupó. No había considerado la posibilidad de que Farrell los expulsara de la montaña. Había estado demasiado ocupada pensando en cómo había pasado de abofetearle a... lo que ocurrió después. Había estado toda la noche en vela, mirando el techo de nailon de la tienda y tratando de entender. Cuando por fin salió el sol seguía sin tener nada claro, pero ahora se encontraba con un nuevo motivo de preocupación. ¿Y si las discusiones entre los dos ponían en peligro la excavación?

—Entonces, ¿de qué hablasteis? —insistió Buddy mirando a Carter con curiosidad desde detrás de sus gafas—. Debía de ser algo importante, porque cuando os marchasteis tenía una cara de lo más seria y decidida.

—No era nada importante —Carter miró a Ellie—. ¿Lista para empezar a trabajar?

Carter sabía que no había engañado a Buddy, pero le agradeció que no insistiera mientras los tres se dirigían hacia el sitio de la excavación. Cuando estuvieron dentro del círculo de piedras, Buddy dejó escapar un largo silbido.

—Anoche estuve releendo el diario de Farnsworth. Aunque era un sádico de tomo y lomo, sabía ser muy preciso en las descripciones. Si este no es el lugar del que habla, no sé cuál puede ser.

—No creo que necesitemos hacer pozos de prueba. ¿Tú? —Carter se refería a la costumbre de excavar de forma aleatoria, un método que se empleaba para saber si podía haber artefactos concentrados en un área determinada.

—No. Después de leer anoche la fuente primaria, me apuesto a mi primogénita a que aquí ocurrió todo.

Ellie le miró seria.

—Uno de estos días vas a perder la apuesta y voy a acabar viviendo con otra familia. Aunque ahora que lo pienso...

Buddy le dio un tirón cariñoso en la coleta.

—Podemos desplegarlos por el lado norte e ir avanzando hacia el sur —sugirió Carter.

A los diez minutos habían cogido herramientas y cubos, se habían colocado equidistantes unos de otros en la retícula y estaban preparados para empezar.

Carter se acuclilló y apartó capas de agujas de pino hasta dejar al descubierto lo que parecía ser la capa más superficial del suelo. A continuación cogió una paleta y la hundió en el suelo. Le llegó el ya familiar aroma a tierra y empezó a echar paletadas en el cubo que tenía al lado. En cuanto estuviera lleno lo sacaría del círculo y tamizaría la tierra por una pantalla en busca de posibles fragmentos. Sabía que

aquellas interrupciones en la tarea de excavar, que le permitirían levantarse y estirar las piernas, le resultarían cada vez más de agradecer a medida que avanzara el día.

Trabajaron sin parar arrodillados hasta que el sol estuvo muy alto en el cielo despejado y pararon solo para beber agua y comer un almuerzo rápido. Según pasaban las horas Carter albergaba la esperanza de que apareciera Cort, pero no fue así.

Hacia las tres de la tarde se disculpó diciendo que tenía que coger algo del coche y bajó la montaña para buscarle. Cuando salió del bosque y cruzó el césped oyó ruidos en el garaje y se dirigió allí siguiendo el estruendo de metal. Ivan estaba debajo del Range Rover de Buddy rodeado de herramientas. Buscaba a tientas un destornillador.

—¿Necesitas el de estrella? —le preguntó Carter.

El gruñido que recibió por respuesta podía ser cualquier cosa, así que le puso la herramienta en la mano y se apartó. No esperaba un «gracias» y le sorprendió cuando el siguiente gruñido se asemejó un poco a dicha palabra.

—Estoy buscando a Cort. ¿Sabes dónde está?

Después de un fuerte *clonc*, Ivan se deslizó de debajo del coche. Estaba cubierto de aceite y sus ojos oscuros la miraban tan penetrantes como una de las puntas de flecha que había encontrado Ellie en la montaña.

—Debe de estar en el embarcadero.

—Gracias.

—Oye —Ivan la llamó cuando se giraba para marcharse—. Si tienes algún problema ahí arriba, me lo dices. Yo me encargo.

A Carter le sorprendió el ofrecimiento.

—Qué amable por tu...

—Me han encargado que cuide de ti —dijo Ivan y a continuación volvió debajo del coche.

Carter le dio las gracias de nuevo y salió al sol, aliviada de dejarle atrás. El hecho de que tener que cuidar de ella no pareciera agradar a Ivan no la sorprendía. Lo que le producía curiosidad era por qué habría pensado Nick que necesitaba protección.

A lo mejor es que no quería que se perdiera otra expedición en la montaña.

Cruzó la explanada de césped en dirección al lago dando un rodeo para no acercarse a la mansión, confiando en no tener que huir de ninguno de sus habitantes. Mientras la dejaba atrás pensó en lo difícil que resultaba creer que aquel exterior tan apacible escondiera tantos conflictos. La casa parecía un hermoso oasis de paz, con sus costados brillando al sol, sus porches llenos de confortables muebles de mimbre y sus alféizares cubiertos de flores.

Pero, claro, también la caja de Pandora era muy bonita por fuera.

Ya en la orilla del lago, dejó el césped y caminó por el muelle que rodeaba el embarcadero. Puesto que no veía a Cort, entró. En la grada había dos lanchas amarradas. Una era un velero de madera y la otra una moderna motora. Formaban

una pareja discordante, como un cantante de ópera y una estrella de rock.

Pero Cort no estaba por ninguna parte. Carter se volvió para marcharse, resignada a buscarle en la casa, cuando escuchó un silbido que la dejó pegada al sitio.

—No puede ser —murmuró.

Pero lo oyó de nuevo e hizo una mueca mientras los recuerdos acudían en tropel a su cabeza. Veía a su padre como si lo tuviera delante y las reminiscencias de su infancia feliz le quemaron el pecho.

Trenes. Trenes de juguete. Esa había sido su pasión compartida.

Mientras sonaba de nuevo el silbido se fijó en unas escalerillas que salían de un rincón del embarcadero. Cuando las subió vio que la segunda planta del cobertizo estaba ocupada por una maqueta de tren. Por un paraíso del modelismo ferroviario, en realidad. Sobre una plataforma elevada que se extendía serpenteante por toda la habitación, aquella maqueta era de las mayores que había visto Carter en su vida, mayor incluso que la que su padre y ella habían montado muchos años atrás.

Cort estaba en los controles y Carter se abrió paso entre la bruma de recuerdos y se concentró en él.

—Esto está muy bien hecho.

Cort levantó la vista sorprendido y se ruborizó.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte.

Cort movió la palanca del acelerador y la locomotora roja y su cola de vagones empezaron a circular a gran velocidad por las vías. El sonido de ruedas diminutas llenó la habitación.

—Esperaba haberte visto esta mañana. Hemos empezado a excavar.

El tren circuló a gran velocidad por las distintas regiones de su mundo. El pueblo minero, la oficina de correos, el almacén de grano.

—Estoy ocupado. —Cort tenía el cuerpo rígido, lo que contrastaba con sus ropas holgadas. Los pantalones cortos le llegaban a la cadera y llevaba una sudadera de la Universidad de Kentucky de talla extra grande. Carter se fijó en que no llevaba el pelo tan de punta como de costumbre.

En la tensa pausa que siguió, el tren desapareció dentro de una montaña y apareció al otro lado.

—Cort, siento mucho haberte hecho daño.

El muchacho accionó los mandos y el traqueteo aumentó de volumen.

—No pasa nada. Estoy perfectamente.

—A mí no me lo parece.

Cort no dijo nada.

—Cort...

—Estoy perfectamente. —Cuando el tren llegó a su altura lo detuvo—. ¿Te importaría irte?

—Tienes que entender...

Cort la interrumpió enfadado.

—Yo lo único que entiendo es que me gustabas y quería estar contigo, y entonces mi tío se metió por medio. —La miró a los ojos por primera vez—. ¿Y por qué él? ¿Por qué tenía que ser él? Dios, estoy harto de que se meta tanto en mi vida. Me obliga a pasar aquí todo el verano, no me deja estar con mis amigos, y ahora también se queda contigo.

—Yo no me voy a ninguna parte.

—Querrás decir que no vas a ninguna parte conmigo, ¿no? —Había mucha amargura en su voz.

—Soy demasiado mayor para ti.

—Y en cambio tienes la edad perfecta para él, ¿a que sí?

Carter tomó aire profundamente.

—Yo no estoy con tu tío.

—Pero le besaste.

—Cort, yo... —Carter movió la cabeza, exasperada. Le resultaba difícil explicar algo que ni siquiera ella comprendía muy bien.

—¿No te importa que tenga novia?

Sus ojos color gris claro, tan parecidos a los de su tío, la miraban desafiantes.

—Esto no tiene nada que ver con tu tío...

—Ahórrate el rollo, ¿quieres? Lo de «cuando seas mayor» ya me lo dice bastante él.

—Te has encaprichado conmigo. Pero no es...

—¿Y tú qué sabes lo que siento? —Cort hizo un gesto de desesperación con la mano—. La gente se pasa la vida diciéndome lo que tengo que sentir, hacer, adónde tengo que ir. Por una vez ¿no podrías aceptarme tal y como soy?

Al ver lo alterado que estaba, Carter empezó a dudar de si sus palabras iban a serle de alguna ayuda.

—¿Desde cuándo me conoces? —le preguntó.

—Desde hace una semana —contestó Cort de mala gana.

—Más bien cinco días, como mucho. ¿Sabes cuál es mi color favorito?

—No, pero eso qué tiene que ver con...

—¿Y qué me dices de mi religión?

Cort frunció el ceño y se encogió de hombros.

—¿Y sabes de dónde soy, cómo es mi familia, si me gusta el *sushi* o la comida mexicana? ¿Sabes si soy una maniática del orden o una desastrada?

—Sé que eres guapa y lista y que tienes sentido del humor. Sé que me gusta estar contigo. ¿Qué más necesito saber? —contestó Cort, con una mirada desafiante.

Carter suprimió un gemido.

Si todos los hombres fueran tan poco complicados en sus afectos...

—Me siento muy halagada, de verdad te lo digo. —Caminó con cautela hacia Cort—. Y me sabe mal decirte esto, pero no soy ninguna santa. No me has visto de

malhumor por el estrés, insultar a otros conductores cuando voy en coche, o llorando con una vieja película o una tarjeta de felicitación cursi. No me conoces cuando estoy enfadada o deprimida. Me gustaría poder decirte que pensar que soy guapa y lista es bastante, pero no lo es.

—¿No te gusto? —Cort pronunció estas palabras con voz queda y la cara contraída, como preparándose para recibir un golpe.

—Pues claro que me gustas —dijo Carter con dulzura—, pero no de esa manera.

—Pero mi tío sí.

Carter no podía contestar a aquello. No quería mentirle a Cort y se sentía incapaz de enfrentarse a la verdad.

—Me gustaría que fuéramos amigos —propuso.

—Sí, claro.

—Lo digo en serio. Me gusta estar contigo. Y me encantaría que me ayudaras en la excavación. Necesito tu ayuda.

—Tienes a esos dos.

—Pero hay mucho terreno que excavar.

Hubo una pausa.

—¿De verdad habéis empezado a excavar? —Cort levantó la vista.

Carter asintió.

—¿Y habéis encontrado algo?

—Ellie ha desenterrado unas cabezas de flecha.

Cort empezó a jugar con los controles, haciendo que el tren circulara hacia delante y hacia atrás.

—Mira, de verdad que nos vendría bien otro par de manos. ¿Vas a venir?

Cort se encogió de hombros.

—Puede, pero ahora mismo estoy ocupado con los trenes.

—Bueno, pues espero verte mañana.

—Vale.

Carter se marchó con el corazón encogido. Recordaba que su primer desengaño amoroso había sido con un profesor. Este le había dicho que no con el mayor tacto posible, pero el dolor del rechazo había sido terrible. Nunca se le había pasado por la imaginación que algún día ella se encontraría al otro lado de ese dolor.

Y la experiencia no era mucho más grata, pensó mientras salía al césped.

Caminaba junto a la mansión con la cabeza gacha y apesadumbrada, cuando Candace se plantó delante de ella. Llevaba un vestido estampado de un rosa y un verde tan chillones que casi parecían un test de Rorschach. Con un collar de perlas y pendientes a juego, parecía salida de un club de campo donde hubiera estado tomando té helado y jugando al *bridge*.

Excepto por la expresión de su cara, que le recordó a Carter a un boxeador profesional.

Candace le agitó el dedo índice delante de la cara.

—No sé a qué estás jugando, pero no pienso dejar que te interpongas entre Nick y yo.

Carter tomó aire profundamente.

—No sé de qué me hablas.

Trató de esquivarla y seguir andando, mientras pensaba que tendría que haber dado un rodeo y no acercarse a la casa.

Vamos, con tal de evitar aquel numerito habría vuelto al campamento pasando por otro estado.

—No te hagas la tonta conmigo. —Los ojos de Candace eran solo dos rayas en su bonita cara—. Yo voy a ser la primera y única mujer de Nick Farrell. Si crees que tienes alguna posibilidad de impedírmelo, te vas a llevar una sorpresa de lo más desagradable.

La mujer calló esperando una reacción.

—Pues gracias por la información —dijo Carter secamente.

Por un momento, Candace pareció desconcertada.

—Me parece que no me estás entendiendo. Nick me quiere. Tú puedes coquetear con él en la mesa, pero en su cama duermo yo.

Los celos se apoderaron de Carter. Era la clase de reacción inconsciente que tanto le decía sobre sus verdaderos sentimientos. Y otra razón para querer evitar un enfrentamiento como aquel.

Antes de que pudiera decir nada, se cerró una puerta mosquitera y Nick apareció detrás de una esquina de la casa. En décimas de segundo la expresión de Candace cambió por completo.

—¿Vamos a salir con el barco, entonces? —preguntó serena.

Nick ni la miró y se dirigió a Carter.

—He hablado con Ivan, que ha llamado a la grúa. Hay que llevar el coche de Swift al pueblo.

Carter logró articular una respuesta cortés.

—Gracias. Se lo diré.

Se negó a mirarle a los ojos. No se sentía orgullosa de haberle abofeteado la noche anterior, pero no estaba segura de cómo podía disculparse sin desdeñarse al mismo tiempo de sus palabras. Y desde luego no iba a hacerlo delante de Candace.

Darle la espalda fue un alivio.

—Por cierto —le dijo Nick—. Más tarde subiré a ver cómo van las cosas.

—No tengas prisa —murmuró Carter para sí mientras pensaba en cómo su vida se había llenado de repente de personas, de problemas y de situaciones complicadas. ¿Qué había sido de todas esas horas de tranquilidad entre libros y papeles?

—¿Cómo dices?

—Que no te preocupes. Todo va muy bien.

• • •

Buddy y Ellie estaban arrodillados juntos cuando Carter entró en el círculo.

—¡Justo a tiempo! —dijo su colega con una sonrisa de felicidad.

—¿A tiempo para qué?

—Para el gran hallazgo.

Carter se apresuró a acercarse.

—¿Qué habéis encontrado?

—Como sabes, es difícil identificar nada sobre el terreno —dijo Buddy con cautela—. Pero así, a bote pronto, creo que es el carburador de un Ford Thunderbird.

Carter se paró en seco.

—Me estás tomando el pelo.

—No. —Buddy hundió la mano en la tierra y sacó un trozo de metal—. Nunca bromeo si se trata de repuestos de coche.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó Ellie mientras Carter soltaba una carcajada.

Buddy inspeccionó el objeto desenterrado.

—La gente entierra cosas muy raras. Una vez encontré una bandeja de horno con una elegía escrita dentro. Una oda al lacón y al pavo asado.

—Qué asco.

—Sí, sobre todo si piensas que mamá aún la usa.

—¡No me lo creo!

—Pues es verdad. Siendo un producto que venía tan recomendado, tenía que probarlo.

—¿Por qué me cuentas esas cosas? —murmuró Ellie.

Después de la escenita que acababa de montarle Candace, Carter se sentía tan feliz de estar de vuelta con sus amigos y en el trabajo que le dieron ganas de abrazarlos a ambos.

Sonrió y le puso una mano a Ellie en el hombro.

—Siento interrumpir este momento entrañable a lo Martha Stewart en la noche de los muertos vivientes, pero tengo que comunicaros que se llevan el Range Rover a las regiones meridionales de las Adirondacks.

Buddy se puso en pie con expresión resignada.

—¿Ivan el Terrible no ha conseguido arreglarlo?

—Supongo que no.

—Pues, entonces, será mejor que baje. —Buddy miró a su hija—. ¿Vienes?

—Sí, capitán.

Cuando se marcharon Carter se puso a trabajar con la idea de poder excavar todavía dos horas antes de que oscureciera. No pudo evitar revivir su encontronazo con Candace.

Carter nunca había desempeñado el papel de «la otra». Aunque, se recordó, entre Nick y ella no había pasado nada. Pero nunca había sido blanco de las iras de una mujer defendiendo lo que cree que le pertenece. Y no le gustaba.

Después de todo, quería a Nick para ella sola.

Aquel pensamiento la hizo gemir.

Mientras intentaba convencerse de que aquello era una locura, su paleta chocó con algo duro. La dejó en el suelo y, agradecida de tener una distracción, escudriñó la tierra y se sorprendió gratamente al encontrar una cabeza de flecha. La cogió y la estaba estudiando cuando oyó que alguien se acercaba por el bosque.

El paseo en barca de Nick con Candace debe de haber sido muy corto, pensó poniéndose tensa.

Al menos estaba medio preparada para su llegada. Durante su último ascenso a la montaña había ensayado dos discursos. En el primero le decía que a partir de ahora su relación debía limitarse a lo estrictamente profesional. No más discusiones, no más enfrentamientos. No más besos. Lo que tenía que decirle era breve y directo, aunque solo de pensarlo el corazón se le encogía.

El otro discurso era más largo y más fácil de decir. Había repasado mentalmente todo lo que quería conseguir durante la semana siguiente y estaba preparada para abrumarle con tecnicismos. Supuso que aquello le quitaría las ganas de que lo mantuviera puntualmente informado de sus progresos en la excavación. La charla duraría unos quince minutos y, si tenía suerte, conseguiría aburrirle y que no apareciera más por allí.

Lista para el ataque, empezó a hablar antes de que Nick apareciera por entre las piedras.

—Sobre lo que pasó anoche...

Pero fue Conrad Lyst, y no Nick, quien entró en el círculo de piedras.

Carter calló y sintió un aguijonazo de miedo al darse cuenta de lo sola que estaba allí, en aquella montaña. Esperaba que los Swift volvieran pronto.

Lyst caminó con agilidad por el terreno que los separaba. En otra persona su manera de andar podría haberse considerado elegante. Pero, teniendo en cuenta la hostilidad con que Lyst miraba a Carter, resultaba más bien siniestra. Sus ojos, pequeños y oscuros en su cara pálida, recordaban a los de un depredador.

Carter se estremeció.

—Supongo que me toca felicitarte. —Lyst señaló hacia la excavación.

—¿Qué haces aquí? —Carter se puso de pie.

—He venido a ver qué tal le va a la competencia.

Cuando Lyst se apoyó contra una de las piedras Carter se alejó de él.

—Mírala a ella con sus cuerdecitas. Todo ordenadito y hecho un primor —murmuró—. ¿Has encontrado ya algo?

—Creo que será mejor que te marches.

A Carter le sorprendió la autoridad en su voz.

—Pareces deseosa de librarte de mí. ¿Te olvidas del respeto debido a los colegas?

Cuando vea a un colega le mostraré respeto, pensó Carter.

—Entonces, cuéntame —dijo Lyst con voz pastosa—. ¿Qué has tenido que hacer para que Farrell te dejara excavar?

Lo que insinuaban aquellas palabras hizo que Carter se sintiera sucia y no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Su instinto le decía que debía empezar a buscar una salida.

¿Dónde estaba Buddy cuando más lo necesitaba?

Lyst la miró de arriba abajo.

—¿Sabes una cosa? Siempre me has parecido una mujer de talentos ocultos. Yo no conseguí que Farrell me diera audiencia y mucho menos permiso para excavar en su propiedad, y en cambio tú...

Carter dio un paso atrás con la intención de colocarse cerca de una abertura en las piedras. Recostado con aspecto indiferente en una de ellas, Lyst no se perdía uno solo de sus movimientos.

—Vale, no quieres entrar en detalles. Eso lo entiendo. Para qué desvelar tus armas ocultas. Pero ¿has encontrado algo?

Su sonrisa falsa acentuaba la hostilidad en sus ojos.

—No.

Lyst se encogió de hombros.

—No importa. Con tu pericia estoy seguro de que enseguida estarás desenterrando ese oro.

Carter no dijo nada.

—Estás muy callada —murmuró Lyst—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

—Estoy esperando a que te vayas.

Lyst miró al cielo como si intentara descifrar un enigma matemático.

—Quieres que me vaya. —Bajó la vista bruscamente y la miró—. Yo encontré la cruz que te trajo aquí, a este sitio donde puede haber enterrada una fortuna... ¿y lo único que tienes que decirme es que me vaya?

—Esa cruz era falsa.

Con un movimiento repentino, Lyst se abalanzó hacia ella. Carter se giró y trató de escapar, pero él la sujetó por el brazo. Carter se resistió, notando cómo los dedos de Lyst se le clavaban en la piel, pero no solo era más rápido de lo que había pensado. También era más fuerte. El pánico, intenso y sofocante, se le instaló en la garganta.

—De no ser por la cruz —dijo Lyst furioso—, esa zorra de la Fundación Hall nunca te habría llamado. Ni siquiera habías oído hablar de este sitio hasta que yo fui a verla.

Obligó a Carter a mirarle y esta notó su aliento en la cara, caliente y húmedo.

—Puede que seas tú la que está excavando, pero este sitio me pertenece.

—¡Suéltame!

Lyst le agarró un mechón de pelo y con un tirón la obligó a echar atrás la cabeza. Así, en aquella postura incómoda, Carter observó con horror cómo su cara adoptaba una expresión de lujuria.

—¿Qué le has dado a Farrell a cambio de la autorización para excavar? —Carter luchó por liberarse—. Tienes un cuerpo estupendo. Seguro que sabes usarlo para

conseguir lo que quieres.

—Yo tengo mi reputación profesional y no necesito rebajarme a tu nivel para...

—respondió Carter entre dientes.

Lyst le tiró más fuerte del pelo y Carter tuvo que morderse el labio para no gritar de dolor.

—Podías intentar ser un poco más amable, ¿no te parece? Teniendo en cuenta todo lo que me debes.

—Yo no te debo nada —replicó Carter con aspereza.

—Y un cuerno. Esto me lo has robado. —Le recorrió la cara con la vista—. Lo mínimo que puedes hacer es compensarme. Creo que el placer de tu compañía será suficiente. Al menos de momento.

Carter pensó con horror que Buddy y Ellie no volverían en al menos una hora y que no había nadie allí que pudiera oírla gritar. Iba a tener que defenderse sin ayuda y solo de pensarlo se ponía enferma.

Con mano temblorosa alargó una mano y le rozó la cara a Lyst. Forzando una sonrisa que esperó resultara creíble, murmuró:

—Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo.

Hablaba con un hilo de voz, pero al parecer el ego de Lyst compensó la falta de credibilidad de sus palabras.

—Qué chica tan lista —dijo mirándole los labios.

Le soltó el pelo y también dejó de sujetarle el brazo con tanta fuerza. Justo cuando se disponía a besarla, Carter cambió de postura, le agarró por los hombros y le dio un rodillazo con tal fuerza que notó los huesos de la pelvis de Lyst.

Este se arrugó como una bolsa de papel antes de caer al suelo y empezar a toser. Carter no se quedó a comprobar los daños, sino que salió corriendo del círculo de piedras hacia el campamento, después enfiló el sendero y se precipitó montaña abajo. Dando grandes zancadas y con los brazos levantados a ambos lados del cuerpo para evitar perder el equilibrio, estuvo a punto de caerse. Al doblar un recodo que daba a un precipicio, resbaló y tuvo que agarrarse a un grueso pino para no despeñarse. Después y en el último momento consiguió regresar al camino.

Donde se dio de bruces con Nick.

Chocó contra el pecho de este con tal fuerza que ambos se tambalearon. Carter se agarró a los hombros de él en un intento de evitar caer al suelo y notó cómo sus brazos la rodeaban y el mundo se ladeaba de forma alarmante mientras se caían por el sendero. Durante un momento aterrador, Carter pensó que los dos iban a terminar rodando hacia las rocas del fondo del despeñadero.

Pero entonces Nick se agarró al tronco de un árbol. Después, usando toda su fuerza y tensando los músculos, consiguió evitar la caída libre cuando ya estaban a escasos centímetros del borde del precipicio.

Carter miró dónde podían haber terminado y enterró la cara en el hombro de Nick. Sin ser muy consciente de lo que pasaba, notó los brazos de este rodeándola y

atrayéndola contra sí.

—¿Qué ha pasado?

Cuando Carter no contestó, Nick se separó un poco y la miró a los ojos.

—Pero, bueno, ¡si estás temblando!

—Nada. No ha sido nada. —Carter le hundió más la cara en el hombro. El tacto del algodón de su polo contra su mejilla resultaba agradable.

—Pues desde luego no lo parece. ¿Estás bien?

Carter se atrevió a mirarle a la cara. Los ojos color diamante estaban alerta y revelaban preocupación y tuvo la impresión de que, en cuanto se hubiera asegurado de que estaba bien, iría en busca de lo que fuera que la hubiera asustado para hacerlo papilla.

Le sorprendió lo atractiva que le resultaba aquella idea.

—¿Ha sido un animal?

Carter empezó a negar con la cabeza mientras trataba de pensar en alguna mentira. No estaba segura de querer contarle a Nick lo que había pasado, temerosa de que no hiciera más que complicar más las cosas. Y teniendo en cuenta la sed de sangre en la mirada de Lyst, suponía que eso era muy bien lo que podía pasar.

—Esto..., sí.

—¿De qué tipo?

—Un oso.

Fue el primer animal que le vino a la cabeza.

—Voy a mandar a Ivan a que lo busque.

—No, no hace falta —se apresuró a decir Carter—. Creo que lo he asustado.

Como poco, aquel hijo de mala madre se había marchado cojeando.

Su risa resultó forzada mientras se apartaba un mechón de pelo de la cara.

—Estoy exagerando. No sé por qué he salido corriendo.

Miró el camino, preguntándose si sería seguro volver.

—Olvídate de volver ahí arriba —dijo Nick hosco—. Vente un rato a casa.

Carter estuvo tentada de negarse, pero la idea de volver a encontrarse a Lyst la hizo callar.

—Vale.

Los ojos de Nick eran increíblemente tiernos, sobre todo teniendo en cuenta lo ocurrido la noche anterior, y a Carter le costaba asimilar que le estaba ofreciendo protección. Hacía mucho tiempo que nadie cuidaba de ella, nadie que supiera ser fuerte cuando ella se sentía vulnerable.

Nick le pasó la yema del dedo pulgar por los labios. Agitada, Carter se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro. De que el pecho fornido y protector de Nick estaba pegado a su pecho. De que tenía una pierna entre las suyas, el muslo muy cerca de la parte más íntima de su anatomía.

Su olor, esa combinación de colonia cara y algo más primitivo, la envolvió y el corazón se le volvió a acelerar.

Entonces él se inclinó y posó sus labios suavemente sobre los de Carter.

Aquel contacto sensual la sacó de su ensimismamiento y le recordó que Nick ya tenía una mujer a la que cuidar.

Se apartó con brusquedad y le dio la espalda.

—Será mejor que nos vayamos. ¿No te está esperando Candace?

Sin molestarse en comprobar si Nick la seguía, echó a andar con la cabeza baja y los ojos fijos en la tierra del camino. Oía en la distancia el ruido de las pisadas de Nick y se esforzó por ignorarlo.

Cuando llegaron a la mansión, Nick la condujo hasta un porche con vistas al lago. Le ofreció una copa de jerez y Carter la aceptó, tensa, y se sentó en el borde de una hamaca de mimbre. Mientras daba un sorbo le miró desde debajo de las pestañas apoyarse en una de las columnas de mármol. Cuando por fin habló tenía la vista fija en el lago.

—Creo que deberíais alojaros aquí. Los tres.

Su voz estaba llena de autoridad.

Carter dio otro pequeño sorbo y el jerez le quemó el estómago.

—Estamos bien.

—No me gusta la idea de que estés en peligro.

—No lo estoy y vamos a quedarnos en el campamento.

Vio la impaciencia asomar en el rostro de Nick.

—Ivan nos dirá si estáis en territorio de una osa con crías. Es posible que no tengáis elección.

—No tiene por qué subir —dijo Carter con sequedad.

Nick frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—Estamos perfectamente —añadió Carter antes de terminarse el jerez—. Voy a estar perfectamente.

Notaba los ojos de Nick fijos en ella, examinándola, y se sintió aliviada cuando le preguntó si quería otro jerez.

Miró el delicado cristal de la copa.

—Sí, creo que sí.

Cuando Nick le devolvió el vaso, de inmediato dio un sorbo. Cualquier cosa con tal de mantenerse ocupada.

Desde el otro extremo del porche Nick la miraba con atención y recordaba lo que había sentido al besarla.

La exasperación se apoderó de él y le hizo tensar los músculos de los hombros.

Aquel comentario que había hecho sobre Candace, el que los había separado arriba, en la montaña, había sido pertinente, pero también molesto. Ponía de manifiesto una incoherencia que le resultaba intolerable. Después de llevar meses con Candace era perfectamente consciente de que no sentía nada por ella y, sin embargo, seguía dentro de su vida. En cambio, Carter, la mujer a la que en realidad deseaba, estaba en los márgenes. Era una situación a la que tenía que poner remedio con

urgencia.

Oyó a Carter suspirar y tuvo que apretar los dientes mientras tomaba asiento.

Carter se reclinó en su silla y empezó a mecerse levantando la vista hacia el techo del porche. Su silueta se recortaba contra el fondo del lago y la luz del cielo acentuaba su perfil. El pelo le caía sobre los hombros en ondas negras relucientes y, gracias al jerez, su tez empezaba a recuperar el color. Nick la recorrió con los ojos y después se detuvo en sus muslos y pantorrillas.

Tuvo otra erección y cambió de postura en la silla.

—Te debo una disculpa por lo de anoche —dijo Carter de repente. Se volvió a mirarle con ojos entornados—. Siento haber perdido así los estribos.

Nick negó con la cabeza, dispuesto a aceptar su parte de culpa en aquel arranque de cólera.

—No tienes que disculparte.

Carter se terminó el jerez.

—Normalmente no me comporto así. En realidad nunca lo he hecho.

—Bueno, pues me lo merecía. Puedo ser un grosero hijo de puta —hizo una pausa—. De hecho, lo fui. ¿Por qué sonríes?

Hizo la pregunta aunque en realidad la respuesta no le importaba. Solo ver los labios de Carter doblarse hacia arriba y sus ojos iluminarse ya resultaba un placer.

—Nunca pensé que te oiría admitir algo así.

Nick se encogió de hombros y cruzó los brazos.

—Sí, no eres la única. Pero no se lo cuentes a nadie. Tengo que cuidar mi reputación.

—¿Me estás diciendo que todo ese rollo de tipo duro no es más que fachada?

Nick se dijo a sí mismo que hablar era bueno. Besarla era infinitamente mejor, pero al menos ahora que estaban hablando tenía una buena razón para mirarla.

—El poder es la suma de dos cosas. Fuerza de voluntad y apariencia de invulnerabilidad. Si la gente descubre que su comportamiento puede afectarte, se aprovechará de tus flaquezas. No le doy a nadie armas que pueda usar contra mí.

Carter lo miró de nuevo. Sus ojos parecían buscar la confirmación de algo y también delataban una vulnerabilidad que despertaba el instinto protector pero también depredador de Nick.

—Eres un hombre muy duro...

Nick rio quedamente.

—Prefiero el adjetivo «realista».

—Y en cambio cuando estás con Cort pareces más...

—¿Irritable?

—Humano.

Nick fue consciente de un ligero cambio en la voz de Carter, de un atisbo de aprobación en sus palabras. Y le gustó.

—Cort es mi familia. Y la familia es otra cosa. —Cuando Carter levantó una ceja,

añadió—: Pareces sorprendida.

Carter se encogió de hombros.

—Me alegra que pienses que la familia es importante. Imagino que tu vida sería muy solitaria sin un vínculo con nadie.

Venido de cualquier otra persona, aquel comentario habría sido fácil de ignorar. Nick había despreciado afirmaciones como aquella antes, ya que por lo general procedían de mujeres que se disponían a salir de su vida para siempre. Pero viniendo de Carter era imposible no hacerle caso, y por un momento reflexionó sobre lo aislado de su existencia. Tenía vínculos emocionales con Cort, Gertie e Ivan. Fin de la historia.

Carter tenía razón. Llevaba una vida solitaria.

Y en lugar de ponerse a la defensiva, descubrió que su franqueza y perspicacia le agradaban.

—Este jerez está muy bueno —murmuró Carter.

Con delicadeza, se levantó de la mecedora y cruzó el porche. Se sirvió otro sujetando con mano firme tanto la copa como la licorera.

—He hablado con Cort —dijo Carter cuando estuvo sentada—. He intentado hacerle ver que su encaprichamiento conmigo no es más que una fantasía. En cuanto se dé cuenta de que soy humana, como todos los demás, se le pasará. Espero.

—¿Qué tal le has encontrado? —Nick no pudo evitar tensar el cuerpo por la preocupación.

—Está dolido. Pero estoy segura de que lo superará.

—Anoche intenté hablar con él, pero no fue bien.

Carter le miró, sus hermosos ojos azules llenos de convicción.

—Sé que ahora mismo las cosas están difíciles, pero es un buen chico y cuando crezca será un hombre estupendo.

Nick suspiró con exasperación.

—Pues me gustaría que eso pasara gracias a mí y no a pesar de mí. Tengo la sensación de que no hacemos otra cosa que discutir.

—Os parecéis demasiado para llevaros bien aún y también para no hacerlo más adelante. Créeme, soy una experta en malas relaciones familiares. Los dos acabaréis arreglando las cosas.

—Espero que tengas razón.

Hubo un largo silencio. Una brisa se levantó del lago y llegó hasta el porche.

Las comisuras de los labios de Carter se levantaron de nuevo.

—Ya estás sonriendo otra vez —le dijo Nick con dulzura.

—¿Ah, sí? —Carter levantó la copa de jerez y bebió un poco más.

—¿Puede ser porque disfrutas de mi compañía?

Carter reclinó de nuevo la cabeza y le miró fijamente. Nick decidió que su mirada encerraba una posible promesa sensual y disfrutó pensando en las eventuales consecuencias.

—Odio decepcionarte, pero probablemente es el jerez —contestó Carter apartando la vista—. Y el hecho de que hoy se me ha olvidado comer.

Pero entonces volvió a posar sus ojos en Nick y en ellos había el mismo calor.

—Me parece que estás mintiendo —dijo él con voz intensa.

Carter se ruborizó todavía más, pero cambió de tema con decisión.

—La excavación va muy bien.

Nick frunció el ceño, insatisfecho y hambriento, y tuvo que esforzarse por parecer interesado.

—¿De verdad?

Carter le soltó un informe detallado, la mayor parte del cual Nick no oyó. Hizo un par de preguntas, para animarla a seguir hablando, pero en realidad estaba concentrado pensando en cómo conseguiría que se quedara a cenar y cuándo volvería a verla.

A solas, pensó. Tenía que verla a solas.

Cuando Carter terminó su discurso, ella misma le proporcionó la ocasión perfecta.

—Hoy he estado en el embarcadero. He visto tu colección de barcos —murmuró—. Tienes todas las bases cubiertas. Lancha rápida, velero...

—Me gusta estar en el agua.

—A mí también.

El suave ronroneo que escondían sus palabras hacía más seductora su expresión somnolienta y convirtió aquellas tres palabras en una invitación que Nick esperó que fuera en serio.

—¿Te apetecería salir a navegar algún día?

—Sí —respondió Carter con una gran sonrisa.

A Nick empezó a arderle todo el cuerpo. Sabía que por fin iba a ser suya. El corazón se le aceleró y tuvo que hacer esfuerzos por hablar con voz serena y comedida.

—Se supone que a partir de mañana y hasta principios de la semana que viene va a haber viento. Podríamos aprovechar.

La expresión de Carter cambió y la tristeza apareció en sus ojos.

—¿Y qué pasa con Candace?

Nick tuvo ganas de maldecir.

—Se marchará enseguida —dijo hosco.

—Ah. Pero, entonces, ¿cuándo vuelve? —La risa de Carter era amarga.

—No va a volver.

Era una promesa y, transcurrido un instante, Carter asintió con gravedad. Cuando volvió a hablar su voz parecía cabalgar a lomos de la brisa que refrescaba el porche hasta donde estaba él.

—Pues cuando se haya ido saldremos a navegar.

Al verla mover los labios Nick sintió deseos de ir a buscar a Candace y ponerla de patitas en la calle con sus maletas de marca esa misma tarde. Se preguntó dónde

estaría y cuánto tardaría en encontrarla.

Pero entonces un coche se detuvo junto a la casa y de él salieron los Swift. Cuando Buddy vio a Carter, saludó con la mano y caminó hasta ella.

Las ilusiones de Nick se evaporaron. Miró furioso a Buddy y se acercó más a Carter.

—Voy a decirte una cosa —gruñó—. Ocúpate tú primero de tus asuntos y luego hablamos de lo de ir al lago.

Le tentaba echar a aquel hombre a patadas. Parte de él se sentía ridículo por aquel ataque de celos, pero la lógica no tenía cabida en aquella vorágine de emociones. Se imaginaba a Carter con Buddy, los dos hechos un nudo en un saco de dormir y quería tumbarlo de un puñetazo.

—No te lo vas a creer —dijo Buddy cuando estuvo cerca—, pero he conseguido alquilar un coche en las Adirondacks.

Los Swift subieron al porche, las suelas de sus zapatos resonando contra los tablones de madera. Cuando Ellie entró en la casa para usar el cuarto de baño, Carter intentó levantarse de la mecedora y se tambaleó. Ambos hombres se apresuraron a ayudarla, pero Nick le dirigió a Buddy una mirada disuasoria y este se apartó enseguida.

—Huy —dijo Carter sujetándose al brazo de Nick—. Me he parece que he tomado demasiado jerez.

—Si tú no bebes... —apuntó Buddy mirándola con curiosidad.

—Y acabo de recordar por qué. —Carter miró a Nick—. Creo que necesito tumbarme un momento. ¿Tienes alguna cama libre en este barco?

Nick asintió, encantado de hacer todo lo posible por evitar que Carter se marchara a la montaña con otro hombre.

Se abrió la puerta mosquitera y apareció Ellie acompañada de Cort.

—Me he perdido —dijo con una sonrisa.

—Y yo la he encontrado. —Cort no sonreía, pero miraba a Ellie con detenimiento e interés.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo Buddy a su hija—. Carter subirá luego.

Cuando se marcharon los Swift, Cort se quedó en el borde del porche mirándolos cruzar el césped.

—Creo que mañana subiré a la excavación —murmuró antes de entrar de nuevo en la casa.

La puerta mosquitera se cerró y Carter y Nick se encontraron solos de nuevo.

—Dime por dónde es —dijo esta— y haré lo posible por llegar sana y salva.

—Te acompaño.

Nick la guio por el interior de la mansión deseando que dejara de rechazar su mano y se cogiera del brazo que le ofrecía.

Subieron por la gran escalinata y Nick la guio por el pasillo hasta el dormitorio con mejores vistas al lago. Era un santuario decorado en tonos melocotón que

contaba con terraza propia. También con una cama que Nick pensó que a Carter le gustaría, antigua y adoselada, con sábanas de flores.

La imaginó desnuda y tumbada en ella.

—Es preciosa —dijo Carter con reverencia, mirando los almohadones. Los acarició con delicadeza—. Seguro que estas sábanas son frescas y crujientes, como las de mi abuela.

Comprobó que no tenía sucios los pantalones antes de sentarse y rebotó un poco sobre el mullido colchón.

—Aquí estarás cómoda. —Nick hablaba con voz ronca y se preguntó si Carter se daba cuenta.

—No sé cómo no iba a estarlo.

—Y si te apetece, date una ducha. Es por ahí —añadió Nick, señalando una puerta.

—Qué maravilla, por favor. —Carter empezó a quitarse las botas de montaña.

Nick se dirigió a la puerta de mala gana y sujetó con fuerza el picaporte.

—Que duermas bien —dijo.

Carter asintió, ya de camino al lujoso baño revestido de mármol.

Nick salió y cerró la puerta, pero era incapaz de soltar el dichoso pomo.

Cuando escuchó agua correr se imaginó a Carter debajo del chorro, la espalda arqueada mientras se mojaba el pelo. Fue entonces cuando se volvió y bajó las escaleras. Sabía que si no se apartaba de aquella puerta corría el riesgo de tomar la ducha por asalto.

Se dirigió a la cocina en busca de Ivan y le encontró tomando el té con su mujer.

—¿Ya la has instalado? —preguntó Gertie mientras le servía un plato de galletas a su marido.

—¿Sabías que estaba aquí? —Nick se sentó y sonrió cuando Gertie le puso delante una taza de Earl Grey.

—Supuse que la copa de jerez vacía del porche no era tuya.

—¿La ha asustado algo en la montaña? —preguntó Ivan al tiempo que cogía su taza. Sus manos de trabajador sostuvieron la delicada asa con cuidado. Las cicatrices y callos parecían fuera de lugar junto a la porcelana de Limoges. A continuación depositó la taza en el centro mismo del plato y sin hacer ruido alguno.

Nick asintió.

—Se ha encontrado con un oso.

—¿Quieres que vaya a ver si lo encuentro?

—Sería estupendo. Si crees que puede haber problemas les voy a sacar del campamento, por lo menos durante las noches. Lo que nos faltaba ya era que un oso se nos merendara a un grupo de arqueólogos. Durante el día por lo menos pueden ver el peligro.

—No me gusta que ande gente por ahí arriba —dijo Ivan con la vista fija en su taza.

Nick sonrió. Aquello era lo más cerca que podía estar Ivan de llevarle la contraria.

—Entonces te gustará saber que ya han empezado a excavar. Puede que en un mes hayan terminado.

Frunció el ceño al darse cuenta de hasta qué punto le perturbaban sus propias palabras. Pensó en la mujer en el piso de arriba, que probablemente había terminado de ducharse y se había deslizado entre las sábanas. No le hacía ninguna ilusión que pudiera marcharse pronto.

Se terminó el té y se levantó.

—Como he dicho, por favor, asegúrate de que no hay ningún peligro arriba —le dijo a Ivan antes de agradecer a Gertie el té con un gesto—. No quiero que le pase nada.

—Querrás decir que no quieres que *les* pase nada —dijo el guardés.

—Sí, claro. A ninguno.

Nick era consciente de que los McNutt lo miraban extrañados, pero no estaba de humor para contestar preguntas. Decidió que sería mejor evitar la compañía de los demás, al menos hasta que se le pasara aquel ridículo deseo por aquella mujer.

Aunque, siguiendo ese razonamiento, pensó sombríamente, quizá lo más indicado sería encerrarse en su despacho hasta que se hubiera marchado.



Capítulo 8

Carter se despertó en una habitación desconocida a oscuras y le entró el pánico. Estaba envuelta en una toalla y no tenía la más mínima idea de lo que había hecho con su ropa. Hasta que no se sentó y empezó a dolerle la cabeza no recordó dónde estaba. Y por qué estaba allí.

Con cuidado se retiró el pelo de la cara, apoyó los dos pies en el suelo y se levantó ahogando un gemido. La peor resaca de la historia estaba instalada dentro de su cabeza igual que una pieza de maquinaria pesada. O una apisonadora. O quizá un camión de la basura.

¿Cómo podía algo tan refinado como el jerez, tomado a sorbos en una copita de cristal, hacer tanto daño? Se lo habría esperado de un vino peleón o si se hubiera bebido un montón de cócteles a base de frutas en un bar de mala muerte. Pero ¿jerez? ¿Tomado en un porche?

Buscó a tientas hasta que encontró la lamparilla junto a la cama y la encendió. La suave luz acentuó su dolor de cabeza, así que la apagó. Entonces se dio cuenta de que no podría ver nada.

Mala cosa.

Avanzó hacia donde calculaba que estaría el cuarto de baño, se dio en la espinilla con la pata de una silla y estuvo a punto de volverse a la cama.

Claro que eso significaba pasar allí la noche y tener que ver a Nick por la mañana. No era un panorama precisamente halagüeño, sobre todo con aquella resaca. Ella se le había insinuado, con todo el descaro del mundo y encima luego le había exigido que se deshiciera de su novia.

Cuando recordó la respuesta de él, sin embargo, la invadió la emoción. Fue un sentimiento embriagador que, no obstante, se evaporó cuando se dio cuenta de que había dado un paso más hacia el hombre del que había decidido mantenerse bien alejada. Sabía que no le convenía. Los hoyos tenía que hacerlos en su excavación, no en su vida.

Trastabilló soltando imprecaciones en la oscuridad hasta que notó el frío mármol del cuarto de baño bajo los pies. La pila con su ropa estaba en el mismo sitio donde la había dejado, pero antes de enfrentarse a aquella carrera de obstáculos, se refrescó la

cara y bebió dos vasos de agua. Ambas cosas le aliviaron un poco el dolor de cabeza y se vistió de prisa.

Después de hacer la cama fue hasta la puerta. Abrió un resquicio y esperó a que se le acostumbraran los ojos a la luz del pasillo. No parecía haber nadie y el silencio la tranquilizó. Salió y miró en las tres direcciones en que se bifurcaba el pasillo. No sabía cuál elegir.

Debido al aturdimiento causado por el jerez, no recordaba por qué camino había llegado hasta la habitación.

Eligió uno al azar y avanzó un poco, pero cuando no vio las escaleras dedujo que se había perdido. Estaba a punto de retroceder cuando escuchó voces.

—¿Qué hacen mis cosas en el cuarto de invitados? —Candace hablaba con voz suave y ofendida.

Carter se paralizó. A su izquierda en el pasillo estaban Nick y Candace.

—Le he pedido a Gertie que te las pusiera allí.

—¿Por qué?

—Porque las cosas han cambiado.

El tono de Nick no daba lugar a negociación, su rostro era una máscara impenetrable.

—¿Cómo que cambiado? —Había una nota de histeria en la voz de Candace—. ¿Qué quieres decir?

—Que las cosas no funcionan entre tú y yo.

—Pero me invitaste a que viniera. —Candace parecía confusa y decepcionada. Entonces miró a Nick, incrédula—: Es por esa buscatesoros. ¿A que sí?

El silencio de Nick fue una respuesta elocuente. Carter tomó aire sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Dime la verdad —exigió Candace—. Venga. Me he fijado en cómo la miras.

Cuando Nick siguió callado, enderezó los hombros y se echó el pelo hacia atrás.

—A lo mejor debería marcharme directamente.

—Me parece una buena idea.

Candace dio un respingo.

—¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Candace, sabías desde el principio cómo eran las cosas entre nosotros. Siempre he sido muy claro contigo.

—Pero yo te quiero. Creía que nos íbamos a casar, que por eso querías que viniera. Para pedirme que me casara contigo.

—Nunca te he dado razones para pensar así. —Nick movió la cabeza, sombrío.

—Me estás rompiendo el corazón. —Siguió un sollozo lastimero que le dio escalofríos a Carter—. Sabía que debería haber escuchado a mi padre, a mis amigos. Me advirtieron sobre ti, sobre que siempre haces lo mismo. Cada vez que alguien intenta acercarse a ti, te alejas. Pero pensé que conmigo sería distinto.

Carter se abrazó a sí misma. No podía menos que preguntarse si no le esperaba a

ella la misma suerte si salía a navegar con Nick. Era evidente que intentaba seducirla, pero probablemente había hecho lo mismo con Candace. Si cedía a sus requerimientos, tal vez le daría la patada a ella también, con el tiempo.

—¿Cómo has podido? —murmuró Candace y a continuación gimoteó. Cuando Nick no hizo ningún ademán de consolarla, le miró de nuevo furiosa—. ¿Y cuánto crees que te va a durar el capricho esta vez? ¡Vas a jugar con ella igual que has hecho conmigo!

—Has sido tú la que ha sacado sus propias conclusiones. Yo siempre te he dejado muy claro lo que esperaba de nuestra relación. Además, estoy seguro de que no tardarás en recuperarte.

—¡No soy uno de tus paquetes de acciones!

El tono de Nick empezaba a denotar aburrimiento.

—Candace, sé perfectamente que estás viendo a otra persona en Nueva York. Llevas así casi dos meses. No quiero echarte en cara la infidelidad, pero, por favor, no te hagas la víctima inocente.

Candace no respondió.

Dicho aquello, Nick se volvió para marcharse cuando vio a Carter preparándose para huir. Cuando sus ojos se encontraron, Carter abrió mucho los suyos, avergonzada.

Candace pareció interpretar la vacilación de Nick como un signo positivo.

—Cariño, anda, no discutamos. —Le puso una mano en el brazo.

La visión de sus uñas pintadas de rojo en la camisa de Nick fue lo último que vio Carter antes de escapar.

• • •

—No hay ningún oso —le dijo Ivan a Nick al día siguiente.

Los dos estaban en el garaje, apoyados contra el tractor.

—No lo entiendo. Dice que vio uno.

—Pues yo no conozco ningún oso que calce deportivas y camine erguido. ¿Tú? Nick arrugó el ceño, confuso.

—¿Estás seguro de que no hay ningún oso?

Ivan le miró con ironía.

—Pues claro, qué tontería —murmuró Nick—. ¿Podrían las huellas esas ser de uno de los Swift?

—Las nuevas eran de hombre y ese tal Buddy calza botas. Además, procedían del camino trasero. Quienquiera que haya estado allí, llegó por el camino que enlaza con la carretera.

—¿Y por qué iba a mentirme?

La puerta principal de la mansión se abrió de golpe y apareció Candace. Llevaba un traje de lino azul oscuro, tacones altos y numerosas joyas de oro. Su semblante era

rígido.

—Así que se vuelve a la ciudad —comentó Ivan.

—Sí.

A Nick no le hacía ninguna ilusión el viaje a la estación. Llevaría menos de una hora, pero se le iba a hacer eterno.

—¿Y va a volver?

—No.

Ivan asintió y Nick le miró.

—Nunca te ha gustado, ¿verdad?

—Eso ya da igual, ¿no?

Nick se encogió de hombros y se metió en el Porsche.

El viaje al pueblo fue todo lo incómodo que había imaginado, pero cuando dejó a Candace en el andén de la estación con su equipaje le deseó lo mejor. Ella no contestó y se limitó a mirar en la dirección por la que llegaría el tren. Allí de pie, con sus maletas de marca, era la encarnación misma de la compostura, y sin embargo Nick tenía la sensación de que, de haber podido, le habría metido sin dudarle una granada de mano en los pantalones.

De vuelta a casa recordó la expresión de Carter cuando la descubrió escuchando cómo Candace y él rompían. Tenía la cara del color de la grana cuando se dio la vuelta y echó a correr por el pasillo. Nick rio al pensar en ello.

Se moría de ganas por estar con ella. Le vino a la cabeza una imagen de lo más tentadora de ambos desnudos en el río. Se imaginó remojándole el cuerpo con las manos, besándole el cuello, los hombros...

Y de repente Buddy Swift irrumpió en la fantasía y la estropeó.

Nick maldijo en voz alta, pisó el acelerador y enfiló una recta a toda velocidad.

Ahora le tocaba a ella, pensó. Él se había librado de su equipaje de marca, ahora Carter tenía que deshacerse de su mochila.

Aquel tipo de razonamiento constituía toda una novedad para él. No era de los que solían exigir monogamia en sus relaciones. Y es que no le parecía justo, puesto que no le interesaban los compromisos a largo plazo. Además, las mujeres con las que había estado tendían a mostrarse deseosas de serle fieles, suponiendo que ello les daría más oportunidades de conseguir el preciado anillo de compromiso. Si veían a otras personas, lo mantenían en secreto y Nick tampoco hacía preguntas.

Pero con Carter era distinto. No estaba dispuesto a compartirla con nadie.

•••

—Bueno, ¿y qué tal fue lo de dormir en una cama de verdad anoche? —preguntó Buddy mientras hundía su espátula en la tierra—. ¿Era bueno el colchón?

Carter levantó la vista. Ellie seguía durmiendo en su tienda y estaban excavando los dos solos.

—Estuvo muy bien. Sobre todo la ducha.

—Me sorprende que no te quedaras toda la noche. ¿Qué pasa, que Nick Farrell no es buen anfitrión? No me lo puedo creer. Seguro que estuvo de lo más hospitalario — dijo Buddy sarcástico.

Carter se enjugó la frente con el dorso de la mano.

—No te gusta, ¿verdad?

—Más bien no le gusto yo a él.

—Venga ya. Es un poco brusco con todo el mundo.

—¿Brusco? Cada vez que le veo tengo la sensación de que está encargando la lápida para mi tumba.

—Uno no llega a la cima de Wall Street siendo un buenazo.

Buddy la miró incrédulo.

—No me digas que crees que el problema es solo su carácter.

—Pues sí, estoy convencida —respondió Carter con resolución, esperando que Buddy entendiera que no quería seguir hablando del tema.

—Escúchame. —La voz de su amigo era seria cuando le miró con la espátula en la mano—. Ese hombre se ha encaprichado de ti, Carter. Y no va a dejar que nada ni nadie se interponga en su camino.

Carter puso los ojos en blanco y suprimió un pequeño escalofrío de felicidad antes de hundir la paleta en la tierra. Entonces se escuchó cómo esta chocaba contra algo sólido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Buddy.

—No lo sé.

Carter cogió una herramienta más delicada y, despacio, apartó la tierra hasta que apareció un trozo de hueso. Cavó alrededor y se encontró con un fémur y una cabeza femoral.

—Parecen humanos —anunció.

Buddy se acercó justo en el momento en que Ellie y Cort hacían su aparición.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó este emocionado.

—Parece una pierna.

Se reunieron todos alrededor de Carter.

—¿Cómo sabes que es de persona? —preguntó Ellie mientras alargaba el cuello para ver mejor.

—Por su forma y su tamaño —contestó Carter, señalando los dos rasgos diferenciadores con la punta de su cepillo—. Teniendo en cuenta la longitud del hueso y su ángulo respecto a esta articulación, diría que se trata probablemente de un varón, de unos dieciocho años. Para estar segura necesito ver la pelvis entera.

—¿Hay que llamar a la policía? —preguntó Cort.

Buddy asintió.

—Aunque parecen huesos antiguos y tenemos autorización para excavar aquí, tiene que venir la policía del estado y confirmar que no estamos en la escena de un

crimen. Si esto resulta ser un lugar de enterramiento de indios americanos, lo que parece poco probable, dada la ausencia hasta ahora de objetos ceremoniales, también tendríamos que notificarlo a las autoridades tribales pertinentes. Voy ahora mismo.

Mientras Buddy se dirigía hacia el campamento, Cort se acercó para mirar más de cerca.

—¿Cuánto hace que murió?

Carter ladeó la cabeza y examinó los huesos.

—A juzgar por el aspecto del hueso y la composición de la tierra, que era profunda y no parecía haber sido manipulada, yo diría que hace mucho tiempo. También diría que fue enterrado.

—¿Enterrado?

—Sospecho que a medida que sigamos excavando nos encontraremos con una tumba de poca profundidad. Alguien lo mató o lo encontró muerto y metió su cuerpo en un agujero.

—Qué mal rollo —murmuró Ellie—. ¿Qué vais a hacer ahora?

—De momento nada, hasta que llegue la policía. Aunque cuesta resistirse a seguir excavando. Estoy deseando saber más cosas de este hombre. Con un poco de suerte encontraremos algo que nos dé pistas sobre su posible identidad.

—No te esperes un carné de conducir o algo así —dijo Cort, irónico.

Carter sonrió.

—Botones, hebillas, balas o monedas. Si encontramos cosas así nos dirán muchas cosas. Si lleva aquí tanto tiempo como creo, cualquier cosa de tela o de cuero se habrá podrido, pero el metal resiste. Igual tenemos suerte y encontramos un objeto personal.

Pensó en la cruz Winship.

Para su sorpresa y alegría, Ivan no tardó en aparecer en la excavación con dos agentes de la policía del estado. Eran dos jóvenes atractivos con uniforme gris y parecían conocer bien a Ivan. Hicieron un reconocimiento meticuloso pero rápido de lo encontrado y declararon que la excavación podía seguir adelante.

—Gracias por venir enseguida —les dijo Carter cuando se disponían a marcharse—. Estoy contentísima de que hayan tardado tan poco.

El agente más alto sonrió.

—Cualquier cosa por el señor Farrell. Nos gusta proteger a los nuestros.

La curiosidad de Carter debió de reflejarse en su expresión porque el agente añadió:

—Soy el sobrino de Gertie McNutt y mi compañero es primo lejano de Ivan.

—Por aquí todos somos familia —añadió el otro policía—. Y dígame, ¿cree que van a encontrar más esqueletos?

Carter se encogió de hombros.

—Quizá. Eso espero.

—¿Y qué hay del oro? —Los ojos del joven se iluminaron—. Llevamos toda la

vida oyendo hablar de ese tesoro. De que está en algún lugar de esta montaña.

Carter sonrió.

—¿Quién sabe? A mí en realidad me interesan más los huesos.

—¿Ha visto a Halcón Rojo?

El otro agente puso los ojos en blanco.

—Venga ya, McNutt. Pues claro que hay halcones por aquí.

—Me refiero al indio. Mi abuela siempre decía que el espíritu de Halcón Rojo habita en esta montaña. Durante el día vuela con forma de pájaro, pero por la noche se convierte en fantasma. Recuerdo haber oído historias sobre gente que venía aquí y huía despavorida. Al parecer no le gustan las visitas.

—Déjalo ya, ¿vale? —El agente de mayor estatura le guiñó un ojo a Carter—. Si encuentran a alguien más, llámenos. Vendremos enseguida.

Carter les dio las gracias de nuevo y les dijo adiós con la mano.

—Qué simpáticos —le dijo a Buddy. Cuando le miró le sorprendió comprobar que su amigo tenía el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa?

—Nadie me había dicho nada de un fantasma.

—Venga ya. Si tú no crees en esas cosas, ¿verdad?

—Igual sí.

Ellie rio.

—Carter, no le des carrete. Que luego tendrá pesadillas.

Buddy miró a su hija con pretendida indignación.

—Hablo en serio. He visto que alguien ronda por el campamento de noche. Por las mañanas hay huellas frescas.

Carter frunció el ceño y un escalofrío de miedo la recorrió.

—¿Estás seguro de eso?

Su amigo se encogió de hombros.

—Tú ándate con ojo. Vete a saber quién merodea por esta montaña.

Cuando se pusieron todos de nuevo a trabajar con paletas y cubos, Carter se sentía preocupada, pero pronto los huesos encontrados acapararon toda su atención. Trabajó sin parar hasta que se fue la luz, deteniéndose solo para dejar constancia fotográfica de sus progresos, y pronto retiró la capa de tierra fragante que recubría el esqueleto. Cuando hubo desenterrado desde los pies hasta el esternón, lo dejó. Empezaba a estar demasiado oscuro y le dolía el cuerpo por el esfuerzo. Además, no quería desenterrar la calavera del hombre de noche. No le parecía justo. Había pasado ya muchos años en la oscuridad y se merecía salir de su lugar de descanso con un poco de luz del sol.

Dejó la paleta y los cepillos e inspeccionó su trabajo con satisfacción. Había indicios de que el esqueleto era del periodo de la guerra de la Independencia. Había encontrado botones de latón entre las costillas y las vértebras, lo que sugería que el hombre había sido un soldado británico. Era una suerte que lo hubieran enterrado con el uniforme puesto.

—Los huesos están en buen estado, ¿no? —comentó Buddy.

—Sí, estupendo —dijo Carter poniéndose en pie.

—Entonces, ¿qué sabemos?

—El hueso pélvico confirma que era un hombre y los restos metálicos sugieren que era británico. Hay indicios aquí —se agachó y señaló la caja torácica— de que pudo morir apuñalado. Con un cuchillo o con una bayoneta. La alteración de las costillas parece confirmar ese tipo de traumatismo.

Ellie y Cort se acercaron.

—¿He oído algo sobre un apuñalamiento? —preguntó la chica.

Carter asintió.

—Parece que pudo ser...

—¿Asesinado? —la interrumpió Cort.

—Muerto por herida de arma blanca.

—Entonces puede que lo asesinaran. Los indios —apuntó Cort excitado.

—Eso es mucho suponer.

—Pero era un soldado británico, tú lo has dicho. Y de los años de la guerra de la Independencia. Así que podía haber sido uno de los hombres de Farnsworth. —Con cada palabra que decía Cort parecía emocionarse más—. Igual el oro está también por aquí.

—Quizá. Pero ahora mismo tenemos que centrarnos en lo que hemos encontrado. ¿Me pasas esa lona? Será mejor que lo tapemos.

Cort cogió un plástico azul, cubrieron con él el esqueleto desenterrado y lo fijaron al suelo con estacas.

—Me pregunto si ahora nos va a perseguir por haberle sacado de su tumba —musitó Ellie.

—Por eso no tengas miedo —la tranquilizó Cort—. A juzgar por todas las historias que he oído, los muertos no hacen daño a nadie. Se limitan a flotar por ahí.

—En realidad, me hacía ilusión. Puede que no me gusten los huesos, pero los fantasmas molan.

Cort ladeó la cabeza, mirando atentamente a Ellie. Entonces sonrió de repente, como si acabara de darse cuenta de algo agradable.

—Bueno, pues si tienes miedo, os podéis quedar en mi casa. —Cort miró tímidamente a Buddy—. Ahora que Candace se ha marchado, estamos mi tío y yo solos.

Carter, que había empezado a recoger sus espátulas y el resto de herramientas, hizo un esfuerzo por seguir como si tal cosa.

—¿Desde cuándo? —preguntó Buddy.

—Desde hoy. El tío Nick la ha puesto en un tren esta mañana. Ha sido de repente y Candace no parecía muy contenta. No creo que vaya a volver por aquí. Nunca.

—¿Por qué dices eso?

—El tío Nick volvió de la estación silbando. Hace eso cada vez que se libra de una.

Carter se obligó a seguir con su trabajo mientras se preguntaba dónde demonios se estaba metiendo.

• • •

Nick estaba en la cocina, comiendo con Gertie e Ivan, cuando entró Cort por la puerta de atrás.

—El esqueleto es una pasada —anunció antes de sacar un medidor de glucosa de un armario especial. Dentro había jeringas, tiras reactivas y medicamentos—. Y puede que lo hayan asesinado.

—Dios del cielo —dijo Gertie, que se estaba llevando el tenedor a la boca—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Carter. —Cort esperó a que la máquina calculara sus niveles de azúcar en sangre y a continuación se puso una inyección de insulina. Cuando terminó se sentó delante de un plato vacío. Gertie hizo ademán de servirle un guiso de cordero, pero Cort negó con la cabeza—. No, gracias, ya he comido. Carter es lo más. Sabe de todo. Es superlista. Y deberíais ver los huesos. Son alucinantes.

Nick intentó hablar con voz neutra.

—Igual luego voy a echar un vistazo.

¿Igual? Joder, había estado deseando correr montaña arriba desde que había vuelto de la estación, pero se había obligado a esperar. Quería darle a Carter un día para que solucionara las cosas con el tal Buddy.

Es decir, que al día siguiente, en cuanto amaneciera, ya estaría calzándose las botas de montaña.

Mientras Gertie traía el pastel de manzana que había hecho de postre, Ivan y Nick recogieron los platos.

—Esa chica, Ellie, es muy agradable —dijo Gertie después de sentarse otra vez—. Tiene tu edad, ¿no?

—Sí. —Cort se puso rojo como una cereza.

—¿Te gusta?

—¡Gertie! —la regañó Ivan mientras iba a por la cafetera y unas tazas—. No hay que entrometerse así en los asuntos privados de un hombre.

Su mujer se encogió de hombros y le sirvió a su marido una porción de tarta.

—Si no te hubiera arrinconado en esa cafetería, nunca nos habríamos casado. Habrías pasado años suspirando por mí sentado detrás de ese mostrador como si te hubieran pegado con pegamento.

Ahora le llegó el turno a Ivan de ponerse colorado.

—Habría terminado por decirte algo —murmuró y le sirvió café a su mujer.

—Las confesiones en el lecho de muerte no cuentan.

—No estoy tan seguro —dijo Nick aceptando su trozo de tarta—. Normalmente son muy sinceras.

—Pero llegan tarde —apuntó Gertie.

Cort miró a su tío.

—Es importante decirlo en el momento. Mi madre siempre me decía que me quería. Menos la última vez que se fue. Creo que tenía intención de hacerlo, pero llegaban tarde y... —Todos se callaron y Cort los miró, avergonzado—. Bueno, el caso es que cuando no volvió me alegré de que me lo hubiera dicho tantas veces.

Bajó la vista y se puso a jugar con el cuchillo y el tenedor.

Ivan le dio un apretón cariñoso en el hombro. Si alguien más le hubiera tocado, Cort habría salido disparado de la mesa. Todos lo sabían. El muchacho estaba de lo más tenso, pero después del gesto de Ivan pareció relajarse un poco.

Nick les miró, envidioso. Era una tortura sentirse tan lejos de su sobrino, no poder ser quien le proporcionara consuelo.

Si echaba la vista atrás y rebuscaba entre sus recuerdos más lejanos, Nick podía entender lo que era sufrir siendo un muchacho. Al igual que ahora con Cort, el amor silencioso y potente de Ivan había sido lo único que había tolerado.

Entonces él tenía once años. Su perro había salido detrás de un puercoespín y este le había clavado cientos de púas. Lo había encontrado hecho un ovillo en el garaje, gimiendo y con la boca llena de sangre. Nick había intentado tocarlo, deseoso de ayudarlo, y el perro le había mordido con furia. Entonces Nick había retrocedido, llorando de dolor y también por lo que pudiera pasarle al perro y había acudido, no a su padre o a su madre, sino a Ivan.

Se miró las cicatrices en la palma de la mano, apenas ya perceptibles. Había necesitado puntos, y el perro, la firme mano de Ivan y unas pinzas. Cuando todo hubo pasado y le hubo sacado todas las púas, el chuchó había ido a tumbarse al lado de Nick, a quien habían acostado. En un intento por consolar al animal le había acariciado con dulzura la cabeza.

Después Gertie le había llevado la cena, que le resultó imposible comerse, y su madre le había hecho una visita de camino a una fiesta, con aspecto elegante y toda perfumada. Como siempre, le había besado en la mejilla con ojos inexpresivos, pero a Nick no le había importado. De todas maneras, no quería que le consolara.

En la luz menguante del atardecer le había preocupado más la llegada de su padre. En cuanto vio la mordedura, este había exigido a Ivan que le pegara un tiro al perro. Con la mano todavía sangrando, Nick le había suplicado que no lo hiciera, pero su padre lo había apartado de sí, exasperado, diciendo que ningún perro era insustituible.

La espera había sido interminable y Nick la había pasado conteniendo la respiración, mirando de la puerta al perro, y del perro a la puerta.

Cuando por fin esta se abrió y apareció Ivan, Nick le miró con ojos abiertos de par en par.

—¿Le vas a disparar?

—No.

Se había hecho un largo silencio.

—¿Seguro?

—Sí.

Cuando las lágrimas de felicidad empezaron a humedecer su almohada, Nick volvió la cabeza. No quería que Ivan le viera llorar y pensara que no era un hombre.

Este había cerrado la puerta y se había sentado en una silla al otro lado de la habitación. Se había reclinado en el respaldo y cruzado las piernas, como si no tuviera nada que hacer, ningún sitio adonde ir, aunque ya era tarde y su familia le esperaba.

Nick había seguido llorando haciendo el menor ruido posible hasta que, poco a poco, se fue serenando. El perro seguía vivo porque Ivan lo había salvado y Nick también se sentía salvado. Era un milagro.

Aun así, su debilidad, sus lágrimas lo avergonzaban.

Cuando se despertó a la mañana siguiente Ivan se había marchado, pero en la mesilla había una pluma de águila. El símbolo del valor. Del orgullo de un guerrero indio.

Era de esos gestos en los que un niño nunca vuelve a pensar, pero que un hombre jamás olvida.

Nick regresó al presente y se concentró en Cort. Deseó, más que ninguna otra cosa, que hubiera sido su mano y no la de Ivan la que hubiera aliviado su sufrimiento.



Capítulo 9

Al día siguiente Carter usó la espátula con mano segura para sacar un trozo de tierra compacta. Después de dejarlo a un lado se inclinó y, con cuidado, limpió restos de arena que habían quedado y dejó al descubierto el arco pálido y elegante de la mandíbula del esqueleto. Vio que los dientes seguían en su sitio, los de la parte inferior formando una hilera desigual.

—Cort, sujeta la mandíbula para que no se mueva mientras desentierro el resto.

El muchacho puso la mano donde Carter le indicó.

Con eficiencia, esta liberó el hueso hasta que estuvo entero en la mano de Cort.

—Vale, ya puedes quitarla.

Carter se sentó y sujetó la mandíbula. Tenía los ojos abiertos como platos y estaba casi sin respiración.

Ellie se inclinó sobre su hombro.

—¿Puedo tocarla?

—Con cuidado —dijo Carter, conmovida por la actitud respetuosa de los chicos—. Que no se mueva ningún diente.

Ellie pasó un dedo por la articulación.

—Me pregunto qué cara tendría.

Carter se ajustó mejor la gorra que llevaba en la cabeza. Aunque el sol le daba en plena espalda y estaba en una postura forzada y agotadora, no se sentía especialmente incómoda. Su concentración en el trabajo le hacía olvidar cualquier dolor e incomodidad.

Lo que, no obstante, no le impedía pensar en Nick. Llevaba toda la mañana esperando verle aparecer por allí con una impaciencia que le ponía nerviosa.

—¿Tú qué crees? —insistió Ellie—. ¿Qué aspecto tendría?

Carter examinó el hueso.

—Sabremos más cuando tengamos el resto de la calavera pero, tal y como suponía, era joven, de unos dieciocho años. Se nota por lo afilados que están aún los molares posteriores. En una persona mayor estarían más desgastados. También, si os fijáis en los dientes de delante, algunos conservan el filo serrado que ayuda a salir a los dientes definitivos. Es posible que estuviera más cerca de los dieciséis. —Señaló

una caja—. Meted ahí la mandíbula. Cuando llegue el momento de las fotos montaremos todas las partes.

Le llevó media hora desenterrar la cabeza del esqueleto. Cuando estuvo entera al descubierto, todos dejaron escapar un murmullo de admiración. En el cráneo había un agujero de gran tamaño.

—Y yo que pensaba que la herida de cuchillo le había matado —murmuró Carter.

—¿Qué pasó? —preguntó Cort sin dar crédito.

—A este hombre le golpearon en la cabeza. Por lo que veo aquí —Carter señaló la herida—, diría que se hizo con un machete, porque la rotura del hueso es limpia. Para eso hace falta algo afilado.

—Tiene que haber sido el indio —susurró Cort.

Carter miró el cielo, que se estaba cubriendo de nubes.

—Vamos a hacer unas fotos. Me gustaría terminar de sacarlo antes de que se ponga a llover.

Mientras Cort hacía las fotografías, Carter sacó una cinta de medir y apuntó las dimensiones del esqueleto y la profundidad a la que había sido encontrado. Cuando hubo terminado, empezó a sacar los huesos uno por uno y a meterlos en un contenedor que luego se cerraría con llave. Decidió que de este modo el esqueleto estaría a salvo hasta que pudiera llevárselo a su laboratorio en Burlington. Acababa de empezar con la caja torácica cuando Buddy, que se había puesto a excavar de nuevo, soltó un silbido de admiración.

Miró el agujero en el que estaba trabajando y dijo:

—Será mejor que llamemos otra vez a los polis. Parece que aquí tenemos otro.

• • •

Nick subía por el camino de la montaña de un humor excelente. Daba por hecho que Carter habría hablado con Buddy y estaba impaciente por salir a navegar con ella. Los dos solos.

Cuando llegó al campamento lo encontró ordenado, como siempre. La tienda comedor estaba impecable, con toda la comida guardada en neveras y recipientes cerrados. Los platos estaban limpios y apilados cuidadosamente en una mesa pequeña y el fuego estaba apagado. Las tres tiendas, situadas muy juntas, tenían las cremalleras cerradas. Solo de verlas se puso furioso.

Se imaginó a Buddy entrando a hurtadillas en la de Carter y decidió que a partir de ese momento al dichoso profesor más le valía quedarse en su tienda.

Se dirigió a la excavación. Cuando entró en el círculo de piedras los vio a todos mirando el suelo con atención. Carter y Buddy estaban arrodillados junto a un pozo, muy juntos.

—¿Habéis encontrado el eslabón perdido? —preguntó Nick sin molestarse en disimular el malestar en su voz.

Todos levantaron la vista y Nick se alegró al comprobar que Buddy se apartaba un poco de Carter.

—Tenemos dos esqueletos. Buddy acaba de encontrar otro y pensamos que puede ser un soldado del ejército continental, por la hebilla de su zapato —le explicó Carter. Le miró brevemente y enseguida apartó la vista al tiempo que se ruborizaba.

Nick se unió a ellos apartando la vista de Carter solo el tiempo necesario para mirar el suelo. Vio parte de un pie y un tobillo en el agujero excavado a poca profundidad y, a unos cuatro metros, un esqueleto completamente desenterrado al que le faltaban algunas partes.

—Habéis estado ocupados —dijo, agachándose junto a Carter. Los ojos de esta le miraron de nuevo con su profundidad azul. Nick se imaginó tomándola en sus brazos y ella pareció adivinar sus pensamientos, porque se le aceleró la respiración y se puso de pie abruptamente.

—Entiendo que tenemos que daros las gracias a ti y a Ivan por lo deprisa que vino ayer la policía —dijo hablando deprisa—. ¿Crees que podríais llamarlos otra vez?

—Y así de paso les enseñamos el carburador —bromeó Buddy.

Nick le miró con frialdad.

—¿Habéis encontrado una pieza de un motor?

Buddy asintió.

—Cuando te pones a excavar nunca sabes lo que va a salir del suelo.

—Bueno, supongo que depende de lo que se haya enterrado. —La voz de Nick era hostil.

Buddy frunció el ceño y se levantó.

—Chicos, ¿por qué no vamos al campamento y empezamos a hacer la cena? Que Carter le dé al señor Farrell los detalles de lo que hemos encontrado mientras nosotros preparamos bocadillos gourmet.

Nick levantó la ceja en cuanto Swift se marchó y decidió que era un tipo listo.

De inmediato, Carter se puso a hablarle en tono muy serio de los hallazgos arqueológicos.

—El esqueleto que hemos desenterrado parece ser de un varón, de entre dieciséis y dieciocho años de edad, muerto por traumatismo craneoencefálico y herida de arma blanca en la cavidad torácica. Basándome en...

Nick no quería que le hablara de la excavación. Prefería que se lo contara cuando estuvieran los dos solos.

La interrumpió con una suave provocación.

—¿Estás haciéndome una imitación de Quincy o todos los arqueólogos habláis igual cuando estáis en una excavación?

Carter dejó de hablar y le miró con ojos abiertos e inquisitivos.

—¿Perdona?

—Ya sabes. Quincy, el forense de la serie. Creo recordar que llevaba trajes de tela escocesa y solapas anchas. Vivía en un barco.

Carter se sonrojó, furiosa.

—¿Y exactamente cuál es el paralelismo entre un personaje televisivo de los setenta y yo?

—Qué sería te pones —dijo Nick con suavidad.

No había sido su intención enfadarla.

—¿Tú imitas al pato Donald cada vez que hablas a tu junta directiva? Este es mi trabajo y me lo tomo en serio. —Puso los brazos en jarras—. Así que, ¿te importa si vuelvo a empezar?

Era evidente que se iba a poner hecha una furia si intentaba algo, y Nick no pudo evitar sonreír. No dudó ni por un momento de que si no se portaba bien, Carter le dejaría plantado.

Se sorprendió preguntándose si había sitio en su vida para alguien que le llevara la contraria.

—¿Se puede saber qué te pasa? —La voz de Carter sonaba exasperada.

—¿Por qué lo dices?

—Estás sonriendo.

—¿No te gusta verme de buen humor?

Carter ladeó la cabeza. Despacio, como si lo hiciera de mala gana, le regaló una sonrisa que hizo que a Nick casi se le parara el corazón. Era un poco de refilón y también tímidamente provocativa.

—Pues es como un traje de tela escocesa. No lo habría esperado nunca de ti.

Nick rio, deseando atraerla hacia sí.

—Gracias por el cumplido a mi gusto en el vestir, aunque no estoy seguro de si tu intención era la contraria.

—Y ahora, si podemos hablar en serio un momento...

—Si me sigues sonriendo así puedes pedirme lo que quieras.

Carter se ruborizó antes de guiarle hasta el esqueleto desenterrado. Nick prestó atención y quedó impresionado con su discurso. Sus conclusiones eran meditadas y se dio cuenta de que era una científica mucho más seria de lo que había pensado.

—Entonces, ¿qué posibilidades hay de que estos dos hombres fueran de la expedición Winship?

—Bastantes. A Farnsworth lo escoltaban dos soldados del ejército continental, además de Winship y Halcón Rojo. Los atacantes eran hombres del fuerte Sagamore, y creo que este hombre era un británico. He desenterrado varios botones que coinciden con los encontrados en las casacas rojas del ejército británico de la segunda mitad del siglo XVIII.

—¿Y qué me dices del otro? —Nick señaló con la cabeza los otros huesos.

—Los huesos parecen haber sido enterrados a la misma profundidad y han envejecido de forma similar. Parece que ese cuerpo fue sepultado también en una tumba improvisada. Tengo muchísima curiosidad, pero no podemos excavar hasta que no venga la policía.

—Has hablado de una tumba. ¿Quién los enterró?

—Pues eso me he estado preguntando. Se supone que después de la matanza solo Farnsworth quedó con vida. Igual envió a soldados del fuerte para que cavaran las tumbas, pero lo dudo. Con la huida de Walker, aquel sitio debía de ser un caos, y lo último en lo que estaría pensando Farnsworth era en enterrar unos cuerpos en el bosque. —La expresión de Carter era de total entusiasmo—. Lo interesante es que el primer esqueleto no muestra signos de haber sido atacado por animales carroñeros, así que debieron de enterrarlo poco después de que muriera. Y con el uniforme puesto, a juzgar por el número de botones que hemos encontrado. Eso significa que lo enterró alguien que tenía mucha prisa o bien no quería despojarlo de sus ropas y sus municiones. Si los mató Halcón Rojo...

—Oye, me parece que nos están vigilando —dijo Nick después de ver algo moverse.

Carter pareció alarmada.

—¿Quién puede...?

Nick señaló un árbol. Sentado en una rama, un halcón colirrojo les miraba sin parpadear.

—No soy supersticiosa —susurró Carter.

—Yo tampoco.

—Y no me creo ninguna de esas historias de terror sobre el indio fantasma.

Hubo un momento de silencio.

—¿Quieres que sigamos hablando en el campamento? —preguntó Carter mientras levantaba la vista para mirar al pájaro.

—Buena idea.

•••

A Carter le sorprendió la facilidad con que Nick aceptó la invitación de quedarse a cenar. Parecía encantado con la idea de comerse un bocadillo al aire libre y ser acribillado por los insectos en lugar de estar en su lujoso comedor. Incluso se ofreció a poner la mesa y ayudó a cortar la fruta del postre.

Pero cuando lo tuvo sentado a la mesa plegable a su lado, deseó que no se hubiera quedado. Estaban tan apretados que estuvieron todo el rato con los codos y las rodillas juntos. Para cuando llegó el postre, que Carter rechazó, estaba atormentada por el continuo contacto con Nick y furiosa porque a este no parecía afectarle.

También se sentía incómoda por otra razón. No conseguía olvidar la escena entre él y Candace que había presenciado. Al margen de las dudas que planteaba sobre Nick, la obligaba a explicar por qué estaba ella en el pasillo mirándoles y le iba a resultar complicado justificarse. Había estado escuchando una conversación ajena y la habían pillado.

Y aún había más. Quería saber si la invitación a navegar seguía en pie. Aunque

tenía miedo de él y de la amenaza que suponía, quería pasar tiempo a solas con Nick. Que el cielo la ayudara, pero esa era la verdad. Quería que la tomara en sus brazos, le deslizara la lengua en la boca, le arrancara la camiseta...

—¿A que sí, Carter?

Sobresaltada, miró a Ellie.

—¿Qué?

—Que a ti también te apetecía navegar por el lago.

Carter palideció y se preguntó si su expresión la habría traicionado.

—Entonces no sería un buen anfitrión si no te invitara, ¿verdad? —dijo Nick.

La miró y, azorada, Carter se puso de pie y empezó a recoger los platos. Cuando llegó al de Nick, este se levantó también y se ofreció a ayudarla.

—No hace falta —se apresuró a decir Carter, sujetando con cuidado una pila de platos y dirigiéndose al río para lavarlos.

—Oye, que te dejas esto —la llamó Buddy sosteniendo unos cuchillos. Cuando Carter dijo que no podía con todo, la siguió hacia los árboles.

Estuvieron fuera solo unos minutos, pero cuando regresaron la atmósfera en el campamento era otra. Nick tenía una expresión sombría y los chicos estaban muy callados.

Con el ceño fruncido, Buddy les pidió que fueran a cubrir los huesos desenterrados con una lona. Cuando se hubieron marchado, se volvió hacia Nick con expresión de obvia exasperación.

—¿Se puede saber qué problema tienes?

Carter contuvo la respiración mientras veía cómo Nick se volvía hacia su amigo.

—Me parece que el problema lo tienes más bien tú.

—Ya me estoy cansando de tus miradas asesinas, Farrell.

—Ya sabes lo que dicen —dijo Nick—. Tarde o temprano a todos nos llega nuestra hora.

Carter empezó a buscar la manera de aliviar la tensión.

—Por qué no vamos todos a la excavación y...

—¿Se puede saber qué te he hecho? —preguntó Buddy irritado—. ¿O es que eres un desgraciado que trata igual de mal a todo el mundo?

—Tú no me has hecho nada.

—A eso precisamente me refería.

—Lo que me preocupa es lo que les estás haciendo a tu mujer y a tu hija.

Los ojos de Nick echaban chispas. Buddy estaba atónito.

—¿Cómo?

—No conozco a ningún hombre que tenga la desfachatez de acostarse con otra mujer delante de las narices de su propia hija. Eres un depravado hijo de puta. ¿Lo sabías?

Buddy parpadeó confuso y miró a Carter.

—¿Tú sabes de qué está hablando?

—No sabría por dónde empezar a explicártelo —dijo Carter levantando los brazos en señal de derrota.

Buddy miró a Nick.

—¿Crees que..., que Carter y yo...?

Se echó a reír. Era un sonido feliz, que desentonaba por completo con la tensión que flotaba en el aire. Le puso una mano a Nick en el hombro.

—Lo sabía —dijo cuando hizo una pausa para tomar aliento—. Es que lo sabía.

—Dejemos este tema, por favor —suplicó Carter—. Vamos a olvidarnos...

—Sabía que te gustaba Carter.

Nick le miraba sonreír con el ceño fruncido.

—Escucha —dijo Buddy con tono alegre y aliviado—. Carter es la mujer más maravillosa que conozco, aparte de mi mujer. Pero te juro por mi hija que nunca, nunca le he sido infiel a Jo-Jo ni con mis actos ni con el pensamiento. En parte porque tiene todo un arsenal de armas químicas en el sótano de nuestra casa, pero sobre todo porque la quiero con todo mi corazón. Aunque eso no sea asunto tuyo.

Carter se dio cuenta de que Nick miraba a Buddy con atención, sopesando sus palabras.

Sin dejar de sonreír, Buddy se dirigió a la zona de la cocina y se puso a colocar los platos que habían lavado.

—Acepta el consejo de alguien que ha tenido la suerte de encontrar al amor de su vida y también de tener el valor de hacer algo al respecto. El tiempo pasa y deberías dedicarlo menos a mirarme furioso y más a estar a solas con ella.

Y con algo que se pareció peligrosamente a una carcajada, les saludó alegremente con la mano y desapareció.

Carter y Nick estuvieron un rato en silencio. Aunque Buddy se había marchado de buen humor, Carter tenía la impresión de que su ausencia había aumentado la tensión.

—Tu Buddy es todo un filósofo —dijo Nick por fin—. Supongo que le debo una disculpa.

—No es nada rencoroso. —Nerviosa, Carter empezó a hablar de lo primero que se le ocurrió—. Una vez se me cayó un martillo encima de su pie y se rompió por tres sitios. El pie, quiero decir, no el martillo. No me lo echó en cara, aunque siempre da un rodeo cuando pasa a mi lado y tengo en la mano alguna herramienta pesada...

Cerró la boca para evitar seguir diciendo tonterías. Se debatía entre el deseo de salir corriendo y quedarse y hacer planes para salir a navegar con Nick.

Le oyó aproximarse y cuando levantó la vista se dio cuenta de que sus ojos grises ya no tenían una expresión fría. Estaban ardiendo.

—Supongo que a ti también te debo una disculpa —reconoció Nick con voz baja y ronca.

Carter se estremeció de emoción.

Nick alargó un brazo y le sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Desde que te conozco creo que te he pedido disculpas más veces que a ninguna otra mujer en toda mi vida.

—Para que lo sepas, solo han sido dos veces.

—Como te decía... —sus dedos recorrieron la mejilla hasta la mandíbula—, siento haber pensado mal de ti y de Buddy.

—Nunca hemos sido otra cosa que buenos amigos.

—Ahora lo veo. Pero es que no estoy acostumbrado a mujeres como tú.

—¿Y qué clase de mujer soy yo? —susurró Carter.

Nick le recorrió el rostro con la mirada y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Tonta.

Carter frunció el ceño.

—Gracias. Recuérdame que no te llame cuando tenga problemas de autoestima.

Nick rio y a continuación se puso serio.

—Es que no te das cuenta de lo que bonita que eres. —Su voz era una combinación tan hipnótica de aspereza y dulzura que Carter olvidó momentáneamente las dudas que albergaba sobre él—. Y además me has tenido toda la noche despierto preguntándome si era verdad o solo impresión mía.

—¿El qué?

—Que tus labios saben a melón.

A Carter se le puso el corazón en la garganta. Iba a besarla. Lo sabía. Lo deseaba.

Nick se acercó un paso más.

—Eres un pedazo de mujer. —Nick le metió una mano debajo del pelo y le acarició la nuca—. Y también una chismosa que escucha lo que no debe.

Carter se sonrojó y se dispuso a pedir las disculpas que sabía que le debía.

—Siento mucho eso —balbuceó—. Me perdí buscando las escaleras y no era mi intención escuchar...

—¿Te gustó oír que Candace se marchaba por tu culpa?

Al escuchar el nombre de la otra mujer, Carter se apartó con brusquedad. Con paso inseguro se parapetó detrás de la mesa y empezó a recoger servilletas.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick.

—Hay otras partes de la conversación que recuerdo mejor.

—¿De verdad?

Su voz había recuperado el tono lacónico al que estaba habituada Carter. Le observó mientras el ardor desaparecía de sus ojos y la mirada se tornaba fría y distante otra vez.

Mientras Nick esperaba una explicación, Carter se preguntó hasta qué punto debía ser franca con él. ¿Estaba dispuesta a admitir que tenía miedo de que le hiciera daño? Más bien no. Ya se sentía bastante vulnerable.

Entonces y antes de que le diera tiempo a decir nada, Nick habló:

—No soy ningún santo, Carter, y nunca he dicho que lo fuera. Pero no me condenes por ser sincero. Ninguna relación viene con garantía. Yo soy partidario de

decirlo claramente cuando las cosas no funcionan. Mejor eso que vivir una fantasía.

—Pero ¿qué hay de las mujeres?

—¿Qué pasa con ellas?

—Pues que les haces daño.

Como me lo harás a mí, pensó.

—Sabes en lo que se meten. Créeme, son lo bastante duras como para soportarlo.

Su tono era hastiado.

Desconcertada, Carter miró las servilletas que tenía en las manos.

—¿Sigues queriendo invitarme a navegar?

—Claro.

—¿Y qué vamos a hacer cuando estemos solos?

—Comer, beber, nadar. Disfrutar del día —hizo una pausa y cuando Carter le miró, terminó la frase—: Hacer el amor.

El corazón de Carter empezó a latir a gran velocidad. Aquello era lo que había querido oír, pero la asustaba. Tomó aire profundamente.

—Y, puesto que te gusta tanto la sinceridad, ¿te importaría decirme adónde crees que va a llevarnos todo eso?

El ceño fruncido de Nick no resultó demasiado prometedor. Tampoco el largo silencio que siguió.

Carter rio, nerviosa.

—Por tu expresión y tu silencio atronador, ¿debo deducir que la contestación es «a ninguna parte»?

Nick se pasó una mano por el pelo.

—Pues claro que no.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo?

—No lo sé. —Sonaba exasperado.

—Pues no me extraña que todas esas mujeres se hagan un lío —dijo Carter con brusquedad—. ¿Eso es lo que les dices siempre?

—No.

—Entonces, ¿qué les dices?

Nick se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones chinos. Parecía incómodo.

—Les digo que no se enamoren. Que no busco una relación seria. Que si encuentran algo mejor, no duden en aceptarlo.

Carter suspiró y movió la cabeza con tristeza.

—No sé para qué te he preguntado.

—¿Es que prefieres que te mienta? —Nick levantó las manos en un gesto de irritación—. ¿Qué es lo que buscas exactamente?

—No estoy segura, pero, desde luego, no lo que acabas de describir. No me gusta que me recuerden la estupidez que sería tener una relación contigo.

Se abrazó a sí misma mientras Nick negaba con la cabeza.

—Lo siento.

—Y con esta van tres.

—¿Cómo dices?

—Las veces que me has pedido perdón.

La risa de Nick fue breve, pero llegó a iluminarle los ojos.

—Supongo que estoy intentando compensar todos los años en que he sido un cabrón sin sentimientos. Nunca pensé que ese día llegaría.

Sus miradas se encontraron. Cuando Nick volvió a hablar, su tono de voz se había dulcificado.

—No quiero hacerte daño.

—Bien. Porque no quiero que me lo hagan.

—Y cuando te digo que no sé lo que va a pasar, me refiero a que no tengo claro cómo encajas en mi vida.

Su expresión era seria y Carter tuvo la sensación de que aquella era la única explicación que se sentía capaz de darle.

—¿Encajar en dónde? —le animó a seguir.

—En el tipo de relación que suelo tener yo con las mujeres.

Una llama de esperanza prendió en el corazón de Carter.

—Supongo que, a juzgar por tu reputación, eso es bueno.

—Yo también lo creo. —Hubo otra pausa larga—. Mañana va a hacer buen día.

—¿Ah, sí? —dijo Carter con cautela.

—Perfecto para salir a navegar.

Carter tardó un rato en responder.

—De acuerdo. Vayamos a navegar.

• • •

A la mañana siguiente Carter estuvo una hora dando vueltas dentro de su tienda después de desayunar. Su problema, aparte de que iba a pasar el día entero a solas con Nick, era que no tenía nada que ponerse.

Lo que era ridículo. Llevaba años sin preocuparse de su guardarropa. Y ahora allí estaba, en la ladera de una montaña, preguntándose qué pantalones cortos le gustarían más a un hombre del que, para empeorar las cosas, sabía que más le valdría mantenerse alejada.

Se dijo a sí misma que no era más que un paseo en barco y no la ceremonia de entrega de los Oscar, y se arrodilló en el suelo y empezó a rebuscar de nuevo dentro de su bolsa de lona, revisando las camisetas y los pantalones cortos en busca de una inspiración que no llegaba. Por primera vez le resultó decepcionante que todas sus prendas fueran blancas, negras o caqui. Aquello no era un vestuario, se dijo, sino una colección de uniformes.

Por fin se decidió por un par de pantalones cortos y se los puso junto con una

camiseta sin mangas que dejaba ver sus brazos bronceados. Después de pasarse un cepillo por el pelo, metió unas chanclas moradas en la mochila, la novela de misterio que casi había terminado y la gorra de béisbol. Luego, en un arranque de coquetería, guardó también el cepillo de pelo y se disponía a salir de la tienda cuando recordó que se había olvidado del traje de baño. Escarbó en la bolsa y buscó sin éxito su bañador negro.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Ellie asomando la cabeza por la abertura de la tienda.

—Llego tarde y no encuentro mi bañador.

—Te dejo uno mío.

Menos mal.

—Gracias, eso sería estupendo.

Ellie desapareció y volvió con un bulto envuelto en una toalla.

—Traje de baño, toalla y crema protectora.

—Me has salvado la vida.

Carter lo metió todo en la mochila y salieron las dos a la luz del sol.

—Espero que te diviertas en tu cita —dijo Ellie con un codazo cómplice.

—Solo vamos a navegar un rato.

—Sí, claro. Así lo llaman ahora.

—Luego nos vemos —añadió Carter con firmeza, tratando de no sonreír.

Mientras corría montaña abajo no podía creerse lo que estaba haciendo. Estaba escandalizada.

Pero no aflojó el paso lo más mínimo.

Cuando llegó al embarcadero vio que el velero no estaba en el amarradero, sino junto al muelle. La cubierta de teca y las jarcias metálicas relucían al sol y el grueso mástil de madera se mecía perezoso contra el cielo.

Se ruborizó cuando vio salir a Nick de la camareta. Llevaba su sudadera de Harvard y unos pantalones color negro. Tenía el pelo húmedo, como si acabara de darse un baño y llevaba puestas sus gafas de sol oscuras. Sus piernas eran bronceadas y musculosas, y saltaba a la vista que era un atleta. Aquellas carnes prietas y la ausencia total de grasa revelaban que entrenaba duro. Carter se preguntó de dónde sacaría el tiempo.

Nick se agachó, cogió una cesta de *picnic* y saltó de nuevo al barco con toda naturalidad. La brisa transportó hasta Carter la melodía que tarareaba entre dientes.

—No te quedes ahí posando —le dijo por encima del hombro—. Vámonos.

Carter se ruborizó mientras se preguntaba cuánto tiempo habría estado mirándole. Y cuándo se habría dado cuenta Nick de que le observaba.

Disimuló la vergüenza que sentía, fue hasta el muelle y dijo con toda naturalidad:

—Bonito barco.

Nick le ofreció una mano, pero Carter saltó a bordo sin su ayuda y le vio sonreír por el rabillo del ojo. Recuperó el equilibrio y fue hasta la consola donde estaban los

mandos del motor del velero.

—¿Qué? ¿Navegamos un rato? —preguntó. Cuando Nick no respondió, le miró y sintió un hormigueo en el estómago—. ¿Qué?

—Ya has navegado antes, ¿verdad?

—Pues claro. Y ahora, ¿nos vamos o qué?

Nick rio.

—Claro. Ponlo en punto muerto, dale al contacto...

Antes de que le diera tiempo a terminar la frase, Carter tenía el motor a toda marcha.

—Suelta amarras —le dijo Carter con la vista fija en el lago.

—Oye, ¿quién es el capitán aquí?

—¿Quién está al timón? —Cuando se volvió a mirarle intercambiaron una sonrisa—. Suelta amarras, segundo de a bordo.

Sonrió satisfecha cuando Nick obedeció.



Capítulo 10

Nick disfrutaba viendo a Carter llevar el barco. Tenía una mano en el timón, la otra en los mandos del motor y una gran sonrisa en la cara. Metió la marcha atrás, aceleró y después de alejarse del muelle trazó una vuelta perfecta delante del embarcadero.

—Bonita maniobra —dijo Nick mientras dejaban atrás la orilla.

—Gracias.

—¿Navegas a menudo?

—Siempre que tengo ocasión.

—Yo también.

Una vez hubo comprobado que Carter era perfectamente capaz de llevar el barco, Nick fue hasta la proa e izó la vela mayor. Después de asegurarse de que todo estaba en su sitio volvió a la cabina.

—Pon rumbo sur. Podemos ir a una cala apartada donde se puede nadar.

—¿A qué temperatura está el agua del lago?

—A unos quince grados. No te quedas como un témpano, pero sí te espabila.

El velero surcó las aguas algo picadas de la bahía mientras el agua chocaba contra ambos lados del casco y levantaba espuma con la proa. El cielo estaba despejado excepto por alguna nube dispersa y la luz del sol arrugaba la superficie del lago arrancándole destellos dorados. Era un hermoso día de finales de junio y Nick se sentía exultante.

Además de muy atraído por la mujer que tenía delante.

Cuando rodearon la península en que se encontraba el embarcadero y una ráfaga de viento hinchó la vela e impulsó el barco, Carter redujo la velocidad. Después acercó el rumbo al viento y navegaron a velocidad máxima. La estela se hizo más potente y Nick se situó más arriba, en la regala, para compensar la inclinación del barco. Carter controlaba el timón a la perfección, situándose en ángulo respecto a las ráfagas de viento y asegurándose de que cada centímetro cuadrado de la vela estaba hinchado. La embarcación avanzaba muy inclinada, con la quilla casi en el agua, y aun así Carter seguía acelerando.

Nick no se fijó en el rumbo que seguían porque no podía apartar los ojos de ella.

El pelo le flotaba al viento y los mechones oscuros le golpeaban la cara en animada danza. Los ojos le brillaban con la misma intensidad que los rayos de sol en el agua. Era evidente lo mucho que disfrutaba.

—Qué bien navegas —reconoció Nick, haciéndose oír por encima del estrépito. Le sorprendió ver cómo el rostro de Carter se ensombrecía.

—Navegué mucho cuando era pequeña.

—¿Dónde?

Cuando no contestó, Nick se preguntó si le habría oído. Por fin Carter respondió:

—El mar Egeo, las Bahamas, la costa de Bretaña. Y aquí, en Estados Unidos, en el lago Michigan —dudó un instante—. Me enseñó mi padre.

Esta confesión hecha de mala gana le inspiró curiosidad a Nick y cambió de postura para situarse más cerca de Carter.

—Pues te enseñó muy bien. ¿Le ves mucho?

Carter volvió la cabeza y se puso inmediatamente a la defensiva.

—¿Por qué lo preguntas?

—No me parece tan raro preguntarle a alguien por su padre.

Hubo una larga pausa durante la cual Carter parecía debatirse entre el enfado y la desconfianza.

—No, no le veo.

—¿Nunca?

Carter dijo que no con la cabeza.

—¿Te importa si te pregunto por qué?

Nick se fijó cómo sus manos se tensaban alrededor del timón.

—No quiero estropear el día con esa clase de conversación.

—¿No os lleváis bien?

—Uno no puede llevarse bien con un sociópata —soltó Carter.

—¿Sociópata? Tiene reputación de ser una persona bastante ética.

Carter le miró con los ojos muy abiertos y una expresión cercana al pánico.

—¿Le conoces mucho?

—Le he visto unas cuantas veces. —Nick se aseguró de que su tono de voz fuera amable—. Pero ya te lo imaginarías. También se dedica al capital riesgo.

—Debería haberlo imaginado —musitó Carter—. Dos tiburones que nadan en las mismas aguas.

—Dos hombres que se ocupan del mismo tipo de negocios.

Estuvieron callados largo rato.

Nick no dejó de mirarla. Necesitaba saber qué había hecho William Wessex para que Carter le odiara tanto.

—¿Por qué me miras? —quiso saber esta, impaciente y apretando el timón con más fuerza.

—¿Por qué no quieres hablar de tu padre?

—Por el amor de Dios. —Carter le miró enfadada—. ¿No puedes dejar el tema?

—Solo dime por qué.

—Porque, como puedes ver, me pone de pésimo humor. No sabía que te interesaran tanto las relaciones familiares.

—Me interesas tú.

Carter se puso rígida.

—Pues intérsate de otra manera.

—Ya lo hago.

—Entonces confórmate con lo que te cuento.

—Quiero más.

—Va a estar complicado. —Su voz era hostil.

—Lo quiero todo.

Carter le clavó sus ojos azules y Nick vio alarma en ellos. Y deseo.

A él también le había sorprendido su afirmación. Le había salido con tal sinceridad que, aunque hubiera querido, no habría sido capaz de reprimirla.

—No me culpes si siento curiosidad —dijo cambiando de tema—. Ha sido oír el nombre de tu padre y agarrarte a ese timón como si fuera un clavo ardiendo.

La observó mientras se obligaba a relajar las manos.

—¿Os habéis llevado bien alguna vez?

Carter permaneció callada unos minutos, durante los cuales todo lo que se oyó fue el agua y el sonido del viento. Luego habló, despacio.

—Mi padre y yo... Cuando era pequeña yo le adoraba. No estaba mucho en casa, pero cuando lo hacía me daba estabilidad y yo era feliz. Pero todo eso fue antes de saber quién era realmente. Lo que yo amaba era un espejismo.

—¿Y tu madre?

—Está muerta. Pero eso ya lo sabías, ¿no?

—Lo siento. Sé lo que es quedarse huérfano. ¿Estabais muy unidas?

Carter se encogió de hombros y miró hacia el horizonte, aunque Nick dudó que estuviera mirando realmente nada.

—Mamá era guapísima. Demasiado joven para papá. Al principio la mimaba como a una niña pequeña y, como a ella le encantaba ser el centro de atención, se llevaban bien. A mí me tuvo con veintidós años, un año y dos meses después de que se casaran. Estaba más preparada para tener un hijo que para criarlo. Yo me hice mayor, pero no puedo decir lo mismo de ella.

Carter hablaba para sí, se dio cuenta Nick, así que no dijo nada cuando se calló, por miedo a que dejara de contarle cosas.

—No hacían buena pareja. Mi padre siempre estaba fuera y a mi madre le costaba estar sola. Claro que no le habría costado tanto si él le hubiera sido fiel. —Se detuvo bruscamente—. ¿No tendríamos que virar ya?

—Sigue un poquito —la animó Nick, deseoso de retrasar el ajetreo que supondría cambiar el rumbo. Sabía que no terminarían aquella conversación—. ¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—En el funeral de mi madre —respondió Carter con brusquedad—. Creo que hay que virar ya.

—Aún no. Hay que seguir unos doscientos metros. ¿Y nunca intenta ponerse en contacto contigo?

—Virando —anunció Carter y giró el timón.

El barco viró con brusquedad y Nick perdió el equilibrio. Se recuperó enseguida y se apresuró a arriar la vela mayor. Cuando hubieron cambiado de rumbo, Carter le miró con frialdad.

—Ya está bien de hablar de mi pasado. Yo vivo el aquí y el ahora. Es todo lo que tengo y es todo lo que necesito.

Durante el resto de la travesía guardó silencio, pero al menos se compenetraban bien. Carter avisaba de cuándo iba a virar y se ocupaba del timón mientras Nick atendía el velamen. La navegación sin sobresaltos sirvió para, poco a poco, disipar la tensión creada por la conversación.

Al cabo de un rato, Nick señaló con el dedo un lugar en el horizonte.

—Ve hacia esa isla. La cala está detrás.

Carter puso rumbo este. La isla estaba a medio kilómetro de la orilla y tenía el tamaño aproximado de un campo de fútbol. Cuando pasaron junto a ella vieron que ninguno de los *campings* repartidos por sus orillas estaba habitado. Después del 4 de julio, el comienzo oficial del verano, estarían atestados. Pero todavía faltaba tiempo para eso.

—Qué paz hay aquí —dijo Carter.

Nick asintió, complacido de que le hablara otra vez. La había presionado demasiado con el tema de su familia, pero había obtenido información de gran interés. La intensidad de los sentimientos de Carter hacia su padre le hizo reconsiderar las posibilidades de éxito de una reconciliación entre ellos.

—¿Has acampado alguna vez en alguna de las islas? —preguntó Carter cuando pasaron junto a otro embarcadero vacío, donde no se veían ni tiendas ni fuegos de campamento.

—Cuando era joven me apasionaba. Me llevaba una mochila con comida y salía a navegar sin un rumbo específico. Era muy emocionante.

Cuando dejaron atrás la isla y entraron en la bahía, la vela mayor empezó a temblar. Nick la arrió y la aseguró mientras Carter aceleraba el motor.

A medida que se adentraban en el apartado rincón paradisíaco, Carter quedó admirada por la belleza de la cala. La imponente montaña descendía hasta la orilla del lago en una sucesión de escarpados acantilados, pero no todo eran rocas empinadas y paisajes sobrecogedores. Al fondo había una playa con suaves pendientes y un terreno llano perfecto para tomar el sol y almorzar.

Apagó el motor y dejó el barco en silenciosa deriva. El agua estaba en calma y transparente, la brisa era suave y acogedora. Parejas de patos salvajes nadaban en las aguas plácidas y desde algún lugar se oía parpar a un somormujo.

—Esto es espectacular —musitó.

—Uno de mis rincones favoritos del mundo —confesó Nick mientras sacaba el ancla—. He estado en más hoteles de cinco estrellas que muchos escritores de guías de viaje, pero no cambiaría este sitio por ninguno de ellos.

Echó el ancla por la borda en un único y poderoso gesto y esta cayó con un chapoteo salpicando agua bajo la luz del sol.

Carter miró el lago, contempló las arrugas creadas por el ancla en la tersa superficie y se arrepintió de su arranque de sinceridad. Llevaba mucho tiempo sin hablar con nadie de su padre y le había costado mucho revelar sus sentimientos. Pero mezclar las confusas emociones que le inspiraba Nick con las sombras de su pasado le resultaba especialmente perturbador.

Y habría preferido que los dos hombres no se conocieran de nada.

En el silencio que los rodeaba se sentía obligada a hablar de cualquier cosa, a enterrar lo que le había confesado a Nick sobre su familia bajo una charla banal. Pensó en hablar del tiempo o de los tipos de interés, pero al final se decidió por el turismo. Era un tema menos obvio y sobre el que al menos sabía alguna cosa. Del futuro profesional de Alan Greenspan no podía decir lo mismo.

—Y entonces, ¿vienes mucho por aquí? —dijo tratando de sonar lo más natural posible.

Nick estaba en la popa y se volvió para contestarle.

—Solo fuera de temporada. En julio y agosto esto se pone imposible. Hasta arriba de turistas con sus lanchas rápidas. Lo gracioso es que se supone que vienen a disfrutar de la naturaleza y lo único que hacen es contaminar, con tanto motor y tanto ruido. Una verdadera pena.

Hizo una pausa para quitarse la sudadera.

Carter no escuchó nada de lo que dijo a continuación.

Tratando de disimular que le estaba mirando se obligó a asentir cuando correspondía y confió en estar haciendo las pausas necesarias en la conversación. Ver a Nick desnudo de cintura para arriba la había privado de toda capacidad de pensar con coherencia. Tenía el pecho ancho y musculoso, los brazos bien torneados y un estómago como una tableta de chocolate. Ligeramente bronceada, su piel era tersa, con solo un poco de vello que le resaltaba los pectorales y desaparecía bajo la cintura de su traje de baño.

—¿Oye? —le oyó decir con voz *sexy*.

—Perdona, ¿qué me decías?

La sonrisa de Nick fue lenta y estaba llena de promesas.

—¿Te gusta lo que ves?

Carter intentó tragar saliva.

—Ya te lo he dicho. La bahía es preciosa.

—No me ha parecido que estuvieras admirando el paisaje precisamente.

Se acercó a ella con inconfundibles intenciones y Carter no pudo evitar retroceder

un paso.

—Pues claro que sí. El agua, esos patos de ahí... El agua...

Le entró el pánico, abrumada por lo atractivo que era Nick y por el hecho de que estuvieran los dos solos. De que le deseaba violentamente y que le tenía a su alcance.

—Tengo que cambiarme —se apresuró a decir y se escabulló rodeando el timón.

La risa de Nick, profunda y muy masculina, la siguió hasta el camarote.

Con manos temblorosas, Carter cerró la puerta y se desplomó contra ella.

En un intento por sobreponerse, cogió la mochila y forcejeó con la cremallera. Cuando por fin consiguió abrirla, tiró de la toalla de Ellie con más fuerza de la necesaria y esta se desenrolló, dejando caer al suelo algo de un color vivo.

Carter no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—No puede ser —dijo en voz alta.

—¿El qué? —preguntó Nick desde arriba.

—Nada.

Nada era exactamente lo que estaba mirando. Dos diminutas piezas de tela rosa unidas por una cuerda y otra un poco más grande, del tamaño de un pañuelo. Carter las cogió y se preguntó dónde estaría el resto del bikini.

—Por Dios, Ellie, que tienes quince años —dijo exasperada.

—¿Qué? —oyó decir a Nick.

—Que tienes esto bien aseado.

—Gracias. Me gustan los barcos limpios y ordenados.

Carter puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre una de las literas mientras inspeccionaba el camarote en busca de una opción mejor.

Pero, claro, no había nada que pudiera ponerse para darse un baño.

Miró los jirones rosas y luego la cocina, preguntándose si podría salir del paso con un par de trapos de secar los platos. Joder, si hasta se conformaría con unas tiritas. Seguro que una caja entera cubría más superficie que el bikini. Y se moverían menos.

—¿Todo bien por ahí?

—Perfectamente —dijo y luego musitó para sí—. Mejor imposible.

Se habría sentido como una tonta subiendo a cubierta con la misma ropa, y como una exhibicionista si se ponía el bikini. El problema era que tenía verdaderas ganas de darse un chapuzón. Y además, no tenía nada de qué avergonzarse. Gracias a años de duro trabajo físico estaba en excelente forma. Tenía un buen cuerpo, y en todo caso, nada que Nick no hubiera visto antes.

Sí, claro, eso ayudaba mucho, imaginar la cantidad de mujeres que habría visto Nick desnudas.

Con una mueca de resignación, se desnudó y se puso el bikini. A base de distribuir con habilidad la tela aquí y allí consiguió cubrirse lo bastante para que no la arrestaran por escándalo público, pero desde luego no se sentía vestida ni de lejos.

Se enrolló la toalla bien apretada alrededor del cuerpo y salió de la cabina

tratando de simular calma y compostura.

La recibió la sensual sonrisa de Nick. Se había quitado las gafas de sol y Carter vio cómo le miraba las piernas y a continuación las caderas.

—¿Quieres darte un baño primero o comemos?

—Comemos.

—Muy bien. ¿Te importa abrir ahí y sacar la cesta? No he tenido tiempo de meter las cosas en la nevera.

—Sí, claro.

Pero inclinarse, coger la cesta y mantenerse envuelta en la toalla resultó ser más de lo que Carter era capaz hacer. La gravedad triunfó sobre la coordinación y la toalla se deslizó sobre la cubierta.

Oyó a Nick silbar entre dientes.

Cuando levantó la vista la miraba con una expresión que la dejó sin respiración. En respuesta, los pechos pugnaron por salirse de la parte de arriba del bikini, tirando de las delgadas cuerdas. Cuando se le pusieron duros los pezones, vio que Nick tensaba la cara por el deseo.

—Eres... —No terminó la frase y se limitó a susurrar—: Ven aquí.

Le tendió una mano y antes de que Carter se diera cuenta de lo que hacía, la aceptó. Nick tiró suavemente de ella mientras que con la mano libre le rodeaba la cintura y la sujetaba. Carter notó su piel caliente y el vello de su tórax contra sus pechos.

—No sabes cuánto he imaginado cómo sería tenerte desnuda en mis brazos. —La voz de Nick era ronca.

Carter notó cómo sus manos descendían hasta sus caderas, se asían a su cuerpo con urgencia y la obligaban a pegarse más a él. Cuando sintió su erección, abrió la boca.

Fue entonces cuando la besó.

El contacto con sus labios fue inesperadamente dulce. Aunque sentía el apremio en su cuerpo, los labios de Nick eran tiernos. Persuasivos, tentadores, ligeros. La provocaban con una paciencia que decía mucho de su capacidad de autocontrol. Carter se fue relajando, entregándose a la sensación de la lengua de Nick en su boca, deslizándose húmeda y cálida, enredándose con la suya.

Atrapada en un torbellino, se olvidó de todo.

Cuando los dedos de Nick buscaron sus pezones erectos con manos tan suaves como la luz de sol que los calentaba, Carter gimió todavía con la boca pegada a la suya. Una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo y la asió con más fuerza por los hombros.

—Carter —dijo Nick con voz ronca y la boca muy cerca de la suya—. ¿Me vas a dejar que te haga el amor?

Carter sabía que la elección era suya. Le estaba dando poder para decidir su futuro juntos.

Le miró a los ojos. Estaban eufóricos, con una mirada muy distinta a aquella con la que solía contemplar el mundo. Ahora reflejaban una tormenta en su interior, un deseo incandescente y vertiginoso que Carter era consciente de haber encendido.

Dio un paso atrás y la cara de Nick se contrajo en una mueca de dolor. Pero Carter no se estaba apartando. Despacio, se llevó una mano a la espalda y se soltó la cuerda de la parte de arriba del bikini dejando que cayera sobre la cubierta. Observó cómo el cuerpo entero de Nick se estremecía de deseo. Cuando Carter le apoyó una mano en el pecho desnudo dejó escapar un gemido.

Esta vez el beso no tuvo nada de tierno. El ansia los llevó al camarote y una vez allí Nick tendió a Carter sobre una de las camas y la cubrió con su cuerpo. Mientras le quitaba la parte de abajo del bikini y se despojaba de su bañador, Carter le acarició la ancha espalda notando la musculatura bajo su tersa piel.

Cuando Nick se situó entre sus muslos, la sensación fue tan intensa que Carter tuvo la impresión de haberse salido de su propio cuerpo. Arqueó la espalda y Nick bajó a su encuentro. Le besó el cuello y fue bajando con pequeños mordiscos hasta detenerse en uno de sus pezones, que acarició con la lengua.

Carter gritó y pegó sus caderas contra las de Nick notando su firmeza contra su suave vientre. Pero él no la penetró, todavía no. Sus manos y su boca le exploraron primero todo el cuerpo, descubriendo sus zonas más íntimas. Cuando Carter ya no fue capaz de soportarlo más, Nick regresó a sus labios y la besó con reverencia. Y, despacio, la penetró.

Carter gimió intensamente. Empezaron a moverse juntos con un ritmo que pronto se convirtió en un baile frenético de sensualidad. A medida que la tensión aumentaba, Carter jadeaba con más fuerza, con el corazón desbocado y las caderas recibiendo las embestidas de Nick hasta que estuvo cubierta de sudor. De sus labios salió el nombre de Nick, un grito ronco que ascendió por el aire y entonces notó el cuerpo poderoso de este estremecerse contra el suyo, sus brazos tensándose a su alrededor.

Después de la tempestad, Nick dejó caer la cabeza sobre el hombro de Carter, jadeante. El sudor que le cubría la frente le refrescaba deliciosamente la piel a esta. Cuando por fin levantó la cabeza, su expresión la conmovió. Había desaparecido todo rastro de cinismo y dureza. Era una transformación asombrosa. Parecía más joven. Feliz. Satisfecho.

Carter le sonrió.

Y entonces Nick la miró con una ternura tal que el corazón le dolió de tanta felicidad.

Nick le acarició un mechón de pelo que se le había quedado enrollado al cuello y por un momento pareció que iba a hacerle una confesión importante. Pero en lugar de decirle nada, la besó.

Y la pasión ardió de nuevo.

• • •

Después de recuperar las fuerzas con un almuerzo, se sentaron al sol, en la cubierta. Nick se recostó contra el mástil y Carter apoyó la cabeza en su regazo y se quedó dormida mientras él la miraba.

Bajo los exiguos triángulos del bikini, su pecho subía y bajaba con su respiración rítmica y delicada. Parecía muy vulnerable allí, dormida en sus brazos, y un sentimiento extraño embargó a Nick. Era tan poderoso que no lograba descifrar ni su causa ni su contenido, y su primer impulso fue salir corriendo.

Pero cuando miró la cara de Carter las ganas de huir se evaporaron. Así que, despacio, trató de deducir qué era lo que le preocupaba.

Después de hacer el amor la primera vez y de desplomarse sobre ella, completamente saciado, había sido consciente de que algo importante acababa de suceder. Algo que no había vivido nunca antes, que le había dejado desnudo, expuesto de una manera por completo nueva. Y había querido contarle a Carter lo que sentía.

Pero cuando buscó las palabras adecuadas, estas se habían negado a articularse en pensamientos coherentes. Se habían astillado y fragmentado en su cabeza hasta que dejaron de tener sentido, ni siquiera para él. Fue entonces cuando la besó de nuevo e intentó demostrarle con las manos y la boca aquello que no era capaz de decir.

Pero algo había cambiado. Ahora que Carter dormía, Nick solo sentía pánico. Una necesidad apremiante de alejarse de ella y de la intimidad que suponía.

Distraído, reparó en que la brisa había atrapado un mechón de pelo oscuro de Carter y se lo había puesto sobre la nariz. Lo apartó con cuidado, pues no quería interrumpir su descanso. Carter se removió en su regazo, colocándose de lado y abrazándose. Nick se quedó mirando ensimismado el grácil perfil de su mejilla y de sus labios.

Amor.

La palabra le vino a la cabeza igual que un fantasma y, mientras daba vueltas allí dentro, Nick pensó en el pasado. Había habido muy pocas mujeres por las que había sentido amor, y su madre no había sido una de ellas. Cuando se detenía a pensarlo, se daba cuenta de que Gertie y su hermana eran las únicas excepciones a la distancia emocional que por lo general ponía entre él y el sexo contrario. Ambas le habían querido siempre por lo que era y nunca habían esperado nada a cambio.

Nada que ver, desde luego, con la mayoría de las otras mujeres que había conocido.

¿Sería Carter capaz de aceptarle con idéntica sencillez?

Sí, le decía una insistente voz interior.

Pero no podía evitar rebelarse a las posibles consecuencias de esta idea.

No estaba preparado para enamorarse. Además, no estaba seguro de saber cómo se ama a otra persona. No había tenido una buena relación con sus padres. No había hecho lo bastante por su hermana mientras estuvo viva. ¿Y Cort? Dios sabía que su relación con él era un verdadero desastre.

Así pues, ¿qué es lo que podía ofrecer a Carter?

La respuesta que le vino a la cabeza era dolorosamente breve. Casi todas las relaciones que había tenido con mujeres se habían limitado a algo físico. Cuando la repasaba, su trayectoria sentimental le parecía una sucesión de situaciones como la que había vivido hacía poco con Candace. Una retahíla de adioses que no le habían supuesto ningún esfuerzo.

Menudo historial, pensó con desdén.

Pero ahora aquella mujer hermosa e inteligente a la que acababa de hacer el amor, aquella mujer de la que sospechaba podía enamorarse, había entrado en su vida y se sentía perdido. En lugar de sentir gratitud por aquel regalo, se consideraba incapaz de aceptar lo que Carter tuviera que ofrecerle. Era un hombre de negocios de éxito de treinta y muchos años que no tenía ni la más remota idea de cómo comportarse en una relación adulta y seria con una mujer. Con una igual.

Un miedo desconocido le recorrió el cuerpo como un escalofrío. Le siguió una ira irracional.

Como si hubiera percibido el cambio en sus emociones, Carter abrió los ojos y le miró.

En aquel instante Nick se puso a cubierto. Recuperó su máscara de frialdad y la miró desde la distancia mientras la cara de Carter perdía su expresión de cálida felicidad.

—¿Adónde has ido mientras estaba dormida? —le preguntó con voz queda.

—Estoy aquí.

—De eso nada.

—Entonces ¿es que tienes la cabeza en el regazo de otra persona? —La voz de Nick era cortante, combativa incluso.

Cuando Carter se incorporó Nick supo que había arruinado la tarde. El sol seguía brillando, la cala estaba preciosa, pero la mirada de Carter era sombría.

—¿Qué pasa? —Su cara, antes relajada, ahora reflejaba preocupación.

—Nada.

—Me estás mintiendo.

—No te pongas en plan novia. No se me dan bien esas cosas. —Nick evitó mirarla a los ojos, ya que no soportaba ver el dolor que empezaba a dibujarse en ellos.

Cuando Carter habló de nuevo parecía confusa.

—¿Qué tiene que ver que te pregunte cómo estás con...?

—¿Lo ves? Ahora quieres que hablemos de qué tiene de malo que te diga que no me pasa nada. Esta clase de conversaciones son absurdas.

—No... No lo entiendo. —Carter negó con la cabeza mientras su pelo destellaba al sol. El brillo en sus ojos revelaba que estaba a punto de echarse a llorar.

Verla así de herida y saber que él era la causa no hizo más que poner más furioso a Nick. Le soltó:

—Ahora que Candace se ha ido esperaba librarme por una temporada de que alguien con faldas estuviera todo el día dándome la tabarra, pero ya veo que mi optimismo era injustificado.

Carter dio un respingo.

—No me puedo creer lo que acabas de decir.

Francamente, Nick tampoco.

—Dime qué te pasa —le imploró Carter.

—¿Qué quieres que te diga?

Hubo una larga pausa y a continuación la expresión de Carter pasó del dolor al enfado. Se puso en pie.

—Nos volvemos. Ahora mismo. Antes de que haga otra cosa más de la que pueda arrepentirme.

—¿Cómo que otra cosa más?

—Está claro que acostarme contigo ha sido una equivocación y no quiero estropear más las cosas intentando ahogarte.

Se envolvió en su toalla con un movimiento brusco.

—No pensaba que fueras una histérica tú también.

Carter se volvió y le habló pronunciando muy bien las sílabas.

—Esto no es estar histérica. Esto es estar cabreada. Hay una gran diferencia.

Nick la miró entrar en el camarote y maldijo, exasperado. Las palabras que habían salido de su boca, el tono que había empleado, todo en aquella discusión le resultaba familiar. Era lo mismo que había hecho antes innumerables veces. Un comportamiento con el que se sentía extrañamente seguro.

Entonces fue cuando se le ocurrió algo. Sabía lo que vendría a continuación. Después de una escena como aquella siempre sentía alivio. Un torrente de tranquilidad le recorría las venas al darse cuenta de que estaba de nuevo solo, sin estorbos. Libre.

Esperó ansioso a que le llegara aquella sensación.

Pasaron los minutos.

Tomó aire profundamente, preparándose para la liberación.

Diez minutos después se pasó una mano por el pelo. Seguía con la opresión en el pecho, con los músculos tensos, con el corazón en un puño.

—Mierda —dijo con el ceño fruncido y sintiéndose estafado. Se suponía que no tenía que sentirse peor.

Pero, claro, Carter no era como las demás mujeres.

Se levantó y fue hasta la puerta que esta había cerrado de golpe. Le sorprendió de lo que se sentía capaz. ¿De verdad iba a pedirle disculpas? Pues sí.

Dudó un momento. No estaba seguro de lo que iba a decirle. Solo sabía que después de apartarla de su lado no se sentía mejor, sino mucho peor.

Cuando la puerta del camarote se abrió bruscamente, hizo un ademán de tocarla.

—Carter, lo siento.

—De eso nada. —Le apartó de su camino con un empujón—. Déjame que te explique la diferencia entre cabreada e histérica. Histérica está una persona que se pone a lloriquear. Nada que ver en absoluto con estar cabreada. Así que coge tus disculpas y vete a ensayarlas delante del espejo. Seguro que las necesitas para la próxima «*persona con faldas*» que sea lo bastante tonta como para acostarse contigo.

—¿Me vas a dejar que te explique? —Había en la voz de Nick un tono de súplica que le resultaba desconocido.

—No hay nada que explicar. Ya vi lo que pasó con Candace.

—Tú no eres como ella.

—Eso no es verdad. A mí también me ha cogido desprevenida este desplante. —Carter fue hasta la proa—. Y ahora, haz el favor de levar el ancla para que podamos terminar de una vez con esta pantomima.

Nick la miró largo rato y Carter le sostuvo la mirada con expresión fría y desafiante.

—¿A qué esperas? —insistió—. Si crees que voy a dejar que me pisotees es que te has vuelto loco.

—Escucha, no se me da bien...

—Eso salta a la vista. Pero me importa un cuerno. Quiero volver. Ahora.

Sus miradas se encontraron.

La había cagado. A base de bien.

—Si estás esperando a que cambie de opinión —dijo Carter con voz brusca—, más me vale volverme nadando. Porque te va a salir barba en esta cala como lo que estés esperando sea que te dé otra oportunidad.

—Muy bien —dijo Nick de mala gana—. Pues arranca.

—Con mucho gusto.



Capítulo 11

Carter subió sola la montaña después de rechazar tajante los intentos de Nick de acompañarla. Estaba deseando estar sola. La travesía de vuelta había estado marcada por un silencio tenso y prolongado, roto únicamente por sus instrucciones desde el timón y las breves respuestas de Nick. Este no le había quitado un momento los ojos de encima, taladrándola con la mirada.

Teniendo en cuenta el estado en que se encontraba, Carter decidió que había guardado la compostura estupendamente durante el viaje en barco. Pero ahora que estaba sola sentía que estaba a punto de derrumbarse. Desaparecido el orgullo, disipada la ira, todo lo que le quedaba era dolor. Y el hecho de que debería haber imaginado lo que iba a ocurrir era una sombra más en aquella pesadilla.

Cuando se despertó del plácido sueño en el regazo de Nick y se volvió para mirarle había esperado ver reflejadas en su cara la felicidad y la satisfacción que ella sentía. En lugar de ello, Nick la había mirado con fría distancia. Había sido toda una sorpresa, por decirlo suavemente, pero además luego lo había empeorado hablándole de aquella manera tan condescendiente. Cuando recordó lo que había dicho se estremeció de espanto.

Después de hacerle el amor como nadie antes y probablemente como nadie se lo haría jamás, había vuelto a ser el de antes. Era un cazador, decidió. Y los hombres que se dedican a perseguir a posibles presas no encuentran diversión en quedárselas luego. Era exactamente lo que había temido.

El problema era que había ignorado lo que le decía su instinto.

Cuando Carter llegó al claro en lo alto de la montaña miró hacia el lago e hizo un esfuerzo por sobreponerse. Se arrepentía tanto de haber dejado que las cosas fueran tan lejos con Nick que tenía ganas de echar la cabeza atrás y gritar.

En lugar de ceder a su impulso miró hacia la puesta de sol y admiró sus magníficos tonos melocotón y rosa en el horizonte. Era lo que su abuela habría llamado un cielo de enamorados. Tan especial que había que compartirlo.

Admítelo, se dijo a sí misma. ¿Qué esperabas que pasara después de hacer el amor? ¿Que Nick cambiara como por arte de magia y se convirtiera en un hombre sensible, accesible, mimosón? ¿No terminar igual que Candace? ¿Que empezaríais

una relación larga y mutuamente satisfactoria?

¿Que contigo sería distinto que con las otras mujeres?

Pues sí. Y parte del problema era que tampoco se lo había pensado demasiado. Cuando Nick la besó se había rendido a él por completo. Así de fácil.

Cielo de enamorados... ¡Y una mierda!, pensó mientras se daba la vuelta.

• • •

—¿Dónde están las hojas que imprimí con mi diario? —preguntó Carter al día siguiente. Hablaba consigo misma mientras buscaba por El Papiro, revolviendo carpetas, cuadernos de notas y archivadores.

—Estaban ahí, ¿no? —respondió Ellie, acudiendo en su ayuda.

—Deberían. Pensaba que las había dejado aquí ayer antes de marcharme.

—Igual están en tu tienda.

Buddy metió la cabeza en la tienda. Todavía no se había afeitado ni peinado y llevaba las gafas algo descolocadas, pero parecía de lo más feliz mientras sorbía un café.

—¿Has perdido algo?

—Tampoco encuentro las anotaciones sobre la excavación —musitó Carter.

Buddy dejó la taza con el ceño fruncido.

—Tienen que estar en alguna parte. Cuando terminamos de desenterrar el segundo esqueleto ayer por la mañana estuve dos horas anotándolo todo. Sentado ahí mismo.

Buscó entre las pilas de papel sobre la mesa y, al no encontrar nada, se pusieron a registrar todo el campamento.

Cuando tampoco aquello dio resultados, Buddy se rascó la cabeza.

—Igual vino alguien ayer cuando nos marchamos.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis fuera? —preguntó Carter.

—Fuimos al pueblo. Compramos unas cosas y recogimos el coche. Unas dos o tres horas.

—Pero ¿cómo va a subir alguien aquí? —intervino Ellie—. Ivan el Terrible no deja pasar a nadie.

Buddy se encogió de hombros.

—Está la carretera por la que viene Cort con el *quad*. Sube por el otro lado de la montaña. Da mucha vuelta, pero no se ve desde la mansión. Lo que no entiendo es para qué puede querer nadie esas anotaciones. No es que sean una lectura entretenida, precisamente. ¿A quién podrían interesarle?

—A Conrad Lyst —dijo Carter con suavidad.

Buddy la miró.

—¿Quién es Conrad Lyst? —preguntó Ellie—. ¿Un ladrón?

—Es un perdedor, que dirías tú —le contestó su padre—. Y un pésimo

arqueólogo. Capaz de excavar un vertedero y no encontrar basura. Pero no se va a escalar las Adirondacks para robar un manual sobre técnicas de excavación. ¿O sí, Carter?

Cuando esta no contestó, Buddy y Ellie volvieron la cabeza hacia ella. A continuación Buddy le dijo a su hija.

—Oye, ¿te importa ir hasta la excavación y traerme...?

—¿Queréis que me vaya?

—Para nada.

—Si queréis que me vaya, no tenéis más que decirlo —sugirió Ellie—. Voy a lavar al río.

Cuando se marchó, Buddy frunció el ceño.

—¿Qué es lo que no me has contado?

—Ha estado por aquí —contestó Carter arrepentida de no habérselo dicho antes—. El día que Ellie y tú fuisteis a llevar el coche al pueblo.

—Por Dios. Pero ¿por qué no me lo contaste?

—Tenía toda la intención.

—¿Solo la intención?

—No fue nada —Carter evitó la mirada de preocupación de Buddy—. Se hizo el gallito y pataleó un rato.

Por la expresión de la cara de Buddy se dio cuenta de que no la creía.

—Me habría gustado que me lo hubieras contado antes. ¿A Farrell se lo has dicho?

—No. No me pareció necesario.

—Pues ahora que faltan documentos debería saberlo.

—De eso nada. —A Carter le tembló la voz al hablar de Nick, pero se mantuvo en sus trece—. Tengo copias de todo en mi disco duro y esta mañana he usado mi portátil, así que no se lo han llevado. Que nos hayan robado las hojas impresas no afecta a la excavación.

—Pero esto es grave. Si Lyst se ha llevado los diarios...

—No tendría ni idea de qué hacer con ellos. Ese hombre tiene la capacidad analítica de una patata y además los artefactos encontrados siguen aquí y no va a presentarse como si tal cosa y ponerse a excavar.

Buddy frunció el ceño, pensativo.

—Y si no puede hacer nada con los diarios, ¿por qué se los ha llevado?

—Lo más probable es que quiera saber si hemos encontrado el oro y también mandarnos un mensaje. Hacer un poco de ruido, para que sepamos que ha estado aquí.

Buddy se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—No es solo que no le respete profesionalmente. Es que ese hombre no me parece normal.

En eso tienes razón, pensó Carter.

Buddy miró hacia el arroyo.

—Creo que a partir de ahora voy a estar más pendiente de Ellie.

Carter le miró marcharse apresurado y deseó poder decirle algo reconfortante. Buddy siempre la había cuidado y sabía que ahora estaba preocupado no solo por su hija, también por ella.

Se volvió hacia el montón de papeles y carpetas y empezó a ordenarlos. Cuando oyó pisadas a su espalda dijo:

—Buddy, debería llamar a la Fundación Hall y contarle a Grace las novedades. Se pondrá contentísima cuando sepa lo de los esqueletos.

—Puedes llamar desde casa —dijo Nick con voz neutra.

Carter controló su sorpresa y se puso rígida. Se negó a darse la vuelta y continuó moviendo papeles.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—He venido a verte. —La voz era tranquila y pausada, como si no quisiera sobresaltarla.

—¿Por qué? —Carter cogió una carpeta con manos temblorosas y simuló ordenarla. Quería desesperadamente que Nick se marchara. Lo que necesitaba era lamerse las heridas, no que le hicieran más.

—Tenemos que hablar.

Carter tiró la carpeta y le miró furiosa.

—Estoy harta de hablar. Y ahora, si me disculpas, tengo que volver al trabajo.

—¿No quieres escucharme un momento?

Carter vio que una sombra de irritación le cruzaba la cara a Nick. Negó con la cabeza y, sin molestarse en disimular la amargura de su voz, dijo:

—Ya te escuché ayer. Fuiste de lo más elocuente en tus humillaciones y puesto que mi memoria a corto plazo es excelente, recuerdo cada palabra que dijiste. Y no necesito oírlas otra vez, muchas gracias.

—Por el amor de Dios, Carter, ¿quieres dejar de machacarme?

—¿Así que ahora la víctima eres tú? —Carter rio con aspereza—. Me parece que tienes alucinaciones, deberías tomar medicación.

Nick se pasó una mano por el pelo.

—No quiero discutir contigo. He venido a disculparme y a pedirte que me des otra oportunidad.

—No me interesa darte otra oportunidad. Con una ya he tenido bastante. Además, ahora que sabemos que no soportas a las *novias histéricas*, ¿para qué vamos a causarte más disgustos?

Se volvió con intención de dirigirse a la excavación, pero Nick se interpuso en su camino y le sujetó un brazo con fuerza.

—Suéltame —susurró Carter impaciente—. Por favor, suéltame.

La respuesta de Nick fue igualmente intensa.

—No puedo. Me he pasado toda la noche despierto pensando en ti,

arrepintiéndome de lo que te dije.

Con un movimiento dolorosamente lento, levantó una mano y le acarició la mejilla con la yema del dedo pulgar. Carter lo apartó de un manotazo.

—¡No! —gritó soltándose—. No pienso dejar que me hagas esto.

Dio unos pasos atrás, tambaleándose.

—Carter, por favor.

Carter sacudió la cabeza con vehemencia.

—Y ahora me voy a trabajar, porque cuanto antes termine, antes me libraré de ti.

Los ojos de Nick no se apartaban de los suyos, sus iris pálidos contrastando vivamente con las pupilas oscuras de ella. Hubo un silencio largo y tenso.

—Ven a cenar a casa esta noche. —Su voz era grave y calmada. Autoritaria.

—No.

—Sí. Para informarme de la excavación.

El abrupto cambio de dirección la sorprendió.

—No.

—Tengo derecho a estar informado de cómo va.

—Entonces Buddy también...

—Vete al cuerno. Te quiero a ti.

Carter le insultó, pero Nick no se inmutó y siguió mirándola con firme determinación.

Sacó las gafas de sol del bolsillo de su cazadora y se las puso.

—Tal y como recordarás, en la subvención se especifica que tienes obligación de informarme cada vez que yo lo requiera. Así que quiero un informe. Esta noche. A las siete.

—Eres un cabrón.

—Ya lo sé.

Y con aquella sucinta afirmación desapareció por el sendero. Una vez se hubo marchado, Carter se dio cuenta de que temblaba de los pies a la cabeza. Se sentó a la mesa y apoyó la frente en las manos.

Lo último que quería era estar a solas con Nick y tener que hablar de su trabajo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No iba a arriesgarse a perder aquel proyecto y sabía que Nick era muy capaz de cumplir su amenaza de echarlos de su propiedad.

Estuvo tentada de abandonarlo todo. Muy tentada.

Pero entonces volvieron Buddy y Ellie del río, hablando sin parar del trabajo y de lo que habían encontrado hasta el momento. Mientras observaba su entusiasmo y emoción y envidiaba su felicidad despreocupada, Carter supo que no quería decepcionarlos.

Y tampoco quería verse en la tesitura de explicar por qué quería marcharse.

Consciente de que no tenía elección, decidió que antes de la cena llamaría por teléfono a Grace. Necesitaba informar a la Fundación Hall de sus progresos, pero sobre todo necesitaba un poco de apoyo moral.

Mucho más tarde, cuando ya se ponía el sol, Carter metió las notas de aquel día en su mochila y bajó por la montaña con el corazón apesadumbrado y a la defensiva. Se había tomado parte de la tarde libre y había estado unas dos horas paseando. Había usado aquel tiempo para armarse de valor para la velada.

Cuando llegó al lago vio la mansión resplandeciendo en la creciente oscuridad. Aminoró el paso a medida que se acercaba a la puerta principal. Cuando por fin levantó el llamador de la puerta y lo dejó caer, estaba pensando en el día de su primera visita. Tenía la sensación de que había sido años atrás.

Le sorprendió que Nick en persona le abriera la puerta. Tenía un vaso de *whisky* en una mano y con la otra se sujetaba un teléfono inalámbrico contra la oreja. Cuando le hizo un gesto a Carter para que entrara se le animaron brevemente las facciones, pero enseguida se contuvo.

—Muy bien —le dijo a quienquiera que estuviera al otro lado del teléfono y cerró la puerta una vez Carter estuvo dentro—. Escucha, tienes que modificar el informe de manera que incluya intereses por importe de sesenta millones al año y las cifras de la depreciación son incorrectas...

Le hizo un gesto a Carter con la cabeza para que le siguiera. Mientras caminaban juntos por el pasillo en dirección a su despacho seguía diciendo cosas que para Carter no tenían ni pies ni cabeza. Aquel era un lenguaje desconocido, lleno de cifras y puntos porcentuales.

—Escucha, tengo que dejarte. Llama a Ronning. Dile que el barco se hunde y que tenéis que hacer algo al respecto. Es el mejor abogado corporativo de la ciudad. —Colgó el teléfono—. Llegas pronto.

—Necesito hacer una llamada antes de hablar contigo —dijo Carter con frialdad.

—Estás en tu casa. —Nick le ofreció el teléfono.

Carter alargó la mano con cautela y lo cogió con cuidado de que sus manos no se tocaran.

—¿Quieres que te deje sola?

—Sí.

Nick la miró largamente y a continuación salió cerrando la puerta tras de sí.

Después de marcar su número de memoria, Carter puso a Grace brevemente al día de la excavación y de cómo se había complicado su vida en los últimos días. Los ánimos que le dio su amiga la hicieron sentirse más fuerte y agradeció la inyección de moral. Confió en que la ayudara a sobrellevar mejor la reunión con Nick.

Cuando colgó el teléfono se dio cuenta de que se había sentado en su silla y que tenía delante varias pilas de documentos. Distraída, paseó la vista por una máquina de fax, otros dos teléfonos y un ordenador portátil.

Decidida a remolonear un rato, se puso a mirar uno de los montones con papeles, leyendo las notas que había escrito Nick en los márgenes. Su caligrafía era firme y segura; sus comentarios, directos. Pasó con el dedo un par de páginas y vio que en todas estaba escrito el nombre CommTrans. Algo se activó en su memoria, pero no

era capaz de decir dónde había oído aquel nombre.

Basta, se dijo antes de ponerse en pie. Estaba retrasando lo inevitable.

Dejó la mochila y sus notas en el despacho y fue en busca de Nick. Cuando estuvo cerca de la cocina le pareció oler pavo asado y el estómago le rugió con aprobación.

Por un resquicio de la puerta de servicio vio a Nick en la cocina. Sostenía un cuchillo y un tenedor de trinchar.

—¿Has cenado? —le preguntó sin volverse.

Carter no podía creer que la hubiera oído.

—No, pero...

—Gertie libra hoy. Los platos están a mi derecha y creo que ha dejado una ensalada en la nevera.

—No he venido aquí a cenar contigo.

—Muy bien. Entonces pon solo un plato. Tú hablas y yo como.

Cuando se dio cuenta de que Carter vacilaba se volvió para mirarla. Los ojos de ambos se encontraron, desafiantes.

Carter se decidió, fue hasta el armario y sacó dos platos.

No tenía la más mínima intención de mostrarse débil ante él. Aunque necesitara hasta la última de sus fuerzas, iba a cenar, darle su informe y volver al campamento. A falta de otra cosa, el amor propio la haría resistir.

Además, pensó, la noche es joven. Ya tendría luego tiempo de llorar cuando estuviera en su tienda de campaña.

—¿Aquí o en el comedor? —preguntó.

Cuando Nick señaló con la cabeza la mesa de roble, Carter llevó allí los platos.

—¿Los cubiertos? —preguntó secamente.

Nick miró a su izquierda.

—Las servilletas están en el segundo cajón.

En un momento Carter puso la mesa, Nick llevó el pavo y los dos estuvieron sentados frente a frente cenando.

Mientras se preguntaba cómo había llegado a aquella situación, Carter empezó a comer. La comida estaba rica. El silencio era horroroso. En la cocina solo se oía el entrechocar de los cubiertos y los platos. A mitad de la cena se dio cuenta de que no podía soportarlo un momento más. Dejó el cuchillo y el tenedor, hizo un nudo con la servilleta y se disponía a marcharse cuando la voz de Nick la detuvo.

—La última mujer a la que dije eso fue mi madre.

Se metió un trozo de pavo en la boca.

En el silencio que siguió, Nick se limitó a seguir comiendo. Sus modales en la mesa eran impecables. Cortaba la carne con cuidado y a continuación dejaba el cuchillo y se cambiaba de mano el tenedor para llevarse el trozo a la boca.

—Me refiero a las palabras «*Te quiero*». La última vez que se las dije a alguien fue a mi madre. —Su tono era más directo de lo habitual—. Lo recuerdo muy bien

porque me prometí a mí mismo no decírselas a nadie más hasta que no las sintiera de verdad.

Carter se quedó muy quieta.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Me alegro de que hiciéramos el amor. —En la cara de Nick asomaron primero deseo y después impaciencia—. Que me alegro, digo. Menuda tontería. Sería más indicado decir que estoy echado a perder. Desde ayer no pienso más que en lo afortunado que soy por haber podido tenerte. Y en lo idiota que fui al estropearlo de esa manera.

Carter notó que una oleada de calor se apoderaba de ella y retorció la servilleta que tenía en las manos.

—No quiero hablar de lo que pasó.

—Lo de ayer significó mucho para mí.

—Me cuesta trabajo creerlo.

—Eres la primera mujer que..., que me llega de verdad. —Nick se limpió con la servilleta y se reclinó contra el respaldo de la silla—. Siento no haber sido capaz de expresar en palabras lo mucho que significó para mí lo de ayer. Y lo asustado que me sentí.

Carter se fijó en su expresión. La miraba con una franqueza y honestidad tales que no encontraba ningún motivo para no creerle. Por mucho que lo buscara.

Así es como le había hecho daño antes, se recordó a sí misma. Creyéndole.

—No tengo por qué escuchar esto. —Se levantó de la mesa y Nick con ella.

—Carter, no tengo ni idea de adónde va lo nuestro.

—Pues te lo voy a decir yo. A ninguna parte.

—Me niego a aceptarlo.

—¡Es que no tienes elección!

Nick se pasó una mano por el pelo.

—Esto es lo que me da terror. Me gusta sentir que lo controlo todo y cuando estoy contigo me es imposible. Por eso me entró el pánico y dije todas esas tonterías tan desagradables.

Cuando Carter no contestó, añadió con aspereza:

—Soy un cerdo que no tiene ni idea de estar en una relación, pero estoy dispuesto a esforzarme. Contigo. Tienes que creerme. Nadie me ha hecho sentir nunca como me haces sentir tú.

Carter negó con la cabeza.

—No pienso escucharte.

Nick le cogió una mano.

—Solo quiero otra oportunidad.

Le vinieron a la cabeza recuerdos de cuando hicieron el amor y Carter se estremeció. Se descubrió deseando creerle. Y sí, no podía evitarlo. Le creía.

—Nick, me hiciste daño.

—Ya lo sé. Y no sabes cuánto lo siento.

Carter le miró a los ojos y vio en ellos tormento y ternura.

—No eres un hombre que inspire confianza precisamente.

Nick le abrió la mano y le acarició la palma con la yema del dedo pulgar. La sensación era hipnótica. Despacio, levantó la mano y acercó sus labios a los de Nick.

—¿Estás intentando seducirme? —le susurró.

—Sí. —La palabra quedó suspendida en el aire entre los dos.

Cuando Nick tiró de ella, Carter se resistió un poco a su abrazo.

—Te deseo —le susurró Nick al oído con voz ronca—. Y no quiero hacerte daño.

Carter se apartó un poco y le miró con atención. Parecía de verdad arrepentido y también parecía comprender, y lamentar, el daño que le había hecho. Además, había en él cierto aire de vulnerabilidad, como si no estuviera seguro de que le fuera a perdonar.

Ella también le deseaba. Quería perdonarle, aun cuando no se olvidara de que la había herido. Se decidió.

—Que te dé mi cuerpo no significa que te esté entregando también mi corazón.

Y con aquellas palabras, dirigidas a él pero también a sí misma, levantó la cara para que la besara. Cuando sus labios se unieron, Carter se apretó contra el fuerte cuerpo de Nick.

—Odio esto —gimió mientras Nick le cubría los pechos con las manos—. Te odio.

—Lo acepto —dijo Nick con voz ronca—. Acepto todo lo que me digas.

Estuvieron solo un momento más en la cocina y cuando Carter quiso darse cuenta se dirigían hacia la escalera y después, ejecutando un torpe paso a dos, hasta el segundo piso. Fueron dejando un rastro de prendas de vestir por el pasillo a medida que se quitaban las camisas y después los pantalones.

—¿Y Cort? —preguntó Carter sin aliento.

—En casa de un amigo. Dios, cómo te necesito —rugió Nick con la boca pegada a la de Carter. Le metió las manos dentro del sujetador y con los dedos pulgares le acarició los pezones hasta hacerla gritar de placer.

Entraron en lo que Carter supuso que era el dormitorio de Nick. Vio fugazmente fogonazos de rojo intenso, dorado y verde oscuro, pero todo desapareció cuando Nick empezó a besarle un pecho y la llevó en volandas hasta la cama. Entonces notó un colchón bajo su cuerpo y a continuación el peso de Nick sobre ella. Le clavó las uñas en la espalda y disfrutó del contacto de su cuerpo con el de ella.

Cuando Nick subió para besarla de nuevo, Carter vio la desesperación en su rostro. Estaba claro que, fuera lo que fuera lo que le pasara por la cabeza, la deseaba. De eso estaba segura.

Sus labios se fundieron, Carter le quitó a Nick la ropa que aún llevaba puesta y este se deshizo de sus calzoncillos y a continuación hizo lo mismo con las braguitas de ella, que tiró al suelo. Cuando Carter notó su erección contra su cuerpo gritó.

—Quiero ir más despacio —gimió Nick—, pero no puedo.

La penetró y Carter se agarró fuerte a él mientras se hundía de nuevo en ella. Después le abrazó con las piernas y empezó a moverse ella también. Cabalgó en un vertiginoso frenesí liberando toda la ira y la frustración acumuladas y gritando el nombre de Nick cuando el placer la proyectó hacia el cielo.

Cuando terminaron, Nick se dejó caer sobre ella. Carter notó cómo su magnífico cuerpo, por completo exhausto, se relajaba y una serena euforia se apoderó también de ella.

Cuando levantó la cabeza y habló, la voz de Nick era grave.

—Anoche no dormí.

—¿No?

—Cerraba los ojos y solo te veía a ti. Te echaba de menos, no podía soportar la idea de no estar contigo nunca más. De que te había perdido.

La besó, una larga caricia labio con labio, lengua con lengua. Seguía dentro de ella y Carter le notó henchirse de deseo una vez más.

Nick la hizo rodar y colocarse encima de él y empezó a acariciarla con los ojos y con las manos. Entregada, Carter se inclinó hacia atrás y Nick gimió mientras le colocaba las manos en los pechos. Esta vez hicieron el amor más despacio, disfrutando de las caricias y las provocaciones hasta que la pasión pudo más que la paciencia y alcanzaron juntos el clímax en un torbellino de sensaciones.

Después, cuando estaban tumbados uno junto al otro, a Carter la embargó una tristeza inesperada. A pesar de lo cerca que habían estado físicamente el uno del otro, seguía sin confiar por completo en Nick. Esa distancia le dolía, pero no pensaba hablar de ello. Las palabras no iban a servir para acercarlos.

Con el tiempo quizá. Tal vez la confianza llegara con el tiempo.

—¿Cuándo vuelve Cort? —preguntó mirando hacia la puerta abierta y las ropas desperdigadas por el pasillo.

—A las once. —Nick consultó el reloj de bronce—. ¡Tenemos diez minutos!

Se levantaron deprisa de la cama y fueron a por su ropa frenéticos, agachándose, recogiendo cosas, intercambiando bragas por calzoncillos y corriendo por el pasillo con la camisa a medio abotonar hasta que llegaron por los pelos a la puerta principal, en el momento exacto en que el reloj de pared de la sala de estar empezaba a dar las horas.

—La camisa —le dijo Nick a Carter mientras él se remetía la suya por la cintura.

Carter se fijó en que se había equivocado con los botones y se apresuró a enmendar su error.

Cuando el reloj terminó de dar sus campanadas, los jadeos de ambos resonaron en la casa vacía.

—No, si al final va a resultar que tengo que castigarle por llegar tarde —dijo Nick irónico.

Ahora que estaban vestidos, Carter se sentía extrañamente vulnerable. Carraspeó.

—Creo que me voy a ir.

Los ojos de Nick se clavaron en los suyos.

—No tienes por qué.

Sin contestar a la pregunta que sugería su mirada, Carter se dio la vuelta y echó a andar.

—Me he dejado la mochila en tu despacho.

Entró en la habitación en penumbra y cogió sus cosas. Antes de salir fue hasta la mesa de Nick, pensando asombrada en todo lo que había ocurrido desde que había estado sentada en aquella silla hablando con Grace. Su mirada se detuvo en los papeles y de nuevo leyó el nombre CommTrans.

—Estás mirando mi mesa como si fuera la respuesta a una pregunta.

Carter levantó la vista sin disimular la incertidumbre en sus ojos. Nick estaba apoyado en el quicio de la puerta y una luz cenital le iluminaba los pómulos prominentes, los labios bien marcados y la poderosa mandíbula.

—Dime, Carter, ¿cuál es la respuesta que estás buscando?

Su voz era ronca y le recordó a cuando le hablaba al oído mientras hacían el amor.

—La que me diga quién eres de verdad. —Carter se colgó la mochila e hizo ademán de abandonar la habitación.

Pero cuando pasó a su lado Nick la tomó en sus brazos. El beso que le dio transmitía una urgencia que no era solo pasión.

—Eres distinta de todas las demás —le susurró.

Carter le miró a la cara y le acarició la mejilla con los dedos.

—Ahora mismo puede. Pero ya veremos más adelante, ¿no?

Y se marchó.

Cruzó el jardín y el prado bajo un cielo nocturno y despejado. Hacía fresco y se detuvo para sacar el forro polar de la mochila antes de internarse en el bosque. Mientras se lo metía por la cabeza escuchó un ruido de ramas al quebrarse.

Cort apareció corriendo a toda velocidad y estuvo a punto de chocar contra ella.

—¡Carter!

—Tranquilo, Fittipaldi. —Carter sonrió y le ayudó a recuperar el equilibrio.

—¿Qué haces aquí?

—He tenido una reunión con tu tío. —Se alegró de que la noche disimulara el rubor de sus mejillas—. ¿Y tú? Creía que habías ido al pueblo con unos amigos.

—Sí... Estuve un rato. Pero no me lo estaba pasando muy bien, así que he ido..., esto...

Así que ella no era la única ruborizándose en la oscuridad, pensó Carter.

—En fin, me parece que llego tarde.

Con un saludo tímido, el muchacho echó a correr hacia la casa.

—Desde luego que llegas tarde —dijo Carter con voz queda.

Movió la cabeza, sacó su linterna, apuntó con ella al camino y se adentró en el bosque.

Mientras subía por el sendero revivió mentalmente la velada una y otra vez. La manera en que le había hablado Nick, en que la había acariciado y besado. Cuando llegó al campamento el corazón le latía a mil por hora, y no solo por el ascenso.

Por nada del mundo iba a enamorarse de Nick Farrell, se prometió.

• • •

Nick estaba sentado frente a la mesa de su despacho cuando oyó entrar a Cort por la puerta. El muchacho saludó en voz alta, pero no se detuvo y se dirigió al piso de arriba. Llegaba diez minutos tarde, aunque Nick no iba a regañarle por ello.

Se sentía inquieto, así que se levantó de la mesa y salió por las puertas acristaladas al porche. Se sentó en una butaca de mimbre y se puso a contemplar el reflejo de la luna en el lago cuando oyó una voz que transportaba la brisa nocturna.

—¿Tío Nick?

El mimbre crujió cuando levantó la vista hacia el tejado del porche.

—¿Cort?

—¿Puedo preguntarte una cosa? —La voz del muchacho sonaba insegura.

—Claro.

Cort tardó unos instantes en volver a hablar.

—¿Qué haces cuando te gusta alguien?

Nick estaba asombrado. Era la primera vez que Cort le pedía consejo sobre algo.

Pero ¿no podía haber sido sobre la conveniencia o no de comprar bonos del Estado? Para eso había ido a la universidad, para contestar a preguntas como aquella.

Para ganar algo de tiempo, le preguntó a Cort.

—¿Te gusta alguien?

—Puede.

—¿Y qué te hace pensar que es así?

—Cada vez que estoy con ella me cuesta pensar con claridad, tengo las piernas como si acabara de correr un maratón y el estómago revuelto. Como si hubiera comido demasiados tacos.

Sí, tiene todos los síntomas, pensó Nick.

—¿Crees que tú también le gustas a ella?

—Puede. —Hubo una pausa—. No es Carter, que lo sepas. Ella es demasiado mayor para mí.

Cort hablaba ya casi sin resentimiento y Nick se sintió aliviado de haber superado esa crisis.

—Entonces, ¿qué hago? —insistió el muchacho.

Nick suspiró.

—Ser tú mismo. Pasar tiempo con ella. Escucharla. Asegurarte de que le haces saber lo especial que es.

Volverte tarumba fantaseando sobre ella, añadió para sí. Prepararte para muchas

noches de insomnio. Renunciar a tu dignidad y pedirle perdón de rodillas.

—Tú no eras así con Candace —dijo Cort desafiante.

Nick parpadeó.

—Ya lo sé. Es que en realidad ella no me gustaba.

—No creo que le gustara a nadie.

—Bueno, pues no se debe estar con alguien que no te guste de verdad.

—Eso ya lo sé. De lo que no estaba seguro es de que lo supieras tú.

Nick rio en voz baja ante la franqueza del chico.

La verdad es que resultaba curioso que hubiera tardado tanto tiempo en aprender la lección.

El silencio se prolongó entre los dos, con el sonido de las olas contra la orilla marcando los segundos.

—Creo que tienes razón —dijo Cort con voz resuelta—. Lo que voy a hacer es pasar tiempo con ella. Gracias.

—¿Cort?

—¿Qué?

—Me alegro de que me lo hayas preguntado. —Nick se aseguró de que sus palabras eran claras y de que Cort las oía.

Hubo una larga pausa.

—Sí. Yo también.

En el piso de arriba la puerta de Cort se cerró con suavidad.

Por una vez, Nick no se sintió excluido.

Se quedó en el porche y se puso a pensar en Carter hasta que estuvo tan nervioso que tuvo que volver al despacho. Se sentó en su silla y cogió algunos de los documentos de la mesa para distraerse con algo.

El acuerdo con CommTrans iba muy bien, pensó, mientras revisaba el borrador de contrato que había recibido por fax ese mismo día. Si no había contratiempos, para finales de mes se habría completado la transacción. Wessex compraría la compañía y acto seguido le vendería la mayor parte de la misma a Nick.

Y cuando todo el papeleo estuviera terminado, la empresa de Nick tendría un nuevo jefe.

Sonrió con tristeza. La venganza daba mucho trabajo.

El año anterior Nick se había visto obligado a vender varias de sus sociedades preocupado porque pudieran violar las leyes antimonopolio. Bob Packert, consejero delegado de CommTrans, había comprado las compañías de producción industrial y había demostrado ser incapaz de dirigir las. Tan mal lo había hecho, que había terminado perdiendo el resto de sus propiedades. Los precios de sus acciones se habían desplomado y sus accionistas se habían puesto furiosos.

Pero en lugar de arreglar los problemas que él mismo había creado, Packert había acudido a los medios de comunicación y acusado a Nick de falsificar documentos durante la venta de las empresas en los que las hacía parecer más saneadas de lo que

en realidad estaban. Había proclamado a los cuatro vientos que la causa de su fracaso era el fraude, no su incompetencia.

Eran todo mentiras y Nick no era de los que dejan pasar un ataque así sin vengarse. Aquí era donde entraba William Wessex. Se mostró encantado de adquirir todas las acciones de Packert mediante una opa hostil y después venderle el grueso de las sociedades de Nick a un precio justo. Para que todo fuera legal, él se quedaría con las plantas de producción que Nick no podía adquirir debido a las leyes antimonopolio, una pequeña recompensa por hacerle el favor.

Gracias a esta maniobra, Nick pasaría a ser el superior de Packert y su primera intervención como presidente de la junta de CommTrans iba a ser despedirlo por causa justificada. Lo segundo iba a ser ponerlo en la lista negra de los amigos que tenía Nick de la lista Fortune 500 para que no pudiera conseguir un nuevo puesto de sueldo y perfil elevados. En tercer lugar, Nick estaba considerando la posibilidad de hacer que lo echaran de todos los clubes privados y campos de golf de los que era socio y asegurarse de que su mujer se enteraba de la existencia de sus múltiples amantes.

Wessex le era indispensable para ejecutar su plan de venganza porque, legalmente, Nick no podía volver a ser propietario de las plantas de producción y por tanto no podía ser testaferro de la adquisición de CommTrans. Sin embargo, aquella circunstancia ponía a los dos compradores en una situación difícil. Nick tenía que confiar en que Wessex cumpliría su palabra de vender en cuanto estuviera seca la tinta de la adquisición y Wessex tenía que confiar en que Nick le pagaría el precio estipulado por CommTrans.

Aunque tenían intereses comunes, el trato era tan delicado como una situación en la que hubiera doscientos leones hambrientos y un único trozo de carne.

Por eso Nick había querido darle a Wessex la oportunidad de verse con su hija. La gratitud le habría hecho sentirse más seguro y habría añadido un elemento de deuda personal al compromiso meramente profesional.

Se revolvió en la silla, sintiéndose atrapado en su propia estrategia. Cuando había puesto en marcha el plan no había ni sospechado lo que podía ocurrir entre Carter y él. De repente, la idea de usarla como ventaja en una operación de negocios le pareció un completo error.

Preocupado, fue hasta el mueble bar, se sirvió un *whisky* y después caminó hasta la estantería. Se arrodilló delante de cinco volúmenes de diarios de viaje victorianos. Cuando accionó una palanca, parte de la estantería se adelantó y dejó al descubierto una caja fuerte.

Giró el dial a la derecha, dos veces a la izquierda y de nuevo a la derecha, escuchó los cierres abrirse y empujó el picaporte metálico. La caja se iluminaba desde dentro, algo que siempre le había parecido un detalle estupendo. En realidad la caja fuerte era un poco como una nevera, pero más recia.

Buscaba la cruz, sabedor de que sostenerla un rato le serenaría. Era algo que hacía

siempre que se sentía preocupado.

Pero antes de sacarla su mirada se detuvo en las viejas cajas de cuero que contenían parte de la colección de joyas de su abuela. Llevado por un impulso, metió la mano y sacó un estuche pequeño, del color rojo brillante característico de Cartier. Lo abrió.

Un anillo de diamantes brilló en la luz tenue. La piedra se la habían regalado a su abuela con motivo de su compromiso con Rufus Lachlan Farrell. El anillo había sobrevivido tanto al autor del regalo como a su destinataria, y Nick opinaba que era una lástima que una pieza tan magnífica estuviera metida en una caja fuerte.

Recordó cuánto le gustaba ese diamante a su madre, no por su tamaño o su calidad, aunque ambos eran impresionantes, sino porque lo llevaba una mujer con la que no podía competir. La abuela de Nick, a la que llamaban Ma Farrell, había sido una anfitriona de ensueño, una jardinera con multitud de premios y, en una época en la que de las damas como ella se esperaba que llevaran una vida «ociosa», había sido amazona, jugadora de póquer y una nadadora consumada. Era una mujer carismática, encantadora y a la que todo el mundo quería.

La madre de Nick, Sarah, había sido justo lo contrario. Era frágil en lugar de fuerte, insegura en sociedad y agresiva, sin elegancia y sin encanto. También padecía una necesidad enfermiza de contar con la aprobación de los demás y siempre tenía la impresión de que no recibía la suficiente. Para empeorar las cosas, había tenido que pasar por la odisea de convivir con su marido. Ashland, por desgracia, prefería pasar más tiempo con su madre que con su mujer.

Aquel peso habría sido más fácil de sobrellevar si la relación de Ashland con Ma Farrell hubiera tenido algo de antinatural. De esa manera Sarah podría haber culpado a una situación patológica sus compras compulsivas en Tiffany's. La verdad, no obstante, era mucho más prosaica y compleja. Sencillamente, su marido disfrutaba de la compañía de su madre, y su mujer nunca le había perdonado que la obligara a compartir sus afectos con ella.

Por eso había tenido a Nick, o al menos eso era lo que este tenía entendido. Sarah había imaginado que convirtiéndose en madre pondría fin a la obsesión de su marido por la suya. Resultó ser una estrategia fallida. Ashland había hecho sitio en su corazón para su hijo, justo al lado de su adorada madre, y su mujer, en lugar de ganar puestos, se había visto relegada a un plano aún más inferior.

De ahí que Nick siempre hubiera tenido la sensación de que su madre le odiaba.

Fue un capricho cruel del destino, o quizá una bendición, que la vida de Sarah terminara antes que la de la mujer a la que tanto detestaba. Ma Farrell la sobrevivió casi una década y había seguido trabajando la tierra de los jardines de la casa a la orilla del lago llevando siempre el anillo con el diamante. Después de la muerte de su madre, Ashland lo llevó a tasar y lo guardó en la caja fuerte. Desde entonces nadie se lo había puesto.

La anécdota favorita de Nick sobre el anillo era una que le había contado Gertie.

Debido al ajetreado estilo de vida de Ma Farrell, el engaste de platino se deterioró bastante con el paso de los años. Cuando Ashland llevó el anillo a Cartier para que lo tasarán, los joyeros le ofrecieron cambiarle la montura.

«Esa montura es el reflejo de una vida, señores», les había dicho Ashland. «Todas esas mellas que tiene el anillo se deben a alguna cosa, y algún día, si lo hereda otra mujer, tendrá que saber cómo se hizo cada una. Es un legado que hay que admirar, no reemplazar».

Nick miró el anillo con los arañazos en la superficie del metal y se emocionó al imaginarlo en el dedo de Carter. Cuando volvió a ponerlo en su sitio pensó sorprendido en que llevaba años abriendo y cerrando esa caja fuerte y nunca antes se había molestado en mirar el anillo.

Se concentró de nuevo en la balda inferior, rebuscó entre fajos de dinero y apartó *krugerrands* por valor de cien mil dólares que había metido en la caja dos semanas atrás. Detrás de las monedas de oro estaba el bulto de fieltro que había llevado aquel día a casa de Carter.

Fue hasta su mesa y desenvolvió la cruz. La madera añeja, resquebrajada en forma de venillas, parecía resplandecer.

Sintió de nuevo el cosquilleo en el estómago que le producía siempre pensar en la intersección de la historia de su familia con la de su país. Pensó de nuevo en todos los hombres que habían muerto en las tierras que ahora eran suyas. Y, como siempre, se sintió conmovido.

Y a continuación helado.

Aquel extraño vértigo era el mismo que sentía cuando estaba en compañía de Carter. La sensación que le producía tenerla cerca.

Eso era lo que le había faltado siempre. Nunca antes una mujer le había conmovido de verdad. Podía estar junto a una y olvidarse de que se encontraba en la misma habitación que él, podía salir del país y no echarlas de menos, podía romper con ellas sin pensárselo dos veces.

Pero Carter..., Carter le absorbía. Le desafiaba con su rápido ingenio y su inteligencia. Y cuando hacían el amor se sentía completo.

Contuvo el aliento y trató de reconciliarse con aquel sentimiento tan nuevo para él.

Mientras envolvía la cruz con cuidado, se dio cuenta de que algo estaba cambiando en su interior.

Y de que nunca volvería a ser el mismo.



Capítulo 12

Dos semanas más tarde, Carter y los demás estaban arrodillados y trabajando bajo un sol intenso cuando llegaron al punto cero de la cuadrícula. A pesar del calor y del progreso que ello suponía, no lo celebraron. Continuaron trabajando meticulosamente y con determinación.

Carter se dio cuenta solo porque había hecho una pausa para beber y calcular cuánto terreno habían cubierto. La tierra dentro del círculo de piedras estaba ahora repartida en dos niveles. Era el resultado de innumerables horas de hundir paletas en la tierra y echar esta en cubos de plástico.

El yacimiento había resultado ser muy rico y habían aparecido numerosos artefactos, algunos de mayor valor que otros. En el campamento habían tenido que usar contenedores plegables para guardar cabezas de flecha, trozos de cerámica y balas de mosquetón, y seguían saliendo más. El día anterior Cort y Ellie habían encontrado los restos de una Brown Bess, el arma que usaban los casacas rojas durante la guerra de la Independencia. Por suerte, sus componentes metálicos se encontraban en buen estado y también había sobrevivido parte de la madera. Era todo un hallazgo y a todos les emocionaba pensar que pudiera ser el arma de uno de los hombres cuyos restos habían desenterrado.

En cuanto a los esqueletos, los habían retirado del suelo y guardado los huesos cuidadosamente en cajas al resguardo del calor. Puesto que eran el hallazgo más valioso, Carter estaba deseando llevarlos a la universidad, donde sabía que estarían a salvo. No quería que les pasara nada antes de tener ocasión de estudiarlos.

Miró a Cort y a Ellie. Los dos reían y bromeaban con ojos llenos de coquetería mientras simulaban pelearse por una espátula. Se acordó del enamoramiento fugaz de Cort de ella y se alegró de que se le hubiera pasado tan rápido.

Y entonces pensó en Nick.

La noche anterior se habían escapado juntos a dar un paseo en barco a la luz de la luna. La luz de esta rielaba en el suave oleaje mientras navegaban en silencio cerca de la bahía con el único acompañamiento del sonido gutural del motor de la lancha y el canto del somormujo. Carter se había reclinado contra el pecho de Nick, refugiándose en el calor de su cuerpo, y se sintió muy tentada a creer que aquella cálida noche de

verano podría durar eternamente.

Aunque el placer físico que le proporcionaba Nick era intenso y satisfactorio, Carter hacía todo lo posible por reprimir sus sentimientos. Había momentos, en especial después de haber mantenido una conversación profunda sobre el pasado de él o sobre los planes de futuro de ella, en que Carter notaba que Nick estaba haciendo un esfuerzo. Sus ojos adquirían una expresión soñadora, como si estuviera buscando una manera de escapar, y el cuerpo se le tensaba. Aunque no había mostrado inclinación alguna a ceder al impulso de salir corriendo, Carter seguía desconfiando de él.

Y había otra razón por la que quería mantener la cabeza fría. Se había acordado de dónde había oído hablar de CommTrans, la compañía mencionada en los papeles sobre la mesa del despacho de Nick. Su propietario había acusado a este de falsificar documentos legales. La noticia había sido ampliamente divulgada en los medios de comunicación. Tanto que hasta Carter, que vivía ajena al mundo de las finanzas, había leído sobre el turbio asunto y también sobre la investigación aún abierta acerca del mismo. Aunque aquello no guardaba relación directa con lo que había entre Nick y ella, no conseguía olvidarse de la idea de que él hubiera podido engañar a alguien de forma deliberada.

Y había una tercera cosa más que le preocupaba y que no conseguía sacarse de los pensamientos: Conrad Lyst y los diarios de excavación desaparecidos. Unas mañanas atrás Buddy le había mostrado huellas de pisadas en la tierra. Siguieron el rastro adentrándose entre los árboles hasta que llegaron al sendero que ascendía por la ladera posterior de la montaña. Allí, igual que una estela que hubiera dejado a su paso un pequeño ejército, había tantas huellas que en algunos sitios se juntaban unas con otras aplanando el duro suelo.

Ivan tomaba ese camino en ocasiones, pero aquellas huellas no podían ser suyas. Buddy, ella y los chicos siempre usaban el sendero principal. Y teniendo en cuenta la homogeneidad de las pisadas, era dudoso que fueran de turistas curiosos. Tenían que ser de Lyst.

Aquella mañana, en cuanto volvieron al campamento, Buddy y ella decidieron que en los siguientes días había que sacar los esqueletos de la montaña. Aunque lo que le interesaba a Lyst en realidad era el dinero, no había manera de saber lo que era capaz de hacer.

Y ni Buddy ni ella querían correr el más mínimo riesgo.

Carter echó una paletada de tierra en su cubo y se dio cuenta de que este estaba lleno. Se disponía a ir a vaciarlo fuera del círculo de piedras cuando vio llegar a Nick.

Se ruborizó de pies a cabeza cuando vio cómo los labios de él se curvaban ligeramente hacia arriba. Era una sonrisa especial, reservada para ella.

—Esto sí que es un homenaje a la historia.

Nick empezó a pasear con naturalidad por el yacimiento pero con los ojos fijos en Carter. El resto le recibió con distintas variedades de saludo.

—No tenía idea de que estuvierais tan avanzados —comentó cuando estuvo delante de Carter.

—Ven a ver esto —se apresuro a decir ella, nerviosa y excitada también por su presencia. Fue hasta una caja donde había restos de cerámica—. Lo hemos encontrado esta mañana.

Cuando le puso las piezas en las manos le rozó con los dedos la piel de las palmas y la sonrisa de Nick se hizo más ancha.

—¿De cuándo son? —preguntó examinando el trozo de barro cocido.

—De hace más de mil años, probablemente.

—Increíble.

—Este sitio ha sido popular desde hace siglos. Ese foso para hogueras ha visto muchas cosas.

Nick le devolvió el artefacto y aprovechó para acariciarle la muñeca.

—¿Habéis encontrado algo más de la expedición Winship?

Distraída por el contacto de su mano, a Carter le costó encontrar las palabras.

—Esto..., no, pero todavía queda mucho por excavar.

—Y del oro, nada.

—Nada de nada.

Nick fue hasta donde había estado el foso para la hoguera antes de que lo desenterraran.

—¿Cuánto os falta para terminar?

—Unas tres semanas.

—¿Y luego?

—Luego vuelvo a ver a mi mujer —musitó Buddy.

Carter leyó la aprobación en el rostro de Nick cuando su colega mencionó a Jo-Jo. Para su alivio, los dos hombres se llevaban ahora mucho mejor.

—Pues en cuanto terminemos nos vamos al laboratorio —dijo—. Hay mucho que analizar. Luego escribimos un artículo describiendo el yacimiento y exponiendo nuestras conclusiones.

Buddy dejó la paleta y se levantó.

—Y luego viene la gira-degustación de pollo chicloso.

—Se refiere a las presentaciones que tenemos que hacer en varias universidades —le corrigió Carter con una mirada divertida—. Dependiendo de lo que encontremos, eso puede llevar poco tiempo o hasta dos meses.

—¿Y es aburrido? —preguntó Nick.

—Para nada —dijo Buddy con entusiasmo—. Es el único momento estelar que tenemos los arqueólogos.

Hablaron un rato más sobre el yacimiento y a continuación Buddy y los chicos decidieron tomarse un descanso y fueron al campamento a por refrescos. En cuanto estuvieron solos Nick abrazó a Carter. Esta aspiró su aroma, la fragancia especiada del *aftershave* que tan bien conocía ya.

—Hola —dijo Nick—. Te he echado de menos.

Carter cerró los ojos y se dejó empapar por la sensación de su cuerpo contra el de ella.

—Nos vimos anoche. ¿O tengo que recordarte lo que estuvimos haciendo a la luz de la luna en el lago?

Nick se apretó más a ella.

—¿Me lo vas a enseñar?

Deslizó la lengua en su boca y Carter arqueó la espalda para acercarse más. Le metió las manos debajo de la camisa y le acarició la piel hasta hacerle gemir. El calor que desprendían sus dos cuerpos hizo pensar a Carter en un torrente de agua, en bañarse desnudos en un arroyo.

Estaba a punto de sugerirlo, cuando oyeron reír a Ellie y a Cort.

Se separaron de mala gana.

—Es una pena que no estemos solos —dijo Nick con voz ronca.

—Te iba a proponer que nos diéramos un baño en el río.

—Tendremos que reservarlo para más adelante.

Los chicos entraron en el círculo de piedras y parecían refrescados mientras se dirigían a sus puestos en la excavación. A Carter, sin embargo, la idea de volver al trabajo no le resultaba tan atractiva como de costumbre. Estaba demasiado ocupada pensando en Nick y en lo que podrían estar haciendo en caso de estar solos.

Y que no tenía nada que ver con excavar.

—Entonces, ¿qué técnica seguís? —preguntó Nick mientras cogía del suelo la paleta de Carter.

—¿Has sembrado algo alguna vez?

—Sí, una. Rumores sobre alguien de la competencia para el *Wall Street Journal*. Pero se lo había buscado.

Nick le guiñó un ojo y Carter no pudo evitar sonreír.

—Me refería a bulbos o semillas.

—Entonces la respuesta es no.

—¿Has jugado alguna vez en un arenero?

—No.

—Vale, pues cuando arrancas una chuleta al darle a una bola de golf.

Carter sabía que Nick la estaba provocando.

—Eso tampoco lo he hecho nunca.

—¿No juegas al golf?

—No arranco chuletas.

Carter rio.

—Dios, me encanta verte sonreír —le susurró Nick inclinándose hacia ella—. Entre otras cosas.

Carter le quitó la paleta y se sonrojó.

—¿De verdad te interesa saber cómo trabajamos?

—Si eso significa pasar tiempo contigo, desde luego.

—Vale. Pues entonces arrodíllate.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca —dijo Nick con voz sensual.

Cuando llegó Buddy se los encontró a los dos en el suelo examinando unos huesos que parecían ser de ciervo.

—¿Habéis encontrado el eslabón perdido? —les preguntó alegre cuando se acercó.

—Más bien su cena —murmuró Carter.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó Buddy a Nick.

—Muchísimo. Lo encuentro... fascinante.

Carter se dio cuenta, radiante, de que la miraba a ella. Evitó sus ojos en un esfuerzo por disimular delante de los demás.

Cuando se pusieron de nuevo a trabajar Nick le susurró al oído:

—Entonces, ¿cuándo nos vemos? A solas.

Carter levantó la vista ruborizada.

—Pues, dentro de un par de días tengo que ir a Burlington —susurró—. Podrías venirte conmigo...

—No sé si puedo esperar tanto.

—¿Cuarenta y ocho horas?

—Eso son dos días —gimió Nick.

—Veo que los placeres sensuales no han afectado a tus habilidades matemáticas.

Nick rio.

—Te acompaño a Vermont, pero solo si me prometes no quitarme las manos de encima.

—Creo que podremos arreglarlo.

Nick le acarició una mejilla. Fue un gesto furtivo, pero lleno de ternura.

—Tengo que irme. El trabajo me espera —se levantó y se estiró.

Carter le sonrió. Sentía que tuviera que irse.

—No quiero que la tierra se interponga en tus negocios.

—Lo mismo dirían mis accionistas.

Y después de regalarle una última mirada, desapareció entre los árboles.

• • •

De camino a la casa Nick se puso a pensar en la manera que tenía Carter de cautivarle solo con los ojos. No era simplemente que los tuviera bonitos, aunque su color azul cobalto le resultaba arrebatador. Era la combinación de fuerza y vulnerabilidad lo que le atraía tanto. Eso y que cuando le miraba con total entrega le hacía sentirse capaz de saltar por encima de varios rascacielos de un solo impulso.

Aquel viaje a Burlington le hacía muchísima ilusión.

Cuando entró en la cocina vio que Gertie estaba amasando. Trabajaba la masa con

las manos en un gran cuenco de madera, presionaba y doblaba, presionaba y doblaba y al hacerlo levantaba nubecillas blancas de harina.

Como hacía de niño, Nick se apoyó en la jamba de la puerta, cruzó una pierna delante de la otra y empezó a mover la puntera de la bota.

—¿Por qué estás nervioso? —le preguntó Gertie.

—¿Por qué voy a estar nervioso?

—Estás agitando el pie como si fuera una bandera.

Nick se quedó quieto.

—He estado pasando mucho tiempo con Carter. Le estoy... cogiendo bastante aprecio. —No podía creerse que estuviera diciendo una cosa así.

—Sí. Ya me he dado cuenta. —Gertie apartó el cuenco, lo cubrió con un paño de cocina y se lavó las manos—. Es una buena mujer. ¿A qué vienen tantos nervios?

Nick inspiró profundamente.

—No lo sé.

—Pues espero que sigas viéndola. —Gertie se quitó el viejo delantal de cuadros, que de tantos lavados era de color rosa pálido—. Por cierto, ha llamado su padre.

Nick contuvo el aliento.

—¿Cómo?

—Que ha llamado William Wessex.

—¿Cómo sabías que es su padre?

—Porque se lo pregunté, al ver que tenían el mismo apellido. Llamaba para decir que viene este fin de semana y que trae a alguien. Ha dicho que la compañía te iba a gustar. Pareció sorprendido al enterarse de que Carter estaba aquí.

Gertie frunció el ceño.

—¿Dijo algo más?

—Solo que quiere hablar contigo y que esperaba tu llamada. —Gertie le miró con extrañeza—. ¿Estás bien?

Nick asintió y corrió a su despacho. No podía tener a Wessex en su casa. Ni de casualidad. No estaba dispuesto a poner en peligro su relación con Carter.

Era consciente de que en algún momento tendría que hablarle a esta de sus negocios con su padre. Y estaba preparado para hacerlo. Pero necesitaba un poco más de tiempo para decidir cómo abordar el tema, para elegir las palabras adecuadas que amortiguaran el golpe.

De una cosa estaba seguro. Que Wessex se presentara allí no era la manera en que Nick quería que se supiera todo.

Se sentó a su mesa y marcó el número privado de Wessex. Este contestó de inmediato:

—Wessex.

—Soy Farrell.

—Explícame —hablaba con sequedad— cuándo tenías pensado contarme que mi hija estaba excavando en tu montaña. ¿Antes o después de que me presentara yo allí?

—Pues claro que iba a contártelo —contestó Nick sin alterarse.

—Hay que ver qué considerado eres. —El tono de Wessex denotaba sincero enfado.

—Escucha, te lo iba a decir. Aunque teniendo en cuenta que está aquí, creo que sería mejor que nos reuniéramos en Nueva York.

—Pues es demasiado tarde. He invitado a Packert a tu casa este fin de semana. Llegamos el viernes.

A Nick se le puso un nudo en la garganta.

—De eso nada. ¿Y se puede saber qué está pasando? Todavía no estamos preparados para la emboscada.

—Packert se ha enterado de nuestro pequeño acuerdo. Sabe que si tú te haces con el control se quedará sin trabajo. Dice que o se reúne contigo o habla otra vez con los periódicos.

—Que le den. Por mí como si habla con todos los periodistas de este país —gruñó Nick—. No tiene nada que contarles.

—De eso no estés tan seguro. Está preparado para proclamar al mundo que tú y yo estamos intentando esquivar las leyes antimonopolio. Que no estamos jugando limpio.

—¡Se ha vuelto loco! —Nick apretó el puño, furioso—. Todo es completamente legal. Ese hombre se está buscando su ruina.

—Yo lo único que digo es que cuando se pone a lanzar acusaciones consigue hacerse oír y sabes muy bien que los periodistas se mueren por un buen titular. Aunque todo en el acuerdo se está haciendo de forma legítima, de cara a la opinión pública no vamos a dar buena imagen. A mí ese tipo de publicidad no me interesa y supongo que a ti tampoco. Sobre todo después de lo del año pasado.

—Te juro por Dios que voy a acabar con ese cabrón. —Nick se pasó una mano por el pelo—. Pero dile que nos vemos en Nueva York. Podemos reunirnos en mis oficinas. Cogeré un avión este fin de semana.

—Muy bien. —Hubo una larga pausa y a continuación Wessex preguntó con voz contenida—: Y ahora, ¿te importaría decirme qué hace mi hija en tu casa?

Nick suspiró.

—Está en la montaña, excavando. Cuando hablé contigo la última vez no tenía ni idea de que iba a tenerla excavando en mi propiedad.

—¿Y la conoces bien?

Hubo una pausa. Nick no quería entrar en detalles con el padre de Carter. Tenía el presentimiento de que esta se lo tomaría como una traición.

—Bastante bien.

—¿Como persona?

—Sí.

—¿Cómo está?

Había una desesperación en las palabras de Wessex que sorprendió a Nick.

—Está bien.

—¿Te ha contado que no nos hablamos?

—Algo me ha dicho.

Del otro lado de la línea llegó un suspiro de tristeza y resignación.

—Es difícil enmendar los caprichos del destino.

Y a continuación, como si quisiera olvidar el pasado, Wessex carraspeó y dijo con brusquedad:

—Bueno, entonces llamo a Packert.

—Y me dices cuándo tengo que estar en Nueva York.

Después de colgar Nick cogió los documentos de CommTrans. Por primera vez los miró no como la llave de su éxito, sino como un mero montón de papeles unidos en una esquina por un clip negro. Los hojeó mirando las cláusulas que había resaltado y las notas que había escrito en los márgenes, las partes tachadas. Le parecieron documentos sin importancia.

Los tiró en la mesa y se puso a pensar en el cuerpo de Carter. En su manera de moverse cuando la acariciaba, en la calidez de su piel y en cómo le susurraba su nombre al oído cuando alcanzaba el orgasmo. Todo eso le parecía mucho más importante que aquel escritorio atestado de papeles de acuerdos de negocios.

Recordó el azul de sus ojos y de repente se le ocurrió que tal vez, durante todos aquellos años, había estado persiguiendo el sueño equivocado.

• • •

—Vámonos a Burlington —le dijo Nick a Carter a la mañana siguiente.

—¿Ahora? —preguntó ella.

Nick asintió y tomó asiento delante de la mesa plegable. Hacía una mañana gloriosa en la montaña, la luz dorada filtrándose por entre los pinos, el cielo, una extensión vasta y despejada.

—¿Qué prisa hay?

—Hoy va a hacer todavía más calor. Lo vas a pasar fatal trabajando con este sol.

Eso era verdad solo a medias. Quería pasar el día con ella y le preocupaba el hecho de que pronto tendría que marcharse a Nueva York. No quería perder la oportunidad de estar a solas con ella.

Carter se le acercó por detrás y le ofreció una taza de café. Antes de que pudiera volverse, Nick le cogió la mano y tiró de ella para darle un largo beso.

—Además tengo ganas de estar contigo. Cuanto antes.

La miró ruborizarse y apartarse un poco, como si quisiera asegurarse de que estaban solos.

—Pues supongo que no hay razón por la que no podamos ir hoy.

—Entonces está decidido —dijo Nick satisfecho.

Cuando Carter se sentó a su lado, la abrazó y la besó con ardor. Cuando sintió

cómo ella contenía el aliento, decidió que aquel prometía ser un gran día.



Capítulo 13

En el garaje, Ivan estaba limpiando una bujía cuando Nick entró a buscar el *quad*.

—¿Tiene gasolina el monstruo?

Ivan asintió.

—¿Vas a la montaña?

—Sí. —Nick no disimuló el placer en su voz—. Estaremos fuera todo el día. Vamos a llevar los esqueletos a la universidad de Burlington.

Ivan gruñó por toda respuesta.

—Últimamente hay mucho tráfico por la carretera de acceso.

Nick se detuvo.

—¿Más del habitual?

—Creo que sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace muy poco. Y tampoco hay osos.

Los dos hombres se miraron.

—¿Las huellas pueden ser de nuestros arqueólogos? —Nick se subió al *quad* con el ceño fruncido.

—No.

—Entonces, ¿son turistas?

—Un turista.

Nick se disponía a girar la llave de contacto, pero se detuvo.

—¿Solo uno?

—Que no hace más que bajar y subir.

—¿Cuántas veces?

—Esta semana yo diría que dos.

—¿Y las huellas llegan hasta la excavación? —preguntó Nick con tono sombrío.

—Sí. Y son las mismas que encontré cuando subí a buscar el oso.

Nick intentó pensar qué motivos podía tener Carter para mentirle.

—Esto no me gusta.

—Pues yo no es que esté muy contento tampoco, sobre todo tratándose de quien

es. Ojalá hubiera tenido mejor puntería en mayo.

—¿Es al que disparaste?

Ivan asintió.

—¿Y qué coño hace ahí arriba? —preguntó Nick.

—La pregunta más bien es a quién va a ver.

El motor del *quad* arrancó con un rugido.

—Encuentra a ese hombre y tráemelo para que tengamos una charla.

—Con mucho gusto —le gritó Iván.

Mientras aceleraba por el camino de salida de la casa Nick trataba en vano de encontrarle sentido a aquella noticia. Se preguntaba por qué Carter o Buddy querían pasar tiempo con un arqueólogo de la competencia en un yacimiento que además le habían quitado a él.

Cuando llegó a la carretera principal continuó un kilómetro y a continuación giró a la derecha por el camino de la montaña, de un solo carril. Dedicó tanto tiempo a inspeccionar el terreno como a mirar por dónde iba, y en varias ocasiones se detuvo y examinó el suelo para ver las pisadas de las que le había hablado Ivan.

Aquel camino siempre había sido un quebradero de cabeza para Nick, porque facilitaba el acceso a la montaña Farrell. A menos de un kilómetro de la misma y saliendo desde la autopista, había un aparcamiento público que usaban los visitantes de una montaña propiedad del estado situada junto a la suya. Los intrusos podían aparcar allí y subir andando. Una vez dentro y si sabían lo que buscaban, podían bajar por la montaña y colarse en su propiedad.

Nick había puesto numerosos letreros de PROHIBIDO EL PASO, pero Ivan era su principal defensa contra los intrusos. Disfrutaba mucho siguiendo el rastro de sus presas y la mayoría no volvía a intentarlo. Un único encuentro con el guardés solía bastar para disuadir a futuros visitantes.

Pero ese arqueólogo o era un osado, pensó Nick, o estaba muy interesado en algo.

Quince minutos después estaba ya cerca de la cima de la montaña pero muy lejos de haber encontrado una solución satisfactoria a sus problemas. Dejó atrás el círculo de piedras, acercó el *quad* todo lo que pudo al campamento y apagó el motor.

Cuando fue hacia las tiendas, Carter, que estaba agachada junto a la hoguera, levantó la vista.

—Qué rapidez —le dijo con una sonrisa radiante.

Nick pensó en las huellas y su instinto le dijo que Carter le ocultaba algo.

—Nick, ¿pasa algo?

Este la miró a los ojos pero no vio nada más que preocupación sincera. Aun así, no pudo evitar preguntarse si no estaría intentando estafarle. Sabía por amigos del mundo del arte que Lyst se movía por el mercado negro como Pedro por su casa. Si Carter encontraba el oro, Lyst sería el intermediario perfecto para convertirlo en dinero en metálico, y el dinero siempre era un gran acicate para las personas. Después de todo, Carter no se hablaba con su padre y los ingresos de una profesora de

arqueología no debían de ser gran cosa.

Y además, a juzgar por el despliegue tecnológico del campamento, estaba claro que tenía gustos caros.

—¿Nick? —La preocupación ensombrecía la expresión de Carter mientras se incorporaba.

Quizá Ivan se había equivocado, pensó Nick, considerando la posibilidad de olvidarse del tema. Deseaba a Carter de una manera insoportable. Hubiera huellas o no. Y habría oportunidades de sobra para hablar de ellas y de posibles osos más adelante. No había razón para desperdiciar el escaso tiempo que tenían para estar solos.

—Estoy perfectamente —dijo con naturalidad—. ¿Necesitas que te ayude a empaquetar todo eso?

Carter le miró extrañada y se encogió de hombros.

—Ya lo tengo todo, gracias. Vamos a poner los esqueletos en el *quad*.

• • •

Cando aparcaron junto al *jeep* de Carter colocaron los esqueletos uno al lado del otro en la parte de atrás para que no se movieran demasiado durante la travesía en transbordador. Luego Nick llevó el *quad* al garaje y Carter le miró mientras regresaba cruzando el césped. En la brillante luz del sol parecía de nuevo contento y se preguntó en qué estaría pensando cuando llegó al campamento.

Cuando se acercaba al Jeep, le dijo con tono provocador.

—Hoy te encuentro de lo más jovial.

—¿Jovial? —Cuando Nick la miró sonriendo le brillaban los ojos.

—Sí, lo contrario de arisco.

Nick la miró burlón mientras los dos se metían en el coche.

—Es que da la casualidad de que me apetece pasar un día contigo.

Y como un rayo alargó un brazo y le cogió la mano a Carter.

—Ven aquí. —Tiró de ella y la besó con decisión en la boca—. Vámonos.

No tuvo que decirlo dos veces. Carter giró la llave de contacto, metió la marcha y enfiló el camino de entrada. Cuando salió a la autopista notaba los ojos de Nick fijos en ella.

—¿Qué miras?

—A ti. —Lo dijo despacio y alargando las sílabas.

Carter se ruborizó de felicidad, pero se contuvo.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó Nick con voz queda.

—¿El qué?

—Quedarte muda cada vez que te hago un cumplido.

Carter no era consciente de hacer una cosa así, pero sí sabía el motivo. Estaba peligrosamente cerca de enamorarse de Nick y sus sentimientos le daban miedo.

—Vamos a disfrutar del día —dijo—. ¿Te parece?

Notó la exasperación de Nick.

—No te entiendo.

Carter tomó aire profundamente. Era difícil vivir en esa tierra de nadie, entre lo que deseaba y lo que temía. El problema era que no sabía hasta qué punto debía entregarse a Nick. Darle lo que le pedía.

Este apartó la vista con expresión tensa.

La carretera principal estaba llena de curvas pronunciadas y Carter agradeció la concentración que requería conducir. El silencio entre los dos resultaba incómodo. Carter habló de cosas sin importancia, pero Nick apenas respondió, se limitó a mirar por su ventanilla y a hacer girar una moneda de veinticinco centavos entre los dedos de la mano derecha.

Veinte minutos más tarde llegaron al puerto del que salía el transbordador. A ambas orillas del lago había muelles gemelos con idénticos aparcamientos y restaurantes. Por fuera las cafeterías no tenían nada de especial, pero vendían los mejores helados con cucurucho del mundo.

Carter pagó y ocupó, obediente, su lugar en la cola de coches que se estaba formando para el siguiente barco.

Miró a Nick sintiéndose atrapada. Seguía jugando con la moneda, y se preguntó si volvería a dirigirle la palabra.

Cuando por fin habló le sorprendió el tono de su voz.

—¿Quieres algo de la cafetería? —le preguntó mientras se ponía las gafas de sol.

—No, gracias.

Nick salió del coche y cruzó el asfalto recalentado. Era tan atractivo que varias personas se volvieron a mirarlo. Regresó con una torre inclinada de helado de vainilla en un cucurucho pequeño.

Carter le miró lamer el helado con dolorosa atención. Empezó a sentir calor en el vientre y tuvo que apartar la vista. Por el rabillo del ojo vio que hacía un día de verano espectacular, lleno de sol y con un cielo azul. En contraste con el tiempo tan soleado, Carter se sintió triste, afligida por el silencio de Nick.

—Nos toca —dijo este mordiendo el cucurucho.

Carter salió de su ensimismamiento, arrancó el Jeep y condujo hasta el transbordador.

Cuando estuvieron de nuevo aparcados le miró terminarse el helado y limpiarse los dedos en una delgada servilleta de papel. A continuación se volvió hacia Carter. Sus miradas se encontraron.

—Siempre me ha encantado la vainilla —dijo Nick.

Carter se miró las manos.

—Cuando te conocí jamás te habría imaginado comiéndote un helado.

—¿Ah, no?

—Me parecía un placer demasiado sencillo para ti.

El transbordador hizo sonar su tímido silbato y empezó a alejarse del embarcadero. Los motores, graves y roncós, hacían girar propulsores en el agua.

Carter abrió su puerta, necesitaba tomar el aire. Cuando fue hasta la barandilla del barco, Nick la siguió.

—Entonces, ¿pensabas que me alimentaba de canapés y volovanes?

—Algo así. —Carter le sonrió y se sintió aliviada cuando Nick le devolvió la sonrisa.

La conversación era ligera, como la brisa que venía del lago y Carter se sintió feliz cuando Nick le pasó un brazo por los hombros para acercarla a él y le besó la coronilla.

—Eres una mujer bastante desconcertante, ¿lo sabías? —le dijo susurrándole al pelo—. Dura como el cemento pero también tierna. Siempre me tienes hecho un lío.

—No es mi intención.

—Ya lo sé. Es una de las razones de que me gustes tanto.

Su voz era penetrante mientras le hablaba con la boca pegada a la mejilla de Carter y esta oía cómo las palabras le resonaban en el pecho. Con una mano, Nick le acariciaba rítmicamente la cintura. Con el sol a la espalda y toda aquella agua resplandeciente Carter empezó a sentirse más relajada.

Echó hacia atrás la cabeza y miró hacia arriba, a la angulosa mandíbula de Nick y sus facciones masculinas. Desde detrás de sus gafas de sol de cristales oscuros escudriñaba el horizonte siguiendo con la vista las embarcaciones repartidas por el lago.

—Ahora me toca preguntar a mí —dijo Nick mirándola con una sonrisa—. ¿Qué miras?

—Nada —murmuró hundiendo de nuevo la cabeza en su pecho.

Nick rio.

Cuando la orilla contraria dominó el paisaje volvieron al coche. Con una sacudida y entre chirridos de parachoques de caucho, el transbordador se acercó al muelle. Nick y Carter desembarcaron y se dirigieron a la Universidad de Vermont. Entre los dos descargaron todos los artefactos en menos de quince minutos.

—Gracias —dijo Carter y consultó su reloj—. Vamos fenomenal de tiempo. ¿Te apetece que vayamos a comer?

Nick se volvió y le sonrió, sensual.

—¿Qué te parece si compramos algo hecho y nos lo tomamos en tu casa?

Al llegar Carter apagó el motor y se disponía a salir del coche cuando Nick la detuvo con un gesto.

—Espera. —Se quitó las gafas de sol. Su expresión era grave y solemne y abrió y cerró la boca unas cuantas veces.

El deseo de Carter se trocó en nerviosismo y se preparó para lo peor. Nick era un hombre que decía lo que pensaba de manera clara y directa. Siempre. Así que verlo dudar no era buena señal.

Por fin Nick carraspeó.

—Te quiero —dijo con voz ronca.

Carter estaba tan asombrada que tardó en reaccionar.

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero. —Nick le tomó la mano y la abrió para besarle la palma con suavidad y después se la colocó sobre el pecho.

Carter le miró a la cara. Era todo ternura y entrega, sin asomo de frialdad. Pero lo que más le sorprendió fue el atisbo de vulnerabilidad en sus ojos.

—Ay, Nick —murmuró mientras le acariciaba la cara—. Creo que yo también te quiero a ti.

Nick la estrechó en sus brazos y la besó con suavidad, recorriendo la boca con los labios de manera sensual. Cuando notó su lengua, Carter gimió, abrumada de deseo.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó una vez se hubieron separado para coger aire.

—A pesar de mi cinismo, creo que siempre he sabido que estabas en alguna parte, pero no te reconocí hasta que entraste por la puerta de mi casa.

• • •

Después de comer Nick se sentía muy satisfecho sentado con Carter en el balancín del porche de esta. Lo impulsaba a un ritmo constante con un pie en el suelo y Carter estaba acurrucada en el asiento, con las piernas recogidas debajo del cuerpo y la cabeza recostada en el pliegue del brazo de Nick.

Este miró al cielo y vio que el sol había iniciado su descenso y lamentó profundamente que el día tocara a su fin. Decirle a Carter que la quería le había resultado mucho más fácil de lo que jamás habría imaginado. Las palabras le habían salido de manera natural y se alegraba de haberlas pronunciado.

Aunque desde luego no eran lo que había planeado decir. En absoluto.

Su intención había sido contarle lo de su padre.

Carter se removió en sus brazos y le miró con una sonrisa. Nick le acarició la mejilla. Había en sus ojos un brillo inconfundible y no pudo evitar sentirse de nuevo excitado.

Carter se desperezó con elegancia y a continuación le tomó de la mano y le condujo escaleras arriba, a su dormitorio. En cuando llegaron a la estancia con aroma de pino, Nick la tomó en sus brazos y la besó a la vez que la desnudaba. Se tomó su tiempo para saborear el tacto de su piel y lo hermosa que estaba en aquella luz. Cuando la tuvo completamente desnuda, se quitó él también la ropa y la tumbó en su cama. La sonrisa provocadora de Carter le dejó sin respiración.

Sus manos se pasaron por sus pechos y acariciaron el vientre plano. Mientras las besaba y ahogaba con sus labios sus gemidos de placer, mientras indagaba en sus húmedos secretos, tuvo la impresión de que Carter se estaba entregando por completo. Le dio placer una y otra vez, decidido a hacerle sentir todo el amor que

guardaba para ella y que lo recordara siempre.

Cuando la penetró, despacio y lleno de ternura, la miró arquear la espalda y entreabrir la boca. Le clavó las uñas en la espalda y Nick se hundió en ella una y otra vez hasta que ambos estuvieron empapados de pasión. Cuando Nick llegó al clímax dejó escapar un grito ronco que no se parecía a ningún sonido jamás salido de su boca.

Permanecieron tumbados, todavía unidos, durante largo rato, hasta que Nick notó una humedad en el cuello y se apartó. Carter estaba llorando, las lágrimas le brotaban de las comisuras de los ojos y le resbalaban por las mejillas hasta caer sobre la almohada blanca.

Nick le enjugó una, preocupado.

—No me hagas ni caso —dijo Carter entre hipidos.

—¿Te he hecho daño?

Carter negó con la cabeza.

—Es que no me lo esperaba... Esto... Tú.

Nick le enjugó otra lágrima y la besó en los ojos. Carter rompió a llorar con más intensidad y él la abrazó fuerte. Cambió de posición, la tomó en sus brazos y empezó a acunarla de un lado a otro mientras le acariciaba la espalda.

Cuando dejó de llorar, Carter se apartó. Le brillaban los ojos por las lágrimas y su color azul era tan denso y profundo como un cielo de medianoche. Sonreía avergonzada.

—Vaya cara debo de tener.

—Estás preciosa —susurró Nick.

La atrajo hacia sí y le dio un beso dulce y prolongado, recorriendo el contorno de sus labios con la lengua. De la boca de Carter salió un suave gemido de placer.

—Voy a esforzarme todo lo posible por no hacerte daño —dijo Nick, solemne.

—Dios. Eso espero —musitó Carter con voz temblorosa de preocupación.

—Confía en mí.

—Lo intentaré.

La atrajo de nuevo hacia sí y la besó con intensidad sentida. Cuando se separaron, Carter sonreía.

—Entonces dime, don Presumido —dijo Carter con voz ronca—. ¿Te has duchado alguna vez en una ducha enana?

Nick rio suavemente.

—Detrás de usted, jefa.

Después de la ducha, que tuvo poco de higiénica y mucho de sensual, cerraron la casa y volvieron al puerto para coger el transbordador. Mientras hacían cola para embarcar Nick bajó del Jeep y volvió con dos cucuruchos de helado, que se tomaron apoyados en el capó del coche. La travesía de vuelta la pasaron sentados en la cubierta superior cogidos de las manos y mirando cómo los barcos regresaban a la costa.

Antes de entrar en el coche Carter le miró y le dijo:

—Gracias por este día tan maravilloso.

—Pero te vas a quedar a cenar, ¿no? Tengo un postre que te va a encantar.

Carter se ruborizó.

—¿Viene con nata montada?

—Especial para ti —dijo Nick y se inclinó para besarla.

El golpe del transbordador contra el muelle los obligó a separarse.

Cuando subían la carretera de montaña Carter miró a Nick con ojos jubilosos, llenos de una luz que le llegó a este directamente al corazón.

—Qué pena que se haya acabado ya el día.

—Tenemos que repetirlo.

—¿El qué? ¿Enamorarnos?

—No. Eso ya lo hemos hecho. Estaba pensando en lo de escaparnos.

Carter sonreía radiante cuando abandonó la carretera para coger el camino de entrada a la casa de Nick.

—Podíamos ir a cenar a Montreal —sugirió este—. Acercarnos al Ritz...

Nada más doblar el último recodo frunció el ceño.

Aparcada a la puerta de la mansión había una gran limusina blanca.

—¿Esperabas visita? —preguntó Carter y se detuvo justo detrás.

La puerta principal de la casa estaba abierta de par en par y cuando salieron del coche escucharon voces.

Cuando Nick vio la cara redonda y el cuerpo bajo y fornido de Bob Packert salir de la oscuridad interior el corazón se le paró.

Cuando vio que no salía nadie detrás de él, empezó a albergar esperanzas. ¿Se habría quedado Wessex en Nueva York?

Entonces apareció.

Nick se volvió muy despacio y vio cómo Carter se ponía pálida, se tambaleaba y buscaba a ciegas una mano que la sostuviera. Nick se la cogió y la ayudó a recuperar el equilibrio.

—¿Qué tal estás, Nick Farrell? —preguntó Packert con su marcado acento tejano—. Imagino que no nos esperabas hasta mañana. Vas a tener que perdonarme la intrusión, pero tenemos muchas cosas que hablar. Y cuanto antes empecemos..., tú ya me entiendes.

Nick ni siquiera le saludó y se limitó a ver cómo Carter se separaba de él, horrorizada.

—¿Qué hace aquí? —musitó mientras daba un paso atrás.

—Carter...

Fue Packert quien habló:

—Wessex, esta es tu hija, ¿no? ¿Esa de la que tanto hablas? Ha sido todo un detalle por parte de Farrell reuniros aquí a los dos. Le debes una, no me lo negarás.

Carter se volvió hacia Nick con los ojos abiertos de par en par y expresión de

alarma. Este intentó atraerla hacia sí sujetándola del brazo.

—No era mi intención que esto pasara.

Carter se soltó de su brazo. Movía la cabeza adelante y atrás y su cara era una máscara tensa y horrorizada.

—No me toques. No vuelvas a acercarte a mí.

Echó a correr hacia la montaña dejando las puertas del Jeep abiertas, la llave en el contacto y la mochila en el asiento.

Nick soltó todo tipo de maldiciones.

—Eso es lo que yo llamo todo un recibimiento —comentó Packert.

Nick se volvió hacia Packert y se disponía a descargar su furia sobre él cuando Wessex, que también estaba visiblemente alterado, se interpuso entre los dos.

—¿Qué tal si damos una vuelta para conocer la casa? —le dijo al tejano.

—Me parece una idea excelente. —Packert se acercó a Wessex y le dijo en un susurro exagerado—: Farrell está como si le hubiera picado una avispa. Más vale que le demos algo de tiempo para tranquilizarse.

Packert se dirigió a la casa, pero Wessex se retrasó deliberadamente. Nick le miró furioso.

—¿Se puede saber qué coño hacéis aquí?

—Intenté cancelarlo, de verdad. Pero Packert estaba decidido a venir. Me llamó desde el avión ya, camino de Albany, sin avisarme. Te he estado llamando todo el día para contártelo, pero no estabas.

Nick miró hacia la montaña.

—Haz el favor de entretener a ese cretino —dijo Nick—. Yo vuelvo enseguida.



Capítulo 14

Carter no recordaba nada de su regreso a la montaña. Pasó directamente de estar mirando a los ojos de su padre a encontrarse en su tienda, guardando sus cosas. Aunque la cabeza había dejado de funcionarle, las manos sí parecían saber lo que tenían que hacer. Había sacado una bolsa y empezado a llenarla con ropa.

El problema era que los sollozos casi no le dejaban avanzar.

De repente se abrió la puerta de la tienda.

—¡Hemos encontrado otro! —anunció Ellie.

Carter apartó la cara para que la muchacha no la viera y se secó las lágrimas.

—¿Otro qué?

—¡Otro esqueleto! Corre, ven a verlo... ¿Qué estás haciendo?

Carter trató de inventarse una excusa creíble. No se le ocurrió ninguna.

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Carter se puso de nuevo a empaquetar febrilmente sin reparar en que Ellie se había ido.

Minutos más tarde escuchó la voz amable de Buddy.

—¿Carter?

—Déjame sola.

—¿Qué pasa? —Buddy hizo ademán de abrir la tienda.

—No entres —se apresuró a decirle Carter con voz entrecortada—. No quiero que me veas así.

Buddy rio un poco antes de entrar.

—Te he visto después de estar una semana sin ducharte. Por las mañanas antes de tomarte el café. ¿Y qué me dices de aquel disfraz de pastorcilla el pasado Halloween? No me voy a asustar.

Carter intentó proseguir con su tarea cogiendo otra bolsa, pero no hacía más que deslizársele de las manos.

—Cuéntamelo —dijo Buddy—. Por favor.

Pero Carter se limitó a negar con la cabeza y empezó a desarmar la cama

plegable. Buddy la detuvo, le pasó un brazo por los hombros y la obligó a sentarse.

—Respira hondo y cuéntame qué pasa.

—Tengo que irme. —Las palabras brotaban a trompicones y roncadas.

—Vale. ¿Por qué?

—Porque... está aquí. Le ha invitado, a venir aquí. A propósito.

La desesperación y el dolor hacían que le temblara la voz.

—¿Quién está aquí?

Carter se recostó contra el hombro de Buddy.

—Ay, Dios, Buddy. Me ha utilizado. Sabía perfectamente lo que hacía. Cuando estábamos...

Buddy la dejó llorar mientras le acariciaba el pelo y murmuraba palabras de aliento hasta que estuvo exhausta. Cuando por fin Carter levantó la cabeza, Buddy le sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja y preguntó con voz paciente:

—¿Quién está aquí?

—Mi padre.

Buddy abrió mucho los ojos.

—Madre mía. ¿Y a qué ha venido?

—Nick le ha invitado.

Buddy frunció el ceño.

—¿Y sabe cómo están las cosas entre vosotros dos?

—Se lo conté. Lo sabe desde hace semanas. —Carter se secó las lágrimas—. Qué tonta he sido.

—Tú no eres tonta.

—¿Y cómo llamarías entonces a alguien que se echa en brazos de un maestro de la manipulación? Lista no, desde luego. —Se puso en pie—. Nick planeó todo esto. A propósito. Para hacerle un favor a mi padre.

—Eso no lo sabes.

—Claro que sí. Le vi echar a Candace a la calle como si fuera un perro. Lo que no entiendo es por qué me sorprende que me trate a mí igual. Es un mentiroso redomado y un oportunista nato.

—Carter, estás desbarrando. Si te tranquilizas un momento...

—Tú no conoces su historial con las mujeres. Y yo lo sabía desde el principio. Dios, ¡es que no entiendo cómo he podido liarme con un hombre así!

—No lo entiendo. —Buddy entrecerró los ojos para pensar mejor—. ¿Qué saca Nick invitando a Wessex a venir aquí?

—Mi padre es un hombre poderoso y haría cualquier cosa con tal de verme. Ahora le deberá un gran favor a Nick por haber organizado esta farsa. —Carter empezó a caminar de un lado a otro—. Tengo que irme de aquí. Necesito marcharme. Termina tú la excavación si quieres, pero yo lo dejo.

—Espera. —Buddy levantó las palmas de las manos—. Espera un momento. Párate un momento y piensa en lo que estás haciendo.

—Créeme, ya lo estoy haciendo.

—Carter, quiero que hagas lo que consideres correcto, pero la beca de investigación está a tu nombre. Si te marchas, se acabó la excavación.

—Pues vete a hablar con Grace y que te ponga a ti de investigador principal. No me importa.

—Pero no podemos dejar esto solo, ni siquiera un día o dos para que yo pueda reunirme con el comité de la Fundación Hall. Quien se llevó los diarios puede volver y robarnos todo, por mucho que esté Ivan.

—Dios, Buddy. ¿Y qué quieres que haga? —Carter levantó los brazos—. Por mí, como si se llevan la montaña entera. No me puedo quedar aquí y hacer como si no hubiera pasado nada.

—No tienes por qué hacer nada. —La expresión de Buddy era comprensiva pero resuelta—. No quiero parecer insensible, pero creo que deberías terminar lo que has empezado.

—Pero ¡es que no puedo! —gritó Carter.

—Mira, son solo un par de semanas más. ¿Crees que metida en casa vas a estar mejor? Quédate aquí y concéntrate en el trabajo. De todo lo demás me ocupo yo. No tienes que salir de la montaña hasta que hayamos terminado y nos marchemos.

Carter pensó en su casa, que ahora estaba contaminada por los recuerdos de Nick. En su porche, donde le había estado hablando sobre las reformas que había hecho. En su cama, donde habían hecho el amor. Hasta en la ducha, por el amor de Dios. De repente la idea de ir allí y quedarse sola con sus recuerdos le pareció peor que quedarse en el campamento con sus amigos.

Además, fuera donde fuera no podría escapar del dolor. Nick la había traicionado, la había usado como un peón en el mundo de los negocios que tan bien conocía. Cambiar de código postal no iba a modificar las cosas.

Se esforzó por recobrar la compostura.

—No sé cómo voy a poder superar esto. Aquí o en ninguna parte. Dios, sabía que no tenía que fiarme de él.

Buddy se puso en pie y la abrazó.

—Me tienes aquí. Para lo que quieras o necesites. Sabes que puedes contar conmigo.

Carter le miró con preocupación.

—¿Podrías borrar todo lo que ha pasado? ¿Podrías hacer que Nick sea como yo quería que fuera?

Buddy negó con la cabeza con expresión triste.

—Ojalá pudiera.

•••

Nick cruzaba el jardín con la mochila y las llaves de Carter en la mano cuando Ivan

se interpuso en su camino.

—Viene una tormenta —dijo—. Y de las gordas.

—¿Cuándo llegará aquí? —preguntó Nick aturdido.

—Mañana por la tarde. Y durará hasta por la noche.

Nick levantó la vista hacia las nubes altas y delgadas.

—Pues no lo parece.

—Las cosas cambian. De todas maneras, por si acaso —continuó Ivan—, mañana voy a amarrar bien los barcos y a recoger las hamacas del jardín. Incluso habría que cerrar las contraventanas del lado norte de la casa. Oye, ¿estás bien?

—Pues no. No estoy bien en absoluto. —Nick echó a caminar por el césped sintiéndose desamparado y furioso consigo mismo.

Subió deprisa la montaña pensando solo en Carter. Le preocupaba que abandonara la excavación. Que desapareciera de su vida.

Se alegraba de saber dónde vivía.

Cuando llegó al campamento no vio a nadie. Se disponía a dirigirse al yacimiento cuando Carter salió de su tienda con un cuaderno en la mano. En cuanto le vio se detuvo en seco y Nick reparó en cómo la angustia se apoderaba de su semblante. No tardó en reemplazarla la ira, sin embargo.

—Por el amor de Dios, ¿es que no puedes dejarme en paz? —La voz de Carter era fuerte y segura.

Nick se aproximó con cautela.

—Carter, por favor. Déjame...

—¿Para qué te has molestado en subir? ¿A qué vienes? ¿A regodearte? —Fue hasta la tienda que hacía las veces de oficina y empezó a mover papeles de sitio—. Pensaba que con pisotearme una vez estarías satisfecho. Por lo general los conductores que atropellan a un animal no se detienen a comprobar si su víctima sigue viva.

—Déjame que te explique.

—Espera, ya lo sé. Has venido a asegurarte de que has hecho bien tu trabajo —rio con amargura—. Por si acaso hubiera sobrevivido al primer atropello. Pero mira, el numerito este de las disculpas ya me lo has hecho unas cuantas veces. Y no parece que sirva de gran cosa.

—Carter, tienes que creerme cuando te digo que...

Carter se giró.

—No tengo por qué creerme nada de lo que salga de tu boca. Fui lo bastante ingenua para tragarme el rollo ese de que me querías. Pero no voy a caer dos veces en el mismo error.

—Es verdad que te quiero.

Carter no le dejó hablar.

—Una de las primeras cosas que te dije cuando nos conocimos es que con personas como tú no creo en las conversiones milagrosas. Debería haberme

escuchado a mí misma.

—No sabía que iba a presentarse aquí. Siento...

—¡Me importa un cuerno que lo sientas! Si quieres arreglar las cosas, entonces dime que no organizaste un encuentro entre mi padre y yo para hacer que estuviera en deuda contigo.

Le miró mientras Nick trataba de buscar las palabras adecuadas. Cuando vio que no negaba nada, sacudió la cabeza.

—Lo hiciste. ¿A que sí? Lo organizaste todo. Por eso me dejaste venir aquí a excavar, ¿a que sí? Por eso cambiaste de opinión.

Nick se aseguró de que su voz era serena.

—Mira, al principio reconozco que pensé que podría ser beneficioso intentar reuniros a ti y a tu padre. Sabía que él te echa de menos y...

Carter apoyó con furia una carpeta en la mesa.

—Mi familia no es... asunto tuyo. Mi padre puede irse al cuerno y llevarte a ti de paso.

—Escúchame. En cuanto me di cuenta de que me estaba enamorando de ti supe que tenía que cancelarlo todo. No quería poner en peligro lo nuestro.

—Entonces, ¿por qué no me lo contaste?

—Te lo iba a decir hoy, pero no quería estropearlo todo.

Nick dio un paso adelante, pero cuando vio que Carter se ponía a mirar a su alrededor nerviosa, buscando una vía de escape, se detuvo.

—¿Qué es lo que te ha hecho tu padre para que estés así con él? —murmuró.

—¡Mi madre está muerta por su culpa! —gritó Carter—. ¿Te parece poco? ¿Es esa una explicación suficiente para el gran Nick Farrell de por qué no quiero hablar con mi padre?

—Carter, yo...

—Pero, espera. El señor Farrell quiere oír los detalles. —Sus ojos echaban chispas y su voz era aguda—. Mi madre y yo vivíamos solas mientras él viajaba por todo el mundo en busca de nuevas oportunidades de negocio y de otras mujeres. Y su vida era como una puerta giratoria por la que entraban y salían mujeres ambiciosas, dispuestas a todo con tal de estar con un hombre bien relacionado y con dinero.

Le miró con dureza.

—¿Te recuerda a alguien?

Nick se estremeció.

—Hace dos años, cuando yo ya me había ido de casa y mi madre vivía con la única compañía de los criados, ella decidió intentar un acercamiento. Discutieron y mi padre se negó a quedarse en casa y hablar de su matrimonio. Tenía que irse a París a una reunión importantísima. Después de más de veinte años juntos, uno esperaría que pudiera cambiar la reunión, pero no, estaba demasiado ocupado para eso. Su chófer lo llevó al aeropuerto y mi madre cogió el coche y los siguió.

De repente la voz de Carter bajó de volumen.

—Tardé tres horas en llegar al hospital y casi fue demasiado tarde. La vi morir y sus últimas palabras fueron para mi padre. Sobre cuánto le quería.

Sus ojos azules expresaban tanto sufrimiento que a Nick le dolió mirarlos.

—¿Quieres saber dónde estaba mi padre cuando mi madre se moría? Cruzando el océano Atlántico. Para cuando hizo que el avión diera la vuelta era demasiado tarde. —Carter se pasó una mano por el pelo—. Tuvo la desfachatez de querer hablar en su funeral, pero yo me negué. No estaba dispuesta a dejar que ese libertino pronunciara un discurso delante del ataúd de mi madre. La última vez que le vi en persona fue en el cementerio. Hasta hoy.

Nick estaba sobrecogido por la historia.

—Lo siento.

—De eso nada. —Carter movió la cabeza con vehemencia—. No tienes derecho a sentir nada. No voy a ponértelo tan fácil. No vas a poder pedirme perdón. Ni darme explicaciones. No le di la oportunidad de hacerlo al hombre que llevó a mi madre a la muerte y no voy a concederte a ti un privilegio especial. En absoluto.

—Carter, tienes que dejarme hablar. —La voz de Nick era apremiante mientras rezaba porque Carter tuviera un poco de fe en él—. Nunca he querido hacerte daño...

—Sí, claro —le cortó ella—. Eso me lo creo. Siempre has estado demasiado ocupado pensando en ti mismo.

—¿Me vas a dejar que termine una frase?

—Tengo que volver al trabajo. —Carter cogió una carpeta de la mesa y se la apoyó contra el pecho—. ¿Sabes lo que te digo? Que con lo mucho que os parecéis mi padre y tú, seguro que hacéis unos negocios estupendos. Tenéis un talento natural para arruinar la vida a las personas.

Nick maldijo, exasperado, y se disponía a intentar disculparse otra vez cuando se detuvo en seco. Los ojos de Carter le miraban sin verle, sin reconocer siquiera su presencia. Aquello le asustó.

Carter enderezó los hombros.

—Voy a terminar la excavación. No porque necesite demostrarte nada a ti, sino porque quiero demostrármelo a mí misma. Hasta ahora me ha ido muy bien sola. Me gusta mi vida. Y no voy a renunciar a ella solo porque tú hayas resultado no ser quien creía que eras.

—Yo no soy como tu padre.

—Si dices eso, entonces es que no te conoces muy bien. Has hecho honor a tu reputación, de verdad, y eso me ha recordado lo importante que es no fiarse de la gente. Porque se me había olvidado, ¿sabes?

—Voy a decirle a tu padre que se marche.

—No te molestes. Hasta que acabemos el trabajo no pienso bajar de la montaña.

Y sin volverse a mirarlo se alejó y lo dejó de pie junto a las piedras frías de la hoguera.

Se suponía que no tenía que pasar así, pensó Nick. Aquello no podía terminarse

tan pronto. Es más, no podía terminar.

Estuvo largo rato junto al montón de restos grises de la hoguera y observando el campamento. Su atención se detenía en las cosas más extrañas, como por ejemplo en que la botella de *ketchup* que había en la mesa de la tienda comedor estaba medio vacía o que había unas gafas de sol colgando de la cuerda de tender la ropa.

Cuando no lo soportó más, cuando sus remordimientos y los reproches a sí mismo amenazaron con superarle, volvió a la mansión. Pensó en coger el coche e ir a alguna parte. Cualquiera.

Pero en cuanto cruzó la puerta principal oyó a Packert llamándole.

Nick olió la sangre y fue hasta el porche.

—Aquí está el dueño de la casa —dijo Packert con un purito en la mano derecha—. ¿Has recuperado ya tus modales?

Nick sonrió vengativo, a tono con su estado de ánimo.

—Si yo fuera tú, no me preocuparía tanto de los modales.

—Es que mi madre me educó así.

—Es posible, pero tienes cosas más importantes en que pensar —dijo Nick con voz hastiada—. Créeme.

Packert le miró sin entender y Nick buscó con los ojos al padre de Carter. Estaba sentado en una butaca de mimbre, elegantemente vestido con un traje de lino blanco. Era un hombre exquisito y poderoso que en las últimas dos horas parecía haber envejecido veinte años.

Packert expulsó el humo de su cigarro y le brindó a Nick una sonrisa conciliadora.

—Anda, ¿por qué no te relajas un poco? Pareces agotado y tenemos muchas cosas de que hablar.

—¿Agotado? —Nick se reclinó contra una columna—. ¿Eso crees? Pues yo me siento más bien con ganas de pelea.

Miró a Packert amenazador y la sonrisa confiada de este pareció perder seguridad.

—Pues, por mí, estupendo. Me gustan los contrincantes fuertes. —Expulsó una nube de humo—. Entonces, chicos. ¿Qué tal si confesáis de una vez lo que estáis tramando?

Cuando contestó, el tono de Nick era de hartazgo.

—CommTrans tiene problemas.

—¿Problemas? —Packert rio—. Hemos tenido alguna dificultad el año pasado, pero la compañía va estupendamente. Aunque desde luego no gracias a esa porquería de división de fabricación que heredamos de ti.

—En eso mejor no entramos. ¿No te parece?

Packert fijó la vista en la brasa de su cigarro.

Nick siguió hablando con voz clara y cortante.

—Tu compañía está sobrevalorada, infracapitalizada y endeudada hasta las orejas. Os estáis hundiendo.

—No recuerdo haberte dado permiso para insultarme.

—Esos son hechos, señor Packert, no insultos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Comprar mi compañía y echarme?

—Ese es el plan, sí.

Packert estaba atónito.

—Así que vas en serio.

—Desde luego —dijo Nick—. A mí me importa mi reputación. Has arrastrado mi nombre por el barro para enmascarar tu pésima gestión y eso no puedo dejarlo pasar, como comprenderás.

—Para el carro. Yo no he hecho nada de eso.

—Entonces es que has interpretado todos esos artículos en primera página del *Wall Street Journal* de manera distinta al resto de la gente. ¿Te acuerdas? ¿Esos en que me acusabas de fraude? Tengo copias de todos, por si necesitas refrescar la memoria. Y luego está el requerimiento de investigación judicial que me envió el fiscal general del estado de Nueva York. De eso también habrás oído hablar, ¿no?

Packert empezaba a parecer de verdad alarmado.

—Entonces, ¿qué? ¿Cenamos? —dijo Nick—. Creo que hay carne poco hecha.

Después de un tenso silencio los dos hombres le siguieron al comedor, donde había tres servicios puestos en uno de los extremos de la mesa larga y elaboradamente vestida. Fue una cena de lo más desagradable, a pesar de que los platos de Gertie estaban cocinados a la perfección. Packert parecía acobardado y ni Nick ni Wessex estaban de humor para charlar.

Cuando el tejano se retiró a su habitación con una botella de *whisky*, Wessex siguió a Nick a su despacho. En cuanto este hubo cerrado la puerta, le preguntó:

—¿Qué ha dicho Carter?

Nick se sentó.

—No quiere hablar contigo. Y tampoco conmigo, por cierto.

—Pero ¿está bien?

—No.

Nick miró a Wessex y recordó lo que Carter le había contado de él.

—Me estás mirando de forma extraña —murmuró Wessex—. Te lo ha contado todo, ¿verdad?

—No es asunto mío. —Y Nick deseó haber pensado aquello mucho antes.

—Las cosas no fueron como ella cree. Es lo que he intentado explicarle todo este tiempo. —Wessex miró a algún punto perdido, como si estuviera reviviendo el pasado. Pero a continuación fijó los ojos en Nick—. Estás enamorado de mi hija, ¿verdad?

Nick levantó las cejas, pero no dudó un segundo antes de responder.

—Sí.

En aquel momento la puerta se abrió con tal fuerza que chocó con un golpe contra la estantería.

—¿Se puede saber qué le has hecho a Carter? —exigió saber Cort.



Capítulo 15

Nick se volvió hacia Wessex y dijo con sequedad:

—Te presento a mi...

—No tengo ganas de conocer a otro de tus colegas estirados —espetó Cort. Prácticamente temblaba de furia.

Nick frunció el ceño.

—Perdona, ¿cómo dices?

Cort miró a Wessex sarcástico.

—¿Le importa largarse? No se ofenda, pero si pudiera irse con sus papelotes a otra parte...

Wessex levantó las cejas, pero contestó con tono sereno.

—Si vais a hablar de mi hija, entonces no, no pienso «irme con mis papelotes a otra parte».

Cort abrió mucho los ojos.

—Es el padre de Carter —dijo Nick, tenso—. Ahora, ¿qué tal si te disculpas?

—Esto..., perdón. —Cort parecía confuso y se puso a rascarse la cabeza con lo que sus mechones puntiagudos alcanzaron nuevas cotas de altura—. Pero ¿qué hace usted aquí?

—¿Eres siempre tan directo? —La expresión de Wessex era indulgente, lo que sorprendió a Nick.

—Cuando mi tío pisotea a alguien me enfado bastante. Y como lo hace a menudo, sí, podría decirse que siempre soy así. —Cort se volvió hacia Nick—. Entonces, ¿qué le has hecho?

—Nada que te incumba.

Cort cruzó los brazos.

—O sea, que no quieres hablar de ello.

—Exacto.

Nick era consciente de que estaba a punto de perder los estribos. Estaba muy disgustado por lo que había ocurrido con Carter y lo último que necesitaba era otra discusión con su sobrino.

—Solo porque no quieras admitir ante ti mismo o ante nadie que eres un... —

gruñó este.

—¡Ya vale! —Nick dio una palmada en la mesa y se puso de pie—. ¡No me atosigues!

Cort dio un paso atrás, sorprendido por la reacción.

—No sabía que te importara tanto. Carter, quiero decir —murmuró mientras le miraba cauteloso y con los ojos muy abiertos.

Nick se pasó una mano por el pelo.

—Pues sí, me importa.

Cort ladeó la cabeza y miró a su tío con atención.

En el silencio que siguió, Wessex se levantó y se sirvió un coñac del mueble bar.

—Veo que le importa a mucha gente —dijo cuando volvió a sentarse mientras hacía girar el vaso en la palma de la mano.

Cort le miró.

—Se parece a ella. ¿Lo sabía?

—Sí.

—Está muy disgustada. —Cort miró alternativamente a los dos hombres, que no decían nada. Por fin se decidió por Wessex—. Oiga, usted es su padre. Debería ir a hablar con ella. Es lo que hacía mi padre conmigo cuando yo estaba mal. Cada vez que me despertaba una pesadilla estaba ahí, a mi lado. Me ayudaba mucho.

Empezó a cambiar el peso de una pierna a otra como si esperara que el padre de Carter se levantara de un salto y saliera de la casa.

—Debería ir —le insistió.

—Tienes razón —admitió Wessex.

Su expresión de desolada desesperanza contrastaba con su voz elegante y refinada.

—Entonces, ¿por qué no va?

—Es una larga historia.

—Pero si la montaña está aquí al lado.

Wessex continuó con la vista fija en su vaso y no dijo nada.

Cort se encogió de hombros, desconcertado.

—Bueno, pues haga lo que quiera. Pero si yo fuera usted, iría. ¿Quién no quiere tener a su padre cerca cuando se siente mal?

Nick se dio cuenta de que Wessex se ponía tenso.

—Bueno, pues..., buenas noches, tío Nick.

—Buenas noches —contestó Nick con amabilidad.

Cort salió y cerró la puerta sin hacer ruido.

—Dios, cómo me gustaría haber hecho las cosas de otra manera —reconoció Wessex—. Y ojalá pudiera subir a esa montaña, hablar con ella y conseguir que me escuchara.

Nick se recostó en su silla, estiró los brazos por encima de la cabeza y se dio cuenta de que Wessex y él iban en el mismo barco.

—Igual deberías intentarlo —sugirió—. Nunca se sabe. Con el tiempo las cosas cambian.

—¿No has visto la expresión de su cara? No creo que en este caso el tiempo haya jugado en mi favor. —Wessex se terminó su bebida y se levantó—. Buenas noches, Farrell.

Nick le saludó con la cabeza.

Una vez solo, se puso a mirar al vacío. Una hora más tarde se levantó y subió al piso de arriba. Fue hasta sus habitaciones, se dio una ducha y se metió en la cama sin ninguna esperanza de quedarse dormido.

Tumbado sobre su espalda, con los ojos cerrados y el cuerpo rígido bajo las sábanas, esperó durante horas que llegara el sueño. Cuando por fin lo hizo, lo atormentó con pesadillas en las que Carter estaba en peligro y él no podía salvarla.

• • •

A la mañana siguiente Carter vio salir el sol sobre las montañas sentada en su piedra favorita con vistas al lago. Se quedó allí observando cómo se despertaba el nuevo día sin entusiasmo. Intentaba hacer acopio de fuerzas para enfrentarse a Buddy y a Ellie, pero cuando el sol estuvo alto y seguía sin sentirse mejor, desistió.

Iba a necesitar mucho más que unas cuantas horas para volver a ser la misma de antes.

Cuando llegó al campamento vio a Buddy encendiendo el fuego. Incapaz de soportar su cara de muda preocupación, le dijo que le esperaba en la excavación.

Una vez dentro del círculo de piedras, fue hasta el último esqueleto que habían desenterrado y retiró la lona que lo cubría. Con él habían encontrado botones de un uniforme militar del periodo de la guerra de la Independencia y la bayoneta de una Brown Bess, lo que indicaba que aquel hombre había sido un soldado británico. Con tres cuartas partes de la excavación completada, seguían faltando tres miembros de la expedición Winship. El propio Winship, otro patriota y el indio. Carter miró el terreno aún si excavar, era lo único que se interponía entre ella y la libertad.

Se preguntó apática cuánto tiempo les llevaría terminar.

Se arrodilló y volvió a examinar los restos. El esqueleto estaba casi completamente desenterrado, así que se puso a trabajar para descubrirle los pies.

A pesar del bucólico trinar de pájaros y la fragancia a pino en el aire, Carter estaba muy lejos de sentir paz. En la luz de la mañana le resultaba imposible no pensar en Nick y en su padre. Aunque había pasado toda la noche reflexionando sobre sus respectivas traiciones, no podía dejar de revivir una y otra vez lo ocurrido.

Cuando apareció Buddy con una taza de café, la aceptó e intentó esbozar una sonrisa.

—Conmigo no necesitas disimular —dijo Buddy poniéndole una mano en el hombro.

—No, pero ahora mismo necesito disimular delante de mí misma.

Para cuando llegó Ellie, el esqueleto estaba completamente desenterrado y Buddy le estaba haciendo fotos.

—¿Creéis que encontraremos los otros? —preguntó la muchacha bailando alrededor de la excavación.

Se había recogido el pelo en una cola de caballo que subía y bajaba con ella.

Al ver su entusiasmo, una gran tristeza embargó a Carter. Se sentía a años luz de aquella felicidad despreocupada. Comparada con Ellie, se sentía vieja y cansada.

—Habrá que esperar —respondió—. Primero tenemos que sacar de aquí este esqueleto. —Miró a su alrededor en busca de los contenedores de mayor tamaño—. ¿Alguien necesita algo del campamento? Voy a por una caja.

—Más café —dijo Buddy, que seguía haciendo fotos.

Carter cogió el termo y se internó entre los árboles.

• • •

Nick se despertó de un sueño intranquilo cuando alguien llamó a la puerta de su dormitorio.

—No estoy —gritó.

Siguieron llamando.

—¿Se puede saber qué pasa? —Se levantó de un salto, cogió una sábana y se la enrolló alrededor de la cintura. Cuando abrió la puerta con brusquedad Wessex, sorprendido, dio un paso atrás.

—Siento haberte despertado.

Él también tenía aspecto de no haber dormido demasiado bien.

—No pasa nada. —Nick se frotaba los ojos y hablaba con voz ronca—. ¿Qué hora es?

—Menos de las siete. ¿Qué pie calzas?

—Un cuarenta y cinco. —Nick contestó de manera automática antes de que le diera tiempo a preguntarse qué narices le importaba eso a Wessex—. ¿Qué pasa?

—Necesito unas botas.

Nick le miró, ya completamente despierto.

—Me he pasado toda la noche pensando en ella —explicó Wessex—. Tengo que intentarlo o nunca me lo perdonaré. Estar tan cerca de ella y no tratar de reconciliarme...

—Nos vemos en la cocina —dijo Nick enseguida. Cerró la puerta, dejó caer la sábana al suelo y empezó a vestirse.

Cuando bajó se encontró a Wessex caminando de un lado a otro delante de la nevera. Ahora que estaba más espabilado, Nick vio que llevaba puesto uno de sus elegantes trajes de lino. Al parecer, no llevar corbata era la única concesión que hacía Wessex en su vestimenta cuando no estaba trabajando.

—Tengo las cosas de campo en el zaguán —dijo Nick—. ¿Quieres que te preste también algo de ropa?

Wessex pareció sorprendido y miró lo que llevaba puesto.

—Así voy cómodo.

—¿Cuándo fue la última vez que subiste una montaña?

—De niño, en los campamentos de verano, creo.

Nick se guardó sus dudas para sí y le condujo a una habitación situada junto a la cocina donde guardaban la ropa deportiva y los accesorios para el mal tiempo. Le dio a Wessex un par de botas de montaña.

—Entonces, ¿cómo se va?

—Vamos, que te enseñe dónde empieza el camino.

Cuando estuvieron fuera, Nick señaló el lindero del bosque.

—Te metes por esa abertura entre los árboles...

—¿Qué abertura? —dijo Wessex guiñando los ojos.

—Ven, que te acompaño.

Estaba dispuesto hasta a llevarlo en brazos colina arriba si hacía falta. Confiaba en que fuera para bien. Si Wessex conseguía de alguna manera hablar con Carter, si ocurría un milagro...

—Pero, Farrell, ¿tú estás seguro de que de ahí sale un camino?

Considerando, claro, que no se perdiera y terminara en Canadá.

—¿Qué te parece si te acompaño un trecho?

—Te lo agradecería mucho.

Se internaron en el bosque y caminaron un rato en silencio. Entonces Wessex comenzó a hablar.

—Cuando Carter era pequeña —dijo como si se lo contara a sí mismo— yo viajaba mucho. De hecho también cuando se hizo mayor, pero en todo caso lamento más mis ausencias de cuando era niña. El caso es que solía esperarme levantada, aunque llegara muy tarde.

El camino se empinaba cada vez más y Wessex empezó a jadear un poco. Nick aflojó un poco el paso y se concentró en escuchar lo que decía.

—La casa donde creció, en la que sigo viviendo, tiene un vestíbulo principal enorme con una gran escalinata. Es un lugar cavernoso y para un niño en la oscuridad debía de resultar espeluznante. Pero cada vez que entraba por la puerta me la encontraba allí, en pijama y durmiendo hecha un ovillo en las escaleras. No debía de ser nada cómodo.

Wessex se aclaró la garganta y aspiró aire a grandes bocanadas.

—En aquel espacio enorme parecía tan diminuta...

Nick se detuvo para que Wessex recuperara el aliento. Una corriente de aire frío bajaba por la montaña y Wessex se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente.

—Abría la puerta con celosía de hierro y, aunque tenía cuidado de no hacer ruido, ella se despertaba al instante. No sé cómo sabía que era yo. Simplemente lo sabía.

Echaba a correr hacia mí y se tiraba a mis brazos. Había tanto..., tanto amor en sus ojos. En toda mi vida nadie me ha mirado nunca con un amor así.

Reanudaron la marcha. A Nick le dolía el corazón cuando recordaba los ojos de Carter mirándolo con ese cariño del que hablaba Wessex.

—Cuando se hizo mayor y se marchó interna, cada vez que volvía a casa, abría la puerta e imaginaba que la iba a encontrar. Tardé años en hacerme a la idea de que ya no vivía con nosotros. No te puedes imaginar lo vacío que se me antojaba aquel vestíbulo.

Calló un momento, jadeando tan fuerte que no podía hablar.

Aquella vez, cuando hicieron un alto, Nick se sentó en una roca para que Wessex no se sintiera avergonzado por su escasa resistencia. Dejándose caer agradecido sobre una piedra de gran tamaño, el padre de Carter se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

—Lo llené de obras de arte. El vestíbulo. Está decorado con obras de los Grandes Maestros. También cambié la alfombra. Antes era pálida, a juego con el mármol blanco. Ahora es roja —miró a Nick—. Pero sigue pareciéndome frío.

Reanudaron el ascenso y cuando estuvieron a unos cien metros del claro que daba al lago, Nick se detuvo.

—Sigue por aquí —dijo—. Llegarás a una explanada con un mirador. El camino continúa justo detrás. El campamento está a la izquierda. No tiene pérdida.

—Gracias —murmuró Wessex y echó a andar.

Nick le vio desaparecer detrás de los árboles mientras se preguntaba qué habría pasado en realidad la noche en que la madre de Carter murió. No tenía ni idea de si el hombre al que acababa de ayudar a subir la montaña era un ser cruel o simplemente mortal. Su emoción, sin embargo, parecía sincera. Echaba de menos a su hija y parecía dispuesto a todo con tal de que esta le diera una segunda oportunidad.

Nick sabía exactamente cómo se sentía.



Capítulo 16

Carter estaba revolviendo papeles en El Papiro cuando su padre salió de entre los árboles. Dejó de moverse y le miró fijamente. Se dijo a sí misma que no debería sorprenderse de que hubiera subido a verla. Pero lo cierto era que estaba sorprendida.

Parecía mayor de como lo recordaba, con menos vitalidad. Las manchas de tierra en las perneras del pantalón y una ramita que le colgaba del hombro acentuaban la sensación.

—Hola, Carter.

En cuanto oyó su voz se puso de nuevo furiosa.

—¿Qué haces aquí?

—Quería verte.

Aunque aturdida, Carter reparó en que su manera de hablar sí era la que recordaba, con un mínimo acento inglés. El tono de voz, en cambio, parecía distinto. Menos seguro.

Siguió buscando un contenedor.

—Pues has malgastado el tiempo y arruinado un traje muy caro.

Su padre no se marchó, sino que continuó de pie en el límite del campamento.

—Te he echado de menos —dijo con voz suave—. Ha sido muy duro... estar tanto tiempo sin verte.

—Me alegro —replicó Carter, que acababa de encontrar el recipiente—. Y ahora márchate.

Echó a andar hacia la excavación.

—¿No quieres saber por qué te envió todos esos relojes?

Carter se giró y le dijo con voz combativa:

—¿Por qué a tu secretaria se le olvida siempre lo que me ha regalado el año anterior?

—Los compro yo personalmente. Siempre tengo la intención de comprarte algo distinto, pero es que un reloj me parece lo más apropiado. El tiempo que pasa... Hace ya tanto...

Su expresión de tristeza al pronunciar aquellas palabras hizo que Carter se

compadeciera de él durante un instante. Fue una emoción inesperada. Pero entonces recordó imágenes del funeral de su madre y toda compasión desapareció.

—Pues deberías quedártelos para ti. A mí el paso del tiempo no me importa. Me alejé de ti por una buenísima razón y nunca miro atrás.

Aquellas palabras eran un golpe bajo y Carter lo sabía. Reparó en la mueca de dolor de su padre.

—Ya sé que no miras atrás —dijo este despacio—. Pero los relojes simbolizan... mi espera, mis esperanzas.

Hubo una larga pausa durante la cual los dos pares de ojos de idéntico color azul se miraron a través de la distancia que los separaba.

—Carter, tengo que pedirte perdón por muchas cosas. Durante todos aquellos años nunca me paré a pensar en qué o a quiénes dejaba atrás. No comprendía lo duro que debía de ser hasta que tú me dejaste a mí. —Sacó un pañuelo y se enjugó la frente—. ¿Sabes qué es lo que más echo de menos? La forma que teníamos de comunicarnos sin hablar. Tú y yo nos parecíamos tanto...

—Yo no me parezco a ti en absoluto. —Carter marcó cada sílaba para dejar claro el desagrado que le producía su padre. Sin embargo, no entendía muy bien por qué cada vez le costaba más trabajo mostrarse antipática.

Su padre asintió con expresión seria.

—Sí nos parecemos, pero tú eres más fuerte. Siempre lo fuiste, más que tu madre y que yo. Desde luego, tú sabías llevarla mejor que yo.

El primer impulso de Carter fue gritar a su padre que no tenía derecho a nombrar lo innombrable. Furiosa, abrió la boca para hacerlo, pero cuando vio a su padre dar un paso atrás, vaciló. Aquella demostración de fragilidad frenó el torbellino de palabras que le subía por la garganta.

Pensó en su infancia. En cómo, en aquella mansión llena de adultos, siempre había tenido la impresión de ser la única que sabía lo que de verdad ocurría. Su padre estaba siempre fuera o a punto de irse y su madre vivía... en su mundo. Otros recuerdos empezaron a aflorar, escenas en las que su madre tenía arranques de cólera por cosas intrascendentes. Se recordó a sí misma escondiéndose hasta que resultaba seguro salir.

¿Por qué se había olvidado de aquellas cosas?

Entonces recordó algo más.

—No te atrevas a culpar a mamá por el hecho de que nunca estuvieras en casa. Eso fue una elección tuya y ella no tenía la culpa.

—Estaba enferma, Carter. —Su padre la miró, buscando su comprensión.

La risa de Carter tenía un deje amargo.

—Claro, porque la dejabas sola en aquella casa mientras tú ibas a visitar los dormitorios de Dios sabe cuántas otras mujeres.

—Jamás —dijo su padre con voz suave, pero firme—, jamás le fui infiel a tu madre.

Carter abrió la boca para llevarle la contraria, pero su padre la interrumpió.

—Aunque ella te dijera otra cosa, aunque ella creyera otra cosa, yo nunca estuve con otra mujer.

—No te creo. —Carter movió la cabeza con vehemencia—. Mamá decía que tú...

—Tu madre era una enferma mental.

Carter soltó el contenedor y apretó los puños.

—¡Cómo te atreves! ¿Tú estarías mentalmente estable si te dejaran sola todo el tiempo?

—Ella lo quería así.

—¿Que lo quería así?

—Carter, se negaba a salir de casa.

—Nunca te vi pedirle que lo hiciera —insistió Carter con amargura.

—Porque desistí antes de que tú nacieras.

Carter empezó a dar pasos adelante y atrás a medida que los recuerdos de la tristeza y el sufrimiento de su madre volvían a ella.

—No. Eso no es así. Decía que tú no la querías contigo. Que no la llevabas a ninguna parte porque te avergonzabas de ella.

—Falso. Ella era su propio carcelero. Pero yo no estaba dispuesto a convertirme en prisionero de su enfermedad. Al final aquella libertad mía la llevó a odiarme. —El padre levantó las manos al cielo, su voz era amable—. Le supliqué que fuera a ver a un médico. Se negaba, al menos hasta que empezaron a recetarle cosas. Entonces empezó a ir demasiado. Me resultaba imposible controlarla.

Carter echó la vista atrás y recordó los frascos de pastillas que siempre tenía su madre cerca. En la mesilla de noche, junto a su sillón de lectura en la terraza de invierno, en su bolsa de labores. ¿Por qué no le había extrañado entonces?

—Mamá tenía insomnio —dijo—. Por culpa de las pesadillas que tú le provocabas.

Su padre fue hasta la mesa plegable y se sentó. Apoyó la cabeza en las manos.

—Lo que más lamento es haberte dejado allí. No era lugar para una niña. Debería... Tú no deberías haber tenido que cuidar de ella. Ya sé que había criados, pero estabais muy solas. Intenté llevarte conmigo una vez, pero tu madre me amenazó con... Me pareció más peligroso apartarte de ella. Fui un cobarde.

El desprecio a sí mismo que se desprendía de sus palabras resonó en los oídos de Carter y le resultó imposible ignorarlo.

—La noche en que murió —continuó el padre con la voz quebrada—... yo debería haber sabido que se había tomado una sobredosis de pastillas. Estaba descontrolada, pero no me di cuenta de que era por efecto de las pastillas, pensé que se trataba simplemente de otra de sus crisis. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera coger el coche. Tampoco que fuera capaz de conducir. Cuando me enteré de lo ocurrido, solo pensé en ti. Corrí a verte.

Carter recordó su llegada al hospital y la escena que siguió.

Su padre la miró con ojos suplicantes.

—Tengo mucho por lo que pedir perdón. Son muchas las cosas que debería haber hecho de otra manera. He pasado los dos últimos años repasando mis fracasos como padre y como marido y todavía me queda un largo camino por delante. Si hubiera sido más valiente, habría tomado medidas drásticas, como hospitalizar a tu madre. Así tal vez ella habría obtenido la ayuda que necesitaba —se le quebró la voz—. Pero no lo hice, y ahora ella está muerta y tú te has ido.

Cuando Carter le miró sin decir nada, los hombros de su padre se hundieron más. Después se puso en pie abruptamente.

—Pasé todos mis años de casado intentando huir de la soledad y el aislamiento en que vivía tu madre. Gracias a eso, a haber salido corriendo, ahora me encuentro exactamente como nunca quise estar: solo.

Una brisa recia sopló en el campamento, arrugando la lona de las tiendas de campaña y haciendo silbar los pinos. El padre de Carter miró hacia el cielo mientras el viento le levantaba los faldones de la chaqueta.

—Es todo lo que quería decirte —hablaba con dulzura—. Bueno, eso y que te quiero y siempre te querré. Y que dejaré de enviarte regalos. Cuando lo hacía no era mi intención molestarte.

Levantó una mano, pero acto seguido la dejó caer y se volvió hacia el camino.

Carter le miró marcharse, abrumada por los recuerdos.

Le había sorprendido ver a su padre tan emocionado. Siempre le había visto como alguien inusualmente estoico y fuerte, inmune al caos que significaba vivir con su madre. Verle ahora tan frágil, tan humano, era toda una sorpresa.

Le temblaron las rodillas y se dejó caer en una silla plegable. Seguía así cuando, media hora más tarde, Buddy apareció en el campamento.

—Oye, estaba preocupado por ti.

—Perdona... Me he entretenido.

Buddy miró hacia los árboles, que empezaban a mecerse en el viento.

—Creo que va a haber tormenta.

Carter miró al cielo. Este se había oscurecido por completo, el sol oculto detrás de nubes color púrpura.

—Será mejor que sujetemos todo y que saquemos los huesos de la tierra. Termina tú en la excavación y yo me ocupo de lo de aquí.

Cuando Buddy se marchó con el contenedor, Carter se puso a trabajar aún aturdida. Comprobó las piquetas de las tiendas de campaña y de las carpas y recogió todo lo que podía salir volando. Para cuando volvieron los Swift, el viento soplaba con mayor intensidad.

—El yacimiento está controlado —dijo Buddy mientras metía el esqueleto en la tienda oficina—. Esta tormenta promete ser una auténtica maravilla.

De repente por el sendero apareció Cort corriendo hacia ellos. Llevaba un chubasquero amarillo y parecía preocupado.

—Tenéis que bajar. Hay aviso de tormenta peligrosa y tenéis que pasar la noche en la casa. Lo ha dicho hasta Ivan.

Carter y Buddy se intercambiaron miradas preocupadas.

—Pero no podemos dejar todo el equipo solo —dijo Carter.

—Entonces id Ellie y tú y yo me quedo a defender el fuerte.

Ellie sacudió la cabeza con determinación.

—Papá, si tú te quedas, yo también.

—No te quiero aquí si puede haber peligro.

—Pues lo mismo te digo.

—Me quedo yo —interrumpió Carter—. Quiero quedarme.

Buddy frunció el ceño.

—No quiero que estés aquí sola.

—Venga hombre, si no va a pasar nada. —Cuando Buddy la miró impasible, Carter puso los ojos en blanco—. Venga chicos, que no soy ninguna cobardica. Estaré perfectamente.

Nadie se movió.

—Venga. —Le dio un empujoncito a Buddy con el codo—. Si la cosa se pone muy fea, me ataré a un árbol para no salir volando. Por Dios, pero ¿queréis quitar esa cara? Voy a estar perfectamente.

• • •

Bob Packert y Nick estaban a la entrada de la casa mirando cómo el agua del lago se tornaba picada y gris. Esperaban a Wessex.

Cuando habló, la mirada de Packert era calculadora.

—Farrell, si hablo con la prensa y te devuelvo tu buen nombre, ¿conservaría mi trabajo después de venderos mis compañías a ti y a Wessex?

Nick arqueó una ceja.

—No estás vendiendo nada. Le vamos a hacer a tus accionistas una oferta que no van a poder rechazar. Y respecto a decir la verdad, es un poco tarde para eso, y no iba a convertirte en mejor empresario.

Packert resopló indignado.

—No me gusta que me hables así.

—La verdad duele.

Hubo un momento de silencio.

—Por lo menos podrías decirme cuándo tenéis pensado hacer la oferta de adquisición.

—Lo sabrás a la vez que los accionistas.

A Nick le aburría aquella conversación, le aburría aquel hombre. En lo que de verdad estaba pensando era en qué tal le habría ido a Wessex con Carter. El hombre llevaba fuera un buen rato, lo que podía significar dos cosas: o bien Carter le había

echado nada más llegar y se había perdido volviendo, o bien había conseguido hablar con ella.

—Mira, chico, mi compañía es una de las más codiciadas de Wall Street. Tengo más tiburones como tú pisándome los talones que una conservera de palitos de pescado. Wessex y tú no sois los únicos interesados.

Cuando Nick no contestó, Packert soltó una risa forzada.

—Eres un tío duro, ¿no? Tu reputación te hace justicia.

—Me encanta hacer honor a mi reputación.

Empezaron a caer las primeras gotas.

Packert carraspeó y cambió de táctica.

—Esta lluvia me está dando sed. ¿Qué te parece si nos tomamos una copa? Así charlamos tranquilamente.

—Te acompaño al mueble bar, pero tendrás que disculparme. —Nick se volvió—. Tengo trabajo.

Después de dejar a Packert en la biblioteca, Nick fue a su despacho con la idea de comprobar si tenía mensajes. Pero en lugar de descolgar el teléfono salió al porche lateral y se puso a mirar de nuevo hacia el lago. La tormenta parecía prepararse para una gran arremetida. Wessex no estaba por ninguna parte, Cort había desaparecido montaña arriba y Carter y los Swift podían estar en peligro si las cosas se ponían feas en la cima.

Escuchó el primer bramido del trueno y se decidió.

Se disponía a ir al zaguán cuando vio a Wessex, a Cort y a los Swift corriendo bajo la lluvia en dirección a la casa. Buscó a Carter entre el conjunto de chubasqueros. No estaba.

Cuando el grupo multicolor entró por la puerta trasera, les miró con determinación.

—¿Dónde está Carter?

Todos se volvieron hacia Buddy.

—Se queda en el campamento —dijo este, sombrío.

—¿La has dejado sola ahí arriba? ¿Te has vuelto loco?

—A mí me hace tan poca gracia como a ti. —Buddy miró de reojo a su hija—. Me habría quedado con ella, pero...

Un relámpago se dibujó en el cielo e iluminó las ventanas. Todos se callaron, aguardando la respuesta de la tormenta. Tras una pausa, el trueno resonó en todo el valle.

El rostro bronceado de Wessex estaba pálido.

—¿Y si vas tú e intentas convencerla de que baje?

Nick ya se estaba calzando las botas. Cuando se incorporó Packert se asomó por la puerta con un vaso en la mano.

—Hey, ¡ya estamos todos! —Fue hasta Wessex y le tiró de la americana sucia y mojada—. Pero bueno, ¿qué ha pasado? Tienes un aspecto horrible.

Cuando nadie le prestó atención, subió el tono de voz.

—Entonces, ¿cuál es el plan para esta noche? ¿Jugar a las películas? Este sitio es más aburrido que una residencia de la tercera edad —rio—. En fin, siento que aquí el amigo Wessex y yo tengamos que perdernos la diversión, pero por suerte su limusina tiene bar. El viaje de vuelta a Nueva York va a ser largo.

—Por desgracia no te vas a ninguna parte —dijo Nick con brusquedad—. Si esta tormenta es como dicen que va a ser, van a cortar todas las carreteras de montaña. Tenéis que quedaros aquí hasta que pase.

Packert digirió la información y acto seguido sonrió.

—Entonces tendré que beberme tu *whisky* en lugar del de Wessex.

Y tras despedirse con una sonrisa maliciosa fue a servirse otra copa.

Nick se puso un impermeable.

—Arriba tenemos dormitorios y cuartos de baño de sobra. Buscad a Gertie y...

—Estoy aquí. —La mujer le pasó un brazo por los hombros a Ellie, que parecía preocupada.

—¿Qué le va a pasar a Carter? —preguntó.

—Pues, o la bajo a rastras de esa montaña, o me pego a ella como una lapa —dijo Nick—. En cualquier caso no va a estar sola.

•••

Carter estaba subida a la roca que daba al lago cuando llegó la tormenta y la recibió de buen grado. El fuerte viento y el lago encrespado casaban con su estado de ánimo. Se encontraba a disgusto en su propia piel, conmocionada por los recuerdos del pasado.

De niña le había llevado mucho tiempo darse cuenta de que no todas las madres se dedicaban a merodear por la casa de noche comprobando una y otra vez que todas las puertas y ventanas estaban cerradas y todos los pestillos echados. Aquel rítmico chasquido de cerrojos corriéndose y descorriéndose era un ruido que había aprendido a asociar con la noche, como las chicharras en verano o el crujido de hojas secas en otoño. Su dormitorio estaba en un pasillo con muchas ventanas y solía quedarse dormida mientras oía a su madre proceder con el ritual diario, los chasquidos aumentando en intensidad conforme se acercaba y apagándose cuando se alejaba.

En una ocasión Carter se había levantado de la cama y se había asomado a la puerta. Había observado a su madre mientras esta comprobaba cada ventana, cerrando el pestillo cuatro veces deprisa y una despacio. Carter había vuelto a la cama confundida y preguntándose qué le pasaría a su madre. ¿Es que no se daba cuenta de que estaba todo bien cerrado?

Pero aquella vigilancia compulsiva no era su única rareza.

También sus hábitos alimentarios eran peculiares y ligeramente preocupantes. Miraba desconfiada la comida que le ponían en el plato, como si pudiera estar mala o

contaminada. Si una hoja de lechuga estaba marchita o detectaba una minúscula mancha en una patata, empezaba a pulsar con el pie el timbre que había escondido debajo de la mesa para que acudieran los criados. La mayoría de las veces devolvía el plato sin tocar. Pálida y furiosa porque una cocinera descuidada hubiera desatado sus miedos, se metía la mano en el bolsillo y sacaba las pastillas.

Las pastillas.

¿Cómo podía haberse olvidado de las pastillas?

Durante su última visita a casa, antes de que su madre muriera, Carter había entrado en su cuarto de baño en busca de algo para el dolor de estómago. Cuando abrió el armario de las medicinas se quedó atónita al ver la cantidad de frascos de medicamentos que había en las baldas, cuidadosamente dispuestos por orden alfabético. Carter se había puesto a leer sus nombres uno a uno hasta que empezó a dolerle la espalda por la postura inclinada. Desde codeína a Valium, aquellas pastillas representaban distintos esfuerzos por controlar la ansiedad y daban fe del grave trastorno que aquejaba a su madre. En lugar de ayudarla, sin embargo, todo indicaba que la habían convertido en una adicta.

La imagen de su madre en las frías manos de la muerte se apoderó de Carter. Veía su hermosa piel pálida e impecable gracias a años sin estar expuesta al sol. Aquellas facciones bellísimas, intactas por el paso del tiempo. El cabello castaño y largo contra la almohada de basto algodón del hospital.

En aquel momento había sentido una honda furia, y en las horas que siguieron, esta se había transformado en un intenso odio hacia su padre. En cuanto este llegó, le había gritado cosas terribles y él había soportado sus arremetidas con un silencio que la había enfurecido aún más. Cuando se marchó, Carter interpretó su falta de reacción como una confirmación más de su cruel indiferencia.

Comparó el semblante impenetrable de su padre de entonces con la expresión dolorida que había visto antes ese mismo día y le sorprendió la diferencia. ¿Habría cambiado en todos esos años? ¿O es que ahora le estaba mostrando lo que de verdad sentía?

Miró el camino que bajaba por la montaña. Pensó en Nick y una punzada de dolor le agujoneó el corazón. Le recordó cuando llegaban a la mansión el día anterior. Justo antes de que su padre hubiera salido de la casa. Nick se había vuelto hacia ella y le había sonreído, con ojos cálidos y serenos.

Se dio cuenta de que le echaba de menos y ahuyentó el sentimiento. Lo que echaba de menos, se dijo, era un espejismo. Y nada más.

La primera gota le mojó la mano como una caricia y cuando Carter levantó la vista le cayeron más en las mejillas. Bajó de su atalaya, echó un último vistazo al lago y pensó que las tragedias se parecía mucho a las tormentas. Ponían las vidas de las personas patas arriba y en ocasiones, si eran muy violentas, nada volvía a ser como antes.

Una ráfaga de viento la zarandeó y echó a andar.

Pero algunas cosas volvían a crecer, ¿o no?, se preguntó. Después de la tempestad siempre venía la calma.

Para cuando llegó al campamento la lluvia había aumentado en intensidad y, después de volver a comprobar las tiendas y las carpas se metió dentro de su tienda y bajó la cremallera. Afuera el viento había empezado a rugir y el delgado nailon que la mantenía seca temblaba bajo sus sacudidas. Se quitó el forro polar mojado y se tumbó en la cama plegable, sintiéndose cansada pero inquieta. No había nada que hacer, salvo esperar a que pasara la tormenta y se preguntaba si conseguiría dormir un rato cuando oyó el primer rayo.

Había caído muy cerca de allí.

Un nuevo rayo iluminó el cielo convirtiendo el verde oscuro de la tienda en amarillo limón y el chasquido de un trueno ahogó el ruido de la lluvia. Grandes ráfagas de viento azotaban la montaña. De repente Carter oyó caer un árbol con gran estrépito.

Había caído justo al lado de su tienda.

Saltó de la cama temblando por el susto y por la cercanía del peligro y se puso el cortavientos. En cuanto salió, el viento le arrancó la capucha. La lluvia, fría y persistente, le bajaba por el cuello mientras inspeccionaba los daños. El rayo había alcanzado un pino de gran tamaño y, al caer, el tronco se había partido en dos. El árbol antes imponente yacía ahora muerto.

Y su lugar de descanso era El Papiro.

Carter gimió.

Avanzó contra el viento rezando porque el árbol no hubiera aplastado el esqueleto. Su siguiente preocupación era que la carpa, que aislaba la zona de trabajo de los elementos, estuviera dañada. La pesada tela con sus anillas metálicas aleteaba con violencia. Carter necesitó varios intentos para sujetar una de las esquinas sin hacerse daño, pero al fin consiguió fijar el extremo que se había soltado al tronco del árbol caído. A continuación se dispuso a comprobar los daños.

Cuando encontró la caja que contenía el esqueleto sintió cierto alivio. Estaba dañado, pero no aplastado. Por desgracia el sello del contenedor se había roto y empezaba a entrar el agua. Aunque la lluvia casi no la dejaba ver, Carter metió los brazos entre las ramas y tiró con fuerza de las asas del contenedor, pero este no se movió. Lo intentó de nuevo, haciendo fuerza con todo el cuerpo, pero sin fortuna.

Cayó otro rayo y entonces levantó la cabeza alarmada. Por un momento pensó en guarecerse en su tienda, pero aquel frágil refugio solo le serviría para mantenerse seca, no a salvo. Por otra parte, la idea de permanecer sentada en su burbuja de nailon mientras el mundo bramaba a su alrededor le parecía más aterradora que la propia tormenta. Al menos fuera podía ver lo que pasaba.

Y además tenía que evitar que el esqueleto se ahogara, pensó en un arranque de humor negro.

Fue hasta la tienda comedor y buscó entre los suministros hasta que encontró una

sierra de mano. De vuelta en el árbol, apoyó el filo contra la suave corteza y se puso a trabajar hasta que la rama que intentaba cortar cayó al suelo. Se enderezó un momento para estirar la espalda y la emprendió con otra de las ramas que bloqueaban el acceso al contenedor.

Estaba tirando de la sierra cuando se le resbaló el mango y la hoja pasó rozándole la mano que usaba para mantener el equilibrio. Con una maldición, soltó la herramienta y se llevó la mano herida al pecho.

Más que dolerle, le quemaba, y al principio pensó que no había sido más que un arañazo. Entonces reparó en un reguero oscuro que se le colaba por la manga y supo que la cosa era más grave. Abandonó de momento el rescate del esqueleto, cogió el botiquín de primeros auxilios y volvió a su tienda.

Cuando se miró la herida en la pálida luz de la lámpara de gas se le cayó el alma a los pies. El corte era profundo y largo, y recorría el valle entre el dedo pulgar y el índice. Intentó mover los dedos y comprobó aliviada que no daba la impresión de tener ningún tendón dañado. Con todo y con eso, no parecía una herida que pudiera curarse con una tirita.

Cogió una botella de agua y se asomó fuera de la tienda para lavarse la herida y a continuación la roció con agua oxigenada. El escozor que le produjo la hizo maldecir. Después de vendarse la mano, se puso un guante de esquí para mantener el vendaje seco y volvió en busca del esqueleto.

Esta vez usar la sierra le costó más trabajo. Sin una mano en la que apoyarse y con la que darse impulso, el trabajo era casi imposible, pero Carter insistió hasta que hubo cortado la rama. Se había agachado para intentar tirar de nuevo del contenedor cuando un ruido nuevo atravesó el viento. Ocupada como estaba, lo ignoró y siguió luchando por liberar el esqueleto de donde estaba atrapado.

Cuando una mano la sujetó por el brazo, gritó.



Capítulo 17

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó Nick por encima del estruendo de la tormenta.

Carter vio que estaba furioso. Por un momento se asombró de que hubiera subido la montaña desafiando al viento y a la lluvia. Pero enseguida el dolor y la ira se apoderaron de nuevo de ella.

—¡Suéltame! —Se liberó de su mano.

—¡Nos vamos de aquí ya!

—¡Yo contigo no voy a ninguna parte! —aulló Carter.

Se agachó de nuevo para coger el contenedor, pero Nick le sujetó el brazo mientras miraba el guante de esquiar. Para distraerle, Carter le dijo:

—¿Puedes intentar sacar esto?

—¿Qué? —gritó Nick.

Carter señaló el contenedor.

—¡Tira! Hay que ponerlo a cubierto.

Ceñudo, Nick liberó la caja del esqueleto y le dirigió a Carter una mirada autoritaria.

Esta frunció el ceño, pero echó a andar. Cuando llegaron a su tienda Carter apartó la solapa para dejarle pasar. Dudó un momento antes de seguirle mientras pensaba en la manera más rápida de echarle de allí. Cuando asomó la cara, vio que la expresión de Nick era de determinación.

Iba a ser una discusión muy larga, pensó.

En cuanto estuvo a cubierto y empezó a subir la cremallera de la tienda Nick comenzó a gritar otra vez.

—¡Ni te molestes en cerrar! ¡No nos vamos a quedar aquí!

—¡Querrás decir que no te vas a quedar tú!

Carter se quitó el anorak.

—¿Quieres morir aquí arriba? —preguntó Nick.

—Estoy perfectamente —gritó Carter—. Y desde luego no necesito que te quedas a cuidarme.

Aquella respuesta tan desafiante pareció enfurecer más a Nick, que tensó la

mandíbula.

—¿Has visto ese árbol de ahí fuera? ¿El que está en el suelo? ¡Te podía haber caído encima!

—Pero no lo ha hecho. ¡Y ahora haz el favor de dejarme en paz!

—¡Tú te vienes conmigo!

—¡De eso nada!

Como si venía un tornado, le daba igual.

—¡Claro que vienes!

Carter cruzó los brazos y sacó la mandíbula.

—¿Qué vas a hacer? ¿Llevarme en brazos? Porque es la única manera en que vas a conseguir sacarme de aquí.

Nick parecía disponerse a lanzar una nueva ofensiva, cuando de repente se tranquilizó.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

Paseaba la vista del botiquín abierto al guante de esquí que llevaba puesto Carter.

—No es nada.

Carter escondió el brazo detrás de la espalda.

—Déjame ver.

—No.

Carter dio un paso y entonces se dio cuenta de que no podía ir a ninguna parte.

Nick se acercó y le sujetó el brazo que tenía libre.

—Deja de mangonearme.

Carter intentó liberarse, pero la mano de Nick la sujetaba con fuerza.

—Si no es nada, enséñamelo —dijo sombrío.

Carter quería negarse, pero lo cierto es que también a ella estaba empezando a preocuparle el corte. Le dolía mucho. Y además tenía la sensación de que aquella era una batalla perdida. La cara de Nick revelaba esa clase de determinación que no duda en aplastar cualquier oposición.

Cuando se quitó el guante de mala gana vio que había una mancha roja de sangre en el vendaje.

Nick la miró con semblante serio.

—¿Cómo ha sido?

—Me he cortado con la sierra —admitió Carter.

—¿Mucho?

—No. Mucho no.

—Entonces, ¿por qué sigues sangrando? —A Carter no se le ocurrió una buena respuesta a aquella pregunta—. Déjame ver.

Nick retiró el vendaje con delicadeza. Cuando la herida quedó al descubierto, nuevos relámpagos llenaron el cielo. Cuando su resplandor iluminó el rostro de Nick, Carter vio que su semblante reflejaba preocupación sincera, además de impaciencia.

—Tiene que verte un médico.

—No me interesa tu opinión —replicó Carter, desesperada por alejarle de ella. Podía soportar su furia, pero que se preocupara así por ella la abrumaba.

—Carter, déjame que te ayude.

—No, gracias. —Empezó a colocarse de nuevo los vendajes—. Dado mi historial contigo, seguro que acaban amputándome el brazo. Y ahora, si no te importa quitarte de en medio, tengo que empezar a poner a cubierto todo lo que se está empapando ahí fuera.

—Te estás portando como una cría.

—Pues entonces deberías darme una lección y dejarme que me las arregle yo solita. ¿No te parece?

Nick maldijo en voz alta.

—¿Se puede saber por qué no me dejas que cuide de ti?

Sus miradas se encontraron y a Carter le costó trabajo hablar de tan apretados que tenía los labios.

—No tiene nada de malo protegerse de las personas que te hacen daño. La gente sensata lo considera un síntoma saludable de instinto de conservación.

—Siempre tienes respuesta para todo, ¿verdad? —dijo Nick con amargura—. Sabes lo que piensa y siente todo el mundo y también conoces todas sus motivaciones.

—No, simplemente reconozco a un cerdo cuando lo veo.

Nick la miró largamente y Carter se preparó para un comentario hiriente.

Pero en lugar de ello, Nick bajó con calma la cremallera de la tienda y salió sin decir palabra. Cuando la cerró desde fuera Carter sintió algo parecido al arrepentimiento.

Lo que era una locura.

¿Cómo se atrevía a hacerle sentir culpable?, pensó, dando zancadas de un lado a otro en el estrecho espacio. Él era el que le había hecho daño a ella y no al revés. No tenía ningún derecho a hacerla sentir como si le hubiera herido de alguna manera.

Caminó atrás y adelante un par de veces más.

Luego soltó toda clase de improperios y abrió la tienda, decidida a alcanzarle en el camino y decirle lo injusto que era...

Se detuvo en seco en cuanto estuvo fuera.

Nick estaba en lo que quedaba del Papiro, hundido hasta la cintura entre los escombros y sacando la impresora. Cuando se volvió y vio a Carter, no pareció sorprendido. Caminó sin decir palabra y entró en la tienda de Buddy. Salió de ella con las manos vacías y regresó al árbol caído.

La furia y la soberbia de Carter se esfumaron. Nick llevaba el pelo pegado a la cabeza, debía de tener el cuerpo empapado bajo el cortavientos y sin embargo continuaba trabajando.

Acudió en su ayuda. Debido a la mano no podía hacer gran cosa, así que se dedicó a señalar todo lo que había que rescatar y Nick lo puso a resguardo.

Bajo la cortina de lluvia y las ráfagas de viento, sus ojos se encontraron.

Entonces cayó otro rayo cerca de allí y Nick cogió a Carter del brazo y corrieron hacia la tienda.

Una vez dentro, Carter se obligó a mirarle a la cara y decirle:

—Gracias.

Nick asintió. Hubo un silencio incómodo mientras Carter esperaba a que se marchara.

—Entonces, ¿ya te vas? —Miró la cremallera de la tienda.

—¿De dónde has sacado esa idea?

Mientras Carter le miraba incrédula Nick se quitó la chaqueta y buscó un sitio donde sentarse.

A Carter le entró el pánico. No quería pasar el resto de la noche con él en la tienda. De ninguna manera.

—Pero... pensaba que te ibas.

—¿Ah, sí?

—Como estabas tan enfadado y...

Nick se sacudió el agua del pelo.

—No pienso ir a ninguna parte. A no ser que decidas que quieres dormir en un sitio más apropiado y seco. Entonces podremos irnos de aquí. Basta con que accedas a venirte a la casa conmigo.

Su mirada era serena y revelaba gran determinación, y Carter perdió la voluntad de resistirse. Quizá era la herida. Quizá estaba ya harta y cansada de vivir en una permanente montaña rusa emocional.

—Vale —dijo en voz baja y resignada—. Como quieras.

Cuando empezaron a castañetearle los dientes de frío supo que tenía que quitarse aquellas ropas mojadas. Moviéndose con cautela para no hacerse daño en la mano ni tocar a Nick en aquel estrecho espacio, se quitó el cortavientos y a continuación el forro polar.

Pero no era suficiente. Tenía los vaqueros empapados y la camiseta era como una sábana transparente pegada al cuerpo. Intentaba pensar cómo solucionar aquello sin tener que desnudarse delante de Nick, cuando reparó en que este estaba muy quieto. Le miró y entendió por qué.

Tenía la mirada, intensa y penetrante, fija en sus pezones, que estaban erectos bajo el algodón mojado de la camiseta. Cuando Carter se dio cuenta de que la miraba se ruborizó y le dio la espalda. Cogió una sudadera seca y se disponía a metérsela por la cabeza cuando Nick habló en voz baja y ronca.

—No seas ridícula. Se va a empapar con la camiseta. —Abrió la tienda y entró una ráfaga de viento—. Grita cuando hayas terminado de cambiarte.

Cuando salió, Carter no se quitaba de la cabeza la avidez con que la había mirado y sintió que se encendía por dentro. Estuvo muy tentada de hacerle entrar y besarle.

Pero no iba a hacerlo, decidió. Si algo había aprendido en las últimas veinticuatro

horas era que el precio a pagar por tenerle era demasiado alto.

Ahuyentó los recuerdos de los dos haciendo el amor y empezó a desvestirse con cuidado de no hacerse daño en la mano. Cuando se quitó la camiseta se enfundó en una nueva y se llevó la mano a la cintura de los vaqueros.

Los botones.

Maldijo e intentó soltarlos con una mano, pero no pudo. Varios intentos sucesivos resultaron igualmente inútiles y, consciente de que Nick estaba fuera bajo la lluvia, se rindió y le llamó para que entrara.

—¿Qué pasa? —dijo Nick mirándole los pantalones empapados.

—Nada —murmuró Carter y se puso la sudadera.

—La última vez que me dijiste eso me estabas ocultando que tenías un corte en la mano.

Carter le miró.

—¿Por qué eres tan cotilla?

—¿Y tú tan esquiva? —Nick se quitó la cazadora y empezó a soltarse los botones de la camisa.

—¿Qué haces? —La voz de Carter era alarmada.

—Quitarme esta ropa. Estoy dispuesto a respetar tu castidad, pero no a costa de pillar una neumonía.

Lo miró mientras se quitaba la camisa.

Carter apretó los dientes y trató de ignorarle. Se sentó en la cama y se dedicó a examinarse las uñas con determinación. Cuando oyó la camisa de Nick caer al suelo hecha un gurrño mojado y a continuación los pantalones, recordó cada centímetro de su cuerpo. El tacto de su abdomen firme, sus piernas largas y fuertes. Seguir sintiéndose tan atraída por él le parecía una broma cruel del destino.

—¿Tienes algo de ropa de hombre por aquí?

Buena idea. Si le tapaba con algo se sentiría mejor.

Se levantó de la cama decidida a envolverle aunque fuera en el saco de dormir.

Fue hasta donde estaban sus bolsas y sacó la camiseta más grande que tenía y un jersey de ganchillo muy amplio. Se los tiró a Nick sin mirarle y a continuación siguió buscando hasta que encontró un pantalón de pijama de enfermera rosa con cintura elástica que se ponía para dormir.

Cuando le pareció que ya no había peligro, se aventuró a echar un vistazo y no pudo evitar soltar una carcajada. Nick tenía un aspecto ridículo. El pijama, que a ella le cubría los pies cuando se lo ponía, le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla. La camiseta y el jersey, que a ella le quedaban grandes, solo le tapaban hasta el ombligo. Parecía un transformista sin dinero para vestuario.

—Ya sé que no estoy para ir a un desfile de moda —dijo Nick con una media sonrisa—, pero al menos voy seco.

Carter disimuló la risa frunciendo el ceño y, a continuación, estornudando.

—¿Estas segura de que no quieres quitarte esos vaqueros? —le preguntó Nick.

Carter miró con deseo unos chinos color negro que tenía al alcance de la mano. Cuando un nuevo escalofrío le recorrió el cuerpo se decidió y, dándole la espalda, empezó a forcejear de nuevo con los botones.

—¿Te ayudo?

Carter se sobresaltó. Nick le hablaba desde muy cerca y se dio cuenta de que lo tenía justo detrás.

—No —dijo—. ¿Me dejas un momento?

Nick arqueó una ceja y se sentó en la cama plegable.

Después de más intentos frustrados y al menos otro estornudo, Carter se rindió.

Olvidó su determinación y se armó de valor.

—¿Puedes...? Esto...

—¿Qué?

La expresión de Nick era de desinterés, pero sus ojos decían una cosa muy distinta. Estaban llenos de sensualidad maliciosa.

—¿Que si puedes...?

—¿Quitarte los pantalones?

Antes de que pudiera decirle que lo olvidara, Nick estaba de pie delante de ella. Las yemas de sus dedos le rozaron la piel del vientre antes de soltarle el primer botón y cuando Carter contuvo el aliento se detuvo.

—¿No quieres que siga?

Le tenía tan cerca, inclinado sobre ella, que sus labios casi se tocaban.

—Tú date prisa —murmuró tensa, mirando el suelo.

Nick obedeció. Con cada botón que soltaba sus manos descendían. Aquellos tirones y pellizcos resultaban de lo más eróticos, y Carter entreabrió los labios y jadeó.

Cuando llegaron al último botón, los dedos de Nick no se movieron. Inclino un poco más la cabeza y le acarició el cuello a Carter con su aliento.

—Me vuelves loco —susurró cogiéndola de la cintura y acercándola a él.

Carter notó su erección, firme y ardiente.

Echó la cabeza atrás.

Hubo un nuevo relámpago, blanco y violento.

Cuando el trueno le respondió con un bramido, el ruido sacó a Carter de su aturdimiento. Tambaleándose, se apartó de Nick.

—No hagas eso —dijo con voz ronca.

Los ojos de ambos se encontraron y Carter pensó que Nick iba a insistir, pero en lugar de ello encogió los hombros con lo que parecía despreocupación. Cuando se sentó en la cama parecía completamente dueño de sí mismo.

Carter en cambio se debatía entre el deseo, el rencor y el desprecio a sí misma.

Le dio la espalda y empezó a quitarse los vaqueros. Cuando por fin se hubo liberado de ellos y puesto los chinos, tuvo miedo de darse la vuelta. No sabía dónde sentarse o qué hacer.

—Aquí hay sitio de sobra, que lo sepas.

Carter le miró. El semblante de Nick no dejaba traslucir ningún sentimiento, y terminó por sentarse también en la cama, lo más lejos posible de él.

Así estuvieron un rato, escuchando en silencio la lluvia y el viento.

—¿Cuánto puede durar esta tormenta? —preguntó Carter.

—Hasta bien entrada la noche.

Carter le miró por el rabillo del ojo. Estaba doblado hacia delante, con los brazos apoyados en las piernas y los hombros fuertes y amplios sobresaliendo del jersey. Miraba al frente, al parecer sin fijarse en nada en particular, pero aun así su expresión era de intensa concentración.

Cayó otro rayo cerca y Carter dio un respingo.

Cuando calló el trueno y Nick habló, la dulzura en su voz sorprendió a Carter.

—Así que tenías intención de quedarte aquí tú sola.

—Pues claro —dijo Carter con voz resuelta—. Buddy y Ellie tenían que estar juntos. Yo... estoy sola.

—Y luego te habrías pasado la noche limpiando y ordenando todo. Incluso con la mano como la tienes.

Carter arrugó el ceño y se preguntó adónde querría ir a parar Nick.

—Sí.

—¿No se te ocurrió en ningún momento pedir ayuda?

—¿A quién?

Hubo una pausa y a continuación Nick contestó secamente:

—A mí, por ejemplo.

Carter negó con la cabeza. Cuando Nick suspiró, exasperado, contraatacó:

—¿Y me culpas por ello?

La sonrisa de Nick no era alegre. Estuvo callado unos instantes y a continuación dijo:

—Eres muy dura. Al menos por fuera.

A Carter le pareció detectar un atisbo de respeto en su voz.

—Mira, no tengo ganas de hablar —dijo ásperamente—. Ahora mismo soy incapaz de pensar con claridad.

Nick la miró a los ojos y Carter quedó atónita por la ternura que había en ellos. Apartó la vista y apoyó la cabeza en las manos.

—¿Te importaría no hacer eso?

—¿El qué?

—Pues parecer tan..., no sé, comprensivo.

Nick rio un poco.

—¿Prefieres mi lado mordaz?

—Así me es más fácil tenerte manía.

—Es que no quiero que me tengas manía.

Estuvieron largo rato callados. En un momento determinado, Nick cambió de

postura y Carter dio un respingo.

—No te preocupes, que no me voy a abalanzar sobre ti.

Había amargura en sus palabras y cuando Carter le miró parecía de verdad disgustado.

—Cuando no consigues lo que quieres siempre te enfadas, ¿verdad?

—¿No le pasa a todo el mundo?

Carter se encogió de hombros.

—Hay personas peores que otras.

Le miró de reojo y vio que se rascaba el cuello. Parecía más tranquilo cuando dijo:

—Mi hermana tenía mucho mejor carácter que yo. Era de lo más pacífica.

La nostalgia suavizó sus facciones y Carter no pudo resistirse a preguntarle por aquella mujer.

—¿Era mayor o menor que tú?

—Menor. El último intento desesperado de mi madre por llamar la atención de mi padre. Se pasó los nueve meses de embarazo metida en la cama, aunque su salud era perfecta. Melina nació por cesárea, así que luego mi madre tuvo la excusa perfecta para estar un mes quejándose, contando historias de miedo sobre cómo la habían abierto en canal.

La dureza de su tono le resultó familiar a Carter. Le recordaba al que empleaba ella para hablar de su padre.

—¿Te llevabas bien con Melina?

—Ella y Gertie fueron mis salvadoras cuando era pequeño. Mi madre no me quería mucho y a mi padre se le daban mejor los números que las personas. A mí me habría resultado muy fácil distanciarme de todos, y creo que Mel lo sabía. Siempre procuraba estar cerca cuando la necesitaba y eso que yo no puedo decir que hiciera lo mismo por ella. Esa es una de las razones por las que, cuando murió, quise quedarme con Cort a toda costa.

Carraspeó y Carter tuvo la impresión de que no quería seguir hablando de su familia. Era difícil no comprenderle.

—Mi padre ha subido hoy a verme —soltó de repente.

No le miró, pero supo que Nick había vuelto la cabeza hacia ella.

Se sentía vulnerable y dobló las piernas debajo del cuerpo. Se arrepentía de haber sacado el tema, pero al mismo tiempo se alegraba. Como si de alguna manera hubiera asumido el control de una situación que le hacía daño.

—Estaba muy distinto a como le recordaba. Me sorprendió lo arrepentido que parece.

—Pues claro que está arrepentido. Te quiere.

—Sí, es posible. Casi hasta creo que ha sido bueno que haya venido. —Vio cómo la sorpresa y la esperanza iluminaban el rostro de Nick y se apresuró a añadir—: Pero sigo furiosa contigo por haberme utilizado.

Nick dijo con exasperación.

—No te he utilizado.

—Claro que sí.

—Por el amor de Dios, Carter, si tú y tu padre acabáis reconciliados no voy a usarlo como ventaja, y desde luego me arrepiento muchísimo de haber tenido alguna vez la intención de hacerlo.

Carter se encogió de hombros, sin dejarse convencer.

—De verdad que a veces me dan ganas de estrangularte —musitó Nick.

—Te entiendo perfectamente —le espetó Carter—. A mí me pasa contigo todo el tiempo.

Se miraron con ojos encendidos de pasión y de furia y Carter pensó en lo mucho que se parecían, dos luchadores hasta el final. También pensó en lo ridículo que resultaba estar allí discutiendo dentro de una tienda de campaña en plena tormenta, expuestos a que les alcanzara un rayo en cualquier momento.

Se echó a reír. No pudo evitarlo. Y al cabo de unos segundos Nick se unió a ella. Sus risas se unieron, traspasaron la lona de la tienda y se mezclaron con la tormenta.

Carter se enjugó una lágrima y dijo:

—Casi se podría pensar que estamos hechos el uno para el otro.

De inmediato, Nick dejó de reír.

—Es que lo estamos.

Carter la miró. El aire entre los dos se volvió solemne.

—Iba en serio cuando te dije que te quería, Carter.

Esta le miró desconfiada.

—Quiero que tú y tu padre seáis felices. Eso lo sabes, ¿verdad? —Nick hizo una pausa y añadió—: Y siento haberte hecho daño. Le pedí que no viniera mientras estuvieras tú aquí, en Vermont. Estaba intentando encontrar la manera de decírtelo. De contártelo todo.

En el tenso silencio que siguió, el trueno retumbó en el aire.

—¿No te dice nada eso? —preguntó Nick.

Carter se encogió de hombros.

—No cambia dónde estamos. Ni quién eres.

—¿Por qué te cuesta tanto creer que te quiero?

—No dudo de que creas que me quieres.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Pues que... no me fío de ti.

Nick maldijo entre dientes y luego, tan deprisa que a Carter no le dio tiempo a evitarlo, la tomó en sus brazos. La besó y Carter, aunque intentó resistirse al principio, terminó por sucumbir. Los sonidos de la tormenta se desvanecieron y solo fue consciente del contacto de Nick, de sus manos en su pelo y de su lengua buscando la de ella.

Entonces Nick se detuvo de forma abrupta.

—¿No te fías de esto?

Carter negó despacio con la cabeza.

—Solo los tontos confunden la pasión con el amor.

Nick dejó que se apartara.

Después de aquello no hablaron gran cosa.

Las tormentas azotaron el valle durante toda la noche. Ninguno de los dos pudo dormir. Cuando a primera hora de la mañana el fiero tiempo amainó por fin, el silencio que reinaba resultaba desconcertante. Al amanecer Carter escuchó con atención el chapaleteo de gotas de lluvia contra el techo de la tienda. Era un sonido suave con un hermoso ritmo.

Nick se levantó y se puso la cazadora.

—Enseguida vuelvo.

Cuando se marchó, Carter se tendió en la cama; le dolía mucho la mano. Agradecida por poder tumbarse, cerró los ojos y se sumió en un sueño apacible y exhausto.

• • •

Fuera, Nick inspeccionó los daños. El campamento era un caos. Todas las otras tiendas se habían caído, la carpa de la tienda comedor yacía en un desordenado montón y había barro por todas partes.

Fue hasta el arroyo. Este había duplicado su caudal y fluía montaña abajo en un torrente de espuma blanca. Se arrodilló y se mojó la cara. Así, con agua chorreándole por las pestañas y la piel, se fue a ver amanecer sobre el lago.

Miró la luz explotar en el cielo y quiso ir a despertar a Carter. Sin embargo, sabía que no podía. Así que permaneció solo un largo rato disfrutando el paisaje y echándola de menos aunque la tenía a solo unos metros de distancia.

Cuando volvió al campamento asomó la cabeza en la tienda. En la luz tenue, el pecho de Carter subía y bajaba con cada respiración. Tenía la melena oscura desparramada sobre la almohada y una pierna doblada. Nick la miró dormir hasta que se despertó.

—¿Qué haces? —preguntó Carter con voz adormilada.

—Hay que llevarte al médico.

Carter se sentó con un gemido. El pelo le cayó en ondas sobre los hombros y Nick sintió el deseo de acariciarlas.

—¿Qué hora es?

Nick no necesitó mirar el reloj.

—Aún es pronto. Pero deberíamos irnos.

Carter se puso en pie con una mueca de dolor. En lugar de discutir con él se puso la cazadora y salió de la tienda. Nick supo entonces que la mano le dolía de verdad.

Se dirigieron hacia el sendero bajo la frágil luz de la mañana. Nick sufría viendo a

Carter moverse de forma rígida y manteniendo el brazo separado del cuerpo, como si le diera miedo golpearlo. Deseó poder hacer algo porque el trayecto le resultara más llevadero. Entre las ramas caídas, los abundantes charcos y el sufrimiento silencioso de Carter, el camino se le hizo eterno.

En cuanto salieron del bosque, Buddy, Ellie y Cort echaron a correr por el jardín. Sonreían aliviados, pero se pusieron muy serios cuando vieron las vendas en la mano de Carter y las tensas facciones de esta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Buddy.

—Una cita sorpresa con la sierra de mano —murmuró Carter con los labios muy pálidos.

Les resumió lo ocurrido.

—Me la llevo al pueblo —dijo Nick—. Hacedme un favor, decidle a Gertie que vaya llamando. Ella ya sabe a qué médico vamos a ver.

Nick hizo subir a Carter a su camioneta, metió una motosierra en la parte trasera y salieron a la carretera principal. Conducía con cuidado.

A su alrededor la devastación era formidable. Los charcos invadían la carretera, había ramas de árboles por todas partes y hasta encontraron un roble caído que les cerraba el paso. Nick sacó la motosierra y con agilidad lo cortó en varios leños que tiró por encima del hombro. Cuando volvió a la camioneta Carter sonreía débilmente.

Cuando Nick la miró intrigado, ella le explicó:

—Me estaba acordando de la primera fotografía tuya que vi. Yo debía de estar aún en la universidad y tú acababas de hacer una masacre en Wall Street. —Dejó escapar una risa breve—. Te consideraban uno de los solteros más deseables de Estados Unidos.

Nick puso en marcha la camioneta.

—No me acuerdo de eso —dijo con la esperanza de que Carter siguiera hablando.

—Era la portada de una revista de economía. Mirabas a la cámara y tu expresión era de lo más seria. Parecías mucho mayor de veintitantos años, que era la edad que el artículo decía que tenías. Me acuerdo de que había un montón de chicas interesadas en ver la revista y que decían que eras el marido ideal.

—Y tú, ¿qué pensaste?

—Yo no estaba tan convencida. Pero me he reído porque nunca habría imaginado a ese hombre serrando un árbol en medio de las montañas Adirondacks, vestido con un pijama rosa mío y despejando la carretera para llevarme al médico.

Nick la miró unos instantes.

—Me alegro de que me dejes ayudarte.

Esperó una respuesta, pero Carter no se la dio. En lugar de ello, reclinó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos.



Capítulo 18

Después de que la viera el médico del pueblo, Carter se sentía aliviada y mucho menos dolorida cuando Nick aparcó la camioneta en el garaje.

—¿Quieres desayunar algo? —le preguntó.

—En realidad lo que me apetece es dormir.

—Tengo camas de sobra.

Carter pensó en el campamento encharcado, la tienda embarrada, la dura cama plegable y en el hecho de que estaba tan cansada que sentía la fatiga en los huesos.

—Gracias. Me vendría bien una cama blanda y que esté seca.

Cuando hubo comido algo, Nick la condujo al mismo dormitorio que había usado la otra vez y vaciló unos instantes en el umbral.

—¿Necesitas algo?

Carter negó con la cabeza.

—Las tostadas francesas de Gertie curan todos los males.

—Pues que descanses, entonces.

Carter le sonrió algo tensa.

—Gracias otra vez por tu ayuda.

—De nada.

Carter se puso nerviosa cuando Nick abandonó el umbral y se acercó a ella. Alargó una mano y se la puso en el hombro.

—¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí?

Carter le miró con expresión triste. Tenía poca fe en las palabras de Nick.

Los ojos de este buscaron los suyos y cuando los encontraron apartó la mano y su semblante se endureció.

—No puedo estar pidiéndote perdón todo el tiempo. Se acabó —murmuró.

Cuando se volvió para salir no había ninguna calidez en su mirada.

—Que disfrutes de tu soledad.

Al salir cerró la puerta con brusquedad.

Carter se sentó en la cama, abatida.

Había reconocido la expresión de la cara de Nick. Era la misma que tenía la primera vez que se vieron. Inescrutable, distante, temible.

Se había terminado, se dio cuenta aturdida. Nick iba a concederle lo que le pedía. La iba a dejar en paz.

Entonces, ¿por qué no sentía alivio? Se suponía que aquello tenía que hacerle sentir mejor. Acallar la tormenta en su interior. Que era precisamente lo que quería.

Se arrastró hasta el cuarto de baño, se quitó la ropa y se metió en la ducha. Incluyó la cabeza bajo el chorro de agua caliente y dejó que le corriera por los hombros.

No entendía por qué después de tomar la decisión correcta se sentía tan mal.

• • •

Cuando supo que Carter había vuelto ya del médico, Wessex fue en busca de Nick. Lo encontró en su despacho ladrando órdenes por teléfono y enseguida reparó en el cambio operado en su socio. Sin duda Farrell estaba de malhumor.

Wessex se detuvo en la puerta y se preguntó qué habría pasado. Nick parecía muy preocupado cuando subió a la montaña en busca de Carter. Ahora todo ese calor había desaparecido, como si no hubiera existido, y Nick parecía más frío que nunca.

Cuando le hizo un gesto impaciente para que entrara, Wessex cerró la puerta detrás de él y se sentó. Escuchó mientras Nick hablaba con frases cortas y palabras bien escogidas.

—Entonces, dentro de dos días salgo para Japón —decía con voz hosca—. Que me digan a la cara que pretenden cambiar los términos del acuerdo. Soy capaz de comérmelos vivos en la sala de juntas y lo saben perfectamente.

Colgó el teléfono y le dirigió a Wessex una mirada opaca.

Este vaciló. Tenía muchas preguntas en la cabeza, sobre todo referidas a su hija, pero tenía la impresión de que Nick no iba a contestárselas. No parecía de humor para hablar de temas personales de ninguna clase.

—Entonces, ¿qué hacemos con Packert? —preguntó por fin.

Nick se reclinó en su silla y cruzó los brazos.

—Estoy deseando aplastarle y luego desmontar CommTrans.

—¿La vas a vender? —Wessex parecía anonadado—. Pero ese no era el plan. Reconozco que Packert ha sido un tonto, pero...

—Me apetece. Dentro de un año CommTrans no será más que un recuerdo vago.

—Pero no necesitas el dinero y...

—¿Qué pasa? ¿Te están entrando escrúpulos ahora?

Wessex miró a Nick preguntándose cómo podía alguien tan joven ser tan duro.

—Entonces, ¿estás conmigo o no? —Las palabras de Nick eran cortantes.

—Lo estoy —contestó Wessex despacio—. Pero creo que deberías reconsiderar...

—Lo que haga yo con la compañía después de quedármela es asunto mío y de nadie más.

Nick cogió el teléfono y Wessex supo que la reunión había terminado. Mientras se ponía en pie y se estiraba la americana deseó que hubiera una forma de acercarse a

aquel hombre.

—Que tengas un buen viaje de vuelta —le dijo Nick mientras marcaba—. Y recuérdale a Packert que disfrute de la limusina. Cuando acabe con él se dará con un canto en los dientes si tiene para pagar un taxi.

Wessex salió del despacho enfrascado en sus pensamientos, preguntándose qué habría ocurrido entre Nick y su hija. A juzgar por la expresión vengativa en la cara de él, no parecía que las cosas se hubieran resuelto.

Cuando doblaba la esquina para entrar en el comedor se encontró con Packert. Le miró a los ojos y no pudo evitar compadecerle un poco al pensar en lo que se le avecinaba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Packert, que llevaba un plato lleno de comida que se había servido del bufé.

Wessex estuvo tentado de explicarle que estaba a punto de quedarse sin un céntimo.

—Perdona —dijo en cambio—. Ando un poco distraído.

—Pues ánimate. Hoy nos largamos de aquí. —El tejano le dio una palmada en el hombro con su mano carnosa—. Oye, estás un poco escuálido. Será mejor que te alimentes antes de irnos.

A Wessex empezaba a dolerle la cabeza y decidió que comer con Packert no haría más que empeorar las cosas. Así que se inventó una excusa y salió por una puerta lateral al aire cálido de verano. Echó a andar sin dirección concreta hasta que llegó al lago y encontró solaz en el sonido que hacían las olas al chocar contra la orilla rocosa. Después de la tormenta todo olía a nuevo y a verde, y Wessex paseó cerca del agua llenándose los pulmones de aire. Cuando llegó hasta el embarcadero salió al muelle, sus delgados mocasines resonando en las tablas mojadas. Juntó las manos a la espalda, se inclinó y miró hacia el agua.

Cuando un pez pasó nadando a su lado Wessex estaba pensando en el pasado. Y preguntándose, con el corazón dolorido, cuándo volvería a ver a su hija.

• • •

En la mansión, desde el porche de su habitación, Carter miraba pasear a su padre.

A pesar de estar exhausta le había resultado imposible dormir. Se quedó en la cama hasta que se le agotó la paciencia y entonces se levantó. Abrió las puertas acristaladas y salió a la terraza, sacó su malestar a la luz del sol.

Lo primero que vio fue a su padre caminar despacio hacia la orilla del lago. Paseaba por el jardín con las manos detrás de la espalda y la cabeza inclinada y parecía absorto en sus pensamientos. Luego le vio dirigirse al embarcadero.

Carter tomó una decisión. Entró en la habitación, se vistió e hizo la cama. Un momento después había salido de la casa y cruzaba el mismo césped por el que acababa de pasar su padre.

Este se volvió al escuchar pisadas en el muelle. La sorpresa y la esperanza iluminaron sus facciones.

—Qué limpia está el agua, ¿verdad? —dijo Carter con naturalidad cuando llegó a su lado.

—Sí, desde luego. —La sonrisa de su padre era de tímida bienvenida. Miró la mano de Carter—. ¿Qué tal estás?

Esta movió los dedos.

—Bastante bien, supongo.

No estaba segura de qué decir a continuación y tampoco su padre, al parecer. Se quedaron así, a pocos metros de distancia uno del otro y observando el agua.

—¿Te vuelves ya a la ciudad? —preguntó Carter con voz queda.

—En cuanto Packert termine de almorzar. Engulle a toda velocidad, pero tiene un estómago sin fondo. Así que puede tardar un rato.

Carter sonrió un poco y le miró de reojo.

—Anoche estuve muy preocupado por ti —reconoció Wessex al cabo de unos instantes.

—No puedo decir que fuera una experiencia agradable —admitió Carter—, pero al final todo salió bien. —De repente tuvo una idea—. ¿Has subido al piso de arriba?

—No.

—Pues tienes que ver esto —sugirió con súbita urgencia, conduciéndole al interior del cobertizo del embarcadero y al piso de arriba por las estrechas escaleras.

Cuando Wessex vio el tren dejó escapar un silbido de admiración.

—Lo mismo opiné yo cuando lo vi —dijo Carter.

Encendió el interruptor principal y el mundo en miniatura cobró vida. Los escaparates de las tiendas se iluminaron. De las diminutas chimeneas empezó a salir humo y el agua manó por la ladera de la colina. Usando los controles, Carter puso el tren en marcha.

Empezaron a hablar de los vagones y de la maqueta en una charla de lo más relajada que sorprendió a Carter. Le hizo acordarse de lo fácil que había sido en otra época hablar con su padre. Y se dio cuenta de cuánto le echaba de menos.

Disfrutaron del juguete hasta que Carter advirtió que el sol estaba bastante bajo.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó.

Wessex consultó su reloj de oro.

—Por Dios, si son más de las tres. Hace horas que debería estar en la limusina con ese tipo odioso.

Carter disminuyó la velocidad hasta que la locomotora se detuvo con suavidad delante de ella. Se resistía a apagar el motor. No quería que las cosas volvieran a ser como antes.

Pero no estaba segura de cómo cambiarlas.

Cuando las luces del tren se apagaron, su padre dijo.

—Esto ha sido una maravilla.

Carter estuvo de acuerdo.

—¿Nuestro tren sigue en la sala de billar?

—Sí, justo como lo...

No terminó la frase.

—Me acuerdo perfectamente —dijo Carter en un intento por sacar a su padre de sus dolorosos recuerdos—. ¿La montaña sigue sin estar montada del todo?

—Sí.

Los dos se dirigieron a la escalera.

—Pues igual debería pasarme algún día, cuando esté en Nueva York.

Su padre dio un paso vacilante.

—Me encantaría que vinieras a verme.

Carter sonrió en la penumbra.

Juntos salieron a la luz del sol y caminaron despacio por el césped hacia la casa.

De repente Carter se detuvo y se volvió hacia su padre.

—Me alegro de que fueras a verme ayer.

Vio atónita cómo las lágrimas se asomaban a los ojos de su padre y, de manera instintiva, alargó una mano para consolarle. Cuando se la puso en un brazo su padre la retuvo.

—¿Sabes que tu madre y yo te quisimos mucho? ¡Lo mejor que pudimos! Y yo sigo queriéndote.

—No llores —le dijo Carter con suavidad mientras su padre rebuscaba un pañuelo en sus bolsillos. Mientras se secaba los ojos, Carter era consciente de un fino hilo que los unía. Un vínculo tan delgado como la tela que tejen las arañas. Estuvieron un rato allí parados, dejando que el silencio les acercara el uno al otro.

Cuando entraron en la casa encontraron a Gertie arreglando un centro de flores en el vestíbulo. Les informó de que Packert ya se había marchado a la ciudad y que Wessex tendría que tomar el tren. Carter se ofreció a llevarle en coche a la estación.

Cuando su padre subió a coger sus cosas, Carter miró las manos nudosas de Gertie arreglar un ramillete de lilas.

—Tu padre es un buen hombre —dijo—. O por lo menos eso me parece. ¿Pasáis mucho tiempo juntos?

—Lo haremos a partir de ahora.

A Carter le sorprendía tener de repente ganas de estar con su padre. Solo días antes le había parecido algo imposible y ahora en cambio muchas cosas habían cambiado. Todo, al parecer.

Su padre reapareció con una maleta negra con sus iniciales.

—¿Dónde está nuestro anfitrión?

—Detrás de ti.

Nick apareció en el vestíbulo como salido de ninguna parte. Llevaba esmoquin, pero también zapatos náuticos.

Carter se sobresaltó al oír su voz y le miró a los ojos. Pero estos la ignoraron

como si no estuviera allí, lo que le dolió, aunque se dijo a sí misma que no debería ser así. Tampoco pudo evitar fijarse en lo anchos que parecían los hombros de Nick enfundados en aquella chaqueta negra, en cómo la blancura de la camisa contrastaba con su tez bronceada, en lo alto e imponente que era.

—¿No vas demasiado arreglado para navegar? —Wessex le brindó una sonrisa que Nick no le devolvió.

—Hay un baile de beneficencia en casa de Winnie y Curt Thorndyke, junto al lago. Le prometí a Curt que le ayudaría a asar el cochinito. Él no distingue un espetón de un péndulo.

Hablaba con naturalidad, pero su voz era fría.

—Conozco a Thorndyke —dijo Wessex—. Su mujer es muy aficionada a los caballos. Son socios del Borealis, ¿verdad?

—Sí. —Nick le tendió una mano—. Que tengas buen viaje. Te llamo.

—Gracias... —Wessex parecía dudar mientras le estrechaba la mano y miraba a Carter—. Por todo.

Con una sonrisa seca, Nick le dio la espalda.

—De nada.

Cuando cerró la puerta y salió, Carter le miró a través de la mosquitera. Nick se metió las manos en los bolsillos y paseó hasta el lago como si fuera la persona con menos preocupaciones del mundo.

Aquella indiferencia, que la hubiera olvidado tan fácilmente, la llenó de desamparo.

Lo que era una ridiculez, se dijo enfadada. No era el momento ahora de hacerse la ofendida. El instinto de supervivencia era más importante que el ego. Tenía que ser así.

Con todo, tuvo que controlarse para no maldecir en voz baja mientras subía al Jeep con su padre.

Cuando circulaban por la carretera de montaña, este le preguntó por la excavación y por lo que buscaban. Carter agradeció poder pensar en otra cosa.

—Estamos investigando la expedición Winship.

—Un episodio de lo más interesante de la historia de Estados Unidos. ¿Cuánto tiempo crees que os queda?

—Un par de semanas. Quizá menos. —Carter se preguntó si su padre habría percibido el dolor en su voz. Estaba segura de que sí.

—¿Estás enamorada de él, Carter? —La pregunta de su padre estaba llena de ternura y comprensión.

Carter se volvió y miró sus vibrantes ojos azules.

—No tengo mucha experiencia en esto de estar enamorada, pero no le encuentro otra explicación a lo mal que lo estoy pasando.

Su padre se volvió pensativo.

—Conozco a Farrell profesionalmente desde hace pocos años, aunque he oído

hablar de él desde que llegó a Wall Street. Es un tipo duro —reflexionó Wessex—. Buena persona, creo, pero muy duro. La mujer de la que se enamora tiene que ser de verdad extraordinaria.

Carter sufrió imaginando a la futura nueva novia de Nick.

—Bueno... Seguro que termina por encontrarla.

—A mí me parece que ya lo ha hecho.

Carter negó con la cabeza.

—Ya no. Él estaba convencido de que sí, pero le he sacado de su error. Así que seguirá con su vida y yo..., yo lo superaré de alguna manera.

A continuación cambió de tema y agradeció a su padre que no insistiera en lo de Nick.

Ya en la estación, Carter esperó en el andén hasta que el tren de las 16:19 arrancó entre chirriar de frenos y silbidos. De repente se les acababa el tiempo.

Llevada por un impulso, se acercó a su padre y le abrazó.

—Ya casi había perdido la esperanza —reconoció este mientras la estrechaba con fuerza.

—Adiós —dijo Carter con dulzura—. Nos vemos pronto.

Wessex cerró los ojos como si se le hubiera concedido un deseo. Después besó a Carter en la frente y subió los tres peldaños que conducían al vagón. Mientras el tren se alejaba Carter le vio acomodarse en un asiento junto a la ventana y le despidió con la mano hasta que desapareció.



Capítulo 19

Cuando Carter volvió al campamento arrasado se le cayó el alma a los pies. Todo estaba patas arriba, empapado y cubierto de barro. Había ramas de árbol por doquier, en el suelo o colgando en extraños ángulos, y el gran pino ya empezaba a pudrirse.

Se miró la mano vendada y se sintió inútil.

Se preguntaba por dónde empezar cuando vio a Buddy, Ellie y Cort, que venían del círculo de piedras.

—Menuda fiesta tuvisteis aquí anoche —dijo Buddy—. Entonces, ¿qué te ha dicho el médico de la mano? ¿Estás bien?

—Estaré como nueva en un par de semanas. —Carter recorrió el campamento con la vista—. Lo que es una faena, porque necesitaría ponerme a trabajar ahora mismo. Todavía nos queda mucha excavación por delante.

Cort sonrió radiante.

—Tal y como está todo aquí me parece que vais a tener que quedaros en mi casa unos días.

—¿Crees que a tu tío le importará alojar a dos hermosas mujeres bajo su techo? —preguntó Buddy.

—¿Dos? —le interrumpió Carter—. Dirás una. Yo me quedo aquí.

Su amigo arrugó el ceño.

—No seas ridícula. Estás lesionada.

Cuando Carter le miró con expresión resuelta, Buddy se ajustó los pantalones holgados con un suspiro divertido y se volvió hacia los chicos.

—Me parece que aquí la señorita y yo vamos a tener una pequeña charla. Mientras tanto, ¿porque no vaciáis las tiendas y tendéis todo lo que encontréis?

—No hace falta que hablemos —dijo Carter—. He decidido...

—¿Me acompañas, por favor? —Buddy la miró a los ojos mientras le ofrecía un brazo.

Con un comentario entre dientes sobre lo mandones que eran los hombres, Carter rechazó el brazo de Buddy y se internó con él en el bosque.

Cuando ya no podía oírles nadie, se puso en jarras.

—No podemos dejar esto solo. Y Ellie te necesita.

—Anoche lo pasó mal con la tormenta, pero estará perfectamente siempre que no venga otro tifón. —La voz de Buddy era contenida y serena—. Escucha, ya sé que dormir en la casa no es la mejor solución..., pero me preocupa tu salud. Es un corte serio y deberías tomarte unos días para recuperarte.

—Aquí estaré perfectamente —insistió Carter con obstinación.

—Con esa lesión no vas a poder hacer nada si viene alguien a husmear por aquí. Tiene más sentido que me quede yo. Es lo más seguro para todos.

Por muy creativa que fuera Carter, no sabía cómo rebatir aquel argumento. ¿Qué iba a hacer si alguien —si Lyst— se presentaba allí en plena noche? ¿Amenazarle con un fémur y una sola mano? Si se iba a la mansión, al menos podría dormir en una cama de verdad y darse duchas largas y reconfortantes que servirían para aliviar todos sus males.

Los del cuerpo al menos.

Pensó en cómo la había mirado Nick en el vestíbulo. Su expresión no había podido ser más distante y la decepción que había sentido Carter le resultaba inapropiada y desconcertante. ¿Qué esperaba? Le había echado de su lado porque era lo que tenía que hacer y él había vuelto a ser el hombre frío que conoció cuando entró en su casa la primera vez. ¿Qué pensaba que iba a pasar? ¿Que Nick iba a seguir suspirando por ella eternamente? ¿A marchitarse en una butaca en una habitación a oscuras con el corazón roto?

Pues sí, pensó. En realidad era eso lo que quería. Quería saber que él estaba sufriendo tanto como ella, o que al menos lo aparentara. No quería verlo vestido de esmoquin de camino a una fiesta. No era justo. Ella estaba hecha una pena y él se iba a asar un cochinillo.

Buddy chasqueó los dedos para llamar su atención.

—*Toc, toc*, ¿hay alguien ahí?

—Vale, me iré a la casa —gruñó Carter, resignada.

—Estupendo. Por cierto, ¿te importa si duermo en tu tienda? La mía no tiene goteras, por suerte, pero no vamos a poder mover las cosas hasta que resucitemos El Papiro.

—Por mí, fenomenal.

Cuando regresaron al campamento Ellie y Cort lo habían convertido en una lavandería. Habían sujetado cuerdas a los árboles y tendido en ellas sacos de dormir, toallas y ropa. También habían resucitado las tiendas de campaña.

—Interesante decoración —bromeó Buddy—. Bodegón con colada y un toque de imaginación. Me gusta.

Estaban decidiendo con qué ponerse a continuación cuando Cort consultó su reloj y puso cara de preocupación.

—Tengo que irme.

—Si esperas un poco bajo contigo. Antes voy... —le dijo Ellie sonriendo.

—No. Tengo que irme ahora. Te veo abajo a la hora de la cena.

Cuando se marchó a todo correr, Ellie miró a Carter decepcionada.

—No entiendo a los hombres.

Carter le apoyó una mano en el hombro en un gesto de solidaridad.

—Me gustaría poder decirte que cuanto más los conoces, mejor los comprendes.

—Pero ¿estarías mintiendo?

—Efectivamente.

—Oye, esperad un minuto —contraatacó Buddy—. Como único representante de mi sexo, me siento ofendido. Entender a las mujeres sí que es difícil. Tanto como intentar levantar un espagueti del suelo con un imán.

—Papá, esa metáfora es lo peor.

Carter sonrió.

—Ellie, también me gustaría poder decirte que la experiencia te da sabiduría.

—Pero no es así, ¿verdad?

—Efectivamente.

Los tres dedicaron el resto de horas de luz a ordenar El Papiro. Gracias a que Ivan le había prestado una sierra eléctrica, Buddy pudo aserrar el pino y llevarlo al bosque. Cuando terminó, Ellie y Carter le ayudaron a levantar la carpa. Aunque la mesa estaba en malas condiciones, consiguieron volverla utilizable a base de martillazos.

Cuando bajaron de la montaña se encontraron con que Gertie les había preparado la cena. Cort, que parecía alegrarse de ver a Ellie, se sentó a su lado durante la comida. Después los dos se fueron a ver la televisión y Buddy volvió al campamento.

Carter se fue a su habitación color melocotón y se puso un pijama de seda, un lujo que no podía permitirse cuando estaba en una excavación. La experiencia le había demostrado que siempre llegaba un momento en cualquier proyecto en que la tierra y las noches a la intemperie empezaban a hacérselo cuesta arriba. Aquella noche era uno de esos momentos, y decidió que se merecía un descanso después de todo aquello por lo que había pasado. Antes de acostarse, salió a la terraza a mirar las estrellas.

La brisa nocturna le acarició la piel y miró la luna bailar sobre el lago. Un chotacabras que entonaba su solitaria melodía una y otra vez le hizo desear poder compartir aquel momento con alguien.

Pero no con cualquiera.

¿Dónde estaría Nick ahora?, se preguntó. Se lo imaginó estrechando a otra mujer en sus brazos y se estremeció.

Dejó abiertas las puertas de par en par y se metió en la cama. Cerró los ojos. Se revolvió. Dio vueltas. Dio puñetazos a la almohada con la mano buena. Tardó mucho tiempo en quedarse dormida.

•••

El ronroneo constante del motor de la lancha bajó de intensidad cuando Nick se

detuvo ante el embarcadero. Después de apagarlo saltó al muelle. En cuanto sus pies tocaron el suelo, bajó la vista preguntándose por qué seguía teniendo la sensación de estar en el agua.

Aire, pensó. Necesito aire.

Aunque también era posible que se hubiera pasado con el *whisky* aquella noche.

Sí, era lo más probable.

Con mayor cuidado del habitual amarró la lancha y echó a andar hacia la casa. Comprobó que si mantenía la cabeza erguida podía caminar recto y sin marearse. El frescor de la noche parecía despejarle, así que se aflojó la pajarita y se abrió el cuello almidonado. Cuando aquello le hizo sentir mejor, se quitó la chaqueta del esmoquin y se la echó al hombro.

Qué horror de noche, pensó. Los Thorndyke eran bastante agradables, pero habían invitado al padre de Candace porque no se habían enterado de que Nick había roto con ella. El tipo había estado dándole la tabarra una hora sobre lo pésimamente que había tratado a su hija y la suerte que tenía esta de haber encontrado a alguien mejor que él.

Nick había empezado con el *whisky* en cuanto Hanson había abierto la boca. Y había seguido bebiendo mientras asaba el cochinito, con consecuencias desastrosas. Debido a que estaba más interesado en apurar su vaso que en otra cosa, el plato principal había quedado petrificado y reducido a la mitad de su volumen. En sus repetidos intentos por trinchar la carne, Thorndyke había partido un cuchillo y estropeado otros dos. Por fin había desistido y servido a sus elegantes invitados hamburguesas y perritos calientes. Cuando Nick se despedía le informaron de que en adelante no serían requeridos sus servicios como cocinero.

Dejó de andar y miró hacia la montaña. Escudriñó la oscuridad para intentar saber si había un fuego encendido en el campamento.

¿Estaría Carter dormida?, se preguntó. Se la imaginó acurrucada de lado, respirando profunda y pausadamente, las largas pestañas cerradas.

Se puso de peor humor todavía y maldijo en voz alta. Hanson le había sermoneado, había fracasado en su intento por asar aquel dichoso cochinito y ahora se le venía encima una resaca de órdago. Pero lo peor de todo era que estaba furioso con Carter y que esta se marcharía pronto.

Se pasó una mano por el pelo y siguió andando hacia la casa. Vio que había luz en el ala de invitados. Al parecer los Swift habían venido a cenar otra vez.

Volvió a mirar, esta vez más alerta, hacia la montaña.

Cambió de rumbo.

Dejó atrás la casa y cruzó deprisa el prado hasta el lindero del bosque. Localizó el sendero en la oscuridad y ascendió por la montaña con determinación y mientras ensayaba su discurso. Iba a cantarle las cuarenta, a decirle lo obstinada que era, lo intolerante, lo injusta...

Cuando llegó al campamento vio una luz en la tienda de Carter y fue directo hasta

allí. Bajó la cremallera y dijo:

—Y ahora, bonita, haz el favor de escuchar lo que tengo que decirte...

Buddy Swift levantó la vista de un tebeo, sorprendido.

Nick pestañeó, desconcertado.

Buddy rio.

—Me han llamado muchas cosas, pero lo de «bonita» es toda una novedad.

—¿Dónde está? —preguntó Nick.

—Abajo, en tu casa.

—Ah. —Nick se tambaleó un poco.

Buddy miró al hombre que había interrumpido su lectura y tuvo que taparse la boca con el número 7 de la revista *Superman* para que no le viera reír. No todos los días estaba uno en presencia de un multimillonario desmelenado y algo bebido.

—¿Estás bien?

—Pues claro que sí.

La voz de Farrell era áspera y su mirada hosca. También tenía pinta de ir a caerse al suelo de un momento a otro.

—¿No quieres quedarte aquí un momento? Igual te viene bien un minuto para tranquilizarte.

—No es mala idea.

—Ven —Buddy se levantó de la cama plegable—. ¿Por qué no te sientas? Yo tengo que salir a hacer la ronda.

Era algo que llevaba haciendo toda la noche, echar una cabezada y después recorrer la distancia entre el campamento y el círculo de piedras. Buscaba posibles intrusos, aunque no había encontrado ninguno. Más bien le habían encontrado a él.

Buddy se sentía triste por Nick y Carter. Los dos lo estaban pasando mal y deseaba que las circunstancias de la llegada a la casa de William Wessex hubieran sido distintas. Antes de aquello Carter parecía muy contenta. Por primera vez desde que la conocía, Buddy la había encontrado joven y despreocupada. Feliz de verdad.

Cuando no encontró nada raro volvió al campamento. En cuanto asomó la cabeza en la tienda gimió.

Nick roncaba como un bulldog tumbado en su cama con un brazo colgando por fuera y el otro doblado debajo de la cabeza.

No tenía pinta de ir a ninguna parte.

Puesto que no tenía elección, Buddy se quitó la cazadora y la enrolló para hacer una almohada. Era de esperar que la tierra estuviera algo más blanda después de tanta lluvia y que en el suelo de la tienda no hubiera agujeros.

• • •

A la mañana siguiente Carter se levantó temprano, deseosa de abandonar la casa sin cruzarse con Nick. Hizo la cama, se puso unos pantalones cortos y una sudadera y

bajó a la cocina. Allí se encontró a Cort y a Gertie con las cabezas muy juntas trabajando en algo. Lo escondieron en cuanto la vieron llegar.

A los buenos días de Carter, Cort contestó con un gruñido y cerrándose la bata. Tenía aspecto de recién levantado, con el pelo pegado a la cabeza en lugar de en punta y los ojos apenas abiertos.

—Ve a darte una ducha a ver si te espabilas —le dijo Gertie—. Solo de mirarte me está entrando sueño.

—Buenos días, Carter —masculló Cort al pasar junto a esta.

—¿Has pasado mala noche?

—Estuvimos viendo *Tiburón*.

Carter sonrió imaginando que Ellie y Cort lo habrían pasado bien juntos.

—¿Y por eso estás tan cansado?

—Es que la vimos tres veces —Cort bostezó.

—Ah.

Cort se volvió.

—Entonces, ¿podemos ir, Gertie?

—Tendrás que preguntárselo a tu tío.

Carter se puso tensa y miró de reojo como si Nick fuera a aparecer en cualquier momento. Empezó a retroceder hasta la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó Cort.

Gertie se encogió de hombros.

—No le he visto. Igual sigue dormido.

—No. Su cama está hecha. Lo sé porque he pasado por delante de su habitación y tenía la puerta abierta.

Gertie frunció el ceño.

—¿No ha dormido aquí?

Con el estómago encogido, Carter se volvió hacia la puerta, pero Gertie se interpuso en su camino y le colocó una taza de café en la mano buena.

Cort la adelantó.

—Voy a ver si está la lancha.

Cuando se marchó, Gertie miró a Carter a los ojos.

—Seguro que esto tiene una explicación. Nick conoce el lago como la palma de su mano y no es nada dado a hacer tonterías, tú ya me entiendes.

Carter intentó sonreír desde detrás del borde de la taza mientras se daba prisa por terminarse el café. Se preguntaba qué era peor, que Nick no hubiera vuelto a casa porque hubiera tenido un accidente o porque hubiera pasado la noche con otra mujer.

Vaya dos alternativas. Como tener que elegir entre una clavícula rota y un hombro dislocado.

—No es asunto mío —dijo con decisión—. Es un hombre adulto y puede hacer lo que le apetezca.

• • •

Nick se despertó con dolor de cabeza y al principio pensó que iba a tener otra migraña. Entonces se acordó del *whisky*.

Se giró con un gemido.

—A mí tampoco me gusta madrugar, te lo aseguro —dijo una voz irónica.

Nick abrió los ojos. Aunque le costaba enfocar, consiguió distinguir la sonrisa sarcástica de Buddy. Estaba tumbado en el suelo con la cabeza apoyada en un anorak enrollado.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Nick con voz rasposa.

—Lo mismo podría preguntarte yo a ti.

Y no le faltaba razón, pensó Nick mirando a su alrededor.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—No lo sé. Te presentaste en plena noche.

Los dos hombres se incorporaron despacio y Nick reparó en que Buddy tenía la misma expresión dolorida que, estaba seguro, debía de tener él.

—¿Significa esto que estamos saliendo? —preguntó Buddy imitando la voz de una chica.

—Lo siento. Soy hombre de una sola noche. ¿Qué hora es?

—Deben de ser casi las siete.

Se pusieron de pie y cuando salieron de la tienda Nick parpadeó por la luz que anunciaba el día. Se dio cuenta de que tampoco Buddy parecía tener muchas ganas de ponerse en marcha.

Buddy se estiró y la espalda le crujió a modo de protesta. Dijo con voz lastimera:

—Me acuerdo de cuando mi espalda aguantaba lo que le echaras. ¿Quién me mandaría ponerme a aserrar ese árbol yo solo?

—Arrogancia masculina —dijo Nick—. La misma que me llevó a mí anoche a beberme media botella de *whisky*.

—Estoy como si me hubieran dado una paliza.

—Y yo para el desguace.

—¿Te apetece un café?

Buddy fue a encender el hornillo de propano.

Nick asintió con la cabeza. Con mucho cuidado.

Mientras se hacía el café Buddy aventuró con naturalidad:

—Deduzco que anoche no venías buscándome a mí.

Nick se sentó a la mesa plegable.

—No venía buscando a nadie. Solo quería dar un paseo.

—¿Vestido de esmoquin?

—Me gusta arreglarme por la noche.

Buddy rio.

—Desde luego pareciste decepcionado al encontrarme en la tienda de Carter.

Nick se colocó las manos sobre la cabeza y empezó a balancearse de un lado a otro.

—Lo de anoche fue un arranque de locura provocado por el *whisky* y afortunadamente quedó en nada. Es una suerte que estuvieras tú aquí.

Buddy se acercó con dos tazas y le pasó una a Nick antes de sentarse.

—¿Estás seguro de eso?

—Segurísimo. —Nick dio un sorbo e hizo una mueca—. Madre mía, este café levanta a los muertos.

—Considerando nuestro estado, creo que es lo que nos hace falta.

Bebieron en silencio hasta que Buddy dijo con cautela:

—Conozco a Carter desde hace mucho tiempo. Parecía feliz cuando estabais juntos.

—Las cosas han cambiado.

—Ya lo sé. Ojalá no fuera así.

—No eres el único que lo piensa. —Nick dejó la taza de café medio vacía en la mesa.

—¿Quieres más?

Nick quiso negar con la cabeza, pero el dolor se lo impidió.

—No, no quiero que me dé un infarto.

Buddy dio un gran trago a su café.

—Qué flojo eres.

Nick se puso en pie con una sonrisa sardónica.

—Bueno, pues gracias por una hermosa velada.

—Ha sido un placer. Pero dime una cosa. ¿Cuándo volveré a verte?

—Yo te llamo.

—Sí, claro. Y yo me lo creo.

Con un guiño travieso, Buddy dijo adiós con la mano y siguió tomándose el café.

Nick se dirigió al sendero preguntándose si conseguiría bajar la montaña de una sola pieza.



Capítulo 20

Carter se terminó el café de un trago y se quemó el cielo del paladar. No tenía ningún interés en que le confirmaran que Nick había dormido fuera de casa. Había sacado ya sus propias conclusiones sobre lo que había estado haciendo todas esas horas.

—Creo que me voy para la montaña —le dijo a Gertie tratando de aparentar despreocupación.

—¿Vendrás a cenar?

—No creo. Arriba ya debe de estar todo casi seco.

Y es que pensaba quedarse en el campamento. Le daba igual si tenía que comer maíz frío directamente de la lata y dormir en un charco.

—No deberías preocuparte por Nick. Como he dicho, estoy segura de que todo esto tiene una explicación.

Desde luego que la tiene, pensó Carter con desdén. Por ejemplo, que había conocido a una modelo de metro ochenta con pelo del color del sol y labios de muñeca chupona. Seguro que ya estaban planeando la luna de miel en Mallorca.

—No se ha ido con una mujer —dijo Gertie como si le hubiera leído el pensamiento.

Carter se encogió de hombros.

—Y si lo ha hecho, es asunto suyo. No me interesa su vida privada. Nuestra relación es profesional.

Al darse cuenta de cómo la miraba Gertie, Carter insistió.

—Lo digo en serio.

—Mira que os parecéis los dos —dijo Gertie con tristeza.

—Los dos somos mamíferos, eso es cierto. Pero también lo son los elefantes y los delfines.

Carter abrió la puerta y casi había salido de la casa cuando recordó que tenía ropa arriba. Echó a correr, subió y cogió su bolsa. Se disponía a bajar las escaleras a toda prisa cuando vio a Nick entrar por la puerta principal.

Frenó en seco y se quedó justo en el borde del primer escalón.

Se fijó en lo *sexy* que estaba con aquel aspecto algo desaliñado y el corazón le dio

un brinco. Llevaba la chaqueta del esmoquin encima del hombro y el cuello de la camisa desabotonado. Los ojos grises estaban entrecerrados y tenía el pelo completamente despeinado, como si alguien se lo hubiera revuelto con los dedos.

¿Quién?, se preguntó Carter.

—Buenos días —dijo Nick al verla.

Carter le devolvió la mirada furiosa. Se colgó la bolsa del hombro y empezó a bajar las escaleras. Cuando llegó abajo Nick le cerró el paso.

—¿Has dormido bien? —le preguntó con sorna.

—No como tú, por lo que se ve —le espetó Carter—. Tienes bastante mal aspecto.

—Ha sido una noche rara —dijo Nick con una sonrisa traviesa—. E inesperada.

—Espero que te lo pasaras muy bien. —Carter colocó la bolsa entre los dos y trató de empujar a Nick, pero este se negó a moverse—. ¿Te importa dejarme pasar?

—Que trabajes mucho —dijo Nick en tono burlón.

—Eso ni lo dudes. Cuanto antes terminemos, antes podré salir de aquí.

—¿No estás contenta con las instalaciones en mi montaña y en mi casa?

—El problema es más bien el anfitrión —precisó Carter entre dientes antes de empujarle con fuerza.

Nick se apartó por fin y Carter se apresuró a salir.

Su trayecto montaña arriba estuvo marcado por numerosos insultos y paso ligero. Tardó la mitad de tiempo de lo habitual.

Cuando llegó, Buddy estaba intentando encender el fuego.

—Comida —le dijo a Carter a modo de saludo—. Necesitamos más.

Carter hizo un esfuerzo por sobreponerse.

—Porque te la habrás comido tú toda.

—Es que estoy en edad de crecer, oye. Tengo que alimentarme. —Buddy se puso en pie—. Se nos ha acabado casi todo. Estaba pensando en ir yo a hacer la compra. Cort y Ellie pueden quedarse aquí contigo.

Carter arrugó el ceño.

—No necesito canguros. Tengo un corte en una mano, no una deficiencia neuronal.

Las cejas de Buddy se arquearon tanto que Carter respiró hondo y le regaló una sonrisa.

—Bueno. ¿Y qué tal noche has pasado? ¿Tranquila?

—Pues no —dijo Buddy sonriendo también—. Y gracias a la interrupción ahora me veo en la tesitura de explicarle a Cort que su tío y yo estamos saliendo.

—¿Cómo dices?

—Pues que anoche el gran hombre y yo compartimos tienda. Tu tienda.

Carter abrió la boca de par en par.

—¿Nick?

—Sí.

—¿Estuvo aquí? ¿Contigo?

—Sí, y ronca como un serrucho. ¿Lo sabías?

Carter movió la cabeza, atónita.

—Pero ¿para qué subió aquí?

—¿Tú qué crees? Mucho *whisky* y poca Carter. Venía dispuesto a soltarte un discurso. Deberías haberle visto la cara cuando se encontró conmigo.

Carter rio.

—Me estás tomando el pelo.

—De eso nada.

—No me lo puedo creer —murmuró Carter antes de sentarse.

Buddy suspiró con teatralidad.

—Hasta se tomó un café conmigo esta mañana. Todo un caballero...

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Me hizo pensar que había estado por ahí con... —Carter negó con la cabeza—. Supongo que da igual.

Buddy se sentó a su lado.

—Vamos a ver. Un multimillonario sube a rastras una montaña en plena noche vestido de esmoquin solo para verte. Me parece que eso significa algo.

—Sí, bueno —murmuró Carter tratando de disimular lo halagada que se sentía—. Significa que está como una regadera.

—Eso mismo.

Carter miró a Buddy largo rato y luego sonrió.

—Buddy, deja de intentar venderme la moto, por favor.

—Oye, yo también estoy como una regadera y llevas años aguantándome.

—Pero no estoy enamorada de ti —dijo Carter con voz contenida.

La expresión de Buddy era esperanzada.

—¿Quiere eso decir...?

—No, tampoco estoy enamorada de él. Y no me mires así.

—¿Así cómo?

Carter puso los ojos en blanco.

—¿No deberíamos ponernos a trabajar en lugar de seguir hablando de mi inexistente vida sentimental?

Buddy le pasó un brazo por los hombros. Su cara era seria.

—Deberías ir a hablar con él.

Carter negó con la cabeza.

—No hay nada más que decir.

—Me parece que estás asustada.

—Eso ni lo dudes.

—Estás loca por él y después de lo que vi anoche me juego un ojo de la cara a que a él le pasa lo mismo —dijo Buddy con voz suave.

—Buddy, necesitas los dos ojos para trabajar. No te juegues uno, por favor. Y a ver si te he entendido bien. ¿Te parece mal que intente mantenerme alejada de un hombre sin sentimientos famoso por tratar a las mujeres como si fueran material de desecho?

—Estás exagerando un poco. ¿No te parece?

—Venga ya, si podría ser la imagen para una campaña publicitaria de «De usar y tirar».

—No seas absurda. Y además, tú eres distinta. —La convicción en la voz de Buddy le resultaba a Carter desgarradora, pues le recordaba aquello en lo que le gustaría tanto creer—. Tú no eres una de esas muñequitas de sociedad que siguen una dieta líquida a base de Chardonnay y solo piensan en comprarse modelos. Tú eres una mujer de verdad.

Carter se puso de pie buscando fuerzas para poner fin a aquel tema de conversación, para olvidarse de Nick.

—No tengo claro que el problema sean las mujeres que elige. Y ahora, ¿podemos cambiar de tema? Hace mucho tiempo que ya no me hago ilusiones respecto a Nick.

Buddy le cogió una mano.

—Carter, ¿hace cuánto que nos conocemos?

—Buf, pues no sé. ¿Seis años? Algo así.

—¿Y te he dado alguna vez un mal consejo?

Carter tuvo el impulso de contestar con una broma, pero vio que la expresión de Buddy era seria. Movi6 la cabeza. Lo que dijo entonces su amigo la cogió por sorpresa.

—Sé que te ha hecho daño. Mucho. Pero ¿sabes una cosa? El amor no es un camino de rosas y la gente hace cosas estúpidas cuando está enamorada. Comete equivocaciones. Reconozco a un hombre enamorado cuando lo veo porque yo lo he estado también. Y la persona que se presentó anoche en tu tienda era un hombre que echaba de menos a su mujer. No era ninguna estrategia para llevársela a la cama. Te quiere, estoy convencido. Así que deberías plantearte darle una oportunidad. ¿No te parece?

—Pero ¿y si me vuelve a hacer daño?

La sonrisa de Buddy estaba llena de sabiduría.

—Te lo hará. Y tú también a él. Y los dos lo superaréis. Así es como funciona la cosa.

Carter resopló.

—Debería haber una manera más fácil.

—Si la encuentras, dímelo. Pero te voy a decir algo. —Tenía los ojos llenos de añoranza y amor—. Jo-Jo y yo llevamos casi veinte años peleándonos y haciendo las paces y no cambiaría ni un solo momento de mi vida con ella.

Se levantó.

—Y aquí termina mi discurso. Vamos a ver cómo está la excavación.

Mientras caminaban hacia el círculo de piedras, Carter tenía muchas cosas en la cabeza.

Cuando llegaron comprobaron el grado de humedad del suelo, que era menor de lo que habían esperado, y decidieron que podían empezar a trabajar de nuevo. Aunque no conseguía sacarse a Nick de la cabeza, Carter se colocó en el recuadro que había dejado sin terminar. Le resultaba difícil excavar con una sola mano, pero hizo lo que pudo. Mientras manejaba con torpeza la paleta le sorprendió comprobar que al poco tiempo esta chocaba contra algo duro. Parecía un hueso.

—Creo que hemos encontrado otro —dijo.

Buddy se acercó y la ayudó a descubrir lo que resultaron ser unas costillas. Entre los huesos había unos botones de metal como los que usaba el modesto ejército colonial.

—Me parece que es otro rebelde. —Carter se acuclilló, satisfecha del descubrimiento—. Así que tenemos dos colonos y dos británicos.

—Está solo a unos metros del chaqueta roja que encontramos. Puede que alguien los enterrara en el mismo sitio en que murieron durante la escaramuza.

—Suponiendo que este sea un soldado rebelde —aventuró Carter—. Entonces es probable que al menos parte de lo que cuenta Farnsworth en su diario sea cierto. Dos soldados rebeldes lo escoltaron a través de las montañas y allí les salieron al paso dos de sus hombres, que se suponía que debían llevar consigo a Nathaniel Walker.

—Pero que no lo llevaban porque planeaban una emboscada.

—Luchan.

—Halcón Rojo mata a todos menos a Farnsworth.

—Y desaparece con el oro —concluyó Carter—. Entonces, ¿dónde está el reverendo?

Los dos miraron hacia el trozo de terreno aún sin excavar.

Juntos se pusieron a desenterrar el esqueleto y para cuando llegaron Cort y Ellie, justo antes del almuerzo, habían liberado casi toda la mitad superior del cuerpo.

—¡Habéis encontrado otro! —exclamó Cort—. ¿Creéis que puede ser Winship?

—Lo dudo —dijo Carter—. Que sepamos él no llevaba uniforme y estos botones parecen indicar que este era un soldado del ejército colonial.

—Entonces, ¿dónde está el reverendo? —preguntó Ellie.

—¿Y el oro? —añadió Cort.

—No tengo la respuesta a ninguna de esas preguntas —Carter recorrió la excavación con la vista—, pero no creo que el oro esté aquí. Si alguien se tomó el tiempo necesario para enterrar estos cuerpos, me cuesta trabajo creer que no se llevara después el oro.

Durante las horas siguientes trabajaron en colaboración para desenterrar el esqueleto. Avanzaron bastante y Carter decidió que para cuando terminara el día era muy posible que tuvieran los huesos y los artefactos que venían con ellos fotografiados y puestos a buen recaudo. Justo cuando el sol empezaba a descender

hacia el horizonte, Buddy se enderezó con un gruñido y anunció que se iba al pueblo.

—Te acompaño —dijo Ellie—. Cort, ¿te vienes?

—No, creo que me voy a quedar.

Ellie pareció desconcertada, pero enseguida levantó la barbilla y siguió a su padre.

Cuando estuvieron solos, Cort le preguntó a Carter con voz suave:

—¿Estás bien?

Carter estaba concentrada en los huesos del brazo del esqueleto.

—Pues claro, me cuesta un poco con una sola mano, pero...

—Me refería a tu padre.

Carter le miró. Cort tenía los ojos fijos en la excavación. Trabajaba concentrado, como si no hubiera pronunciado palabra, pero su actitud era de alerta.

Carter sonrió, conmovida por la preocupación que Cort se esforzaba por disimular.

—Sí, estoy muy bien. Me gustó verle.

—Genial.

—Y gracias por preguntar.

Siguieron trabajando cuando oyeron a alguien acercarse entre los árboles procedente del camino trasero de la montaña.

Carter se puso tensa y Cort levantó la vista. No podía ser Buddy, pensó. Lo que dejaba dos posibilidades, ninguna de las cuales le hacía gracia. Nick o Lyst.

—Debe de ser un ciervo —dijo.

—No me ha sonado a Bambi.

—Igual es un turista husmeando. O Ivan.

—No. A Ivan no se le oye cuando va por el bosque. Aunque sea otoño y haya hojas en el suelo.

El ruido subió de volumen. Carter se levantó con el presentimiento de que algo peligroso iba a suceder en el preciso instante en que Conrad Lyst entraba en el círculo de piedras. Carter contuvo el aliento.

—Por mí no te pares, Carter —dijo en tono de broma—. ¿Quién es tu compañero de excavación?

Antes de que Carter pudiera decir nada, Cort saltó.

—Soy Cort Farrell. Oye, yo a ti te conozco. Eres el tipo al que echó Ivan de aquí.

—Ah, el hijo del amo —murmuró Lyst recostándose contra una de las piedras de mayor tamaño. Fijó los ojos en Cort como si quisiera memorizar su aspecto.

—Soy su sobrino.

—No me digas.

Cort sacó pecho y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

La mirada de Lyst se posó en Carter, acariciándola de una manera que la hizo sentirse sucia.

—Pues es que no soportaba estar más tiempo separado de... mi amiga.

—Igual es que necesitas entrenarte —dijo Carter en voz baja ante la mirada confusa de Cort.

Estaba preocupada por él e intentaba pensar en la manera de sacarlo de la montaña.

Lyst esbozó una sonrisa.

—Te he echado mucho de menos, Carter. —Su voz era la de un amante—. Odio que estemos separados.

Cort entrecerró los ojos y Carter no quiso ni imaginar las conclusiones que podía estar sacando. No entendía lo que pretendía Lyst. Parecía decidido a dar la impresión de que había algo entre los dos. O quizá es que de verdad se sentía atraído por ella.

Pensó en todas las veces que se había bañado desnuda en el río y la idea de que Lyst hubiera podido espiarla la puso enferma.

—Veo que habéis encontrado otro esqueleto. Lleváis ya cuatro, ¿no?

—Creo que deberías irte —le dijo Carter tratando de aparentar serenidad—. El señor Farrell ha dejado muy claro que no quiere verte en su propiedad y está a punto de llegar.

Era una mentira como una casa y Carter confió en que Cort, que la observaba con atención, no le llevara la contraria. Intentaba desesperadamente calcular cuánto tardaría Buddy en volver. Al menos faltaba una hora.

—Me encantará volver a ver a Farrell —murmuró Lyst y a continuación inspeccionó el yacimiento—. Habéis estado muy ocupados. Ya no queda demasiado terreno por excavar.

Hubo una pausa tensa y a continuación Lyst le dirigió a Cort una sonrisa de lo más hipócrita.

—¿Te importaría dejarme un minuto a solas con mi amiga? Tenemos que hablar de un tema, esto..., personal.

Cort vaciló.

—No pasa nada —se apresuró a decir Carter—. ¿Por qué no vas a decirle a Gertie que enseguida bajo a cenar?

Miró a Cort con autoridad y rezó al cielo para que este no se resistiera. Cort abrió la boca como si fuera a hacerlo, pero acto seguido salió corriendo del círculo de piedras. Carter se sintió inmensamente aliviada.

—Qué joven tan atractivo —dijo Lyst acercándose a ella—. Aunque parecía algo confuso respecto a la naturaleza de nuestra relación.

—¿De qué hablas? —siseó Carter y dio un paso atrás mientras intentaba disimular lo asustada que estaba.

Lyst frunció el ceño.

—Te he visto con Farrell, por si no lo sabías. He visto cómo le miras. Si no fuera como soy, lo interpretaría como una traición.

Carter miró la espátula que había dejado en el suelo y decidió que si Lyst se

abalanzaba sobre ella la cogería. Era lo más parecido a un arma que tenía cerca.

—¿Y qué te ha pasado en la mano? Te dejo sola dos días y te haces pupita. Menos mal que la llevas vendada. Es importante curar las heridas que sangran tanto como esa.

Mientras aparentaba serenidad, a Carter se le ocurrió que tal vez se había quedado corta al pensar en Lyst simplemente como alguien sin principios.

—No debe de faltar mucho para que aparezca mi oro —dijo Lyst acercándose aún más a Carter.

Esta no tenía ganas de discutir sobre el uso del adjetivo posesivo en aquella frase.

—No creo que esté aquí.

—¿Ah, no? Pues yo estoy convencido, y rara vez me equivoco en estas cosas. Está aquí, por alguna parte. —Miró a Carter de arriba abajo—. Puedo olerlo. Quizá no aquí exactamente, pero en algún lugar de esta montaña. ¿Dónde vais a excavar después?

—En ningún sitio. Cuando terminemos aquí me voy.

—¿Estás segura de eso? Creo que deberías estar más motivada. Tienes mucho que perder. Ese granero en Burlington en el que tanto tiempo pasas trabajando, por ejemplo. Los incendios domésticos son algo muy habitual, como sabes. Y si no, piensa en ese chico tan encantador. Sería horroroso que le pasara algo. Un accidente de alguna clase, como una caída en el bosque, por ejemplo. Los adolescentes son muy descuidados.

Un sudor frío se apoderó de Carter.

—No te atrevas ni a acercarte a él.

—Pero bueno, qué protectora te veo. Casi maternal. —Lyst se acercó un paso más—. Pero la que a mí me gusta de verdad es la chica. Con ese pelo rojo tan bonito y esa piel tan clara. La de cosas que podría enseñarle.

Hizo un gesto con la mano para impedir que Carter hablara.

—Sí, ya lo sé... Me vas a decir que no me acerque a ella —dijo Lyst imitando su voz—. La cuestión es ¿qué estás dispuesta a hacer tú para protegerlos?

De entre los árboles llegaron unas voces apremiantes llamándola, auténtica música a oídos de Carter. Suspiró de alivio.

Lyst miró furioso en dirección a las voces de los buenos samaritanos.

—Voy a explicarte lo que tienes que hacer. Terminas de excavar este bonito arenero y si encuentras el oro, me lo das. Y si no lo encuentras, sigues excavando hasta que aparezca.

—Te has vuelto loco.

Lyst ladeó la cabeza.

—Es curioso que digas eso, porque yo me siento de lo más lúcido.

Las voces subieron de volumen.

—Tus amigos están preocupados por ti —dijo Lyst—. Estoy seguro de que tendrás la tentación de hablarles de nuestro pequeño acuerdo, pero mejor lo

mantenemos en secreto. ¿Te parece? Por el bien de los chicos.

Rio y en un gesto rápido agarró a Carter. Le quitó la gorra y le tiró del pelo hasta que Carter pensó que iba a arrancarle el cuello. La miró largamente a la cara.

—Sé que has estado con Farrell. Es una perita en dulce y me gustan las mujeres ambiciosas. —Los ojos negros de Lyst se detuvieron en cada una de las facciones de Carter—. No me importa que me seas infiel, que lo sepas. Siempre que pienses en mí cuando él esté dentro de ti.

Carter dio un respingo y quiso apartar la mirada, pero Lyst la sujetó por la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

—Hasta muy pronto —le dijo a escasos centímetros de su boca.

—Como intentes besarme, te muerdo el labio.

—¿Me lo prometes? —susurró Lyst.

Y con eso desapareció.

Carter se tambaleó hasta apoyarse en una de las piedras en el mismo momento en que llegaban Cort e Ivan.

—Ahora vengo —dijo este último antes de internarse en el bosque. Llevaba una escopeta.

Cort corrió hacia Carter.

—¿Te ha hecho daño?

Carter negó con la cabeza y se preguntó cuándo dejarían de temblarle las manos y los pies.

—No sabía que conocieras a ese tío. —Había un asomo de desconfianza en la voz de Cort.

—Es que no le conozco.

—Pues por lo que decía parecía que los dos...

Carter movió la cabeza con énfasis.

—No tengo ni idea de qué iba todo eso. Casi no le conozco.

Cort se relajó un poco.

—Daba bastante miedo. Por eso fui a buscar a Ivan.

—No te preocupes por Lyst. Es inofensivo. —Carter trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—A mí no me ha parecido inofensivo.

—Oye, seguro que los Swift están a punto de llegar. Vamos a esperarles y así les ayudamos a descargar el coche.

Cort la miró como diciendo: no me creo nada de lo que dices, pero la siguió hasta el sendero. Antes de emprender el descenso, Carter le miró con cara seria.

—Esto se lo cuento yo a Buddy. ¿De acuerdo?

—Me imaginaba que dirías eso. Y además, no quiero que Ellie se asuste.

Cuando llegaron a la mansión Buddy y Ellie estaban descargando las provisiones.

Carter decidió poner buena cara y les saludó con voz alegre.

—Reconforta saber que el instinto cazador-recolector aún pervive en el mundo

moderno.

—Qué de cosas —dijo Cort caminando hasta Ellie, quien le saludó con cierta reserva.

Buddy salió de detrás del Range Rover cargado con bolsas de plástico llenas de comida.

—Oye, Carter, ¿le llevas esto a Gertie?

Carter cogió una bolsa con ruibarbo y fresas.

—¿Y esto?

La sonrisa de Buddy delataba placer anticipado.

—Hay quienes disfrutan haciendo tartas y quienes disfrutan comiéndolas.

Carter le dio la espalda, luchando contra sus emociones. Aunque simulaba estar tranquila, lo cierto era que le estaba costando trabajo recuperarse del miedo que había sentido en la montaña, con Lyst, y sabía que iba a tener que hablar de ello con Buddy. Y pronto. La amenaza que Lyst representaba era muy real y no estaba segura de cómo protegerse ella misma y a los Swift.

Cuando entró en la cocina por la puerta trasera, el fresco ambiente del interior de la casa sustituyó al calor de la tarde estival. Carter inspiró hondo en un intento por tranquilizarse. Olió a manzanas y vio que había un frutero lleno de Granny Smith en una de las encimeras de la cocina. Fue entonces cuando vio a Nick junto al fregadero y dio un respingo.

—Pensaba que teníais prisa por marcharos —dijo este con voz áspera. Estaba pelando una de las manzanas, retirando la piel verde y lustrosa de un solo corte. Carter dejó la bolsa con comida encima de la mesa.

—Y la tenemos.

La voz le había salido de lo más contenida, pensó.

—Pues me parece mucha comida. —La expresión de Nick con el cuchillo en la mano era de lo más fría.

—Buddy debía de tener hambre cuando hizo la compra.

—Tengo entendido que Ivan ha subido a la montaña con la escopeta —dijo Nick con fingida indiferencia. Terminó de pelar la manzana, dejó el cuchillo y mordió la fruta con un chasquido—. ¿Hay algún problema?

Carter estaba confusa. Lo último que quería era mezclar a Nick en la excavación. Si le contaba que Lyst había vuelto, con lo territorial que era, era capaz de ponerse a hacer guardia él mismo en el yacimiento.

Y lo que quería era verle menos, no más.

—La verdad es que no —contestó.

—O sea, ¿que le apetecía desfilas un rato con un arma en la mano y vestido de cazador? Pues que yo sepa a Ivan nunca le ha interesado la moda. —Nick dio otro mordisco a la manzana, sus dientes blancos atravesando la carne crujiente—. ¿Te estaba molestando alguien?

—No era más que un turista. No tiene mayor importancia.

La tensión que había en la habitación le estaba dando a Carter ganas de gritar. Se volvió e hizo ademán de marcharse.

—Me estás mintiendo.

Carter se detuvo con una mano en el picaporte.

—Cort me lo ha contado. Y lo del oso también era mentira, ¿a que sí?

Carter vaciló, tenía ganas de darse de bofetadas.

—¿No tienes nada que contarme? —La voz de Nick era fría, despojada de toda emoción.

Se terminó la manzana en silencio y tiró el corazón a la basura.

—No —dijo Carter por fin.

—¿No? —Nick cruzó los brazos—. Se presenta en la excavación un tipo al que ya he tenido que echar de mi propiedad, mientes dos veces sobre él, ¿y sigues pensando que no me debes una explicación?

—Yo no le pedí que viniera. No le quiero en la excavación.

Carter le miró tensa y salió. La puerta mosquitera se cerró a su espalda.

Cuando la oyó de nuevo supo que Nick había salido detrás de ella.

—Tú y yo no hemos terminado de hablar de eso. Ni lo sueñes.

Carter se giró sobre sus talones. Al mirarle recordó lo alto que era.

—No hay nada más que hablar.

Nick la miró con dureza.

—No haces más que hablar de lo importante que es la confianza —dijo con amargura— y luego eres tú la que no es de fiar.

Carter abrió la boca para hablar pero Nick no la dejó:

—¿Estás colaborando con Lyst?

—¡Pues claro que no!

—Entonces, ¿quieres hacer el favor de explicarme por qué me has ocultado sus visitas? ¿Te estás acostando con él?

Carter tomó aire.

—Pero ¿cómo te atreves?

—Le estás protegiendo. Tiene que haber una razón para ello.

—Pues te aseguro que no es... —Se estremeció—. Y no le estoy protegiendo.

Nick levantó el dedo índice.

—No me gusta que me tomen el pelo. Si descubro que hay algo entre vosotros dos, me voy a ocupar personalmente de que te retiren la beca por fraude.

—No hay nada entre Lyst y yo. —Carter negó con la cabeza—. Mira, Lyst está desesperado porque tiene más ambición que talento. Es capaz de cualquier cosa por medrar, pero yo no pienso mover un dedo para ayudarle.

—¿Y qué me dices de las mentiras?

—¿Qué pasa con eso?

Nick echó la cabeza atrás y soltó una carcajada. No era una risa agradable.

—No sé cómo se me ocurre esperar una disculpa. Tú lo único que sabes hacer es

rechazarlas. —Su voz estaba tensa por la ira—. Pero hazme un favor. La próxima vez que juzgues a alguien por no contar algo, acuérdate de esta pequeña anécdota. Así no quedarás como una hipócrita. Confianza. Por Dios. Y pensar en lo culpable que me has hecho sentir.

Y con esto se dio la vuelta y se fue al garaje.

Carter le miró alejarse, paralizada. Se daba cuenta de lo incoherente de su comportamiento y empezaba a sentir remordimientos. Nick tenía razón. Le había mentido y ahora que lo pensaba, por razones de lo más tontas.

Qué duro es bajarse del pedestal de la superioridad moral, pensó.

Fue a reunirse con los demás junto al Range Rover mientras seguía dándole vueltas a lo equivocado de su proceder.

—Entonces, os quedáis todos a cenar, ¿verdad? —preguntaba Cort.

Carter se puso rígida.

—Yo ya he encargado la tarta de postre —contestó Buddy desde el *quad*. Estaba sujetando provisiones con una cuerda elástica.

—Pues espera a probar la de frutas. Ivan dice que es la mejor —dijo Cort mientras se subía al vehículo—. Ellie, ¿subes conmigo?

Ellie pareció dudar un instante, pero a continuación subió al *quad* detrás de Cort. Mientras se alejaban, su melena rubio cobrizo flotaba en la brisa estival.

—Ay, el amor de juventud —suspiró Buddy con una sonrisa—. Casi tan maravilloso como la tarta.

Después de colgarse las mochilas, Carter y Buddy echaron a andar por el césped. Mientras pisaba la hierba alta Carter tenía la sensación de que su vida se desmoronaba y se preguntó cuándo volverían las cosas a ser como antes.

Si es que eso era posible.

—Estás muy callada —comentó Buddy.

Carter miró a su amigo. Recordó lo que le había dicho Lyst y decidió contarle a Buddy su última visita.

—Creo que Ellie debería dormir en la casa.

—¿Para que se pase la noche viendo películas de miedo con Cort? Quería que aprendiera algo este verano, pero no precisamente historia del cine de terror.

—Lyst ha vuelto.

A Buddy se le borró la cara de placidez.

—¿Cuándo?

—Hoy.

Parecía alarmado.

—¿Le has visto?

Carter asintió tratando de parecer calmada.

—¿Estabas sola?

—Con Cort.

—¿Qué quería?

—Creo que Ellie debería quedarse en la casa. —Las suaves palabras de Carter estaban llenas de significado.

Buddy se paró.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

—Ha venido a husmear. A ver qué habíamos encontrado.

—Y entonces, ¿por qué quieres a Ellie lejos de la montaña?

Carter se esforzó por no parecer alarmada.

—Creo que sería más seguro.

Buddy abrió mucho los ojos detrás de sus gafas.

—Debería mandarla de vuelta a Cambridge, ¿no?

Carter asintió.

—Pues se va esta misma noche.

Cuando echaron a andar de nuevo, lo hicieron a paso ligero.



Capítulo 21

Nick estaba llegando al garaje cuando Ivan salió de la oscuridad del mismo.
—Precisamente venía a verte. ¿Se puede saber qué coño está pasando ahí arriba?

—Dentro tengo un regalito para ti.

—¿Ah, sí? —La voz de Nick era sombría.

—He atrapado a un fugitivo.

—¿Es Lyst?

—No sé cómo se llama, pero no es la primera vez que he tenido que correr detrás de él.

Ivan condujo a Nick hasta un rincón del garaje donde Conrad Lyst estaba atado a una silla de jardín con una cuerda desgastada de las que se usan para esquí acuático.

—Os voy a demandar por detención ilegal —empezó a gritar.

Nick cruzó los brazos y se apoyó tranquilamente en el capó de su Porsche.

—Ivan, ¿por qué has usado cuerda de esquí acuático? Creí que habíamos quedado en que a los intrusos hay que atarlos con alambre de espino.

—Ha sido un despiste.

La cara de Lyst resplandecía de furia.

—Voy a llamar a la policía, a los periódicos y a...

—¿Y hacer qué? —le interrumpió Nick—. ¿Explicarles que has estado colándote en mi propiedad?

—¡He sido brutalmente maltratado por tu..., por este... guardés y atado como un perro!

—Ivan, ¿le has maltratado?

—No.

—Pues qué pena. —Nick se volvió hacia Lyst—. Y ahora dime: ¿qué hacías en mi montaña... otra vez?

—Visitar a una colega —contestó Lyst, que añadió con un ligero tono lascivo—: Por invitación suya.

Nick apretó los dientes.

—¿No me digas? Me pregunto por qué no nos contó que ibas a venir.

—Me parece que es evidente. Disfruta de mi compañía a nivel... personal. Inmensamente. Nuestros encuentros han sido de naturaleza privada.

Nick se acercó al hombre atado y apoyó las manos en los brazos de la silla. Pegó su cara a la suya y le dijo:

—Hoy me siento generoso, así que estoy dispuesto a hacer un trato. Si te mantienes lejos de mi propiedad y de ella, consideraré la posibilidad de dejarte marchar sin un collarín.

—No me puedo creer que estés amenazándome, Farrell. ¿Crees que te conviene tanta mala publicidad?

Nick miró a Ivan.

—Le ofrezco un trato y me lo tira a la cara.

—¡Hace falta ser ingrato! —dijo Ivan con una ancha sonrisa.

—O eso, o estúpido. —La mirada de Nick se fijó de nuevo en Lyst—. No me puedo creer que seas tan tonto. No estarás buscando provocarme, ¿verdad?

—No conseguirás apartarme de ella.

Los ojos de Nick se detuvieron en su yugular.

—Repíte eso.

—Sería como pedir peras al olmo —soltó Lyst—. No tienes fama de hombre posesivo, al menos no es eso lo que dice la prensa del corazón. Y sé que ella es buena en la cama, pero...

La mano de Nick se cerró alrededor del cuello de Lyst como un garrote.

—Yo me lo pensaría dos veces antes de seguir contando mentiras como esa.

Lyst se asfixiaba.

—Suéltame.

—¿Por qué? Me lo estoy pasando pipa. —Nick miró a Ivan—. Además, ¿no me decías el otro día que tenía que fortalecer los brazos?

—Desde luego. Las velas pueden ser muy pesadas y hay que tener los brazos en forma para manejarlas.

—¿Lo ves? —dijo Nick apretando más fuerte y mirando cómo los ojos de Lyst parecían a punto de salirse de las órbitas—. Te podría incorporar a mi tabla de ejercicios diaria. Te guardaríamos en una esquina, colgado del techo y te usaríamos de saco de boxeo.

—Vete... al... cuerno.

—Y cuéntame: ¿qué tal es eso de la hipoxia? Supongo que se te empieza a nublar la vista y las extremidades se van durmiendo. Y los pulmones te tienen que estar quemando.

—Imagino que debe de ser parecido a ahogarse —propuso Ivan encantado de colaborar.

—Suéltame... —La voz de Lyst era un susurro forzado.

—Te quiero lejos de mí y de los míos.

—Vale —graznó Lyst.

Nick aflojó la mano y Lyst se desplomó, respirando con dificultad.

—Este es el trato —dijo Nick autoritario—. Si hablas con la prensa, si vuelves a entrar en mi propiedad o te acercas a Carter, te encontraré donde estés y tu vida será aún más triste de lo que ya es. ¿Entendido?

A Lyst le costaba mantener la cabeza erguida, pero su mirada era desafiante.

—¿Y qué pasa si ella quiere verme a mí?

—Dudo que ese sea el caso.

—No puedes controlarla.

—Entonces más te vale rezar porque no quiera tener nada que ver contigo. Eso aumentará tus posibilidades de sobrevivir. —Nick se volvió hacia Ivan—. Echa a esta basura de aquí.

• • •

—¿Cómo? —exclamó Ellie indignada.

Estaba segura de haber oído mal a su padre.

—Tienes que irte —repitió Buddy con suavidad.

—Pero ¿de qué hablas? ¡No pienso hacerlo! —La muchacha se sonrojó.

No podía marcharse, no cuando las cosas con Cort pintaban tan bien. La noche anterior incluso le había abierto su corazón y le había contado cómo habían muerto sus padres. Su relación era cada vez más íntima. Casi como si estuvieran saliendo.

Su padre le puso una mano en el hombro. La expresión de su cara era una mezcla de preocupación y determinación que hizo sentirse a Ellie como si tuviera la soga alrededor del cuello.

—Ya casi hemos terminado de excavar.

—Casi, pero todavía no —saltó Ellie—. Entonces, ¿por qué tengo que irme?

—Hay un tren que te llevará a Albany y desde allí cogerás un autobús a Boston. Llamaré a tu madre para que vaya a recogerte.

Ellie entornó los ojos y estudió la cara de su padre.

—Hay algo que no me estás contando.

Buddy se encogió de hombros.

—No queda gran cosa que hacer y si te vuelves ahora te da tiempo a entrar en los cursos de verano de Harvard.

—He trabajado tan duro como el que más y me merezco estar hasta el final del proyecto. Quiero quedarme aquí. —Ellie miró a Cort.

—Sabes que una vez en casa puedes invitar a quien quieras —dijo Buddy.

—¡No pienso irme!

—Lo siento...

—No hay nada que sentir. Me pienso quedar.

De repente la voz de Buddy bajó una octava y se convirtió en algo parecido a un rugido.

—Recoge tus cosas si no quieres que lo haga yo.

Ellie se quedó muda. Su padre nunca hablaba de forma tan autoritaria a menos que ocurriera algo realmente malo.

Y ella tenía derecho a saber lo que ocurría, pensó Ellie.

Pero antes de que pudiera decir nada más miró a Cort. Este le hizo un gesto con la cabeza que parecía decir: «*Tú obedece, que ya nos inventaremos algo*».

—No me puedo creer que me hagas esto —masculló Ellie.

Cuando entró en su tienda para empezar a recoger sus cosas, Cort la siguió.

A Ellie le consoló comprobar que también él parecía muy disgustado cuando se sentaron juntos en la cama plegable.

—No quiero irme —susurró—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿No puedes convencerle?

Ellie negó con la cabeza, desanimada.

—Solo le he visto así un par de veces y no va a ceder. Ojalá supiera a qué viene todo esto.

—Luego te lo cuento. ¿Y no puedes llamar a tu madre? Igual ella le convence.

—No, ya no estaba contenta de que yo fuera a estar fuera tanto tiempo. Así que estará encantada de tenerme en casa.

—¿Y si le habla Carter?

—Puede. Pero dudo que ni siquiera ella consiga hacerle cambiar de opinión.

Ellie miró a la nada como si esperara que apareciera por ensalmo una solución a su problema.

Cort tomó aire y a continuación soltó:

—Bueno, pues entonces nos largamos de aquí.

Ellie le miró sorprendida.

—¿De qué hablas?

—De irnos. Los dos solos.

—Estás de broma.

—Claro que no.

—Espera..., pero eso es una locura. —Ellie negó con la cabeza—. ¿Adónde iríamos? Y terminarían por encontrarnos.

—Pero mientras lo hacen tendríamos dos días para estar solos. Estoy cansado de que me vigilen todo el tiempo y eso no va a cambiar. Por una vez, vamos a ponérselo difícil. Si tanto nos quieren, que vengan a buscarnos.

La creciente confianza en el tono de Cort hacía que la idea no sonara tan ridícula.

—Pero ¿cuándo? Se supone que me marcho esta noche.

—Dile a tu padre que quieres cenar hoy en la casa como despedida. Después de acabar pediremos que nos dejen estar un rato a solas para decirnos adiós. Seguro que dicen que sí. Entonces nos vamos a la montaña. Podemos rodear la cima por la antigua pista maderera hasta la cima y bajar por el otro lado. Desde allí podemos ir a casa de unos amigos míos. Los hermanos Canton sabrán cómo ayudarnos. Hacen esta

clase de cosas todo el tiempo.

Ellie tenía el corazón acelerado por el miedo y la emoción. Nunca antes había desobedecido a sus padres, pero la idea de embarcarse en una aventura así con Cort era demasiado tentadora.

—¿Y si nos perdemos en la montaña?

—Es imposible. Llevo años haciendo senderismo aquí.

Ellie se quedó pensativa un momento.

—¿Y qué hay de Ivan? Puede seguimos la pista.

—Le oí hablar con Gertie. Mañana sale a pescar, lo que quiere decir que esta noche iré a buscar cangrejos para el cebo. Luego, cuando se haya ido, les costará encontrarle y eso nos dará algo de ventaja. —Cort le cogió las manos a Ellie y las sostuvo con delicadeza. En sus ojos había un brillo tierno que hizo que a ella le empezara a dar vueltas la cabeza—. Voy a cuidar de ti, te lo prometo.

Estaba totalmente convencido y Ellie creyó en él a pies juntillas. No había en él ni rastro de las miradas distantes de antes, ya no tenía que preguntarse si le gustaría tanto como él a ella. Las ambigüedades habían desaparecido. Se marcharían juntos. Estarían juntos.

—Vale, hagámoslo —accedió sin aliento.

Justo después de la puesta de sol, Cort y Ellie se marcharon en el *quad* con dos bolsas llenas de la ropa de Ellie. Antes de irse, Cort distrajo a Carter y a Buddy mientras Ellie escondía un paquete en el bosque. Dentro había metido dinero, algo de comida y de ropa. Cuando hubieran escapado, pasarían por allí a recogerlo, así como su saco de dormir, que seguía extendido en el suelo de su tienda.

Mientras bajaba la montaña con Cort, Ellie se agarró con fuerza a su cintura, feliz al pensar en todas las emociones que les aguardaban aquella noche.

—Qué ganas de que llegue esta noche —le dijo a Cort al oído mientras se deslizaban por la pista de tierra en dirección a la creciente oscuridad.

• • •

La cena se sirvió en el comedor de invitados, aunque todos iban en pantalones cortos. Fue una comida tensa y silenciosa. Carter no hacía más que sentir los ojos de Nick taladrando el aire de verano en dirección a ella. Cuando de repente tiró la servilleta y se levantó de la mesa sin decir palabra, se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Buddy miró el reloj y a continuación a su hija.

—Nos tenemos que ir enseguida.

—¿Nos dejas despedirnos? —preguntó Ellie con sequedad.

Cuando su padre asintió, los dos adolescentes salieron del comedor. Buddy entonces empujó su plato y se recostó en el respaldo de la silla.

—La cena no ha sido una estampa de armonía familiar, que digamos.

—¿Te sirvo algo de postre? —preguntó Carter antes de levantarse e ir hacia la mesa del bufé.

—Sí, creo que me voy a medicar a base de pastel de frutas. Y no te cortes con la nata montada.

Carter le sirvió un plato lleno y estuvieron un rato en silencio bajo la lámpara de araña mientras Buddy engullía en silencio su trozo de pastel. Carter se dedicó a picotear el suyo hasta que Buddy se lo quitó y se lo comió también.

—Voy a buscarla —dijo cuando hubo terminado.

Carter se quedó a recoger. Acababa de llevar todos los platos a la cocina cuando volvió Buddy.

—¿Ha pasado Ellie por aquí? —preguntó con voz tensa.

—No.

—No les encuentro.

—¿Has mirado en el cobertizo del embarcadero?

Buddy pareció aliviado.

—Ahí deben de estar.

Pero cuando volvió solo y con expresión alarmada, Carter empezó a ponerse muy nerviosa.

—Los coches están aquí, los barcos también y el *quad* está en el garaje —informó Buddy.

—¿Habrán vuelto al campamento?

—No sé para qué...

—Coge el *quad* y vete a ver —se limitó a decir Carter—. Yo voy a buscar a Nick.

Cuando llegó al despacho de este, la puerta no estaba cerrada del todo. Llamó y al no obtener respuesta empujó la puerta y entró.

—¿Nick?

La habitación estaba vacía. Carter estaba a punto de salir cuando reparó en algo. Encima de unos papeles blancos había una fotografía a color.

Suya.

Carter se quedó sin respiración.

Era una fotografía que le había hecho Cort cuando encontraron el segundo esqueleto y justo después de su excursión en velero con Nick. Aparecía sonriendo de oreja a oreja, pues Buddy la había hecho reír con uno de sus despistes.

—¿Buscabas algo? —dijo Nick con sequedad.

Carter se volvió, sorprendida.

—Cort y Ellie han desaparecido.

La expresión de Nick no cambió, pero Carter vio que apretaba los labios.

—¿Hace cuánto?

—Unos veinte minutos.

—¿Habéis mirado en la casa?

Carter asintió.

—Hemos mirado en todas partes menos en el piso de arriba. Y Buddy ha ido a la montaña.

Nick se encogió de hombros.

—Igual han salido a dar un paseo.

—Ellie se marchaba esta noche.

Nick frunció las cejas.

—¿Cómo que se marchaba? ¿Adónde?

—A su casa.

—¿Por qué?

—No tengo tiempo de explicártelo. Tenemos que encontrarlos —dijo Carter con voz apremiante.

La expresión dura de Nick se tornó en preocupación.

—¿En el cobertizo habéis mirado?

Carter asintió.

—Entonces vamos a buscar arriba.

Subieron deprisa hasta la segunda planta y bajaron sin haber encontrado nada. Justo entonces oyeron el motor del *quad* y se reunieron con Buddy en la puerta delantera.

—Se ha ido —dijo este desesperado—. Y no está su saco de dormir. Deben de estar en la montaña.

Nick fue hasta un teléfono.

—Gertie, necesito a Ivan ahora mismo.

La pausa que siguió resultó demasiado larga para ser buena.

—Vale. Cuando hables con él, dile que los chicos han desaparecido. Que le necesitamos en la montaña. —Cuando colgó parecía contrariado—. Ivan ha ido a buscar cebo. Gertie va a intentar encontrarle.

De repente caminó hasta la cocina y Buddy y Carter le siguieron. Le miraron ir hasta la pila, inclinarse y sacar el cubo de la basura. Cuando vació su contenido en el suelo y empezó a rebuscar entre los desperdicios le miraron sin comprender.

—Gracias a Dios —dijo Nick sosteniendo una aguja hipodérmica y una ampolla de cristal vacía.

—¿Qué es eso? —preguntó Carter.

—Cort es diabético, pero se ha puesto la inyección, así que tenemos algo de tiempo.

Carter se había quedado de piedra.

—Dios mío, no tenía ni idea.

—No le gusta contarle —dijo Nick poniéndose en pie—. Su madre también era diabética.

—¿Y cómo es de grave?

—Lo suficiente. —Nick fue hasta un armario y después de mirar su contenido suspiró aliviado—. Buen chico. Se ha llevado insulina de sobra.

Cuando se volvió, parecía bastante más sereno.



Capítulo 22

Empezaremos por el campamento. —Nick se quitó los mocasines y se puso las botas de montaña—. Vosotros id por el camino trasero en el *quad*. Yo iré por el delantero.

Se ató los cordones a toda prisa.

Cuando se puso en pie miró a Carter. A pesar de lo asustado que estaba, no le pasó desapercibida la tierna preocupación en la cara de esta. Le dio fuerzas y le ayudó a concentrarse.

—Nick, yo... —No terminó la frase.

Buddy por su parte ya estaba saliendo por la puerta.

Carter dio un paso adelante y levantó una mano como si fuera a tocar a Nick, pero vaciló. Cuando iba a darse la vuelta, él la atrajo hacia sí. Hundió la cara en su pelo y la abrazó.

—No quiero que le pase nada —dijo con voz queda.

—Les vamos a encontrar.

Nick se separó y le acarició la mejilla. Durante un instante Carter notó cómo desaparecían las tensiones entre ellos.

A continuación salió de la casa y escuchó el motor del *quad* rugir en la noche.

Nick garabateó una nota para Gertie con la hora que era y las zonas que tenían intención de cubrir. Sabía que Ivan y ella subirían en cuanto pudieran. A continuación cogió una linterna, salió de la casa y echó a correr. Cuando iba por la mitad del prado se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa. Al cabo de unos instantes salió de nuevo y echó a correr.

Llegó al campamento sin ser muy consciente de lo que hacía. Imágenes de Cort perdido en el bosque le espoleaban y le llevaron hasta la cima de la montaña. Cuando llegó, Buddy y Carter inspeccionaban el lugar iluminando el suelo con sus linternas.

Carter le puso al día.

—En el camino trasero no había rastro de ellos. Estamos intentando descubrir por dónde han subido, pero con todas las huellas que hay, es imposible.

Nick examinó el terreno con idéntico éxito. En el campamento confluían huellas llegadas de todas partes: la excavación, el río, el claro del bosque. Era como intentar

leer Braille y Nick empezaba a perder la esperanza cuando apareció Ivan igual que un fantasma salido del bosque. Todos respiraron aliviados.

El guardés no dijo nada, sino que usó su linterna para indicarles que miraran al suelo y recorrió con ellos el perímetro del campamento. A continuación señaló hacia el oeste.

—Han ido por el río. Muy astutos. Saben que con el agua será más difícil seguirles el rastro.

La expedición de rescate se adentró en la montaña, las luces de sus linternas escudriñando la noche. Cuando se encontraron con el río lo siguieron a paso rápido guiados por los ojos de halcón de Ivan. Llevaba caminando unos veinte minutos cuando oyeron el primer grito cortando el aire de la noche.

—¡Socorro! —La voz de Ellie era ronca y quebradiza.

Echaron a correr en su busca. Después de doblar un recodo del río vieron a Ellie inclinada con las manos en las rodillas y respirando a grandes bocanadas. Cuando les vio rompió a llorar. En cuanto Buddy estuvo a su lado intentó abrazarla, pero Ellie le apartó. Parecía aterrorizada.

—Cort —dijo con voz entrecortada—. Está enfermo.

—¿Dónde? —preguntó Nick con voz glacial.

—Río arriba. No sé a qué altura. —La muchacha hablaba entre jadeos—. He atado una camiseta amarilla a un árbol para señalar el sitio. Está en una cueva, debajo de las rocas.

Nick e Ivan echaron a correr río arriba sin decir una palabra. Carter se aseguró de que Ellie no estaba herida y salió detrás de ellos.

Nick iba delante a gran velocidad y mirando hacia todos los lados en busca de algo amarillo.

Cuando por fin vio la camiseta, había transcurrido una eternidad y media.

—¡Cort! —gritó.

No hubo respuesta.

Nick inspeccionó el lugar y vio unas rocas. Corrió hacia un abertura que había en ellas. Dentro, acurrucado contra una piedra, estaba Cort, empapado e inconsciente. Nick se tiró a su lado, le cogió un brazo flácido y le buscó el pulso. Estaba ahí, latiendo bajo la piel, pero era demasiado acelerado.

Metió una mano en el bolsillo de la cazadora y sacó un medidor de glucosa. Creía que sabía cuál era el problema, pero no quería correr ningún riesgo. Si se equivocaba, Cort podía morir en el acto.

Esforzándose por ignorar el pánico que amenazaba con apoderarse de él, Nick le pinchó un dedo a Cort y luego extendió la gota de sangre en la tira reactiva. La lectura confirmó sus sospechas. Al revés que la hipoglucemia, que habría vuelto a Cort desorientado y agresivo debido a la falta de azúcar en la sangre, la crisis estaba causada por cetoacidosis, resultado de un exceso de azúcar. Le había ocurrido antes, pero nunca en un sitio tan aislado.

Mientras rebuscaba en los bolsillos la insulina y la jeringa hipodérmica, Nick dio gracias a Dios por haber vuelto a coger suministros, pensando que igual los necesitaba.

Iluminó la ampolla con la linterna, comprobó dos veces que era la correcta, traspasó con la aguja el tapón de goma y tiró del émbolo de la jeringa para extraer la dosis correcta de insulina. Después de ponerle la inyección, cogió a Cort en brazos y lo llevó fuera.

Carter e Ivan le esperaban en el frío aire de la noche y aunque estaba oscuro y no podía verles la cara, Nick sintió su preocupación.

—Voy a bajarle en el *quad*. —Apenas reconocía su propia voz atenazada por el miedo.

—Llamaré a la ambulancia —dijo Ivan y se marchó.

Carter caminó en silencio detrás de Nick intentando no sucumbir al miedo. Era casi insoportable ver la cabeza inerte de Cort apoyada en el hombro de Nick. Cuando por fin llegaron al camino que conducía al campamento, lo recibió como un regalo del cielo.

Buddy y Ellie corrieron hacia ellos. Cuando Ellie vio a Cort se sobresaltó e intentó acercarse, pero su padre la retuvo.

—Deja que Nick le baje —dijo Buddy mirando a Carter interrogante.

Esta le sostuvo la mirada con tristeza. No tenía nada que decirle.

Nick no se detuvo a charlar. Cuando se dirigía al *quad*, Carter le dijo:

—Nos vemos en el hospital.

Nick no dio señales de haberla oído.

Ellie se echó a llorar y su padre la rodeó con sus brazos. La muchacha sollozaba con fuerza, pero el ruido del motor del *quad* pronto ahogó su llanto.

—Deberíamos irnos —dijo Carter con suavidad.

Cuando bajaron de la montaña encontraron una nota de Gertie en el parabrisas del Range Rover explicando dónde habían llevado a Cort. Los Swift y Carter subieron al coche a toda prisa y salieron a la carretera principal. Mientras Buddy conducía a gran velocidad, Carter se volvió y vio que Ellie estaba llorando. La cogió de la mano.

—No queríamos que pasara esto —dijo Ellie entre sollozos—. No deberíamos habernos ido. No sé en qué estábamos pensando.

—No pasa nada —la consoló Carter, cogiendo las manos frías de la muchacha entre las suyas.

—¡No sabía que era diabético! Paramos para descansar y saqué un paquete de galletas. Nos las estábamos comiendo y de repente... —Ellie abrió mucho los ojos con expresión de pánico—. ¿Y si se muere?

Sus palabras, susurradas y temibles, quedaron suspendidas en el aire dentro del coche.

•••

El hospital Burlington, situado a las afueras del pueblo, era el centro médico más grande de la zona. En la oscuridad sus puertas y ventanas iluminadas resplandecían y a Carter se le antojaron rayos de esperanza.

Encontraron a Gertie y a Ivan en la sala de espera de urgencias. Juntos esperaron nerviosos mientras Cort era admitido en la planta de medicina interna. En cuanto supieron el número de habitación subieron, pero les echaron. Una enfermera les informó de que las visitas tenían que pasar de una en una y que Nick estaba ahora dentro. Cuando la enfermera se fue todos se intercambiaron miradas.

Carter pensaba en Nick, solo con el enfermo, y sintió la necesidad imperiosa de estar con él.

—Si no vais a pasar vosotros, voy yo —dijo impaciente.

Los otros la miraron y acto seguido le hicieron señas para que se diera prisa.

Pero cuando entró en la habitación Carter dudó si debía darse la vuelta. Nick estaba junto a la cama, de espaldas a la puerta, una figura alta y oscura inclinada sobre un cuerpo demasiado quieto. Parecía por completo absorto y Carter se disponía a marcharse cuando Nick la llamó. La había visto reflejada en el cristal de la ventana.

—¿Cómo está? —preguntó Carter con la boca seca.

—Estable. Al menos eso es lo que me dicen. —Nick parecía respirar con dificultad—. Pero no ha vuelto en sí.

Carter fue hasta la cama y le cogió la mano a Cort. Estaba caliente, pero no reaccionó.

—Estoy segura de que sabe que estás aquí —susurró.

—¿Tú crees?

—Sí.

Nick se pasó una mano por el pelo y miró a su sobrino con los ojos abiertos en expresión de dolor.

—Y entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Abrirle mi corazón, decirle cuánto le quiero? ¿O le digo en lo que estoy pensando ahora mismo? ¿Que estoy tan furioso que no sé qué hacer conmigo mismo?

Carter acarició la mano de Cort por si acaso estuviera escuchando las palabras airadas de su tío.

La expresión de Nick era de angustia.

—¿Cómo ha podido arriesgarse de esa manera? Marcharse en plena noche, sin decirle nada a nadie. ¿Y dónde está su medicación? Porque es evidente que no la usó. Ha sido un irresponsable, un irresponsable total. Y eso es exactamente lo que no quiero que sea. Esta situación podía haberse evitado perfectamente, maldita sea.

Empezó a caminar de un lado a otro.

—No hago más que decirle que tenga cuidado. Se lo repito una y otra vez, hasta que me odia y yo también me odio a mí mismo. Y ahora coge y se larga así, de cualquier manera y casi se mata. —Sus ojos grises buscaron los de Carter. Tenía el ceño completamente fruncido y la boca muy apretada—. Maldita sea, no es lo

bastante mayor para cuidarse solo y no consigo que se tome su enfermedad en serio. Por Dios, si es que podía haber muerto.

—Pero no ha sido así —dijo Carter con dulzura.

—Por los pelos, como siempre. —Nick entornó los ojos y arrugó el entrecejo—. Me paso la vida preguntándome dónde se ha metido y qué pasará si tiene una crisis. Me vuelvo loco preguntándome si habrá alguien cerca que le ayude, si sabrán lo que tienen que hacer, si...

—Para —le ordenó Carter.

Nick se calló y la miró con hostilidad.

—Respira hondo y tranquilízate. —Carter caminó hasta él—. Estás muerto de miedo y no dices más que disparates.

Le tocó un brazo con cautela. Estaba duro como una roca de toda la tensión del cuerpo.

—Escúchame —le dijo en un susurro—. Ya sé que haces todo lo que se te ocurre para mantenerle a salvo, pero ¿sabes una cosa? No sirve de nada.

—Gracias por la información —le espetó Nick—. Muy útil, de verdad.

—Tenerte aquí despotricando no va a servir para que se despierte antes y no va a hacer tampoco que tú te sientas mejor. Lo único que vas a conseguir es ponerte más nervioso y ser todavía más sobreprotector cuando esto haya pasado.

—Y entonces, ¿qué sugieres? —preguntó Nick airado—. Porque doy por hecho que encadenarlo en el sótano no es una opción.

—Tenéis que sentaros y hablar. Tienes que dejar que te explique sus temores. Igual de esa manera te verá como algo más que a un tutor. Y tiene que explicarte por qué se ha escapado y cómo se siente al respecto. A no ser que aprendáis a comunicaros, vais a terminar emprendiendo caminos separados. Puedes perderle para siempre, aunque tenga una vida larga y saludable.

Nick miró a Cort.

—Hazme caso —continuó Carter—. He desperdiciado dos años de mi vida porque estaba furiosa con mi padre. Y todo porque no me daba la gana de escuchar lo que tenía que decirme. Es un precio muy alto por el silencio.

Vio cómo se endurecía la expresión de Nick y pensó que le iba a pedir que se marchara. A cada segundo que pasaba parecía ponerse más rígido. Tenía la mandíbula muy apretada y los labios tan fruncidos que casi no se le veían. Carter se disponía a irse cuando vio una lágrima solitaria brotar de su ojo.

—No puedo perderle a él también —dijo Nick con voz ronca—. Ya he perdido a Melina. Él es lo único que tengo.

Conmovida, Carter le rodeó con sus brazos y Nick pareció abandonarse a ellos, como si necesitara toda la fuerza que pudiera transmitirle.

—Que sepas que no me he muerto —dijo desde la cama una voz quebradiza.

Carter y Nick levantaron la vista sorprendidos.

Cort tenía los ojos medio abiertos y pestañeaba despacio.

Nick se secó la mejilla con el dorso de la mano y fue hasta la cama.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó con voz ronca por la emoción.

Cort parpadeaba para enfocar la vista.

—Yo bien. Tú en cambio no tienes muy buen aspecto.

—Estoy mejor, ahora que te has despertado.

—Tío Nick, lo siento mucho —Cort parecía agitado—. Me...

—No pasa nada. Lo único que me importa es que estás bien.

Cort apartó la vista.

—No hago más que darte problemas, ¿verdad?

—Me da igual.

—¿Ah, sí?

Nick asintió con la cabeza.

—No sé qué haría sin ti.

Los dos pares de ojos grises se encontraron.

—¿Incluso con lo ocupado que estás con tus negocios? —insistió Cort.

—Incluso con eso.

—¿Incluso a pesar de mis portazos?

—Sí.

Cort calló unos instantes. A continuación preguntó:

—¿Por qué?

—Porque eres mi familia. —Nick se sentó en la cama—. Y eso quiere decir que eres lo más importante para mí.

Carter se dirigió en silencio hacia la puerta.

Cort empezó a hablar atropelladamente, comiéndose las palabras.

—Me llevé la insulina. La metí en la bolsa, pero se me perdió cuando me caí al río. No debería haber comido nada, pero...

—Chiss... —dijo Nick en un intento por tranquilizarle.

—No me fui sin ella. Cogí de sobra. Y cuando vi que la había perdido nos dimos la vuelta.

De camino a la puerta, Carter vio a Nick acariciar la frente de Cort.

—Tío Nick, ¿quiere decir esto que estoy castigado?

—Eso ni lo dudes. —Los dos rieron—. Pero, ya que no puedes salir de casa, igual podemos ver alguna película juntos.

—¿En serio?

Mientras cerraba la puerta con suavidad Carter oía a Cort hablar cada vez con más energía.

—Podíamos empezar con las de *Posesión infernal*. Bruce Campbell es alucinante y yo de mayor quiero ser como Sam Raimi...

•••

Después de decir a los demás que Cort parecía estar fuera de peligro, Carter decidió irse a casa. Con todo lo sucedido entre Nick y ella, no sabía muy bien cuál era su sitio ahora que lo malo había pasado, y necesitaba tiempo para estar sola. Buddy y Ellie se quedaron con Gertie e Ivan.

Sentada en el coche de su amigo, con una mano en el volante y la otra en la llave de contacto, se puso a pensar.

Con Nick en sus brazos durante aquel breve instante había tenido la sensación de que la distancia entre ambos se evaporaba. Ahora le echaba de menos más que nunca.

Pero no tenía cabida en su existencia, se dijo. Eran menos que amigos. Examantes fugaces, así podía definirse su relación.

Se obligó a arrancar el coche y se dirigió hacia la carretera que la llevaría de vuelta al lago. En cuanto aparcó el Range Rover delante de la mansión se dirigió hacia la montaña.

Caminó entre la bruma nocturna, atravesó el prado y enfiló el sendero. Antes de adentrarse en el bosque se volvió y miró la majestuosa casa. Estaba iluminada por las luces que se habían quedado encendidas dentro y proyectaba un halo dorado sobre el césped.

Pronto se habría marchado de allí.

Al pensar que nunca volvería a ver a Nick se le encogió el corazón.

Ya en el bosque, subió la montaña y se encontró el campamento bañado por la luz de la luna. Fue a su tienda, se tumbó en la cama plegable sin molestarse en cambiarse de ropa y se tapó las piernas con el saco de dormir. El agotamiento la venció y se sumió en un sueño profundo.

Se despertó sobresaltada al oír que alguien abría la tienda.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le preguntó Buddy.

Carter se levantó enseguida, sin aliento por el susto. Cuando se hubo recuperado un poco, contestó secamente:

—Estaba soñando que era rica y famosa hasta que viniste tú a despertarme.

—Pensé que habíamos quedado en que no te ibas a quedar aquí sola. ¿Y si Lyst te hubiera estado esperando?

—No estaba. ¿Y Ellie?

—Dándose una ducha en la casa. —La expresión de Buddy se suavizó—. Sigue bastante impresionada.

—Y no la culpo. ¿A qué hora es el siguiente tren?

—Hay uno a mediodía. He venido a recoger las cosas que se dejó en el río. ¿Me acompañas?

Carter se desperezó. No había dormido lo suficiente, pero sabía que la hora del descanso había pasado.

—Sí, claro.

—Ten. —Buddy le pasó un termo con café—. Lo había traído para mí, pero me parece que a ti te hace más falta.

—Gracias.

Buddy masculló algo y salió de la tienda.

Carter se cambió de ropa entre trago y trago de café y a continuación los dos caminaron río arriba hasta donde la camiseta amarillo brillante de Ellie colgaba de la rama de un árbol. Con un escalofrío al acordarse de lo sucedido la noche anterior, Carter se asomó a la pequeña cueva.

—Esto está como boca de lobo. ¿Has traído una linterna?

—Vaya por Dios, no se me ocurrió. Pero llevo cerillas.

—Bueno, te lo perdono por haberte acordado del café.

Buddy le dio a Carter la caja de fósforos y esta encendió uno y se asomó a la entrada de la cueva.

—¿Ves la mochila?

—No, pero aquí huele que apesta.

—¿A tierra podrida?

—Y también a pelo de perro mojado. ¡Au! —exclamó Carter sacudiendo la mano. Encendió otra cerilla y dio un paso hacia el interior. Una oscuridad penetrante engulló la débil luz de la llama. Estaba inspeccionando el lugar cuando volvió a quemarse con la cerilla.

Cuando maldijo en voz alta, Buddy rio un poco.

—Vale, ya lo pillo. Tiene que haber algo por aquí con lo que hacer una antorcha.

—¿Quieres decir aparte de mis dedos?

Cuando Carter soltó un nuevo improperio, Buddy le puso una rama de arbusto en la mano, que prendió enseguida. Las hojas secas y el delgado entramado de ramas proporcionaban algo más de luz y tenían aspecto de ir a durar más.

Carter avanzó desde la entrada y miró a su alrededor sosteniendo la rama encendida delante de ella. Vio la mochila y se dirigía hacia ella cuando la antorcha iluminó algo situado más al fondo. Carter se inclinó parpadeando y distinguió una forma oscura en un rincón.

—¿La has encontrado? —preguntó Buddy desde fuera de la cueva.

—Sí, pero hay algo más.

—Por favor, dime que no está vivo y que no muerde.

—No sé lo que es.

Carter escuchó un crujido a su espalda y al instante siguiente Buddy estaba junto a ella.

—¿Qué es?

Por desgracia la antorcha improvisada estaba a punto de extinguirse. En el exiguo resplandor, Carter alargó la mano para tocar el objeto.

—Parece una caja de municiones antigua.

De unos sesenta centímetros de largo por treinta de ancho, tenía unas asas de cuero podridas en su mayor parte. La caja estaba cubierta de musgo y suciedad, como si la tierra la hubiera guardado con celo.

Antes de que se apagara la luz, Carter la tocó. Estaba fría.

—Es de metal —dijo admirada.

Y entonces la oscuridad les envolvió.

—Genial —murmuró Buddy—. ¿Crees que es el momento en que aparece una piedra gigante rodando?

—Eso es en las películas. ¿Tienes más cerillas?

Buddy encendió una, pero para cuando Carter se hubo agachado ya se había consumido.

—Igual deberíamos volver con una linterna —sugirió Buddy.

—De eso nada. Vete a buscar más ramas.

Carter escuchó a Buddy moverse cerca de ella y a continuación un golpe sordo seguido de un insulto que se oyó a la perfección. Se volvió.

—¿Estás bien?

—Me ha atacado la mochila.

Mientras oía alejarse las pisadas de Buddy caminando despacio por el suelo de la cueva, Carter buscó a tientas la caja. Estaba tratando de identificarla por la forma y preguntándose de qué época sería, cuando hubo un chasquido y el estrecho espacio se llenó de luz.

Buscó el origen de esta y se llevó una mano a los ojos para protegerse del resplandor.

—¿Cómo has...?

—Adoro a mi hija —dijo Buddy—. Qué bien sabe hacer una mochila.

Dirigió la linterna hacia la caja y permaneció detrás de Carter mientras esta la inspeccionaba.

—La tapa está pegada por el óxido. Esta caja tiene bastantes años, Buddy. Muchos.

Estaba examinándola con cuidado desde todos los ángulos cuando Buddy contuvo el aliento.

—¡Madre del cielo! —dijo atónito.

—¿Qué pasa?

Buddy señaló la pared con la cabeza.

Carter levantó la vista.

La cruz parecía haber sido pintada en la pared a trazos bastos y con lo que parecía ser ceniza. Apenas se distinguía en la pared cubierta de musgo, pero resplandecía en la oscuridad como un emblema sagrado.

Y entonces Carter oyó un gruñido de dolor y Buddy se desplomó encima de ella.



Capítulo 23

Era ya entrada la mañana cuando Nick cerró con suavidad la puerta de la habitación al salir. Se sentía como si dejara atrás una pesadilla, sorprendido y aliviado al encontrarlo todo como debería estar.

Cort se había recuperado magníficamente. Después de dormir un par de horas y con los niveles de azúcar en sangre estables, le habían dado el alta nada más desayunar. Aunque Nick se alegraba de tenerlo en casa, su capacidad de recuperación siempre había sido para él fuente de preocupación. Temía que Cort no fuera consciente de la gravedad de su enfermedad.

Pero ahora albergaba esperanzas. Gracias a los momentos compartidos en el hospital, Nick tenía la sensación de que estaban más preparados para enfrentarse juntos a la diabetes. Dos contra uno. Era toda una ventaja.

Y una vez en casa, las cosas no habían hecho más que mejorar. De vuelta en la mansión habían subido al dormitorio de Cort y hablado por primera vez de las muertes que les habían unido. Había sido una conversación entrecortada, llena de largos silencios y pausas incómodas a medida que las preguntas eran formuladas y contestadas. Por primera vez Nick había tenido ocasión de compartir algunos de sus recuerdos agridulces de Melina con su hijo. Este había escuchado embebido, disfrutando de sus descripciones de los veranos en el lago, las Navidades en Nueva York, la puesta de largo de su madre.

—¿Señor Farrell?

Nick se volvió y vio a Ellie en el pasillo.

—¿Se va a poner bien? —preguntó preocupada—. Ya sé que eso es lo que han dicho, pero...

—Sí, se va a poner bien. Ahora está descansando, pero puedes llamarle cuando llegues a Cambridge. Estará deseando hablar contigo.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Ellie se iluminaron de esperanza.

—Me lo ha dicho él.

Hubo una larga pausa.

—¿Necesitas algo, Ellie?

—¿Ha visto a mi padre? —Había un asomo de preocupación en su voz.

Nick negó con la cabeza.

—Se suponía que tenía que llevarme a la estación. Ha subido a la montaña a buscar mi mochila mientras yo me daba una ducha. Eso fue hacia las nueve.

Oyeron la puerta que se abría en el piso de abajo.

—¿Ellie? —La voz de Buddy procedía del vestíbulo.

Nick vio alivio en la cara de la muchacha.

—Estoy aquí —dijo y echó a caminar por el pasillo.

—¿Sabes dónde está el señor Farrell? —preguntó su padre pronunciando despacio cada sílaba.

Nick frunció el ceño. Algo pasaba. Lo sabía por el miedo que dejaban traslucir las palabras de Buddy.

—Estoy aquí con ella.

—¿Podemos hablar un momento en el despacho? Ellie, enseguida estoy contigo.

Nick fue hasta el principio de las escaleras y vio la espalda de Buddy mientras se dirigía hacia su despacho.

¿Por qué va todo manchado de barro?, se preguntó.

—¿Y qué pasa con mi tren? —murmuró Ellie.

—Quédate aquí.

Cuando Nick llegó al estudio se encontró a Buddy de pie en el centro de la habitación, con los ojos vidriosos por la conmoción y una herida en la cabeza.

—¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Se la ha llevado.

A Nick se le paró el corazón.

—¿A Carter?

—Tenemos que llamar a la policía.

—¿Quién? —A Nick le costaba articular las palabras—. ¿Qué?

Fuimos a buscar la mochila de Ellie y encontramos algo en la cueva. Estábamos intentando descubrir qué era cuando alguien me golpeó en la cabeza. Cuando me desperté, Carter había desaparecido. Creo que ha sido Lyst.

El mundo comenzó a girar de nuevo alrededor de Nick.

—¿Sabes cuánto tiempo has estado inconsciente?

—Una hora como mucho. Pero el tiempo suficiente para habérsela llevado de la montaña.

• • •

Carter se golpeó la cabeza contra algo duro y el dolor la despertó. Como tenía el estomago revuelto, aspiró hondo y olió a aceite y a gasolina.

Dios, estaba en el maletero de un coche.

Abrió los ojos, pero no veía nada, y se dio cuenta de que tenía algo parecido a un saco tapándole la cabeza. Intentó dar manotazos y comprobó que tenía las manos

atadas. Luchó por liberarse sin éxito.

Recordó estar acucillada en la cueva, disponiéndose a coger la caja y luego el peso del cuerpo de Buddy. La linterna se había caído y había visto una silueta negra avanzar hacia ella. Entonces un olor desagradablemente dulzón había reemplazado al mohoso de la cueva y todo se había vuelto oscuro.

¿Adónde la llevaban?

El pánico la empujó a dar tirones con las manos intentando liberarlas. Le costaba respirar y sintió cómo el calor de su propio aliento llenaba el interior del saco. Después, de nuevo oscuridad.

Cuando volvió en sí unas manos tiraban de ella desde detrás. La estaban sacando del maletero y poniéndola de pie. Cuando la apoyaron contra el coche, las rodillas le flaquearon. El aire fresco se coló por la tela del saco y atisbó un resplandor tenue. Aún era de día.

A medida que iba haciéndose una idea de su situación, el corazón le latía más deprisa. Solo se le ocurría una persona capaz de secuestrarla.

—¿Te sientes mejor después de salir del maletero? —dijo Lyst. Pues claro que era él.

—Te van a encontrar —dijo Carter todavía con la cabeza tapada.

Lyst la empujó con violencia para que se apartara del coche.

—Cierra la boca y andando.

Le propinó otro codazo y Carter dio un paso adelante, tambaleándose porque tenía los pies atados. Después de unos cuantos metros, Lyst se detuvo abruptamente y Carter oyó una puerta que se abría. Cuando Lyst la empujó dentro, se le engancharon las botas con algo y estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio en el último momento. Se cerró la puerta.

Lyst la obligó a sentarse en una silla y ella notó cómo le aflojaba la cuerda alrededor del cuello. Le retiró el saco. Pestañeó como si fuera miope en un intento por acostumbrarse a la leve claridad. Delante de ella vio unas cortinas raídas que estaban echadas y no dejaban pasar la luz. Estaba en un hotel barato, pero, como ignoraba cuánto tiempo llevaba inconsciente, no sabía en qué estado.

Oía a Lyst respirar a su espalda y sintió verdadero terror. Se preguntó, aterrorizada, si iría a matarla y rogó porque Buddy hubiera ido en busca de Nick. Porque estuvieran buscándola.

Porque, de alguna manera, la encontrarán.

Sintió ganas de llorar, pero estaba decidida a mantener la calma. Lyst era un cabrón y un enfermo, y sabía que se aprovecharía de cualquier flaqueza que demostrara. Si quería sobrevivir a aquello tenía que ser fuerte. O al menos aparentarlo.

—Te van a coger —dijo desafiante—. Te van a encontrar y...

Lyst se situó delante de ella y con toda tranquilidad le soltó una bofetada. La cabeza de Carter rebotó contra el respaldo de la silla y empezó a arderle la mejilla.

—No me cabrees, ¿vale?

A pesar de lo asustada que estaba, el asalto fue como un estímulo para Carter. En lugar de acobardarse levantó la cara y miró a Lyst con hostilidad. Este pareció sorprendido y en cierto modo complacido por su reacción.

—Eres una chica dura —sonrió.

Tenía el pelo revuelto y las ropas sucias y desordenadas, con manchas oscuras de sudor en la camisa. Carter se dio cuenta de que debía de haber bajado la montaña con ella en brazos.

Lyst caminó hasta el teléfono.

—Y ahora, vamos a ponernos en contacto con tu amante. Más te vale que le importe algo tu integridad física.

Lyst miró atentamente a Carter a la espera de su reacción. Esta se negó a dejar ver que estaba asustada.

—No sé por qué haces esto —dijo en tono contenido—. No hemos encontrado el oro.

—No seas ingenua —Lyst hizo un gesto de impaciencia con la mano—. Me importa una mierda el oro. Lo que yo necesito..., lo que quiero es dinero.

Carter entrecerró los ojos. Aquel lapsus que acababa de tener Lyst ocultaba algo y se preguntó si no sería la pista de lo que le impulsaba a actuar así.

Lyst descolgó el teléfono.

—Si Farrell quiere que sigas viva, va a tener que mostrarse muy generoso. ¿Cuál es su número?

Carter se quedó en blanco.

—No lo sé —dijo.

—Perdona, creo que no te he oído bien. —Lyst la miró furioso.

—No lo tengo.

Con una velocidad que la asustó y que le hizo pensarse dos veces si sería capaz de vencerle, Lyst saltó de la cama y se acercó a ella.

—Dime el puto número.

Con los dientes muy apretados Carter contestó:

—Nunca le he llamado por teléfono. No me sé su número.

Lyst se inclinó sobre ella y pegó su cara a la de Carter. Esta reparó en el sudor sobre el labio superior y en un tic que tenía en el ojo izquierdo. La desesperación se reflejaba en su semblante, con los ojos abiertos de par en par y los labios apretados.

—No me toques las narices —gritó Lyst antes de darle otro tirón de pelo. Cuando Carter siguió mirándole sin decir nada la soltó y volvió al teléfono, al parecer con la intención de llamar a información.

Carter tuvo que reprimir una risa histérica. Aquel lunático la secuestraba, la llevaba a un hotel de mala muerte ¡y ahora llamaba a información!

La idea dejó de parecerle graciosa cuando pensó que tal vez Nick no figuraba en la guía telefónica. Por fortuna vio a Lyst garabatear algo en un bloc y a continuación

marcar otra vez.

Su voz sonó triunfal cuando dijo:

—¿Farrell? Creo que tengo algo que te interesa.

Cuando la respuesta furiosa de Nick sonó por el auricular alta y clara Carter estuvo a punto de llorar de alivio. Supo, en cuanto detectó la determinación en su voz, que Nick haría todo cuanto estuviera en su poder y más para ir a buscarla. Resultó gratificante observar cómo Lyst ya no parecía tan seguro de sí mismo.

Carter respiró hondo por primera vez desde que había sido capturada. Nick iba a ir a buscarla. Lo supo con la misma claridad con que reconoció el peligro en que se encontraba y saberlo fue como un antídoto contra el miedo. De una manera o de otra, Lyst iba a caer. Lo sabía.

Frunció el ceño, sorprendida por lo serena que se encontraba de repente. Se dio cuenta, atónita, de que era un sentimiento que tenía que ver con la confianza.

Confianza.

Recordó que Nick había ido a buscarla a la montaña durante la tormenta, que la había llevado al médico, que había cuidado de ella. ¿Por qué no había interpretado sus actos como lo que de verdad eran? Como la prueba de que la quería, de que estaba preparado y decidido a cuidar de ella. Había tenido tanto miedo a que le hicieran daño que no había sabido reconocer en sus acciones lo que había estado esperando que le dijera de palabra.

Los remordimientos la atormentaron cuando pensó que podía haberle perdido para siempre. Imágenes de Nick invadieron sus recuerdos y la distancia creada entre los dos se le antojó una terrible pérdida de tiempo. Nunca le había dado oportunidad de explicarle la verdad sobre la visita de su padre. Le había apartado de su lado por sus problemas con su familia, por su vulnerabilidad y por el miedo que le inspiraban él y su pasado.

Pero iba a ir a buscarla. A pesar de todo eso, iría a buscarla.

Eso le hacía concebir esperanzas de que todo no hubiera terminado entre los dos.

Entonces miró a Lyst.

Suponiendo, claro, que Nick llegara antes de que aquel hombre hiciera algo de verdad horrendo.

—Escucha, Farrell, no hay necesidad de ponerse desagradable —decía Lyst por teléfono arrastrando las palabras. Le guiñó un ojo a Carter poniendo cara de estar escandalizado—. Este es el nuevo trato que tenemos tú y yo. Tú me das cinco millones de dólares y yo te devuelvo a tu novia sana y salva. Es así de fácil. Este es el número de la cuenta donde tienes que ingresar el dinero. Cuando me confirmen que ha sido hecho el depósito, te llamaré y organizaremos la entrega de tu muñequita.

Leyó en voz alta una serie de números.

—Y que no se te pase por la cabeza llamar a la policía. Es mejor que nuestro acuerdo entre caballeros quede entre nosotros. Ah, y otra cosa, Farrell. Si tardas mucho es posible que empiece a aburrirme, y en este hotel de mala muerte no hay

nada con que entretenerse excepto ella. Así que vamos a darnos prisita. Te llamo dentro de una hora. —Colgó con gesto triunfal—. Bueno, pues ha ido muy bien. Estoy seguro de que te agradecerá saber que Farrell está preocupadísimo por ti. Eso es buena señal.

Lyst se recostó en la cama y estiró las piernas.

—Parece tenerte mucho cariño. No sé si debería haberle pedido más dinero.

Carter no dijo nada y cambió de postura en la silla para intentar relajar un poco los tensos músculos. Aquel movimiento le proporcionó una excusa para girar las manos dentro de la cuerda con la que estaba atada en un intento por aflojarla. No llegó demasiado lejos. Ya tenía la piel de las muñecas despellejada y sospechaba que la humedad que notaba en las palmas de las manos era su propia sangre.

Se quedó quieta y vio que Lyst la miraba de arriba abajo con una mezcla de excitación y curiosidad.

—¿Te gusta estar atada? ¿Te excita?

Carter tuvo un escalofrío e intentó hacerle cambiar de tema.

—Yo pensaba que lo que querías era el oro.

Lyst se encogió de hombros.

—Al principio sí. Pero los acontecimientos han... Dejémoslo en que necesito unas largas vacaciones y no tengo tiempo de ponerme a buscar tesoros.

Carter tuvo una punzada de esperanza al pensar que quizá Lyst tuviera ya algún lío pendiente con las autoridades. ¿Debido tal vez a sus trapicheos en el mercado negro? Era posible que la policía anduviera ya detrás de él.

—No me creo que pienses que puedes salirte con la tuya en esto —dijo con voz estridente.

—Pues yo tengo un buen presentimiento. Y con cinco millones de dólares se puede llegar muy lejos en un país subdesarrollado. Viviré como un rey. —Se levantó de la cama y se acercó a Carter—. Lo que me recuerda que igual debería llevarte conmigo. Me harías las noches más interesantes.

Le rozó la mejilla con los nudillos y Carter apartó la cara. Lyst la sujetó por la barbilla y la obligó a mirarle.

—Ya me estás cansando con eso de hacerte la difícil.

Cuando se inclinó hacia ella, Carter palideció.

• • •

Nada más colgar el teléfono Nick tuvo que hacer un esfuerzo por controlar las muchas emociones que se habían apoderado de él. El miedo y la cólera le atenazaban y le hacían sentir igual que si alguien le hubiera disparado por la espalda. Miró a Buddy, al otro lado de la mesa.

—La tiene Lyst. Quiere dinero. —Nick se pasó una mano por el pelo mientras todo se volvía borroso. Miró al techo con la esperanza de recuperar así la visión—. Al

menos ahora tenemos algo que contarle a la policía.

Descolgó de nuevo el teléfono y se frotó la nuca mientras marcaba.

—¿Freddie? Necesito que gestiones una transferencia de cinco millones de dólares a la cuenta que te voy a dar de Credit Suisse. No la hagas, solo estate preparada. Y dame el número de John Smith. Gracias.

Nick anotó de prisa un número de teléfono en una hoja. John Smith era un especialista en asuntos feos, un tipo duro cuya experiencia en los marines y los servicios de inteligencia de Estados Unidos le había resultado de gran utilidad a muchos gerifaltes de Wall Street. En cuanto lo tuvo al otro lado del teléfono, Nick le resumió el estado de cosas.

Smith fue directo al grano.

—Voy a hablar inmediatamente con mis amigos del FBI y vamos a rastrear electrónicamente la cuenta bancaria. ¿Has hablado ya con la policía del estado?

—Han subido ya a la montaña y tenemos a un par de agentes en la cocina coordinándose con los *sheriffs* locales. Lyst me ha dicho que no los llamara, pero ya estaban aquí.

—Bien. Pues infórmales de todo a pesar de lo que te dijera el tipo. Vas a necesitar su ayuda. ¿Han intervenido tus teléfonos?

—Están en ello ahora mismo.

Cuando Nick colgó, miró a Buddy y al agente que estaba terminando de poner las escuchas. Entonces le vino a la cabeza una cosa. Lyst había dicho algo sobre un hotel de mala muerte y allí, en el norte del estado, los hoteles no abundaban. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, era posible que no se hubiera llevado muy lejos a Carter.

Fue a la cocina, donde varios agentes armados estaban sentados a la mesa haciendo llamadas y hablando por *walkie-talkies*. Les contó lo que había dicho Lyst y les explicó su teoría. Después de mencionarles también que se había puesto en contacto con el FBI, volvió a su despacho. Aunque apreciaba todos los esfuerzos de las autoridades, se sentía impotente. Quería recuperar a Carter, quería estrecharla en sus brazos y hacerla sentir que estaba a salvo con él. Cualquier resultado que no fuera ese, lo consideraría un fracaso.

Comprobó su reloj y calculó que aún pasarían cuarenta minutos antes de que Lyst llamara otra vez. Una eternidad.

Cuando sonó el teléfono, se sobresaltó y descolgó de inmediato. Era Freddie, para confirmar que la transferencia estaba preparada y que Smith se había puesto en contacto con ella. La cuenta ya estaba siendo rastreada electrónicamente.

Cuando Nick colgó, el agente que había estado preparando la escucha se puso de pie y cerró su caja de herramientas.

—Si vuelve a llamar, entreténgalo todo lo que pueda. Ahora ya podemos localizarle.

Nick asintió ligeramente y se puso a mirar fijamente el teléfono, deseando que

sonara.

Repasó su conversación con Lyst y se preguntó cómo habría podido meter a Carter en un motel sin llamar la atención. Tenía que haberla atado o amenazado con una pistola o un cuchillo. Si haces eso en pleno día lo más probable es que alguien te vea. A no ser que se tratara de un hotel apartado. En el bosque. Empezó a repasar mentalmente todos los sitios que conocía.

Sonó de nuevo el teléfono.

Nick se llevó el auricular a la oreja.

—Sé que es un poco pronto, pero ¿qué tal va todo? —preguntó Lyst.

La arrogancia en su voz dio ganas a Nick de meter la mano por el teléfono y echársela al cuello. Pero en lugar de gritar, que era lo que en realidad le apetecía, hizo un gesto con la cabeza al agente de policía, quien puso en marcha un aparato y se colocó unos auriculares. Con toda la calma de la que fue capaz, Nick dijo:

—Está todo preparado, pero primero necesito hablar con ella.

—Eso no era parte del trato.

—Pues ahora lo es. —El tono de voz de Nick no daba lugar a discusiones—. ¿Cómo sé, si no, que está viva?

Lyst rio.

—Casi me arranca el labio cuando he intentado besarla. Te aseguro que se encuentra perfectamente.

Nick agarró el teléfono con tal fuerza que el plástico chasqueó a modo de protesta. Con los dientes apretados, dijo:

—O me dejas hablar con ella, o te olvidas del dinero.

Hubo una larga pausa durante la cual solo se escuchó la respiración de Lyst.

—Vale. Sé breve.

Se escucharon susurros.

—¿Nick? —La voz de Carter sonaba dolorosamente frágil. Intentaba parecer fuerte, Nick se dio cuenta, pero estaba asustada. El corazón le latió con fuerza.

—Voy a sacarte de esto. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Lyst se puso al aparato.

—Como te he dicho, está perfectamente. Ahora transfiere el dinero y te llamaré para darte instrucciones.

—No. Dámelas ahora.

La voz de Lyst era cortante.

—No estás en situación de exigir. Haz la puta transferencia.

De repente se escuchó una tercera voz al aparato. Era de una mujer mayor que parecía confusa.

—¿Hola? ¿Jeanie? Ay, ¿se han cruzado las líneas?

Entonces se cortó la comunicación.

Nick silbó sorprendido y miró al agente.

—Sé dónde la tiene —dijo apremiante mientras colgaba el teléfono. Echó a correr

por la casa mientras seguía hablando con el agente y Buddy le pisaba los talones—. Está en las cabañas Forest Ledge. Tienen un sistema de teléfonos de línea compartida, lo que quiere decir que todas las habitaciones usan la misma línea. Cualquiera puede descolgar el teléfono e interrumpir una conversación. La que acaba de ponerse era la señora Cullay. Están a menos de cincuenta kilómetros de aquí.

Cuando Nick llegó corriendo a la cocina se dio cuenta de que los agentes habían llegado a la misma conclusión que él porque estaban poniéndose las gorras y cogiendo las llaves.

Antes de salir, Nick sacó su Magnum calibre 357 de un armario cerrado con llave del zaguán. Con un gesto hábil, colocó un cargador en el tambor del arma y la amartilló. Cuando salió con ella al hombro ninguno de los agentes le prohibió acompañarles o ir armado. No querían interponerse en su camino.

Nick corrió al Porsche y sacó el coche del garaje a toda velocidad. Mientras circulaba por la carretera con tres coches de policía detrás se devanaba los sesos buscando qué podía ofrecerle a Dios a cambio de tener de vuelta a Carter sana y salva. Por desgracia no se le ocurrió gran cosa, excepto grandes sumas de dinero.

Pero la vida de una persona no puedes cargarla a tu tarjeta de crédito, pensó sombríamente.

Así que se hizo una promesa a sí mismo. Si Carter salía de esta con vida, dedicaría el resto de su vida a convencerla de que la amaba. Nada volvería a separarlos.

Tardó veinte minutos en llegar a Forest Ledge Cabins, un conjunto de casitas pequeñas de color verde, la versión de las Adirondacks de las tradicionales cabañas de alquiler en medio de un bosque. Nick sabía que los propietarios harían cualquier cosa por colaborar con él.

Abrió de golpe la puerta con mosquitera de las oficinas y los agentes le siguieron.

La señora Cullay, una mujer mayor pero ágil, le miraba sorprendida por la repentina llegada de coches de policía.

—¿Qué pasa?

Nick habló con voz urgente.

—¿Le ha alquilado usted una cabaña a un hombre de un metro ochenta, alto, ojos negros, muy delgado...?

—Pues claro. Quería una de las que dan a la parte trasera. En el bosque.

—¿Cuál?

—La número diecinueve.

Nick salió a toda prisa y echó a correr por la hierba entre los árboles.

Cuando llegaron a la cabaña número diecinueve, se acuclilló detrás del grueso tronco de un pino y los agentes se desplegaron a su alrededor. Las copas de los árboles tapaban el sol y Nick agradeció la penumbra que proporcionaban.

Delante vio un Lincoln blanco aparcado junto a la puerta de la cabaña.

Intentaba pensar qué hacer. No hacían más que venirle a la cabeza escenas de

películas de Hollywood en las que, por ejemplo, entraba como una tromba en la habitación, dejaba a Lyst fuera de combate, cogía a Carter en brazos y la estrechaba contra sí. El problema era que en la vida real las cosas no siguen un guion, y él era lo bastante inteligente para saberlo. No estaba seguro de cómo iban a poder entrar sin asustar a Lyst y sin poner en peligro a Carter más de lo que ya estaba.

Y entonces, de forma inesperada, la puerta de la cabaña se abrió un poco.

Nick escudriñó entre las sombras y observó a Lyst mirando a ambos lados y después dirigiéndose hacia su coche. Llevaba una maleta y parecía estar marchándose.

Nick no necesitó más.

Salió disparado y se abalanzó sobre él.

Lyst no le vio venir. Giró la cabeza justo a tiempo de ver a Nick propinarle un puñetazo en plena cara. Cuando cayó redondo, Nick le sujetó por la solapa de la camisa y se disponía a pegarle una vez más y otra cuando los agentes le sujetaron.

En un instante, toda la ira que sentía se transformó en necesidad urgente de ver a Carter.

Se liberó de los agentes y entró corriendo en la cabaña. Cuando se le acostumbraron los ojos a la oscuridad, lo que vio le encogió el corazón.

Carter estaba sentada en una silla de respaldo rígido y con las manos atadas a la espalda en forzado ángulo. Tenía uno de los lados de la cara rojo y cuando miró a Nick empezaron a rodarle lágrimas por las mejillas. Este cruzó la habitación en dos zancadas, se arrodilló y levantó los brazos impelido por la necesidad de tocarle los brazos, el cuerpo, de asegurarse de que no estaba herida.

—¿Te ha hecho daño? ¿Estás herida? —repetía sin cesar.

Una vez tuvo a Nick delante, Carter no fue capaz de articular palabra. Negó con la cabeza tratando de decir algo e intentando soltarse las manos. Lo único que quería era tocarle. Nick la desató y cuando Carter extendió los brazos hacia él vio el dolor en los ojos de Nick. Le miraba las muñecas, que tenía despellejadas y sangrando.

—Dios —gimió mientras se las llevaba despacio a los labios. Le besó las palmas de las manos y enterró la cabeza en su regazo. Después la rodeó con los brazos y la apretó con fuerza. Carter hizo lo mismo. Notaba cómo Nick temblaba. O quizá era ella la que temblaba.

—Me daba pavor no ser capaz de encontrarte —dijo Nick levantando la cabeza y mirándola con ojos llenos de amor.

Carter dejó de tener frío y una ola de calor le recorrió el cuerpo. Nick le retiró un mechón de la cara y la besó en los labios con cuidado, como si tuviera miedo de hacerle daño.

Cuando la atrajo hacia sí, Carter notó el tacto áspero de su mejilla contra la de ella y aspiró la fragancia de su loción para el afeitado. Aquel olor tan familiar hizo que se le saltaran las lágrimas.

La gratitud y el alivio que sentía en brazos de Nick la dejaban sin palabras. La

había rescatado y ahora estaban juntos. Eso les convertía en algo más que dos seres afortunados.

«Bendecidos» es la palabra, pensó.

Las manos de Nick, siempre tan seguras y firmes, temblaban cuando se apartó un poco y le acarició la cara.

—¿Estás bien?

—Abrázame —susurró Carter.

No tenía ganas de hablar, solo quería tenerle cerca. Ya habían estado separados bastante tiempo, una verdadera eternidad.

—¿Señora? —dijo uno de los agentes—. Ah, perdón.

Carter y Nick se separaron de mala gana. Fue entonces cuando Carter se dio cuenta de que iba armado.

—¿Va a necesitar asistencia médica?

Carter inspiró profundamente e intentó tranquilizarse.

—Creo que no. Las muñecas me las puedo curar yo.

—Hay aquí una paramédica, por si quiere que le eche un vistazo. Y vamos a necesitar una declaración.

—¿No puede esperar? —preguntó Nick, protector.

—Me temo que no. Tiene que acompañarnos a la oficina del *sheriff*.

Carter se estremeció.

Nick se puso en pie y se colocó entre ella y el agente.

—Y un cuerno. Pueden venir a hablar con ella más tarde.

El hombre no discutió.

Cuando Nick se volvió hacia ella sus ojos eran tiernos. Apoyándose en su brazo Carter se levantó de la silla y así, juntos y abrazados, salieron de la cabaña. Había coches de policía por todas partes y también vieron llegar la primera furgoneta de televisión.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó Carter.

De repente un hombre que se movía agachado y con rapidez se colocó delante de ellos y los cegó con un *flash*. Los agentes se apresuraron a intervenir, pero la fotografía ya estaba hecha.

—Hay que sacarte de aquí —dijo Nick con urgencia mientras la escoltaba hacia el Porsche. Se deslizó en el asiento del conductor junto a ella y sacó las llaves. Antes de arrancar, Carter le puso una mano en el brazo para detenerle.

—Nick. —Su voz era suave y baja. Nick la miró a los ojos, con expresión atenta—. Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué? —Nick parecía haber dejado de respirar.

—Sabía que ibas a venir a buscarme. En mi fuero interno estaba convencida de que harías todo lo posible por sacarme de allí.

Carter miró el hermoso rostro de Nick, cuyas facciones delataban la tensión a la que había estado sometido. Levantó una mano y le pasó el dedo índice por la firme

mandíbula.

—Hace falta valor para amar. —Su voz no era más que un susurro—. Hasta hoy no me he dado cuenta de hasta qué punto puedo confiar en ti. De que debía haber confiado mucho antes. Siento mucho haber dudado de ti.

Nick se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

—No te preocupes por eso ahora.

Pero Carter negó con la cabeza. Necesitaba decírselo todo.

—Me estaba inventando excusas para apartarte de mí porque no podía controlar mis sentimientos. Me daba miedo que me hicieras daño. Quería convencerme de que lo nuestro no funcionaría. —Miró a Nick a los ojos y le conmovió la ternura de su expresión—. Quiero otra oportunidad, Nick. Empezar de nuevo.

Cuando Nick negó con la cabeza, a Carter se le cayó el alma a los pies.

—No hace falta —dijo Nick—. Lo único que importa es que estés a mi lado, ahora y en el futuro. El pasado me importa un rábano.

Inclinó la cabeza y unió sus labios a los de Carter en un beso que era a la vez dulzura y promesa apasionada. Carter le puso una mano detrás de la nuca y lo atrajo hacia ella hasta que pudo abrazarle. Cuando se separaron sonrió.

Y a continuación soltó un gran bostezo.

—Necesitas comer y descansar —dijo Nick con voz enérgica—. Qué te apuestas a que Gertie ha cocinado para un regimiento.

Mientras conducía de vuelta a casa Nick pensaba en lo mucho que amaba la vida. Y a Carter. Sus sentimientos hacia ella eran grandes y estruendosos, como timbales que le chocaran dentro del pecho, trompetas atronando dentro de su cabeza. Le daba absolutamente igual. No tenía prisa por ahuyentarlos, ninguna necesidad de escapar de ellos. Eran perfectos.

Una sinfonía que no le importaría pasarse el resto de la vida escuchando.

Sonrió.

Y entonces decidió que no podía esperar más. Aunque se había dicho a sí mismo que debía darle a Carter algún tiempo para recuperarse, no podía callar más tiempo lo que tenía tantas ganas de decir. Estaba a punto de hacer algo que cambiaría su vida para siempre y, si algo había aprendido durante las últimas veinticuatro horas, era que las cosas verdaderamente importantes no pueden esperar.

Se disponía a abrir la boca cuando de repente descubrió con sorpresa que estaba muy nervioso. Cuando habló lo hizo deprisa y con voz ronca.

—Carter, sabes que te quiero.

Hizo una pausa.

—¿Te quieres casar conmigo?

En el silencio que siguió, notó una creciente tensión en la garganta que le resultó insoportable. Miró a la mujer que amaba.

Carter tenía la cabeza reclinada contra el respaldo del asiento y una expresión de total calma. La boca estaba encantadoramente entreabierta, como la de un niño, y los

ojos cerrados. Estaba frita.

Nick no podía creerse que acabara de proponerle matrimonio y Carter no le hubiera oído porque estaba dormida.

Soltó una carcajada. Nunca pensó en que amaría a una mujer hasta el punto de pedirle matrimonio. Y desde luego nunca habría imaginado que se quedara dormida en el momento clave.

Desde luego, pensó, Dios tiene un gran sentido del humor.

Le cogió una mano a Carter, se la apretó y esta se espabiló un poco. Lo suficiente para devolverle el apretón.

Nick seguía sonriendo cuando aparcó delante de la mansión. Puesto que Carter seguía dormida, la cogió y la llevó en brazos hasta la puerta principal. Ella musitó alguna cosa y se apretó más contra Nick.

Cuando entraron en la casa, Buddy, Ellie y Cort aparecieron corriendo en el vestíbulo con expresión alarmada.

—¿Está bien? —La cara de Buddy resumía la preocupación de todos.

Carter se revolvió en brazos de Nick y abrió los ojos.

—Hola —dijo con voz somnolienta—. ¿Qué ha pasado con la caja?

—Tú estás de broma —dijo Buddy antes de soltar una breve carcajada—. Te acaban de secuestrar ¿y lo único que piensas es en una vieja caja de latón escondida en una covacha?

—Pero ¿sigue allí?

—Supongo.

—Buddy, tienes que ir a buscarla. —Carter irguió la cabeza y habló con voz apremiante. Sácale todas las fotografías que puedas y tráela a la casa. No quiero que se quedé allí sin nadie que la vigile. Pídele a Ivan que te eche una mano.

—A sus órdenes, mi general —dijo Buddy con evidente alivio—. Ya veo que estás perfectamente.

—Sí, gracias a Dios —intervino Nick—. Y ahora me la llevo arriba.

—No te olvides de la caja —dijo Carter despidiéndose de los chicos con la mano.

Cuando Nick empezó a subir las escaleras, Carter le miró con ojos entornados.

—Podía haber subido yo sola.

—Pero así es mucho más divertido —bromeó Nick, dirigiéndose hacia el dormitorio que Carter había usado en otras ocasiones.

Empujó la puerta con el pie y la dejó sobre la cama. Cuando hizo ademán de retirarse, Carter dijo:

—Por favor, no te vayas.

—No pensaba. —Nick le quitó los zapatos y a continuación hizo lo mismo con los suyos y se acostó a su lado. Carter se acercó a él y Nick la besó en la coronilla—. No te voy a dejar nunca.

Carter musitó algo a modo de respuesta con la boca pegada a su camisa.

En el silencio que siguió, Nick respiró profundo. Quería saborear el instante,

almacenarlo en su memoria para siempre, empaparse de la perfección del cálido cuerpo de Carter apretado contra el suyo. El maravilloso regalo que suponía tenerla sana y salva en sus brazos le abrumaba.

Así que esto es la redención, pensó acariciándole el hombro antes de cerrar los ojos y quedarse dormido.



Capítulo 24

Carter supo con quién estaba y dónde sin necesidad de abrir los ojos. Sentía los brazos de Nick rodeándola, su cuerpo muy cerca, su corazón latiendo al compás del de ella. También oía el agua acariciar la orilla del lago y el trino dulce y agudo de los pájaros cantores. La suave brisa estival transportaba un aroma a lilas.

Estaba exactamente donde quería estar.

Miró a Nick y vio que él también la miraba con aquellos ojos color diamante tan dulces y cálidos. Muy cálidos.

Buscó sus labios.

—Hazme el amor —le susurró con las bocas muy juntas.

En cuanto lo hubo dicho, notó que Nick se estremecía de deseo y al momento estaba sobre ella, apretándola contra la cama con todo el peso de su cuerpo, un peso que Carter deseaba con todas sus fuerzas. Le abrió la camisa y buscó su cinturón mientras Nick le desabrochaba la camisa y le soltaba el sujetador. Cuando le besó uno de los pechos, Carter arqueó la espalda y se dejó llevar por el ardor salvaje que los envolvía a los dos.

Se quitaron el resto de la ropa a toda prisa y esta quedó tirada en el suelo, enredada entre las sábanas, oculta debajo de las almohadas. Carter sintió cómo las manos de Nick le recorrían todo el cuerpo, explorando rincones y haciéndola sudar, gemir y restregarse contra él. Nick ardía de deseo. Movidado por la pasión, pero también por la ternura, su cuerpo poderoso latía con una urgencia que Carter conocía muy bien.

—Necesito estar dentro de ti —gimió Nick.

Sus dedos jugaron con su pelo y la obligó a echar la cabeza hacia atrás para besarla. Carter respondió hundiéndole las uñas en la suave piel de la espalda. Notó sus músculos duros como la piedra tensarse bajo sus manos, sus valles y protuberancias como testamentos de su fuerza viril.

Nick le separó las piernas con una rodilla y se acomodó entre sus muslos. Cuando se situó encima de ella apoyándose en sus fuertes brazos, pareció vacilar. Entonces Carter le buscó y le cogió la cara con las manos, conmovida por la intensidad de su

mirada.

—Te quiero —le susurró.

—Dios. Cómo necesitaba oírte decir eso.

Y a continuación se deslizó dentro de ella y silenció con los labios su gemido de éxtasis. Moviéndose como si fueran uno solo, se elevaron más y más hasta que llegó la explosión final y entonces se desintegraron juntos, cayendo dulcemente como copos de nieve que se posan en la tierra. Estaban tumbados muy juntos y aún jadeantes cuando Nick se dio la vuelta y se incorporó hasta quedar apoyado en un brazo. Con el que tenía libre le apartó a Carter el pelo de la cara y esta reparó en el brillo solemne de sus ojos.

—Qué serio te has puesto —musitó Carter.

—Carter —empezó a decir Nick—. Tengo que decirte una cosa. Lo intenté anoche cuando volvíamos a casa, pero... Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí.

Nick se inclinó hacia ella, la besó con suavidad y le susurró con los labios muy cerca de los suyos.

—¿Quieres...?

—Pero ¿en qué habitación están, Gertie? —oyeron decir a Buddy a través de la puerta cerrada. Parecía muy impaciente—. Wessex lleva llamando toda la mañana. Seguro que tiene una tendinitis de tanto marcar el teléfono. Y en el jardín delantero hay un montón de periodistas que tu marido amenaza con echar a tiro limpio y además tengo que enseñarle a Carter lo que bajamos anoche de la montaña.

La voz de Gertie, también amortiguada, tenía un tono más razonable.

—En algún sitio estarán. Espero que juntos en la cama.

Carter se sonrojó.

Nick puso los ojos en blanco y se levantó. Después de enrollarse una sábana alrededor de la cintura, abrió un poco la puerta.

—Estamos aquí —dijo con tranquilidad—. Dile a Wessex que enseguida le llamamos y recuérdale a Ivan que es ilegal disparar a la gente, incluso si son periodistas.

—Le hemos traído ropa limpia a Carter —dijo Buddy con una sonrisa de satisfacción, y metió una bolsa de lona por la puerta.

—¿Queréis desayunar? —preguntó Gertie.

—Sería estupendo.

Oyó el grifo de la ducha a su espalda y cerró la puerta a las miradas cómplices de Buddy y Gertie.

Luego sacó pecho y se dispuso a proponer matrimonio a la mujer que amaba. Dejó caer la bolsa y la sábana y entró en el cuarto de baño. Encontró a Carter debajo del chorro del agua arqueando la espalda para mojarse el pelo. Sus pechos eran firmes, el vientre, plano y sus caderas, una suave curva que encendió el deseo de Nick al instante. En cuanto se unió a ella buscó su boca.

Carter cogió una pastilla de jabón, se enjabonó las manos y empezó a frotarle la piel hasta que Nick estuvo asido con tanta fuerza a la puerta acristalada de la ducha que le dolían los brazos. Con estudiada meticulosidad, Carter recorrió cada centímetro de su cuerpo, provocándole y hechizándole. Con el corazón acelerado, los pulmones pidiendo a gritos más aire y los músculos tensos al máximo, Nick le suplicó una clemencia que Carter se negó a concederle. Nunca se había sentido tan fuera de control, nunca había disfrutado tanto de la tortura de no poder tener algo. Cuando por fin Carter cedió a sus súplicas abrazándole las caderas con las piernas y pegando su cuerpo al suyo, reaccionó con ardor salvaje.

Una vez saciada la pasión del deseo, Nick se reclinó contra la pared de la ducha completamente exhausto. Pasados unos instantes escuchó cerrarse el grifo y se obligó a abrir los ojos.

Carter parecía de lo más satisfecha.

—Hola —dijo.

—Buenos días. —Eso fue todo lo que pudo contestar Nick.

La sonrisa de Carter se ensanchó aún más. Con envidiable agilidad salió de la ducha, cogió dos toallas y le pasó una. Nick la aceptó, pero no parecía ser capaz de levantarla, así que quedó colgando de su mano, mojándose por las esquinas.

—Déjame que te ayude —se ofreció Carter alegremente.

Tiró la toalla mojada y le dio la mano para que saliera de la ducha. Nick se quedó quieto mientras Carter le secaba, le sujetaba la toalla alrededor de la cintura y le empujaba hacia la puerta del dormitorio.

—¿Crees que sabrás llegar a tu habitación?

Nick asintió y echó a andar, de espaldas. No podía apartar los ojos de Carter.

—No sabía que se pudieran hacer esas cosas con una pastilla de jabón —murmuró.

—Pues todavía hay más —dijo Carter. Su voz sensual hizo estremecerse a Nick.

Cuando salía al pasillo empezaba a sentirse de nuevo excitado. Se miró la toalla.

—¿Es que no has tenido ya bastante?

• • •

Carter bajó vestida con unos vaqueros limpios y un polo blanco immaculado. Se sentía como nueva y no se molestó en disimular su felicidad.

Ellie rodeó corriendo la mesa y la abrazó mientras Buddy se reclinaba en el respaldo de su silla y la miraba con complicidad.

—Te veo muy...

Carter le dirigió una mirada de advertencia por encima de la cabeza de Ellie.

—... limpia —completó Buddy con un guiño.

Cort sonreía desde el otro lado de la mesa y Carter le dijo:

—Tienes mejor aspecto.

—Tú también.

Apareció Gertie y dejó un plato con fruta y una taza de café encima de la mesa.

—Come —sugirió señalando una silla vacía.

Carter se sentó, obedeció y estaba a punto de preguntar si podía repetir cuando entró Nick. Sus ojos la buscaron y la miraron con un amor y una ternura tales que se le aceleró el corazón.

Cort miró a su tío con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —le preguntó Nick.

—Estás raro.

Nick arqueó las cejas mientras miraba a Carter. Sonrió a Gertie cuando esta le puso delante el desayuno.

—¿Cómo raro? —insistió.

—No sé. Estás como... ido.

Todos rompieron a reír e Ivan, que entraba en ese momento, quiso saber cuál era el chiste.

—¿A qué vienen tantas risas? —preguntó.

—El tío Nick —dijo Cort—. Que está distinto, ¿no te parece?

Ivan miró a Nick.

—Pues claro que está distinto. Se ha enamorado.

Todos callaron.

Excepto Nick, que le cogió una mano a Carter y se la llevó a los labios.

—Es verdad.

—Pues ¿sabes qué te digo? —Cort le miró con la cabeza ladeada—. Que como sigas sonriendo tanto vas a tener que cambiar la fotografía del carné de conducir, porque nadie te va a reconocer.

Cuando Nick puso los ojos en blanco, el muchacho rio encantado.

Mientras comía, Nick le daba vueltas a la proposición de matrimonio. Si pudiera llevarse a Carter en el barco, pensó, sería perfecto. El lago, el sol, una suave brisa...

El anillo.

Saltó como si alguien le hubiera dado una patada a la silla y Carter le miró:

—¿Estás bien?

Nick asintió distraído. No tenía anillo. Se suponía que tenía que darle un anillo. Carter se merecía un anillo.

Carter le miró extrañada, pero luego empujó el plato y se dirigió a Buddy con resolución.

—¿Dónde está la caja? —Dobló su servilleta—. La has traído, ¿no?

Buddy asintió y fue al zaguán. Cuando volvió trajo con él el objeto, que de tan pesado le obligaba a encorvarse.

—Le he hecho fotos a todo antes de sacarlo de la cueva —dijo mientras colocaba la caja en la mesa delante de Carter.

Los chicos se revolviaron en sus asientos, impacientes por ver lo que había

dentro.

Carter se puso de pie y pasó un dedo por el borde de la tapa.

—El metal se ha fundido y está sellada. También hay un pestillo. Vamos a tener que cortarlo.

—Tengo la herramienta perfecta —dijo Ivan y volvió con una sierra eléctrica pequeña.

—¿Quieres hacer los honores? —le preguntó Carter a Nick.

Este negó con la cabeza.

—A mí no me gustaría que un arqueólogo me hiciera la declaración de la renta, así que no creo que quieras que un financiero haga tu trabajo.

Carter le sonrió, encendió la sierra y cortó alrededor de la tapa de la caja. Cuando terminó se envolvió las manos en dos servilletas de tela y la sujetó por los lados.

Tiró despacio y dijo.

—Será mejor que no nos hagamos demasiadas ilusiones. Igual son repuestos de coche.

Pero entonces todos vieron el brillo inconfundible del oro.

—Madre mía —exclamó Carter mientras la sorpresa y la alegría inundaban la habitación—. Que alguien traiga una cámara.

Nick estaba atónito. Nunca en su vida había imaginado que aquel tesoro pudiera aparecer. Siempre se había negado a creer que estuviera en sus tierras.

Miró a Carter y se alegró de que lo hubiera encontrado ella. Parecía muy emocionada cuando hundió la mano en el mágico contenido y sacó un puñado de objetos hechos del metal precioso. Había monedas, trozos de pesados collares, pendientes a los que habían arrancado las piedras y sellos con iniciales grabadas.

Las cosas no podían haber terminado mejor, pensó Nick con satisfacción.

—Esperad un momento —dijo Carter—. Aquí dentro hay algo más.

Palpó el interior de la caja y sacó despacio un libro pequeño. Encuadernado a mano y en cuero, de unos treinta por treinta centímetros de tamaño, su color marrón parecía apagado en contraste con el brillo del oro. En la cubierta estaba dibujada una cruz.

—Yo, Winship, en el año de Nuestro Señor 1775 —leyó Carter—. Es el diario de Winship.

La ovación resonó en toda la casa.

• • •

Para primera hora de la tarde, Carter ya se había leído el diario de cabo a rabo. Nick le había prestado su despacho y pasó horas acurrucada en la silla de su mesa leyendo mientras el sol entraba por la ventana abierta.

Era la manera perfecta de relajarse después de la dura experiencia por la que acababa de pasar. Perderse en las palabras del reverendo la ayudó a sentirse más

segura y más centrada. Sabía que le llevaría un tiempo recuperarse por completo del secuestro, pero estar en compañía de Nick y de sus amigos sin duda era de gran ayuda. También había hablado con su padre, lo que también le había dado tranquilidad.

Cuando terminó de leer, cerró el diario y lo dejó sobre la mesa. Giró la silla y se puso a mirar por la ventana, observando mariposas coquetear entre las flores silvestres del prado situado detrás de la mansión.

Aquel artefacto era de un valor incalculable, pensó, uno de los hallazgos más significativos de la última década sobre el periodo colonial. Ampliaba información sobre la participación, remisa pero patriótica, de Winship en la guerra de la Independencia y narraba con detalle la funesta expedición a las Adirondacks que le había costado la vida.

También resolvía el misterio de quién había matado a los hombres.

Carter se levantó, dejó el diario en la mesa y fue en busca de los demás. Los encontró junto al lago. Ellie estaba tomando el sol y Cort buceaba cerca de la orilla. Nick y Buddy estaban limpiando las cubiertas del velero.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó Buddy en cuanto la vio.

Nick la miró mientras sus labios esbozaban una sonrisa lenta y sensual. Llevaba puesto solo un bañador negro, el mismo de otras veces, y su cuerpo brillaba de sudor por estar trabajando bajo el sol.

Carter se excitó bastante.

—Es una historia increíble —dijo.

Nick fue hasta ella, se inclinó y allí mismo, delante de todo el mundo, la besó en los labios.

—Cuéntenoslo todo. —Su voz era grave y seductora, y Carter no pudo evitar ruborizarse. No hacía más que acordarse de las cosas que le susurraba Nick mientras hacían el amor.

Se aclaró la garganta y les contó lo que sabía.

—Jonathan Winship fue un hombre increíble. Reflexivo, serio e indignado por cómo gestionaba las colonias el gobierno británico. Fue un héroe de guerra poco convencional, un estudioso de la Biblia, no un soldado. Sin embargo tenía una voluntad indómita. —Carter miró hacia el lago—. Según Winship, el general Farnsworth era un malvado. Explica con todo detalle su detención en Nueva York por violar y golpear a aquella mujer.

»Después de que se acordara el canje de Farnsworth por Nathaniel Walker, la expedición Winship emprendió la marcha por las montañas Adirondacks con Halcón Rojo como guía y el general en grilletes. También transportaban oro destinado a la compra de suministros. Cuando llegaron a la base del lago Sagamore debían entregar la caja fuerte a otros revolucionarios. Pero sus compatriotas no aparecieron, así que tuvieron que llevarse la fortuna con ellos.

»En el camino al fuerte, Halcón Rojo cuidó bien de los hombres a su cargo,

conduciéndolos por la ruta más directa para atravesar las montañas. Cuando llegaron al lugar designado para efectuar el canje, el indio se marchó, pues su cometido había terminado. Poco después la expedición sufrió una emboscada. Los dos soldados rebeldes y el reverendo Winship estaban en inferioridad de condiciones respecto a los veteranos casacas rojas que los atacaron. Los soldados murieron y a Winship el general le acuchilló en el vientre haciéndole una herida que resultaría mortal.

»Farnsworth se disponía a rematar a Winship golpeándole con una bayoneta en la cabeza cuando volvió Halcón Rojo. Como salido de la nada, explica Winship, el indio se abalanzó de inmediato contra Farnsworth y le hirió de gravedad. Al momento cinco soldados británicos quisieron atacar a Halcón Rojo, pero este, al parecer con agilidad y fuerza asombrosas, mató a dos y los tres restantes huyeron.

—Jod... —empezó a decir Cort—. Esto..., alucinante.

—Mientras Farnsworth yacía ensangrentado en el suelo, Halcón Rojo fue en auxilio de Winship. El reverendo le pidió que le incorporara y a continuación procedió a dar la extrema unción a los hombres caídos, incluido el general. Sabía que no disponía de mucho tiempo, que los tres soldados británicos no tardarían en volver con refuerzos y que tenía que esconderse si quería sobrevivir. Halcón Rojo le ayudó a llegar hasta la cueva y a continuación volvió a buscar el oro. Una vez de regreso en la cueva, el indio le preguntó a Winship si tenía alguna petición más. El sacerdote pidió que todos los hombres fueran enterrados y cada una de sus tumbas marcadas con una cruz. Halcón Rojo se marchó y Winship nunca volvió a verlo.

Hubo un largo silencio y entonces Carter terminó su relato:

—El reverendo sabía que no sobreviviría y lo último que escribió en el diario es casi ilegible.

—¿Qué escribió? —preguntó Ellie con voz queda.

Las palabras habían quedado grabadas en la memoria de Carter porque las había leído una y otra vez. Las pronunció como si llevara haciéndolo toda la vida:

—Una nación más fuerte se levantará sobre los hombros de hombres unidos por el honor y la gracia de Dios. Porque quienes aman a su prójimo son uno solo a ojos del cielo. Los hermanos no nacen de un mismo útero, sino de corazones afines. Gracias, Hermano Rojo.

—Así que Halcón Rojo fue un héroe —musitó Cort sobrecogido.

Carter asintió.

—¿Y qué fue de él? —preguntó Ellie—. Debieron de matarle.

—No.

Todos miraron a Carter con curiosidad.

—La del reverendo no fue la última entrada del diario. La última es de Halcón Rojo. Me ha costado descifrar el lenguaje, pero creo que podría traducirse como: «Así como el Halcón vuela desde la tierra hacia el Gran Espíritu y más allá, así vuela también el hombre. Descansa en paz, Padre blanco».

—Es una maravilla —dijo Buddy solemne—. Un hallazgo histórico.

—Yo lo que creo es que Halcón Rojo volvió, enterró al reverendo Winship en la cueva y talló esa cruz en la piedra.

—Entonces deberíamos ir a excavar —dijo Buddy.

—No. Creo que deberíamos dejarle donde está —dijo Carter negando con la cabeza—. Merece descansar en paz. Tenemos el diario y con eso nos basta.

Nick asintió.

—Estoy de acuerdo.

Carter se puso en pie.

—Y ahora tengo que ir a la universidad para que mis colegas empiecen a trabajar en la conservación del diario. No quiero que se siga deteriorando y hay que copiarlo cuanto antes. —Se volvió hacia Nick—. Y deberíamos poner el oro a salvo. También habrá que estudiarlo, pero no estoy segura de dónde guardarlo en la universidad.

—Podéis usar mi caja fuerte hasta que lo decidáis.

—Gracias —dijo Carter y le miró con los ojos entornados—. ¿Te apetece darte una vuelta en coche?

—No sabes cuánto.

Caminaron por el césped con las manos entrelazadas y Carter no podía dejar de sonreír.

Cuando llegaron a su despacho, Nick se agachó y abrió la caja fuerte.

—La caja no va a caber —dijo con la cabeza metida en la falsa estantería.

Se puso a cambiar de sitio los objetos que había dentro para hacer sitio. Sacó la cruz y se la dio a Carter.

Esta abrió la envoltura de fieltro y miró la vieja madera.

—Qué historia tan increíble.

Entonces Nick se volvió y la miró con ternura.

—¿Qué pasa? —dijo Carter con timidez.

—Eres una maravilla de mujer... ¿Lo sabías? Llegas aquí, encuentras el oro desaparecido, descubres el lugar donde está enterrado el reverendo y también su diario. Y luego encima vas y haces una cosa totalmente increíble.

—¿El qué?

—Conquistar mi corazón. —Nick sonrió—. Algo que no entraba en absoluto en mis planes.

Carter sonrió y envolvió de nuevo la cruz.

—A veces lo que uno encuentra es lo que buscaba. Aunque no fuera consciente de estar haciéndolo.

Se sentía muy feliz y caminó hasta la ventana. Cuando la vio fruncir el ceño, Nick le preguntó qué pasaba.

—Hay un... Esto es ridículo. —Se inclinó para ver mejor—. Hay un halcón colirrojo en ese árbol.

—¿Y qué hace?

—Nada. Mirarnos. —Carter carraspeó y se volvió hacia Nick—. ¿Tú crees en esa

historia de fantasmas?

—¿Cuál? ¿La de que Halcón Rojo sigue habitando en la montaña?

—Sí.

—Pues no lo sé. A veces cuando estoy ahí arriba tengo la sensación de que alguien me vigila. ¿Por?

—Es que juraría que ese halcón me está mirando como si supiera... Da igual. —Carter rio un poco cortada—. Voy a la cocina a buscar el oro. Me parece que voy a tener que consultar esto de las alucinaciones con un médico...

Cuando ella salió, Nick terminó de ordenar el contenido de la caja fuerte y se disponía a sacar la cabeza cuando su mano tropezó con el estuche rojo de piel que contenía el diamante de su abuela. Lo sacó y abrió la tapa. El diamante brilló y los ojos de Nick se iluminaron.

Bingo, pensó mientras se lo metía en el bolsillo.

• • •

Iban por la autopista en dirección al puerto para tomar el transbordador cuando Nick la miró.

—Hay una cosa que quería preguntarte.

—¿Ah, sí? —Carter sonrió mientras pensaba en lo bello que era vivir. El sol la calentaba, la brisa hacía bailar su pelo con suavidad y el hombre más *sexy* del mundo la miraba como si fuera el centro del universo.

—Me ha costado un poco conseguir que me escucharas —dijo Nick con tono irónico.

—¿Y eso?

—Así que he decidido aprovechar ahora que estamos solos.

Carter notó que el coche aminoraba la marcha y escuchó el crujir de grava cuando Nick se salió de la carretera. Estaban en un valle enmarcado por majestuosas montañas. Campos de hierba y flores silvestres los rodeaban y el paro carbonero y el mirlo de alas rojas revoloteaban coquetos en el aire caliente e inmóvil.

Nick le tomó las manos y se acercó a ella. Hubo una larga pausa. Carter nunca le había visto tan serio.

—Carter... —empezó a decir. Pero entonces se detuvo—. Espera. Así no.

A Carter le dio un vuelco el corazón.

—Sal del coche —le ordenó Nick mientras abría la puerta de su lado.

Confundida y bastante intrigada, Carter obedeció.

Fueron hasta la parte delantera del Porsche y Carter vio atónito cómo Nick se ponía de rodillas.

—Ay, Dios mío —dijo sin respiración.

Los hombres solo se arrodillan así por un motivo, pensó turbada.

—Carter... —Nick hizo una pausa y la miró con ojos brillantes. Había en ellos

diversión, pero también emociones mucho más solemnes y cálidas—. ¿Cuál es tu segundo nombre?

—¿Segundo nombre?

—Sí, ya sabes, el que va entre el primero y el apellido.

—Mi segundo nombre es Carter. El primero es Cordelia.

Nick se aclaró la garganta.

—Cordelia Carter Wessex. Te quiero. Quiero construir una vida contigo. Quiero que seas mi compañera, que discutas conmigo y duermas a mi lado todas las noches. Quiero cuidarte y vivir contigo. ¿Quieres ser mi mujer?

Con el corazón a mil por hora, Carter farfulló un «sí» ahogado y se inclinó para besarle.

—Sí, sí, sí...

Todavía de rodillas, Nick la abrazó por la cintura. Estuvieron así largo rato hasta que Carter le oyó reír. Cuando Nick levantó la cabeza le pasó una mano por el pelo oscuro y abundante.

—¿Qué? —preguntó con dulzura.

—¿Te das cuenta de que llevo desde ayer intentando pedirte que te cases conmigo?

—¿De verdad? —Carter rio atónita.

—Lo intenté en el coche volviendo a casa anoche, pero te quedaste dormida. Te lo iba a pedir esta mañana cuando Buddy nos interrumpió. Luego cuando me metí en la ducha tenía toda la intención, pero me..., me distraje con otras cosas. Entonces decidí pedirte que saliéramos a navegar y decírtelo así, pero con lo del oro y el diario...

Carter sonrió mientras Nick se ponía en pie. La atrajo hacia sí y la besó con ímpetu. Cuando se separaron, él se metió una mano en el bolsillo y sacó un pequeño estuche de piel.

—Tengo entendido que es costumbre ofrecer un anillo.

Colocó la caja delante de Carter y la abrió.

Carter miró el diamante boquiabierto. Bajo la luz de sol, la piedra despedía destellos multicolores.

Mientras lo observaba se puso a pensar en la suerte que tenía. Había llegado a la montaña Farrell para resolver un misterio y había encontrado mucho más de lo que podría haber imaginado.

Miró a Nick a los ojos.

—Es el anillo más bonito del mundo.

—Era de mi abuela. Tú te pareces a ella. Era valiente, independiente, lista. Y antes de que me digas que no puedes aceptarlo porque te pasas la vida excavando en la tierra debes saber que este anillo ha sobrevivido a cincuenta años de jardinería intensa y ha aguantado perfectamente. Me gustaría que fuera tuyo y estoy seguro de que mi abuela habría estado de acuerdo.

Carter sonrió y extendió la mano. Notó el peso de la piedra instalarse en el dedo anular. Le encajaba a la perfección.

Nick le acarició la mejilla con ternura y luego la besó largo rato con suavidad.

De repente un estruendo resonó en el valle, acercándose hacia ellos. Se separaron y al mirar en la dirección de la cual procedía el ruido vieron un camión de gran tonelaje circulando por la autopista. Cuando estuvo cerca de ellos, el conductor hizo sonar la bocina. Carter y Nick rieron y le hicieron el gesto de victoria con la mano.

Las risas aumentaron cuando leyeron lo que estaba escrito en uno de los costados del camión.

En letras negritas de gran tamaño había una inscripción que decía: *Transportes Halcón Rojo*.

Y debajo, el dibujo de un enorme halcón colirrojo con las alas desplegadas.



JESSICA BIRD, seudónimo de JESSICA ROWLEY PELL BIRD, nació en 1969 en Massachusetts, EE.UU., es la hija de W. Gillette Bird, Jr. y Maxine F. Bird. Empezó a escribir cuando era niña, escribiendo sus pensamientos en sus viejos diarios, así como la invención de historias cortas. El verano antes de ir a la universidad, escribió su primer libro, una novela romántica. Después de eso, ella escribió con regularidad, pero para sí misma. Bird, asistió al Smith College donde se especializó en historia del arte, concentrándose en la época medieval. A continuación, se licenció en Derecho en la Escuela de Leyes de Albany y trabajó en la administración de la salud durante muchos años, incluyendo el Jefe de Estado Mayor en el Beth Israel Deaconess Medical Center en Boston, Massachusetts.

En 2001, Bird se casó con John Neville Blakemore III. Su nuevo esposo la animó a tratar de conseguir un agente en el mercado para sus manuscritos. Ella encontró a un agente, y en 2002 su primera novela, un romance contemporáneo llamado *Salto del Corazón*, fue publicada. Varios años después, Bird inventó un mundo poblado por vampiros y comenzó a escribir un solo título de las novelas de romance paranormal en el marco del seudónimo de J. R. Ward. Estas novelas son una serie, conocida como *la Hermandad de la Daga Negra*.

A Bird, le gusta escribir novelas de la serie que incorporan los personajes de sus libros anteriores. Compara el proceso de creación a una serie de «reuniones con amigos a través de otros amigos». Sus héroes son a menudo los machos alfa, «el más duro, el *cockier*, el más arrogante, el mejor», mientras que las heroínas son inteligentes y fuertes.

Romance Writers of America, otorgó el *Premio Rita* al Mejor Corto Contemporáneo Romance en 2007 por su novela, *El primero*.